



Organización de las Naciones  
Unidas para la Alimentación  
y la Agricultura

# Colonización, Conflicto y Paz

Historias del Guaviare  
a partir de los procesos  
de investigación  
en memoria y oralidad  
realizados por los jóvenes  
de Asunción, Calamar, ETCR  
Charras y ETCR Colinas.









# Colonización, Conflicto y Paz

---

Historias del Guaviare  
a partir de los procesos  
de investigación  
en memoria y oralidad  
realizados por los jóvenes  
de Asunción, Calamar, ETCR  
Charras y ETCR Colinas.

Las denominaciones empleadas en este libro informativo y la forma cómo aparecen presentados los datos que contiene no implican, por parte de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), juicio alguno sobre la condición jurídica; tampoco sobre sus autoridades. Las menciones expresadas en esta publicación, no significan que la FAO las apruebe. Las opiniones expresadas en este producto informativo son las de su(s) autor(es) y no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas de la FAO o de las entidades mencionadas.

ISBN: En trámite

La FAO fomenta el uso, la reproducción y la difusión del material contenido en este producto informativo. Salvo que se indique lo contrario, se podrá copiar, descargar e imprimir el material con fines de estudio privado, investigación y docencia; así como para su uso en productos o servicios no comerciales. El permiso será expreso siempre que se reconozca, de forma adecuada, a la FAO como la fuente y titular de los derechos de autor. Del mismo modo, que ello no implique de manera alguna que la FAO y entidades nombradas en el documento aprueban los puntos de vista, productos o servicios de los usuarios.

Todas las solicitudes relativas a los derechos de traducción y adaptación, así como a la reventa y otros derechos de uso comercial deberán realizarse a través de [www.fao.org/contact-us/licence-request](http://www.fao.org/contact-us/licence-request) o dirigirse a [copyright@fao.org](mailto:copyright@fao.org). Los productos de información de la FAO están disponibles en el sitio web de la Organización ([www.fao.org/publications/es](http://www.fao.org/publications/es)) y pueden adquirirse mediante solicitud por correo electrónico dirigida a [publications-sales@fao.org](mailto:publications-sales@fao.org).  
Fotografía de la portada: ©Warner Valencia

**ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES  
UNIDAS PARA LA ALIMENTACIÓN  
Y LA AGRICULTURA – FAO**

ALAN BOJANIC

*Representante en Colombia*

MANUELA ÁNGEL

*Oficial Nacional de Programas*

ANA CARRIZOSA U.

*Especialista Senior-Coordinadora  
del Proyecto*

LUIS GUILLERMO FUENTES

*Supervisor Técnico Local-Guaviare*

MAYRA CERÓN

*Profesional Misional*

JORGE MAHECHA

GIOVANNY ARISTIZABAL

*Oficina de Comunicaciones  
Representación FAO Colombia*

**FONDO EUROPEO PARA LA PAZ**

PATRICIA LLOMBART CUSSAC

*Embajadora Unión Europea*

ANGELA GUEVARA MEDINA

*Oficial de Cooperación  
Unión Europea  
Delegación ante la República de Colombia*

**UNIVERSIDAD EXTERNADO  
DE COLOMBIA.**

MANUEL VEGA VARGAS

*Profesor titular  
Doctor en Medicina  
PHD en Historia.*

JULIANA RINCÓN

*Asistente en Investigaciones. Socióloga*

**W&N AGENCIA DE COMUNICACIONES**

WARNER VALENCIA

*Gerente- Talleres Video y Fotografía*

**HILFSWERK INTERNACIONAL-HWI**

STEFAN FRITZ

*Director*

JUAN CARLOS PARRA ESPITIA

*Punto Focal*

**DEISPAZ**

ANA GAVILÁN REINA

*Directora*

**IDEAS BIBIBOP**

BIBIANA GOMEZ

*Diseñadora Gráfica*



# Jóvenes que participaron en el proceso de formación e investigación en memoria histórica

Slendy Yiseth Hidalgo Acosta  
Heimer Olmedo Idalgo Beltrán  
Arnex Patricia Acosta López  
Diana Yurley López Aguilar  
Wilson David López Aguilar  
Fabián Eladio López Sánchez  
Sandra Carola Aguilar Turbay  
Nancy del Pilar Padua Palacios  
Mauricio Padua Martínez  
Luz Estella Palacios López  
Beatriz Elena Padua Palacios  
Yina Josdeidy Padua Palacios  
Miguel Mauricio Padua Palacios  
Orlando Vargas Ladino  
Solandy Patiño Uribe  
Diego León Vargas Patiño  
Yeimy Estefanía Mena Patiño  
Karen Dayana Vargas Patiño  
José María Palacios López  
Orlandina Gómez Rojas  
Jasly Katerine Palacios Gómez  
Zully Palacios  
Norvey Palacios  
Xiomara Palacios  
Froilán Flores González  
Maria Filomena Patiño Uribe  
Edwin Flórez Patiño  
Daniel Flórez  
Carlos Alfonso  
Tomás Vélez Acuña

Maria Eugenia Ramírez Piñeros  
Luisa Fernanda Rodríguez Piñeros  
Jose Octavio López Recende  
Luz Clara López Acosta  
Gina López Acosta  
Ruth Ster López Acosta  
Luis Aníbal Daza Vasconcelo  
Jerson Arbey Sáchica López  
Jose Santos Sáchica Lizaraso  
Martha Elena López Gómez  
Juan Daniel Peña Londoño  
Jerson David  
José Vasconcelo  
Amelia López  
Yesis Urrego Espinosa  
Maryi Alejandra Rivera Bernal  
Urley de Jesús Salgado Mancera  
Johan Alexánder Salgado Rivera  
Noralba Espinosa Novoa  
Luis Antonio Urrego Rodríguez  
Luisa Fernanda Bernal Herrera  
Yithsy Alexandra Vanegas Bernal  
Damar Enrique Vanegas Bernal  
Gallardo León Calderón  
Maribel García Cabanzo  
Jakson Giovanni León García  
Brayan Guzmán Rodríguez  
Nelsy Dominga Rodríguez Amaya  
Hermes Antonio Guzmán  
Ana Lucía Herrera



Jennifer Alexandra Bernal Herrera  
Franklin Stiven López  
Laura Carolina Dueñas López  
Yuri Viviana Dueñas López  
Maryuri Alvarado Espinosa  
Eimi Nitireth González Alvarado  
Jose Albeiro González Rodríguez  
Jhon Jairo Alvarado González  
Diana Guzmán Rodríguez  
Wilson Darío Espinosa Novoa  
Angie Daniela Guzmán  
Duván Andrés Rivera Bernal  
Wilder Huertas Alvarado  
Gabriela Molina  
Wendy Vanesa Poveda  
Sonia Elena Carvajal Cossio  
Chelssi Hurtado Carvajal  
Jhon Divi Hurtado Carvajal  
Adelaida Marín García  
Juan David Carvajal Cossio  
Keilan David Carvajal Marín  
Yesid Fernando Carvajal Marín  
Carlos Fernando Garzón Garzón  
Genyfer Rodríguez Amaya  
Kevin Andrés Rodríguez Amaya  
Juan Fernando Garzón Rodríguez  
Sharot Tariana Rodríguez Amaya  
Jhovany Téllez  
Leonel Guiovanny Téllez  
Camilo Téllez Jiménez  
Leidy Yurani Morales  
Víctor Umaña  
Blanca Díaz Cadavid  
Yuliana Díaz Cadavid  
Jaider Stiven Méndez Cortez  
Jenifer Yiseth González Fuentes  
Jhon Sebastián Camacho Arias

Willintong Jiménez Rodríguez  
Eswar Leandro Gutiérrez  
Michell Ayala García  
Olga Sofia Godoy Rivera  
Nelson Rodríguez Cubides  
Jhon Alexis Díaz Cala  
Jhon Jairo Salazar Agudelo  
Jhon Edwin Rodríguez Torres  
Xiomara Páez Saavedra  
Linda Dahian Hincapié Castillo  
Germán Arévalo Barahona  
Hernán Ocampo López  
Didier Restrepo Topiero  
Cesar Andrés Ortega  
Elver Stiven Lozano  
Vanessa Prieto Meza  
Anderson Rodrigo León Romero  
Jesús Diomedez Flores  
Yorman Manuel Arévalo B.  
Luis Miguel Cedeña  
Omar Arévalo Barahona  
Estiven Bejarano  
Mateo Melo López  
Feliciano Flórez Toro

# Índice

Introducción	13
<b>Capítulo 1. La colonización indígena del Guaviare. El Resguardo de La Asunción en El Retorno</b>	<b>21</b>
Travesías hacia el Guaviare: el relato de Amelia	27
La infancia en Montfort	28
Andar hacia el Guaviare	29
Del Vaupés al Guaviare: Clara	32
El conflicto armado	33
La coca y lo propio	34
Los retos de la interculturalidad:	
Don Jorge, un colono entre los Tucano	36
De Boyacá al sur	36
Compartir culturas	37
María - “Druigo”, perder la tradición, sufrir la guerra.	41
La tradición se debilita	43
Los uniformados	44
<b>Capítulo 2. Aproximaciones a la colonización, la coca y el conflicto en Calamar. Relatos de vida de cuatro mujeres</b>	<b>47</b>
Cómo se arman los relatos calamarenses	50
El comienzo siempre es difícil. María Olga	54
Camino a Calamar	57
La muerte	59
Cuando el narcotráfico lo consumió todo	60
Cómo se fue formando el pueblo: personas y lugares.	62
Traer vidas al mundo. Blanca	64
El desplazamiento	64
La partería	66
Calamar, tiempos difíciles	73
La vida en un lugar inhóspito: Reina	77
La mercancía y el poder	80
Relatos de los primeros habitantes: Josefina	85
Llegando a Calamar	86
Los avatares del conflicto	89
Sembrando coca	91

## **Capítulo 3. El conflicto y la paz, experiencias de vida en el ETCR de Charras** **95**

<b>Recorridos del campo a la guerra y de la guerra a la paz. El Tigre</b>	<b>100</b>
Tiempos de campo	101
Tiempos de guerra	102
Tiempos de paz	108
La paz y las preocupaciones del presente	109
<b>Otros caminos de la guerra y la paz. Ricardo</b>	<b>112</b>
La paz y las preocupaciones del presente	113
Andar: vivir refugiado en las FARC	115
Caminar: Cundinamarca y el trabajo político	120
Estar: la gran ciudad	130
Huir: de Bogotá al Guaviare	135
El arraigo definitivo no es en un lugar: la Paz en Charras o donde sea	136
Los partos	142
De servir a liderar	146
El futuro incierto	150

## **Capítulo 4. Memorias comunitarias a propósito del ETCR Colinas** **155**

<b>Visiones desde la Acción Comunal. Luis Antonio</b>	<b>157</b>
Breves apuntes sobre el conflicto	157
<b>Historia de vida de Maria del Carmen Bernal Buitrago</b>	<b>160</b>
El espacio	160
Cuando arribó el conflicto armado	161
La muerte cercana	167
<b>Un breve colofón</b>	<b>175</b>
Mujeres, colonización y conflicto	176
Los jóvenes, la historia y la Paz	177
Territorios de nadie, Estado y desarrollo	178
La ambigüedad de la guerra	179

<b>Bibliografía</b>	<b>181</b>
---------------------	------------





# Introducción

Así como la geografía del Guaviare nos describe un lugar a medio camino entre la Amazonía y la Orinoquía, su historia navega entre varias aguas: los dolores del conflicto y las promesas deslumbrantes de la coca, la fascinación natural de la selva-altillanura y las tragedias de los colonos que abrieron espacios para hacer una vida propia. A lo largo del siglo XX, varios autores, como Alfredo Molano<sup>1</sup>, Jorge Iván Marín<sup>2</sup>, Camilo Domínguez<sup>3</sup>, Catherine LeGrand<sup>4</sup>, Donny Meertens<sup>5</sup>, Miriam Jimeno<sup>6</sup>, Johana Torres et al.<sup>7</sup> o Bernardo Tovar<sup>8</sup>, se hicieron cargo de narrar una parte de esa historia, intentando desentrañar, a lo largo de cientos de páginas, la naturaleza de una región llena de contradicciones. En cada texto, registraron las peripecias y angustias de los indígenas, de los colonos, de los negros y de los campesinos; y describieron los complejos procesos que rodearon el auge de la cocaína y la expansión del conflicto armado interno que ha vivido el país, al menos, en sus últimos cincuenta años. En aquellas obras se encuentran los rasgos fundamentales de la historia del Guaviare, así como algunos vacíos que solo pueden ser abordados a partir de una renovada mirada a los recuerdos y narrativas de sus habitantes. Esta memoria compleja merece ser visitada también en tiempos de paz; allí puede haber pistas, claves y advertencias que permitan comprender el pasado y construir un mejor futuro para el departamento.

---

<sup>1</sup>Alfredo Molano, "Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare. El Áncora editores," Bogotá, Colombia (1996).

<sup>2</sup>Jorge Iván Marín, "Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998," *Memoria y sociedad* 7, no. 13 (2002).

<sup>3</sup>Camilo Domínguez, "Amazonía colombiana: economía y poblamiento," *Books* 1 (2005); Camilo Domínguez and Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonía colombiana 1850-1930*, Corporación Colombiana para la Amazonia Aracuara, Bogotá (Colombia) (1990).

<sup>4</sup>Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)* (Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes, 2016).

<sup>5</sup>Donny Meertens, "Mujer y colonización en el Guaviare (Colombia). [Women and settlement in Guaviare, Colombia]," *Colombia Amazónica (Colombia)*. Dic. 3, no. 2 (1988).

<sup>6</sup>Myriam Jimeno, "El poblamiento contemporáneo de la Amazonia," *Colombia Amazónica* (Bogotá D.C.: ICAN, 1987).

<sup>7</sup>Johana Paola Torres Pedraza, y otros. *El vuelo de las gaviotas. Memorias de colonización y resistencias negras y campesinas en el Guaviare* (Bogotá D.C.: Pontificia Universidad Javeriana, Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno y Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017)

<sup>8</sup>Bernardo Tovar Zambrano, *Historia de la colonización del noroccidente de la Amazonía colombiana: Los pobladores de la selva* (Bogotá D. C.: Instituto Colombiano de Antropología-Colcultura-Universidad de la Amazonia, 1995)

Esta empresa implica una necesaria señal de alerta: evitar la tentación de leer esta historia compleja en una perspectiva de juicios valorativos; tratar de identificar a los “buenos” y “malos”, o poner la atención en la relación víctimas y victimarios puede distorsionar los procesos históricos y nublar la posibilidad de comprenderlos, al privilegiar interpretaciones particulares y subjetivas que, en lugar de contribuir a la reconciliación y a la paz, podrían llevar a la región a repetir el ciclo nocivo de venganzas, violencias y antagonismos irresolubles, que marcó buena parte de la historia nacional en el siglo XX. Claro, tampoco es útil tomar la vía del extremo contrario: leer esta historia desde la perspectiva de las apologías y la justificación de las violencias de uno u otro actor; ello solo serviría para reforzar la impunidad, el odio y el dolor.

El punto justo está en la posibilidad de apartarse de la radicalidad de cada orilla y centrarse en una indagación histórica que privilegie la comprensión de los procesos por encima de los juicios de valor. Esa claridad, con todo y su crudeza, es la condición necesaria para la verdad, la justicia y la reparación, tres asuntos urgentes en Colombia ante la amenaza, nada despreciable, que anuncia Francisco Gutiérrez Sanín, de que volvamos a dar inicio a un nuevo ciclo de guerra<sup>9</sup>. Esa fue una de las orientaciones más importantes del proceso de investigación que antecedió esta publicación, cuyo propósito es divulgar los ejercicios de formación e investigación en memoria histórica llevados a cabo por algunos jóvenes del Guaviare en el marco del proyecto Amazonía Joven, una iniciativa ejecutada por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y apoyada por la Unión Europea, que viene impulsando la gestión sostenible e incluyente del ecosistema amazónico.

En el año 2020, cerca de 80 jóvenes de tres municipios del Guaviare (Calamar, San José, El Retorno) y de cuatro asentamientos (Vereda Colinas, ETCR10 Jaime Pardo Leal, ETCR Charras, Calamar y el Resguardo de Asunción) iniciaron un proceso de formación e investigación sobre la memoria histórica de sus comunidades. Después de tres meses de formación virtual (debido a la pandemia por Covid-19) y de dos meses de trabajo presencial (a finales de 2020), conversaron con adultos y adultos mayores de sus comunidades y obtuvieron relatos importantes sobre la historia regional. Se trata de nuevos datos que abren caminos para entender lo que le pasó al Guaviare y lo que han vivido sus gentes. En todos los casos, los informantes abrieron con generosidad sus recuerdos, su mayor tesoro, y compartieron decenas de historias, unas difíciles, otras esperanzadoras, al final, todas humanas.

A través de relatos de vida, historias orales, entrevistas y grupos focales, los jóvenes participantes aplicaron lo aprendido y se convirtieron en investigadores de la memoria histórica. Gracias a estas técnicas, diseñadas y aplicadas por ellos mismos, y tras la selección de un grupo nutrido de adultos mayores, lograron entrar a los recuerdos de sus comunidades, revivir las condiciones originarias del territorio, explorar las esperanzas de los recién llegados, recorrer las travesías de esos colonos recios que abrieron la frontera agraria y solidarizarse con los dolores de quienes sufrieron los rigores del conflicto y del narcotráfico.

---

<sup>9</sup> Francisco Gutiérrez, *¿Un nuevo ciclo de la guerra en Colombia?*, (Bogotá D.C.: DEBATE, 2020)

<sup>10</sup> Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación

En cada relato surgieron, al mismo tiempo, luces sobre el pasado y sobre el futuro. Los jóvenes se acercaron a lo que es ser guaviareño y a la valentía y el amor con que se construyó el territorio en medio de la adversidad; además, a su gran riqueza intercultural, al papel vital de las mujeres y a la centralidad que tiene la biodiversidad en cualquier propuesta que busque reparar un territorio agujereado por la guerra y el extractivismo. Claro, en este proceso también surgieron importantes llamados a la necesidad de construir un desarrollo agropecuario y turístico sostenible y a fortalecer las condiciones socioeconómicas de los habitantes del departamento.

Como producto de estas investigaciones, se recopilaron historias en las voces de sus mismos actores, dando lugar a un conjunto de grabaciones que los editores de este texto transcribieron y transformaron, tratando de mantener, en la medida de lo posible, su forma original. Solo se eliminaron apartados con base en dos criterios: ideas repetidas o redundantes e información sensible o confidencial. Con el fin de producir una narrativa fluida, en primera persona, también se eliminaron las preguntas y comentarios de los jóvenes entrevistados. La forma que adquirió la información recolectada es la de un relato que puede ser leído de manera continua, solo interrumpido por algunos subtítulos destinados a dividir y organizar temáticamente cada historia.

Cuatro ejes de análisis atraviesan de manera transversal los relatos que el lector encontrará en este libro. El primero es la *colonización*, un proceso vivido por el país en el largo plazo que supuso la migración de poblaciones de bajos recursos y sin medios de producción hacia espacios no habitados, inexplorados, baldíos o no intervenidos, con el fin de establecerse y desarrollar allí actividades económicas permanentes y estables que les permitieran subsistir. Colonizar y fundarse fue la historia de muchos colombianos expulsados por la pobreza, la violencia o la falta de oportunidades en sus lugares de origen, para quienes el Guaviare, en su momento, se presentó como un destino posible.

Se trató de una historia que tuvo menos de aventura y más de tragedia. Las condiciones inhóspitas del medio natural, las travesías por territorios incomunicados y carentes de vías de transporte adecuadas, los conflictos suscitados entre colonos, las estrategias ilegales de muchos terratenientes para apropiarse de las tierras recién abiertas, la presencia estatal frágil y diferencial en muchos lugares y la violencia, son apenas algunos de los retos que tuvieron que enfrentar los colonos. De manera más estructural, la colonización supuso la respuesta social de un país rural ante la ausencia de una legislación de tierras integral a lo largo del siglo XX. Por ello, algunos autores afirman que la colonización fue la alternativa que contemplaron élites y dirigentes políticos para no implementar la tan anhelada reforma agraria<sup>11</sup>.

Aunque el concepto se use de manera general, en realidad, cada proceso de colonización tuvo variaciones a nivel regional o local, así como, a través del tiempo. Jorge Iván Marín, a principios del siglo XXI, planteó una caracterización sencilla de los tipos de colonización, justamente, a propósito de un análisis de la colonización del Guaviare. Para él, la *colonización espontánea*, voluntaria o forzada, ha sido predominante en Colombia. Se trata de aquella emprendida por gentes carentes de tierra o recursos, sin que mediara algún tipo de intervención de las instituciones estatales. En muchos casos, fue producto

---

<sup>11</sup> Darío Fajardo, "La tierra y el poder político; la Reforma Agraria y la Reforma Rural En Colombia" *Revista Reforma Agraria Colonización y Cooperativas*, n. 1 (2002): 4-20



de la expansión del latifundio, de la agro industria, de la violencia o del conflicto armado. A estas condiciones hay que agregar, en el caso del Guaviare, el agotamiento de gran parte de los suelos de la región Andina, particularmente en los departamentos de Boyacá y Cundinamarca, lo que obligó a muchos campesinos a moverse hacia la Orinoquía<sup>12</sup>.

La *colonización dirigida*, en cambio, implicaba una acción intencionada, sostenida e integral por parte del Estado y sus instituciones para poblar terrenos e incorporarlos a la dinámica de la producción nacional bajo el modelo mixto, entre la agroexportación y la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), que predominó durante buena parte del siglo XX<sup>13</sup>. De acuerdo con Marín, esta modalidad de colonización fue muy reducida en el caso nacional y no fue integral debido, por un lado, a las tensiones originadas en la contradicción proteccionismo-apertura del modelo económico de la época; y, por otro, a la dificultad de complementar los procesos de poblamiento con la provisión de infraestructura y servicios básicos para la población. Tampoco permaneció en el tiempo; las instituciones a cargo, como la Caja Agraria en los años cincuenta y posteriormente el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), carecían de recursos y herramientas suficientes para sostenerla<sup>14</sup>. En el caso del Guaviare, con ciertas reservas, la colonización de El Retorno puede ser vista como dirigida.

En medio de los dos anteriores tipos de colonización, se dispuso el de colonización orientada, entendido como un proceso que iniciaba de manera espontánea pero que, luego, empezaba a contar con la mediación estatal (dirigida), cuya intervención permitía reforzar las iniciativas surgidas desde la sociedad —específicamente, desde el campesinado—, con la acción institucional en materia de infraestructura, servicios y beneficios para la producción.

Según Jorge Iván Marín, otros autores identificaron la *colonización armada* (William Ramírez Tobón) y la *colonización rapaz o extractiva* (Alfredo Molano) como tipologías de este fenómeno. La primera tuvo su origen en el conflicto entre terratenientes y campesinos y, de acuerdo con Catherine LeGrand<sup>15</sup>, implicó la construcción de formas armadas de autodefensa de los segundos frente a las violencias desplegadas por los primeros. En el caso de la colonización rapaz, Marín discute con Molano sobre el débil carácter de esta modalidad, si se tiene en cuenta que la mayor parte de actividades extractivas o de explotación de recursos naturales, como el tigrilleo<sup>16</sup>, el cachirreo<sup>17</sup> o incluso la misma cauchería<sup>18</sup>, no generaron procesos de poblamiento sólidos, más bien, estos fueron temporales y frágiles y no constituyeron una dinámica económica permanente en el territorio<sup>19</sup>.

---

<sup>12</sup> Jorge Iván Marín, "Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998," *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014): 117-158

<sup>13</sup> José Antonio Ocampo, *Historia económica de Colombia* (Bogotá D.C.: Fondo de Cultura Económica, 2017)

<sup>14</sup> Jorge Iván Marín, "Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998," *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014): 117-158

<sup>15</sup> Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)* (Bogotá D.C.: Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes, 2016)

<sup>16</sup> Práctica asociada a la extracción y comercialización de pieles.

<sup>17</sup> Caza del caimán de río, conocido en la región como cachirre.

<sup>18</sup> Extracción de caucho con fines industriales y de comercialización.

<sup>19</sup> Jorge Iván Marín, "Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998," *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014): 117-158

Por último, es interesante explorar la noción de *colonización indígena*, ligada a las dinámicas de nativos del sur de la Amazonía, que se movieron hacia el Guaviare y se establecieron allí, en algunos casos, siguiendo viejas rutas trazadas en el pasado a partir de sus formas de vida y de sus prácticas de movilidad o nomadismo. Si bien, eventualmente, las causas de su migración podrían considerarse como procesos de desplazamiento forzado, debido al vínculo de esta con el Conflicto Armado u otros procesos extractivos, ello no es generalizable en todos los casos; como sucedió en el Resguardo de la Asunción, a El Retorno, en el Guaviare, muchos miembros de los pueblos Tucano o Desano llegaron movidos por razones diferentes a la violencia.

Dentro de la historia del Guaviare, es posible registrar procesos de colonización espontánea, orientada, armada, indígena y dirigida, aunque, esta última solo de manera marginal, dadas la debilidad institucional en términos de planeación y la presencia estatal diferencial en un departamento muy joven (creado en el marco de la Constitución de 1991) que, por mucho tiempo, fue parte de esos territorios nacionales excluidos del centro del poder. Los relatos que se incluyen en este libro le permitirán al lector descifrar la naturaleza de estos procesos y, a lo mejor, concluir que cada familia, cada grupo de colonos venido a estas tierras, experimentaron no una sino varias modalidades de colonización, traslapadas o superpuestas.

El segundo eje es el del *conflicto social y armado*, que está presente en la memoria de los guaviarenses como una impronta indeleble. Este proceso, que atraviesa la historia del país desde la segunda mitad del siglo XX, se define como social en la medida en que descansa en las tensiones y conflictos propios de una sociedad inequitativa y profundamente desigual, con aspectos irresueltos crónicamente, como el problema de la tierra. Por otra parte, es *armado* en tanto varios actores intentaron retar al poder estatal, generar cambios en él o mantener el *statu quo* a partir de la confrontación bélica.

Pero más allá de estas definiciones, el conflicto armado colombiano es un proceso social complejo que, a la vez, ha desestructurado y reestructurado la sociedad colombiana, produciendo relaciones de poder paradójicas; vinculando, por distintos caminos, a una buena parte de sus actores; articulándose a dinámicas económicas, sociales políticas y culturales; y configurando un cuadro de poder que determina, hasta hoy, la disposición territorial del país.

Junto al conflicto social y armado —o, más bien, a raíz de este— emerge la *paz*, no como estado sino como proceso; una paz en construcción, no de facto o por decreto. La paz que brota de la memoria del Guaviare es aquella que comienza por callar los fusiles de un grupo en armas; pero no termina allí, pasa por desarmar a todos los grupos y actores que aún las empuñan y, sobre todo, por “desarmar” las condiciones que generaron esta larga y dolorosa confrontación. Muchos jóvenes del Guaviare están embarcados en la paz, comprometidos y convencidos de que esta supone una alternativa al narcotráfico, a la delincuencia y a otras formas de violencia. Para no fallarles, es preciso darle a su generación una demostración clara de que es posible.

El tercer eje, el *narcotráfico*, es entendido como la producción, distribución y comercio o tráfico ilegal de drogas o sustancias tóxicas, cuyo modelo por excelencia es la cocaína. Como nos revela Eduardo Sáenz Rovner, en su más reciente libro: *Conexión Colombia. Una historia del narcotráfico entre los años 30 y los años 90*; no se trata de un negocio reciente

en el país, pues se remonta incluso a inicios del siglo XX, ni es exclusivo de las regiones a las que habitualmente se asocia: Antioquia y Valle del Cauca. Su larga historia atraviesa muchos territorios, articula la ruralidad y el campo y lanza un hilo que anuda a élites económicas y sectores delincuenciales<sup>20</sup>.

Más allá de esto, el narcotráfico ha sido un complejo fenómeno social que está en la base de la construcción de muchas regiones, y varios lugares del Guaviare son una muestra fidedigna de ello. Sin el narcotráfico, pequeños asentamientos no habrían podido llegar a ser municipios. Como lo narran los guaviarenses, los recursos de este negocio ilícito alimentaron pequeñas redes productivas agropecuarias que, a su vez, integraron mercados locales que el Estado nunca quiso o pudo incorporar por medios legales. El narcotráfico proveyó infraestructura e invirtió en ganadería, así como en diversas actividades económicas que hoy sostienen el departamento. Claro, estos beneficios de ningún modo son equiparables con las nefastas consecuencias humanas que la empresa de drogas ilícitas produjo en todos los eslabones de su cadena productiva. Sin embargo, las relaciones entre la producción y el tráfico ilegal de estupefacientes y los procesos de desarrollo económico que se estructuraron en la sociedad guaviarenses no pueden omitirse fácilmente. Entonces, más que hacer una apología a este sombrío negocio y a sus cabecillas, es preciso identificar el lugar que ha ocupado históricamente en la construcción de la región.

Finalmente, como cuarto eje transversal, está la noción de *memoria histórica*; para algunos, polémica y contradictoria, pues vincula dos conceptos distintos en una sola expresión. Mientras la memoria parece remitir al recuerdo depositado en las personas y transmitido, fundamentalmente, a partir la oralidad; la historia se sitúa en el campo académico y reclama el lugar de profesión, disciplina e, incluso, ciencia. Para los historiadores más dogmáticos, unir los dos conceptos es un adefesio. Para comunidades, investigadores y algunas instituciones, esta juntura permite, precisamente, rescatar las memorias y volverlas historia. En el transcurso de este proceso de formación e investigación con los jóvenes del Guaviare, se ha entendido la memoria histórica en este último sentido. Acudir a la oralidad y también a lo escrito -a la memoria y a la historia- ha permitido contrastar las fuentes y ensamblar ambas líneas a través del diálogo, dándole a cada una un peso específico.

En vez de entrar en el debate entre memoria e historia, este proyecto ha puesto el foco en la utilidad de la memoria histórica; lo que ha permitido descubrir que recordar es una condición necesaria para la reconciliación y la verdad, amparadas en la comprensión de lo que se ha vivido y no solo en su juzgamiento. La memoria de lo vivido, transmutada en historia, alecciona y al mismo tiempo contribuye a orientar la dirección en la cual los jóvenes guaviarenses pueden construir su futuro. Es claro que sin memoria de la propia historia cualquier emprendimiento o proyecto productivo carecen de un suelo firme porque los pueblos y las sociedades se confunden, diluyen sus identidades y pierden las capacidades de reconocerse y constituirse a sí mismos.

En la memoria histórica del Guaviare caben, entonces, las hazañas y la verraquera que inspiraron a sus colonizadores; también la iniciativa, la persistencia y la resiliencia que les permitieron, a todos los actores del departamento, imponer la vida sobre la muerte en medio del conflicto y el narcotráfico, y defender su permanencia en el territorio. Una con-

---

<sup>20</sup> Eduardo Sáenz, *Conexión Colombia. Una historia del narcotráfico entre los años 30 y los años 90*, Primera Edición ed., ed. Editoria Planeta Colombiana S.A., Crítica, (Bogotá: Editorial Planea Colombiana, 2021).

tinuidad que hoy tiene tanto de esperanza como de amenaza, pues no hay duda de que la paz implica dejar las armas, como lo han hecho las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército Popular (FARC-EP), pero, sobre todo, garantizar las condiciones que impidan la repetición de las violencias y que posibiliten la construcción de un proyecto de región para todas y todos los guaviarenses. El contexto actual es incierto en ese sentido.

Este libro, que dialoga con una cartilla de formación en memoria histórica del Guaviare, y con un blog y varias piezas audiovisuales, ha sido organizado en cuatro capítulos, uno para cada lugar geográfico donde los jóvenes realizaron sus ejercicios de formación e investigación: el Resguardo de Asunción en El Retorno, Calamar, Charras (ETCR y vereda) y Colinas (ETCR y vereda). Los capítulos incluyen ejercicios significativos, realizados por los estudiantes y por el equipo de formación, cuyos criterios de selección fueron la originalidad de los relatos, la calidad de las grabaciones y la pertinencia de la información acopiada. Cada relato es único, pero dialoga con los demás a partir de los cuatro ejes expuestos atrás. Muchos aspectos y posibilidades de análisis surgieron durante la recolección y el procesamiento de la información. No obstante, decidimos acompañar los relatos solo con una breve introducción y unas conclusiones básicas que permitan situarlos en su contexto. Dejamos en manos del lector la interpretación de lo que mujeres y hombres del Guaviare, con inmensa generosidad, decidieron contarnos sobre la memoria histórica del departamento.





## Capítulo 1.

# La colonización indígena del Guaviare. El Resguardo de La Asunción en El Retorno

Muchos corregimientos y veredas del departamento del Guaviare se caracterizan por ser producto de procesos de colonización basados en actividades económicas transitorias y espontáneas que, habitualmente, carecieron de acompañamiento u orientación del Estado y no contaron con una base consistente ni con una proyección hacia el futuro. Por contraste, la colonización de El Retorno fue el foco de una acción institucional, más o menos intencionada, iniciada en los años sesenta del siglo XX.

Originalmente, los viajes entre Calamar y San José fueron generando núcleos poblados, entre ellos, Caño Grande que, a partir del 7 de junio de 1976, se hizo municipio y adoptó el nombre de El Retorno. Al mismo tiempo, con el modelo que algunos autores denominaron *colonización orientada*, se les otorgaron créditos y títulos de propiedad a campesinos, estimulando, por esa vía, tanto la actividad ganadera y la conversión del bosque en praderas de pastos mejorados, como el asentamiento de familias en Caño Grande. Los pobladores, en su mayoría, llegaron atraídos por anuncios radiales a través de los cuales se difundió la idea de que recibirían apoyo de programas asociados a la modernización agrícola del país. Otros, en cambio, llegaron expulsados por la violencia de sus territorios de origen.



Entre otros personajes, Orlando López García contribuyó con este tipo de colonización por medio del programa radial “Al Campo”, alentando a los campesinos que habían llegado a las principales ciudades del país, desplazados por la violencia de las dos décadas anteriores, a que se lanzaran a abrir la frontera agrícola. Como describe Donny Meertens, el Comisario del Vaupés y este periodista gestionaron con el INCORA “el traslado masivo de las familias que así lo solicitasen a la zona prevista para la colonización, la cual comprendía el área ubicada a lo largo de la trocha que desde La Fuga comunicaba el Caño Grande o El Retorno con Platanales o La Libertad y Calamar”<sup>21</sup>. El ejemplo de estas familias fue seguido por otras que, viniendo de Cali, Bogotá y Manizales, se encontraron con la colonización que avanzaba por la vertiente del Ariari hasta el Puerto de San José, y habrían seguido de largo hacia lo que hoy es El Retorno.

Como ilustra Marín<sup>22</sup>, muchos de estos hombres y mujeres, que habían sido transportados por la Fuerza Aérea, se asentaron, inicialmente, en campamentos construidos en Caño Grande. El gobierno local ayudó a delimitar lotes de 50 hectáreas para cada familia. Sin embargo, Donny Meertens consideró esta colonización, en su momento, como improvisada y pobremente institucionalizada, es decir, difícilmente *dirigida*. La sustracción de 181.000 hectáreas a la Reserva Forestal mediante una Resolución del INDERENA en 1969 y la entrada a la zona de esta institución y de la Caja Agraria no fueron acciones suficientes para decir que el Estado tenía bajo control todo el proceso.

Por el contrario, la falta de infraestructura, los conflictos entre los recién llegados, sus condiciones de vida y, además, factores asociados a enfermedades tropicales junto con la salida de muchos inmigrantes decepcionados, a principios de los años setenta, originaron un despoblamiento que el INCORA solo logró parar años después, al término de los cuales, se estabilizó, finalmente, el proceso de colonización de la región. Debido al nombre de la campaña radial que impulsó el tránsito colonizador por el Ariari: “Operación retorno al campo”, se decidió cambiar el nombre de Caño Grande por el de El Retorno.

Para 1972, este complejo proceso de colonización había dejado cerca de 2.500 familias (15.000 personas) instaladas en el eje entre La Fuga y El Retorno. En este último asentamiento se llegaron a contabilizar, específicamente, unos 500 habitantes<sup>23</sup>. Como indica Jorge Iván Marín, es preciso señalar otra característica

---

<sup>21</sup> Donny Meertens, “Mujer y colonización en el Guaviare (Colombia). [Women and settlement in Guaviare, Colombia],” *Colombia Amazónica* (Colombia), n. 2 (Dic. 3, 1988): 21-71

<sup>22</sup> Jorge Iván Marín, “Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998,” *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014): 117-158

<sup>23</sup> *Ibid*

importante en la conformación reciente de aquella región: el proceso de colonización del Guaviare, y en especial de El Retorno, está inscrito en lo que Jan Karremans llamó *migración en dos escalas*<sup>24</sup>. Este estudioso del Guaviare observó que los colonos no llegaban directamente al departamento; primero, hacían una escala en el Meta, donde compraban pequeñas porciones de tierra, establecían mejoras y, solo cuando las vendían y obtenían un capital inicial, que no era significativo en el Meta pero sí en el Guaviare, llegaban allí a comprar tierras con pastos. Siguiendo a Marín, “este planteamiento demuestra la relación existente entre praderización y la disponibilidad de capital al llegar al Guaviare”<sup>25</sup>.

Aunque, para muchos de los recién llegados, el proceso en general solo parecía haber generado frustraciones; el modelo descrito y las circunstancias históricas particulares que lo acompañaron, aparentemente, permitieron que en El Retorno se constituyera una estructura agraria equitativa muy prometedora. Así las cosas, finalizando los años setenta, en 1977, exactamente; el eje de colonización del Guaviare se había desplazado a San José, El Retorno y Calamar, lo que generó la creación de la Comisaría Especial del Guaviare, con el primero de los tres municipios como capital<sup>26</sup>. Por esos años también hicieron su ingreso la coca y su correspondiente conflictividad; las FARC-EP ampliaron su operación hacia este nuevo eje y las ilusiones de una “tierra prometida” comenzaron a desaparecer.

Dentro de estas dinámicas de colonización, un aspecto vital fue la construcción de vías para facilitar la llegada de inmigrantes hacia El Retorno y Calamar. Curiosamente, esto permitió el desarrollo de otro proceso: la colonización indígena del Guaviare o, si se quiere, el desplazamiento de algunas comunidades del Vaupés de sus territorios tradicionales<sup>27</sup>. El pueblo Jiw, llamado vulgarmente Guayabero, se asentó en la zona de El Retorno porque venía empujado por la colonización del Ariari; por su parte, el pueblo Tucano o “Dahséa Mahsá” (Gente Tucán), originario de lo que hoy es Brasil y del territorio comprendido entre los ríos Papurí y Vaupés, migró desde la década de 1950 motivado por el impacto acumulado de las actividades caucheras y extractivas, y por las fuertes transformaciones culturales y territoriales que introdujo el proceso de evangelización a cargo de las misiones católicas Monfortianas en sus sitios de origen. Vale la pena recordar que en 1950 toda la región, entre las tierras de Brasil y Colombia, separadas al norte por el río Guaviare y al sur por el Caquetá, era tan remota y virgen como pocos lugares en el mundo<sup>28</sup>.

---

<sup>24</sup> Jan Karremans, “Hacia un método de investigación en zonas de colonización; la colonización en San José del Guaviare”, *Colombia Amazónica*, n. 3 (1988: 57-72)

<sup>25</sup> Jorge Iván Marín, “Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998,” *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014:140)

<sup>26</sup> Ibid

<sup>27</sup> Ibid

<sup>28</sup> Wade Davis, *El río: exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica* (Bogotá D.C.: Banco de la República, Ancora Editores, 2001)





Estos procesos de aculturación y de sedentarización fragilizaron las condiciones de vida del pueblo Tucano, para el que la movilidad resultaba vital desde su cosmología; indujeron la pérdida de su lengua, el abandono de sus prácticas de producción ancestrales y la dilución de sus leyes de origen y de sus formas de autoridad. Como producto de este proceso, la población quedó reducida a un área muy pequeña, donde tuvieron que cambiar por casas sus malocas (la maloca es el Universo y el Universo es la maloca) y todo lo que ellas representaban para la vida social. Se introdujeron nociones de propiedad privada e individualidad que fragmentaron su vida comunitaria.

Debilitada su capacidad para sobrevivir y ausentes las condiciones que les permitían una vida ajustada al territorio, una parte de los Tucano se desplazó hacia el Guaviare. Pero, no llegaron solos. Por razones similares, también vinieron a esa región los Kubeos, Wananos, Desanos, Sirianos y Piratapuyos, quienes, al encontrar puntos en común dentro de las visiones cosmológicas de sus pueblos de origen y el de la Gente Tucán -como la importancia de la exogamia-, comenzaron a tejer relaciones y a construir espacios compartidos para vivir.

Algunos Tucano llegaron con curas católicos, otros venían como empleados contratados para la construcción de la pista de San José del Guaviare o para trabajar en la carretera que uniría a San José con El Retorno.<sup>29</sup> Al encontrar tierras libres, se “fundaron” allí, cerca de los ríos, lo que era una garantía de bienestar, pues la pesca constituía una de sus principales actividades culturales y alimentarias.<sup>30</sup> Unos se asentaron a lo largo del caño La Fuga, a donde, durante los años sesenta, fueron llegando nuevos pobladores del mismo origen, los suficientes para que, en 1979, el INCORA declarara toda el área como Reserva indígena, ocupada en ese momento por Tucano orientales. Solo entre los años noventa y principios de los 2000 comenzó la transformación de la Reserva en Resguardo.

Aunque estas dos figuras (Reserva y Resguardo) les garantizaban un territorio para reconstruir sus formas de vida; las secuelas de los procesos de aculturación del pasado, el desarrollo de relaciones salariales, los medios de intercambio monetarizados, las prácticas de consumo propias de la sociedad mayoritaria y el contacto con los colonos blancos que circundaban sus territorios fueron erosionando la cultura y las formas propias en las nuevas generaciones. Así lo afirman los propios jóvenes Tucano del Resguardo de La Asunción que participaron en este proyecto:

---

<sup>29</sup> Hay comunidades Tucano en los Resguardos de Lagos de Dorado, Barranquillita, La Yuquera y en el barrio 20 de julio, en San José.

<sup>30</sup> Dentro de los Tucano, los Bará son Pueblo de Pescado (o de agua), los Barasana son Pueblo de Tierra y los Tatuyo son pueblos de Cielo.

*Nosotros pensamos que porque se pierde la cultura y, pues, primero que nada, yo veo eso en mi casa; pues, yo creo que eso se perdió, pero eso es más complicado. Pues, yo digo que se perdió por mi papá y mi mamá. Porque en sí, en la cultura indígena, los hijos siguen la cultura del papá, entonces, mi papá, pues, es blanco; mi mamá es indígena. Entonces, ellos siempre nos hablaron en español, castellano y, pues, ya uno cuando estaba pequeño, pues, llegaban familiares de mi mamá a hablar con ella y eso. Ellos hablaban en lengua, pero no le explicaban a uno, lo dejaban ahí a uno, así, poniendo cuidado y, pues, ni modo de uno entender. Y, pues, uno les preguntaba y, pues, ellos le respondían a uno, pero ya al ratico a uno se le olvidaba por estar pensando en otras cosas. Pues, hubo un tiempo que mi hermano y yo estábamos tratando de aprender, pero ¡no sirvió de nada! Es muy difícil, es muy complicado.*

*Para aprender, hay que hablarlo todos los días, porque una cosa es aprender y otra cosa es aprender y hablar bien feo. Es que el sonido ya cambia totalmente. O que esté uno acostumbrado a otras letras, dicen por ahí, a otros tonos de hablar, acostumbrados a pronunciar diferente; o al tratar de pronunciar las palabras en lengua, sale chistoso. Se escucha totalmente diferente a como ellos las dicen, entonces, no funciona. O sea, puede que yo entienda lo que está diciendo, pero la otra persona no me va a entender. En la casa de una amiga, un papá habla Tucano y la mamá habla Desano, entonces, para entenderse todos, pues, solo hablan español. Ya es difícil aprender una lengua, peor aprender dos.<sup>31</sup>*

Por otra parte, el narcotráfico y la presencia de actores armados en sus territorios, como las FARC-EP o los paramilitares, complementaron el cuadro de amenazas que se tienden hasta hoy sobre este y otros pueblos indígenas de la región. Como lo afirmó en su momento Alfredo Molano, no hay que olvidar que el cultivo de la coca cuenta con un fundamento objetivo vinculado íntimamente con la historia reciente del país, de la cual, la colonización del piedemonte llanero y de la selva de la Orinoquia y la Amazonía no es más que un capítulo...

[...] vergonzoso o heroico, pero nuestro. No podemos halarnos los pelos tratando de ocultar vanamente un proceso que es una criatura legítima de lo que podría llamarse nuestra “alma nacional”. Cada uno de los actores invo-

---

<sup>31</sup> Grupo focal con los jóvenes de La Asunción. Realizado el 12 de noviembre de 2020



lucrados en el drama tiene algo en lo que, silenciosamente, nos podemos reconocer. No es, pues, hora de sanciones morales. Hoy debemos abrir los ojos para ver de frente lo que hemos contribuido a formar.”<sup>32</sup>

Lo cierto es que el Resguardo de La Asunción, ubicado en el Municipio de El Retorno y habitado por personas de los pueblos Tucano y Desano, es un ejemplo de todos los procesos históricos de colonización y de sus transformaciones recientes. Los jóvenes de esta comunidad no solo están tomando conciencia sobre la importancia de fortalecer y revitalizar la cultura propia, sino que han dado inicio a procesos de producción y transformación de alimentos propios de la región, como ají, chontaduro y cocona, entre otros. La Paz ha traído los recursos necesarios para apalancar estos proyectos, pero también ha significado una oportunidad para reforzar los procesos de arraigo y rescate de la cultura indígena.

En este contexto, el componente de Memoria Histórica del Proyecto Amazonía Joven les permitió a los Tucano de La Asunción volver a la memoria de algunos de sus mayores, cuyas narraciones, en unos casos, confirman lo que ya sabíamos sobre la historia de la colonización indígena y, en otros, aportan nuevos datos o refutan nuestro entendimiento previo. En los siguientes relatos de vida e historias orales, realizados por los propios jóvenes del Resguardo, emergen detalles interesantes. Por ejemplo, el papel que jugaron las mujeres en su llegada al Guaviare o las fértiles posibilidades de interculturalidad que tuvieron lugar allí y que enriquecen, en parte, la idea de los cambios culturales, entendidos comúnmente como una simple aculturación. También llama la atención la fortaleza con la que este pueblo ha enfrentado los embates del narcotráfico y el conflicto, unas veces articulándose y otras deslindándose. Leámoslos.

---

<sup>32</sup> Alfredo Molano, *Selva adentro: una historia de la colonización del Guaviare* (Bogotá D.C.: El áncora editores, 2006)

## Travesías hacia el Guaviare: el relato de Amelia



Foto: © Warner Valencia

*Mis abuelos eran de Monfort y mis padres también de ahí mismo, eso es por Brasil. Nuestro abuelo vivía en una comunidad, yo conocí a mi abuelo y lo recuerdo como hasta los siete años. Ellos vivían en una comunidad, en una maloca grande, más grande que esta, en la que estamos. Se vivía en una sola maloca y cada quién tenía una piecita con su familia. Se veía una piecita, otra piecita, otra piecita, y así. Y había una principal que era para todo el mundo.*

*Mis abuelos y padres vivían parecido a ahorita, con cosas sencillas. Había costumbres. Por ejemplo, ellos, cuando iban a hacer fiesta, le avisaban a los de la otra maloca; por ahí como cuatro malocas, no más. Eran fiestas de cuatro pueblos; y cuando se iban a hacer fiestas más grandes, el cacique avisaba. Ahí, como a las dos de la mañana, se levantaba y tocaba Maguaré con un palo, sonaba ¡duro! ¡Tuc, tuc, tuc, tuc! Ahí se empezaban a levantar los jóvenes y señoritas a bailar. En ese entonces, se tenía para las mujeres un puerto, y para los hombres otro puerto.*



## La infancia en Montfort

*De mi infancia, recuerdo que entré a estudiar a los ocho, nueve, o diez años. Recuerdo estudiar el castellano con las monjas y con los curas. Con ellos estudiábamos nosotros, pero en ese tiempo no era como ahora. Antes, trabajábamos lunes, martes, miércoles, y se estudiaba el jueves. Mientras estudiaba, hubo un momento en el que se acabó la maloca y vivíamos cada uno en una casa; una casita aparte para cada familia, ahí con su familia, lejitos.*

*Donde se armó mi casa era un lugar propio para eso y duramos un tiempo ahí. Se tenía todo muy organizadito. Estaban las paredes embutidas con greda; eso no lo tenían las casas de los indígenas. Esa maloca se acabó, la prohibieron los curas, nos mandaban a no seguir esa cosa, esa cosa era del diablo. Ellos prohibían todas las culturas que hablaban en su lengua propia; prohibieron chicha, ¡Todo! Y quedaron los viejos que sabían, pero ellos sí tenían cabeza brava. Yo sí sé que ellos eran bravos; mis suegros, mis tíos eran bravos. Cómo le digo yo: En este tiempo parece que no interesaba aprender, pero antes se buscaba aprender de los viejos.*

*Todos los días tocaba ir a trabajar, y nosotros íbamos a estudiar y los curas tenían[an] allá yuca, y plátano; y si no había, otro iba a traer plátano y otro, yuca. Así vivíamos nosotros. En ese tiempo era como diferente, digo yo, no era como ahora. Después del desayuno, el sábado, tocaba ayudar a las madres. Cada unito agarraba a las madres y se les daban canásticos, cada niña llegaba a la casa con canástico. Cuando llegábamos, a veces, mamá decía que limpiáramos acá este ratito; limpiá[ra]mos allá y que prendieran el fogón, y así.*

*Hacíamos moritas y hogueras, caracol, y sembrábamos la comida así: ñame, comidita ahí, para meter caña, así. Y cada uno cargaba, como burritos, cosas para la casa. Y, cuando llegamos, teníamos comidita; pescado con quiñapira<sup>33</sup>, con casabe<sup>34</sup>; almorzábamos y empezábamos a trabajar. Y, entre todos, se raspaba yuca, rallábamos y así acabábamos ligero. Cuando acabábamos, íbamos a traer leña, cada uno, la dejábamos e íbamos a bañarnos y mamá decía que vayan, váyase, ya está, ya se acabó el oficio.*

*Luego de eso, íbamos para la casa cuando vivíamos en el raudal grande. Eso es como en tiempos de niños. Nos bañábamos, lavábamos ropita y, mientras uno se está bañando, mamá estaba cocinando jugos de maripuera, preparando co-*

---

<sup>33</sup> Tipo de caldo cuyo principal ingrediente es el ají, suele cocerse o acompañarse con pescado.

<sup>34</sup> Especie de torta o arepa a base de harina de yuca brava

mida. Ella, cuando llegaba, decía: “Ya es tarde hijos, vaya coma quiñapira y ca-sabe; si hay pescaíto, con pescaíto”; de sobremesa era maripuera bien dulcecita también. Así eran las costumbres de nuestros abuelos y padres.

Desde niños, los viejos nos enseñaban que éramos indígenas. Ellos andaban diciendo siempre: “Nosotros somos indígenas”. Nuestra cultura vivía primero. Cómo les digo yo: Es que yo primero no sabía eso, mi suegro me contaba porque yo era muy joven y no conocía de eso. El viejo suegro vivía con esto de ir diciendo: “esto se llama así”, “con las tajás de esa cáscara vivían los hombres”, “las mujeres vivían con eso de aquí para adelante”; y así, contaba mi suegro. Pobre era nuestro abuelo, según mi suegro, y él decía: “estas mujeres, si se burlaban nada se respetaba” y el mantenía respetado. Mi suegro también dijo que con los españoles se acabó eso, la cultura, y después ya tenía que andar vestido, con esa ropa que ahora utilizan ustedes.

Antes, la ropa de las comadres o de las mujeres era diferente, se vestían con faldas hasta acá no más, a la cadera. Así eran, pero cuando venían y llegaban curas, los vestían ya con ropa. Yo, como era niña, me la pasaba jugando; jugaba junto a Tucanos, pero también otros pueblos que había pero que ya no me sé, pero eso a los abuelos no les gustaba, y los viejos ya no nos mandaban a jugar con niños y niñas de otras partes. Yo, con mis amigas, jugaba a jueguitos de hojas, de pepitas, semillitas, que buscar y encontrar. Me gustaba encontrar florecitas, me las traía y con eso jugaba. Los niños sí jugaban aparte, otras cosas.

Antes, el abuelo enseñaba al hijo mayor los rezos y cantos del pueblo Tucano y, si ya los otros hermanos querían seguir, se les enseñaba también; si el mayor no quería aprender, pues quedaba otro hermano, y así. Pero en este tiempo ya estaba el cura y la escuela donde estudiábamos, y allí se sacaban esas cosas propias que uno aprendía. Los niños de otros años después ya no conocieron esas cosas de la cultura, se perdió ya. Eso es como les decía mi esposo, que ya no gobernaba la cultura de antes; el cura no nos dejaba aprender a nosotros, y el cura no sabía que cualquiera hacía cultura. A los jóvenes de allá, en ese entonces, les tocaba puro baile, no más; pero el baile tampoco lo dejaban bailar los curas, una bailaba por ahí a escondiditas un ratico. Así era.

## Andar hacia el Guaviare

Guaviare todavía era solo cuando llegamos, por el 63. Había guayaberos (Jiw) y los dueños de estas tierras eran de otra tribu. Ellos eran de otro pueblo y lugar. Nosotros tenemos otras cosas diferentes. Cuando llegamos acá, la primera vez que yo conocí el río Guayabero, no lo vi puro, como nosotros los indígenas veía-



mos nuestros ríos de Monfort. Allá los ríos crecidos eran limpios, pues, digo yo; pero, en cambio, el Guayabero era muy cochino. El Guaviare sí era puro y había sabana todavía. Existía una misión de los curas, una casa de párroco y había ahí, en San José, como diez casitas alrededor, no más; pero despuesito de que llegamos, ellos también, los blancos, llegaron fundando. En tiempos de magia progresó ese pueblo del Retorno. Así pasó, ahora está... progresando mucho. Eso conocí yo en ese tiempo.

En ese tiempo uno no pensaba todavía en amor. No como las jóvenes de ahora, digo. No. Ahora no es como ese tiempo. Cuando yo tenía catorce años, empezó mi esposo a conseguir novia; yo no pensaba ni amor ni nada, pero ahí, uno lo ve como un hermano, diré yo. Así duramos harto tiempo; yo eso le cuento a mi nieta, empezamos a los 14 y a los 19 me casé, como en 1959. Me casé en Monfort, y de ahí ya me vine para El Retorno y al Resguardo de Asunción. Después de un año de que me casé, un cura que trabajaba allá se vino a San José, cuando se empezó a trabajar en la carretera principal.

Ese cura me engañó. Me dijo que cuando me iba a casar me iba a regalar máquinas –como yo, más o menos, entendía la modistería–; y que me iba a regalar eso, pero que no podía, y dijo que mejor venga y trabaja aquí, en San José. Había un viejo que necesitaba una cocinera; el cura dijo: “es que mis alumnas sabían cocinar”. Por eso nos llamaron a nosotras allá, a mí y a otras muchachas. Entonces, que alistara para venir acá a cocinar; entonces, estuvimos trabajando y cocinando. Llegamos a San José en un avión que fue hasta allá, y como Monfort tiene pista, pues fueron por mí.

Si no hubiera conocido al cura, no estaríamos aquí. Pero, era bien bonito Monfort, el pueblito donde nací yo. Queda allá abajo por el Brasil; ahí se cruza un río y ya se está en Colombia. En cambio, cuando llegamos acá no había gente, nada. Era un viejito, como yo ahora, el que me tocaba atender. Y nos trajo el avión y nos dejó en Agua Bonita, pero quedamos ahí tumbados en un terreno como hasta las seis; cargamos nuestro equipo y había como treinta personas más, un grupo. Todo lo que traíamos nos lo ayudaron a cargar a hombro. Todas las muchachas empezamos a caminar por pura trochita para llegar a El Retorno, que en ese tiempo era Caño Grande. Ay, Dios mío ¡yo, cómo llegué de cansada! Llegamos seis de la tarde.

Un primo ya estaba aquí desde antes. Y yo traía sal y ají. Mi primo abrió y miró la maleta y dijo: “Ay, quién más trajo comida fresca”. Y sacó pescado. Al ratico, sacaron harto pescado, era mucho. Y él me dijo: “Prima, descanse; yo lo cocino”. Cocinó rápido y nos sirvió a nosotros. Comimos, y ahí nos fuimos a bañar. Yo miraba El Retorno como puro montecito, había un campamento donde vivía policía y había una casa grande de un viejo contratista. Había cocina y un tallercito para arreglar.

*Ahí en la casa del viejo cociné como siete meses, no más, y me aburrí; yo no sé, ese tiempo no había pailas. Nada todavía, me aburrí con eso. Yo dije: “vámonos, yo no cocino ahí, me quemo mucho mis manos”, les dije yo. Entonces, me fui. Y el viejo dijo que cogiera para donde está colegio y donde el hospital viejo; ahí cogimos nosotros. Después, nos devolvimos a Monfort, ese mismo año, como en abril. Nos fuimos con todo; mi esposo iba a pasar con su familia, y allá había comida y harto que hacer y cazar, animales y pescados.*

*Los viejos dijeron: “Vámonos a Monfort, aquí siempre estamos aguantando hambre”. Mi suegra también pensaba igual; también los tíos de mi señor. Entonces, nos fuimos para Monfort y volvimos a Asunción como en el 63. Llegamos ahí y ya estaban entrando para acá. Veníamos, entonces, los fundadores. Llegamos y el viejo a quien le trabajaba, otra vez, nos hace trabajar. Nosotros trabajamos un mes, no más; el viejo también se enfermó y el cura dijo: “quién se va a trabajar a Inírida”, y a nosotros nos tocó ir donde iba él.*

*Los señores dijeron: “¡vámonos!”, y hacemos harina también allá. Y al cuento de cura, fuimos en puro verano, bajamos y conocí. Recuerdo unos perros peligrosos; nosotros llamamos a los perros y miramos, subimos, dimos vueltas. Al final, mi esposo me dijo: “Mija, nosotros cogemos acá para hacer finca”. Éramos dos familia[s] indígenas, no más. Bueno, cuando subimos, hablamos con un viejo, un contratista. Nosotros bajamos hasta Inírida, pescamos hasta marzo o abril y subimos y nos vinimos para acá, en El Guaviare; y hablamos con él y con mi esposo, y el mismo viejo de antes dijo que estaba muy enfermo: “Paisano, yo no puedo comprometer esas cosas, yo mantengo enfermo. No tengo quién va a cuidar la casa cuando muera, entonces, yo los dejo en encargo a ustedes”.*

*Y lo hicimos. Sembramos yuquita ahí donde está el colegio, y los niños comieron pura yuca. Cuando llegaron cada vez más familias, unos no tenían nada de hijos, pero otros tenían cinco, otro[s] tenían seis hijos, siete niñitos y no les daban comida, nada; solo tenían puro apio. Ya más después, vinimos a tumbar y con los pelaítos estuvimos ahí; sembramos yuquitas, sembramos yuca que yo traía de allá de Monfort. Ahí ya teníamos yuquita, y en el 66 ya ubicamos la casa. Íbamos trabajando, ahí llegaron familias, como la de Raimundo, Domingo, Manuel... “¿Quién más era?” No recuerdo más. Y estábamos mi amiga Seferina y yo. Y entre familias nos acompañábamos, ayudábamos a las que quedaban viudas. Nos decíamos: “Yo hago ahorita comida, usted haga después”. Era bueno, así vivíamos, buscábamos darle mercadito a los niños que no tenían. Yo ahora veo a mis nietos y nietas y pienso que me parece bien progresar, pero ya no me imagino la cultura, casi no creo, esta cultura ya no es como una. Pero está bien, cuando están por ahí y sepan de un poquito de la culturita, está bien. Eso le miro yo, pero hay que seguir cogiendo a los niños e irles enseñando.*





## Del Vaupés al Guaviare: Clara

*De mi niñez, pues, hay muchas cosas de aquí. Yo no alcancé a conocer a mis abuelos; mi abuelo murió cuando yo tenía tres añitos no más, y no alcancé a distinguirlo, ni a mi abuela. A los 17 años se murió mi padre; y mi madre todavía vive aquí en el Resguardo de Asunción. Mi papá es Tucano y mi mamá es de San Gil; ellos vinieron de Vaupés, llegaron acá y cogieron esta finca. No estaba la casa. Mi mamá, pues, cuenta que esto era pura selva cuando ellos llegaron acá. La primera casita que se fundó acá fue de allí abajo, a orillas del caño. Ella, mi mamá, cuenta que llegaron dos familias primero acá. O sea, mi mamá, mi papá, otra señora. Otra pareja, mejor dicho, Doña Ce y el esposo de ella. Él también falleció. Ellos tuvieron dos hijos, nosotros tuvimos también dos hijos, entonces, andábamos parejitos.*

*Cuando yo nací, aquí había muchos animales, mucha cantidad; habían muchos peces también. No hacía falta nada de pescado, ni carne, nada faltaba. Mi papá trabajaba parecido a como trabajan ustedes, los blancos. No era así como es el indígena. Él hacía de todo. En el 77 ya tenía su potrerito allá abajo, y sacó crédito con Incoder y todo eso. Y así nos mantenía. Él trabajaba mucho; sembraba maíz, plátanos y vendía; de eso sacaban para las panelas, hacían de todo. Arroz también sembraban; no le dio pena trabajar con ustedes, los blancos. Ya después él no quería trabajar, porque*



Foto: © Warner Valencia

*ya venía el arroz en bolsadas, pero igual, no nos hacía falta tampoco. Nosotros nunca sufrimos; no me hacía falta nada, ni comida, nada, mejor dicho, ni ropa.*

*De niña, pues, me gustaba subirme en los palos a cantar, cuenta mi mamá. A mí me gustaba cantar, pero cuando ya era más joven, así como mis nietas, me gustaba jugar fútbol. No recuerdo qué canciones cantaba, yo era como un loro nomás. Se comía mucho murillo; mamá hacía aguapanela, nos hacía coladas de plátano y piña, lulo, todo eso. A veces, que mi papá traía chocolate, panela, café con leche, así manteníamos nomás. Comíamos quiñapira con casabe, murillo con casabe también, y así.*

*Este resguardo fue titulado como en el 94 o en el 95. Yo no me acuerdo bien, soy mala para recordar; pero yo a los catorce años terminé de estudiar mi primaria y estaba en la casa. Mi papá me dejó en el colegio, pero yo no quise estudiar. Duré tres meses en el sexto y me retiré, no quería estudiar, creo que no era destino mío, de pronto era muy aburrido; tocaba ir hora y media en canoa hasta El Retorno, pero lo que pasaba es que me hacían falta mis papás, yo sola por allá, sin paisanitas, entre blancos, no pude, por eso me retiré y mi papá estaba furioso.*

*Papá, incluso, regañó a mi mamá también, y mi mamá me dijo que, entonces, iba a estar cocinando aquí en la cocina, pelando yuca y platanito, nomás me regañó. Luego, a los 21 tuve a mi primer hijo, y el parto me lo atendió mi mamá. En ese primer parto me iban a llevar al pueblo, me embarcaron en la canoa, y como a las cuatro de la mañana tuve el viaje y ahí en la canoa tuve a la primera niña, y decía: “ya lo que fue, fue”. Luego, ya tuve otros siete hijos, el más chiquito tiene nueve años. Esos, todos nacieron en la casa de mi mamá y con ayuda de ella. Y nada, yo muy contenta de criar mis hijos en Asunción, ya todos están grandes.*

## **El conflicto armado**

*Acá en el resguardo se sintió el conflicto como en el 84. Esto por acá era peligroso, había mucha guerrilla peleando, era muy peligroso por acá en ese tiempo. De noche y de día también. Era peligroso porque caían bombas; en la noche, llegaban helicópteros tirando balaceras por ahí. Allí nomás, en el caño, ya era peligroso. En ese tiempo, los hijos míos estaban pequeños, pero nunca les pasó nada, menos mal.*

*Ellos no se acuerdan, ni siquiera saben qué es un guerrillero. No, no saben nada de eso. Esa gente se perdió como en el 88 de por acá en este Resguardo. Se*



*desaparecieron otra vez, y se sintió tranquilo. En estos tiempos ya no molestan por aquí cerca; allá lejos, sí, yo creo que molestan, pero ya no molestan aquí en el Resguardo.*

*El Resguardo siempre ha cambiado bastante. Cuando se murió mi papá, no había nada por aquí. Esta escuelita que tenemos allí no existía; había una casita de madera, esa maloca tampoco existía antes, esa maloca, está, hace solo cinco o seis años. Todo ha cambiado, la escuela, la caseta, los animales, ya casi no hay animales, ya se ven escasos los micos. Yo nunca vi tigres o jaguares de niña, pero sí sabía que estaban cerca; ahora, ya no están. Ya no está la madre monte; ese es un espíritu de la selva que asusta y que, contaba mi mamá, era como un animal que molestaba a las personas para que se fueran de la selva, pero ese bicho ya no existe.*

## **La coca y lo propio**

*El tema de la coca casi que no lo alcanzamos a trabajar bien. Había una chagra<sup>35</sup>, pero nada comparado con lo que tenían los blancos alrededor del Resguardo; y, por eso, hacían fumigaciones. Esas fumigaciones fueron en el 94, como al mismo tiempo que se fundó el Resguardo como tal; no importaba si su coquerita fuera grande o pequeña, a todos los paisanos les tocó la fumigación. No dejaban trabajar, por eso seguimos de pobres.*

*De niña, recuerdo que practicábamos la cultura. Cuando yo era joven, practicaba solo carrizo, no más, y navajo, muy poco. El carrizo es un instrumento de aire que tocaban los mayores, los jóvenes y algunos niños. Pero los niños tocan, más que todo, es el mabaco que es, tal vez, más fácil de aprender; para alguna ceremonia o celebración, pero también se toca como para estar alegre un rato, dice mi esposo. Mi mamá también lo dice, para estar contento un rato. Como escuchar música de blancos, eso también es música.*

*Mi esposo es del Vaupés, es también indígena. Y él llegó acá cuando yo estaba joven; yo tenía 23 y ya tenía a mi niña. Él también tenía un niño, por allá en el Vaupés, pero no se lo trajo. Y, pues, nosotras, como estábamos solas con mi mamá, pues “¡Nos tocó!, ¡Nos tocó aceptarle la ayuda de ese hombre!” Todavía seguimos juntos, todavía ayuda un poquito.*

*Yo creo que este tiempo se acaba. Los hijos míos no conservarán la cultura. Yo creo que no, que ellos no van a practicar. Yo pienso eso, no mis hijos, y pues*

---

<sup>35</sup>Parcela para la producción de cultivos, generalmente, de pancoger.

*son propio indígenas, no son blancos, ni mestizos, nada. Ellos son propios indígenas, pero ellos ni siquiera hablan la lengua de nosotros; entienden, pero no hablan. Por eso, yo creo que se va a acabar la cultura; los otros hijos estudian y se consiguen su marido o esposa y se van, y se pierde la cultura de nosotros. Igual, pues, ahora hay más facilidad para otras cosas. Por ejemplo, antes daba mucho fiebre amarilla, y en ese tiempo no había vacunas, tampoco había de sarampión, tosferina, nada de eso había; si daba una gripita leve, nos manteníamos en la casa con remedios caseros, se cocinaba limón con panela y todas las yerbas; si era muy grave, tocaba arrancar al hospital, pero a veces era muy difícil y tocaba ir mejor por allá donde un sanadero; lo mandaban a uno a rezar, ahí, y se pasaba.*



# Los retos de la interculturalidad: Don Jorge, un colono entre los Tucano

*L*legamos acá a este lugar cuando esto era llamado la Reserva; últimamente, ya es el Resguardo La Asunción. Había menos gente, había menos población y, pues, cada tiempo que va transcurriendo, se va adelantando. Ahora, somos más población, en ese tiempo, pues, éramos más poquitos. De pronto algunos ya se fueron; otros quedamos, y ahí está.

## De Boyacá al sur

*Yo me vine de Jericó, Boyacá, por medio de amistades; pues, siempre uno se encuentra con amistades. Antes de venirme para acá, yo estaba por allá en Venezuela. Cuando me devolví a Colombia, yo llegué allá a la tierra de mis padres y un amigo que ya trabajaba por acá me invitó, me dijo que viniéramos para Guaviare a trabajar, yo le dije: "pues, dele". Yo, acá en el Guaviare llevaba como unos doce años, pero fuera de acá. A Asunción llegué porque me fui a vivir con mi esposa, que es indígena, con quien vivo hoy día. Y, entonces, me quedé viviendo acá.*

*Ella fue la que me hizo llegar acá porque yo vivía en Inírida; y allá trabajé un poquito con lo de la coca y eso, era el trabajo que hacía uno, pues, antes no había agricultura, no había ganadería, no había nada. Me enamoré de*



Foto: © Warner Valencia

*ella. Tenemos unos hermosos hijos, dos hombrecitos y una niña. La verdad, pues, con ellos me ha ido muy bien y por eso estoy tan feliz. Lo que lo atrae para uno convivir y vivir realmente es porque la esposa es lo que lo hace a uno como dedicarse; porque antes vivía uno solo, y digamos que no tenía esa experiencia de vivir realmente como debe ser. Como uno no está ocupado de otras personas, uno se lo gastaba todo, así como se lo ganaba, y por eso nunca se tenía plata, no había razón para ahorrar. Yo lo digo porque, no sé si a los demás les pasará lo mismo, pues, son cosas personales de uno, las cosas de cada uno; pero la casa, a mí, me da muchas razones.*

*En ese tiempo, cuando yo llegué, era hasta despoblado porque en el pueblo todo era muy conflictivo; ni el aeropuerto era pavimentado, era así de tierra. Por eso, llamaban “San Hueco” a San José, todas las calles rotas y poquitísimas casas. Entonces, pues, en ese tiempo, yo llegué a trabajar allá donde vivía, y allá, pues, empezamos a convivir. Ella fue y trabajó conmigo; me dijo que tenía unas matas, que sabía de ganadería y llegó, y trabajó conmigo y ahí nos conocimos y, gracias a Dios, hasta el día de hoy vivimos juntos.*

*Pues, cuando yo me vine para acá a trabajar con mi mujer, mi familia lo único que me decía era que no viniera, porque en ese tiempo se sentía la violencia. Ellos me decían que no me viniera porque, mire, era peligroso. Yo buscaba, como dice el dicho, “la buena vida”, pero si uno se comporta mal, o llegan las malas amistades, uno tiene que ser fuerte, y ver cuándo las personas no son buenos elementos para compartir, y así, pues, más bien, uno se evita esos problemas.*

## Compartir culturas

*Pero bueno, cuando yo llegué, en ese tiempo, vivía mi suegra y mi suegro; y todo era muy bonito, tenían su cultura, su bebida, chichas, como siempre; lo que no había era una caseta como la que tenemos ahora, ni eso de la maloca, no había. Al principio, conocer esa cultura no era tan fácil, pues, porque uno no está, digamos, con las costumbres y, pues, ahí conocíamos y ya era normal; ellos y su costumbre, con su música, igual que la de nosotros. Lo mismo en las comidas, pero a ellos les gustaba más la de nosotros, porque a nosotros los blancos sí nos queda duro algunas comidas de ellos. Por ejemplo, a mí lo que es el mojoyoy, no, no comparto comer eso. Lo que es el bichito, como el que los chinos llaman el moroco, no comparto; los niños tampoco comparten, digamos. Mientras que ellos sí comparten las comidas de nosotros, hablo por parte de mi esposa, ya de otras familias no sé, nadie sabe lo de otros.*



*Los hijos nuestros, como son criados por las dos partes, la indígena y la blanca, entonces, ellos sí, ya toman sus decisiones, ya no es solo porque el papá y la mamá le dicen. Porque mi esposa dice que lo de la cultura de la mamá y el papá comían ellos; o sea, no importaba si ese mojoy sabía feo o no, pero como el papá y la mamá comían, ellos comían o comían. A nosotros, por ejemplo, si ella me dice “come eso que es bueno”, yo le digo “bueno, gracias” pero, pues, no me gusta y, no, no me lo como.*

*En la casa yo no les digo a los hijos qué comer, y no prohíbo que se coma otra comida. Más bien, si es posible, yo le ayudo a ella a buscar donde sea las palmas que le gustan, yo le ayudo a traer lo que sea, porque es que, usted sabe que ella está en su cultura, y en lugar de decirle no lo haga, entonces, mejor ayudarla. Si, por ese lado, precisamente, ella me dice: “camine, vamos a traer unos cogollos de palma” y yo digo: “vamos”, porque, si uno se va a vivir con una persona, es a compartir.*

*Pero bueno, resulta que a nosotros nos empezó a ir mal por El Retorno. Los suegros se enfermaron y, como nos fue mal con las maticas de coca que teníamos, y vimos que la gente se iba yendo, dijimos: “qué hacemos ahora”, entonces, nos fuimos. Pescamos un tiempo y de ahí nos trajimos un pescado; nos vinimos para acá a Asunción, y ya mi suegro dijo que, si quería trabajar, pues, que nos quedaríamos acá y ya me amañé. Duré como seis años acá. Después, me compré por allá una finquita y empecé a vivir; y duré como dieciocho años también allá. Y volvimos otra vez. Otra vez, con las mismas matas, y como eso se acabó de nuevo, vendimos para cuidar un poco de montañas que no tenían mucho sentido; y volvimos a Asunción, y ya vamos para cinco años aquí. Hoy se ve lo que está de bonito, porque uno cuando llega nuevo empieza a sembrar maticas y a arreglar. Cuando empezamos, iniciamos sembrando chontaduro, que ya ahorita está dando frutica chiquita. Ahora, últimamente sembramos más chontaduro y la comida, plátano, yuca, arroz, maíz. Normal.*

*El trabajo mío siempre ha sido ese, cultivar; comida, o lo que sea. Uno también va a pescar, que es lo que más le gusta al indígena, le gusta más que el arroz. Para ellos, lo mejor es la cacería, hacer todo natural. Aún se consigue carne de monte, animalitos, poquito, pero todavía hay. Cuando yo llegué, sí había más cacería porque había más montañitas. Pero, ahorita, como somos más aquí, entonces, cada uno tenemos que tumbar y se va desterrando a los animalitos, como dicen por ahí.*

*Por eso, hay también poco pez, ya queda poco, poco. Entre más somos, más acudimos y vamos a buscar pescadito, y vamos acabando más todo. Digamos, lo que pasa es que, como dijo el cuento, a veces, uno les pone trampas a los peces, que de una forma y otra los peces notan, entonces, también los animalitos,*

*como cualquier animal, se asustan y se retiran. Antes de eso, se iba a pescar y estaban ahí nomás, y se comía más; ahora, viene muy poquito pescado, antes, más rápido se cogían; ahora, demora un poco más o se coge menos, no lo sé. Esos que pescamos son el guaracú y el nicuro, que son los que más se comen.*

*Acá la vida en toda esa época del conflicto, la violencia, con la guerrilla, la vida era más complicada. Últimamente, pues esto ha cambiado, digamos, como por medio de los diálogos. Y han venido ocurriendo muchos cambios, todo ha sido más calmado. Pero, antes sí era más complicado, claro. Afortunadamente, a mí nada malo me ha pasado, de eso sí puedo dar fe porque, gracias a Dios, estoy bien. Yo he estado en todas partes y, gracias a Dios, no he tenido problemas. Estuvimos ajenos a cualquier inconveniente.*

*Acá, en el Resguardo, la vida es sabrosa; se hacen muchas integraciones. Acá se mantuvo la tradición de ellos, de sus carrizos, sus canciones, sus tradiciones. Antes, estaban los más veteranos, que eran, digamos, mis suegros y los otros señores que han venido aquí. Ellos tenían más esa afición de que, cuando llegaba la temporada de fiestas, hacían chicha, hacían las invitaciones; eso, lo pasábamos era por allá de un lugar a otro, muy bueno. Y la música del indígena sonando, como siempre; y se hacían esas fiestas cuando no había ni caseta ni nada. Después de eso, cuando ya hicieron la escuela, entonces, ahí las festividades se hacían en la escuela y en ese potrerito que hay por allí, por lo que la escuela solo era los domingos, el espacio quedaba disponible; y ya luego, hicieron otra escolita.*

*Yo me sentí bien acogido por los indígenas, fueron muy amables cuando me recibieron. Todos muy amables, respetuosos. Cuando uno venía, tocaba hablar era con el capitán. Con él era que había que consultarse cuando uno llegaba; uno, de colono, era entrevistado. Y él le decía a uno: bueno, "si usted se va a comprometer a vivir con la paisana...". Es más, incluso, ella era sobrina del capitán en ese entonces; y él me decía: "para qué, si usted va a vivir con ella es para que usted la respete como si viviera con una blanca, ser bien y vivir con ella". Pero ya éramos amistades con el capitán, entonces, lo que hicimos fue recoger, él hizo una chicha y me invitó y fuimos con mi suegro y ellos; y, en lugar de hablar sobre eso, nos pusimos fue a hablar de otras cosas; y entonces, dijo: "yo a este señor me lo distingo, ese es responsable". Y no se tocó el tema más; se sabía que yo era responsable, porque yo no venía a engañarla a ella. Yo me dije, "si yo me voy con ella o si vivo con ella, es porque me voy a ir con ella", y vea, hasta el día de hoy. Y cuando no tenía mis hijos, pues sí, vivíamos los dos nomás, o sea, con mis suegros porque todavía vivían. Y ahí estamos, gracias a Dios.*





*Ya después, vinieron los hijos, uno es curita, dos hijas y otro hijo, pues, ya están adultos, pero los tengo como bebés todavía. Por ahí se salen ellos a trabajar, pero no se quedan en otras partes, en la casa los consentimos todavía. Cuando pienso en el futuro me siento muy bien, estoy encantado con ellos de que crezcan acá en el Resguardo porque, realmente, nosotros no lo hicimos así cuando éramos jóvenes, no hicimos integraciones de nada, como las hacen acá. Y el tema es que, como cada uno piensa diferente. Un ejemplo, yo me salí de muy temprana edad, o sea, jovencito me salí de la casa, me salí a aventurar, como dicen; entonces, no tuve esa oportunidad que tienen ellos, de pronto de aprovechar más a los papás.*

*Mis hijos no necesitan irse a otro lado para ellos poder sobrevivir o integrarse en algo, aquí mismo ellos están haciendo integraciones, están haciendo sus trabajos y mire que, por eso, yo vivo contento con ellos. Igual, ellos ya tienen su impulso, de pronto porque los padres, cada uno de nosotros, los ponemos como derechitos para sus trabajos, a su labor, para que en el futuro ellos sean mucho mejores. Eso es una señal de que cada uno forja su grano de arena y ahí se ve, se ve la fuerza que nosotros les colocamos a ellos. Yo extraño Boyacá, a veces voy y visito, pero no seguido.*

*Mi padre no conoció aquí, el ya murió; pero mi madre sí vino, antes, hace como un año se fue de acá, ella estaba acá en El Retorno. Ella vino a visitarme y estaba muy contenta con la nuera. Nosotros estábamos, hasta ahora, acabando de hacer la ranchita y a mi familia le gustó así, rústico. Mi mamá, muy contenta, pero, como está enfermita, me toca hacer el esfuerzo estos días para ir allá. Pero ella estuvo acá sus días. Pues, en El Retorno, como nosotros también estábamos, ella duró casi dos añitos ahí. Ya está avanzadita de años, pues, si ya estamos viejitos nosotros, imagínese ella, pero, gracias a Dios está viva mi mamá, todavía.*

*Yo ando agradecido, pues tengo fuerza para levantarme y pedirle a mi Dios la salud y la fuerza, el poder de todo. Por el bien de uno, por el bien de su familia, por el bien de todos. Realmente, uno se levanta con ese ánimo. Y agradecerle a Dios por todo lo que le ha dado a uno, la existencia de uno y, más que todo, sus hijos, más que yo. Porque mis hijos, realmente son muy juiciosos, no les gustan los problemas. Salieron a aventurar y, como dicen: “del palo está la astilla”, pero, todo bien. Ellos salen a algún lado y no tienen problemas con nadie. En lugar de ser uno odiado, más hemos sido como queridos de la gente, por eso es que se levanta uno con esa actitud, esa moral, con el pie derecho, como debe ser. Entonces, eso sí es sentirse uno contento.*

## María - “Druigo”, perder la tradición, sufrir la guerra.

*Yo llegué acá en 1964 con mis papás, nosotros venimos del río Papurí. No es Vaupés, sino más allá. Yo soy parecida a mi papá, Tucano. Mi mamá era más morenita que yo, Desana. Nosotros nunca nos juntamos a vivir de la misma etnia, tiene que ser diferente. Yo ya estaba grandecita cuando nos vinimos. Allá, yo estudiaba y mis papás trabajaban normal, tradicional: la chagra, la pesca; de eso vivíamos por allá. Los pescados que se pescan acá, comparando con los pescados de por allá, son muy simples, como aguados, no como los pescados de allá, que eran muy sabrosos, muy ricos, como el guaracuja<sup>36</sup>. Tienen varios nombres y no me acuerdo.*

*En la chagra, mi mamá en ese tiempo tenía de todo: caña, ñame, plátano. Ella nos cargaba a todos para la chagra, también nos daban caimarones<sup>37</sup>. Hoy día, yo no tengo sembrado así, como trabajaba mi mamá; nosotros ya, por acá, hemos perdido mucho de lo tradicional. Ya con esta edad que yo tengo es que hemos venido a hablar para rescatar las tradiciones. Por lo menos, mis hijos no hablan la lengua; yo brego a enseñarles palabritas, pero*



Foto: © Warner Valencia

<sup>36</sup> Guaracú

<sup>37</sup> Fruta dulce oriunda de la selva amazónica, similar a la uva.



*ellos ya no pueden pronunciar como es y, a la vez, les da rabia, y dicen que “si no les enseñaron de pequeños, ya ahora solo van a hablar en español”.*

*Por acá no había lo mismo que allá; por ejemplo, cacería ¿dónde iba a encontrar uno? Cuando yo vine, era muy escaso; vivíamos a la orilla del río, al centro de la montaña vivía más gente no civilizada, Makú, les llamamos. Y, hoy día, yo pienso que esa gente fue la que acabó con la cacería. Allá uno no mira micos, como acá.*

*Yo llegué siendo niña. Cuando yo llegué, me provocaba devolverme. Me quedé muy triste porque estaba acostumbrada a vivir en un caserío y llegar acá al puro monte, difícil; y cañitos pequeñitos y sucios, yo venía de río grande y por allá los caños son muy limpios, clarifica el agua. Yo llegué a El Retorno. De donde yo me vine, por allá es pura piedra; mi mamá me dice: “hija, vaya traiga una ollada de agua”. Y yo me fui por el agua, pero tenía mucho miedo, era un caño sucio y yo tenía miedo del güio, y me resbalé y me fui al agua; como no estaba acostumbrada a andar así, donde no hay piedra. Allá, de donde yo venía, era pura piedra y uno lavaba la ropa en esas piedras. A mí me daba miedo del tigre, porque yo miraba pura montaña; el tigre da un paso y viene a comérselo a uno, ese era mi pensado. Nunca he mirado un tigre, pero todavía existe, uno mira rastro, pero me daba miedo porque esto era pura montaña. Güio se miraba en los cañitos, yo, como no pesco, no me daba miedo.*

*Yo estaba muy triste. Cuando llegué, era montaña, pero mire ahora cómo está. Un tío nos trajo y yo no distinguía gente, era familia de mi mamá y yo llegué a distinguirlos acá. Ellos ya habían venido más adelante, mi tío ya tenía casita. Nosotros llegamos ahí, pero como él era soltero no tenía comida ni nada y nosotros llegamos a trabajar. Mi mamá era muy trabajadora, le gustaba sembrar comida, yuquita. Nos tocaba pedirle a los que estaban acá, semillas, y sembramos de nuevo.*

*En el tiempo en que estaban abriendo la carretera San José – Miraflores, mi tío y esos familiares estaban haciendo la carretera, tumbaban monte con pura hacha y, entonces, mi tío se quedó por acá y escribía cartas, que nos viniéramos, que por acá era mejor. Entonces, por mi tío fue que llegamos a Guaviare, pues, por mis papás porque uno, cuando pequeño, donde van los papás, uno va. Así nos pasó y aquí nos quedamos. Cuando nosotros llegamos acá, ya mi tío no trabajaba en la carretera, él ya estaba con la tierrita.*

*Cuando yo llegué aquí, estaba el Bautista Acosta, que era como capitán; pero en ese tiempo éramos poquitas familias, él era el que organizaba. No sé cómo lo nombrarían a él, pero no cambiaba, él era el único capitán desde que yo era niña, hasta que se fue de esta tierra. Yo, en ese tiempo, no pensaba si éramos*

*un pueblo, no entendía, yo era una señorita, pero no entendía, no sé, yo misma pregunto hoy en día. Después de que falleció Bautista, ya era otro capitán, ese sí fue nombrado, Manuel Acosta. Ahí sí, ya teníamos reuniones como hoy en día y entendíamos que éramos del pueblo Tucano y estamos varios pueblos ahora. Siempre tuvimos problemas, pero así, poquito, como siempre.*

*Yo no sabía por qué estaban formando el Resguardo, no entendía. Yo estuve en esa reunión; había una hermana mía, que es menor, ella es más inteligente que yo. Yo miré que llegaron muchos blancos, vinieron entidades de Bogotá. Mi hermana dijo: “yo no acepto eso”, ella tenía la finca aquí enseguida y mi hermana era la única que no aceptaba; el resto decía que sí, y así formaron Resguardo acá. Yo no sé mi hermana qué pensaría, pero ya no está acá, está en Bogotá, pero siempre dijo que no. Estábamos, en ese tiempo, el hermano de la que actualmente es capitana, “Marcelio”, de los indígenas, estaba él; los otros eran puros blancos y no me acuerdo los nombres de ellos.*

## La tradición se debilita

*En ese tiempo, nos reuníamos todos los domingos donde el capitán de ese tiempo, Juan Bautista. Hacíamos chicha, nos reuníamos donde él. Cuando llegábamos, él nos daba desayuno, tomábamos chicha y nos devolvíamos por la tarde a la casita. Había bailes y carrizo también, pero después se perdió todo. Cuando ya fueron naciendo los hijos y ellos ya no querían saber de la cultura, los papás hablaban español a los hijos y ahí se fue perdiendo la tradición de nosotros. Nosotros, ninguno hablábamos castellano, yo vivía con mi mamá y mi tercer hijo empezó a hablar castellano, solito; de pronto escucharía a los vecinos. Ahí fue que dañó mi hogar también, ya todo se volvió español. Yo digo que ellos ya no querían saber nada de lengua, bailes ni nada. Ahora queremos rescatar otra vez; y hay niños, muy pocos chinos, muy pocas niñas, que bailan carrizo.*

*En ese tiempo, mi papá sabía. Un ejemplo, cuando amanecía, decía: “hija, miré que hoy va a llegar una persona que nos tiene rabia”. Llegaba la persona, se iba y él decía: “ese era, yo miré en el suelo”. Uno escuchaba que venía una gripa muy brava aquí en Asunción y mi papá decía traiga cigarrillo, algo de tomar; y él rezaba a los niños y mis hijos no enfermaban. Todos estaban enfermos y ellos no. Pero uno nunca pensó que ese señor se iba a ir, de joven, uno no piensa eso. Hoy día, me pesa porque nunca lo grabamos, ni los rezos ni nada. Hay muchas mujeres que saben rezar porque escucharon lo que el papá dijo, pero nosotras no. Hoy día nos pesa eso porque uno nunca iba al médico y después que falleció mi papá yo tuve un sueño con él. Me decía que me iba a enseñar tres rezos: cuando uno pare el bebé; la primera menstruación y el dolor de cabeza. Yo aprendía en*



*el sueño, pero hoy día no me acuerdo. Eso me pesa a mí, no haber grabado la sabiduría de mi papá. Mi papá sabía muchas cosas, pero nosotros no recibimos eso, hace falta de sentarse y hablar con los viejitos hoy día.*

*Yo me acuerdo que la primera escuelita era ahí, donde hoy está esa finca, las paredes de barro. Y la otra escuelita, donde vive hoy día Fabián. Después, donde está la fundadora Amelia, ahí también hubo escuela. El finado Bautista colocó la escuela, pero queríamos que la dejara en la mitad del trayecto para que los niños de acá y de allá tuvieran agua, los de allá caminan y los de acá también.*

## **Los uniformados**

*Un momento feliz que yo recuerde fue cuando uno era joven; no pensaba que esto iba a ser así, que los hijos se iban a volver así. Cuando yo llegué aquí, no quería estar acá, pero no tenía plata para volver, por eso me quedé. Después, me amañé y fui al colegio; ya caminaba y conocí aquí, Guaviare, y me envejecí y aquí estoy. Lo triste fue que después vino la guerra, a todos nos afectó eso. Yo era una persona que no pensaba nada, nada. Aquí llegaba mucha gente, como los policías uniformados; uno no podía decir quiénes eran, todos uniformados. Hacían entrenamiento. Uno, que es campesino, no pensaba que peligraba.*

*Yo me sentaba a mirar cómo hacían ellos, tan bueno como grita, y por ahí sonaban bombas. Hoy en día, pienso, después de vieja, qué peligro, nosotros en medio de ellos, mirando cómo corrían y a nosotros nos afectó bastante eso. Ya yo tuve mis hijos, y como ellos (la guerrilla) andaban así, como ejército, policía, todos mis hijos se fueron para allá. Yo perdí dos hijos, eso me afectó mucho. Me fallecieron dos allá. Yo mirando eso, me desplazé. Pero, como digo yo: “los indios no entienden”; me dicen que por qué soy desplazada, pues, porque perdí dos hijos y, de resto, todos se fueron. Los indios no perdieron, como yo, mis hijos; estaba bien que ganaran un sueldo y me dieran algo para vivir. Perdí dos y ya están libres los otros dos. Los más viejos ya están libres, los más jóvenes se me murieron. El más joven me lo enviaron de por allá, yo lo crie, lo recibí de tres meses, un hijo mío me lo mandó de allá. Hace poco, como dos años, me mataron a uno allá, de 28 años.*

*Pues mis hijos ya, para mí, están libres y yo estoy contenta con mis hijos, los que primero se fueron, después, los que se fueron son los que están muertos. Yo tengo mucha fortaleza del señor, ya tengo cuatro hijos fallecidos. Tuve una sola hija mujer, y en esta casa la mataron, aquí donde estoy sentada. El mismo esposo la mató, hace tres años. Yo no estaba en ese momento. A mí me ha tocado muy duro, en vez de enterrarme a mí, yo soy la viejita que los entierra a ellos, es muy duro. Por la pandemia, mi hijo-nieto, que estaba interno, vino a la casa y dejó de estudiar. Pero él está participando en lo de la cocina y en los talleres de ustedes. Dijo que el año entrante va a estudiar.*





Foto: © Warner Valencia



## Capítulo 2.

# Aproximaciones a la colonización, la coca y el conflicto en Calamar. Relatos de vida de cuatro mujeres.

Cuando el mundo vivía lo que, entre otros historiadores, Eric Hobsbawm llamó “la paz armada”: un periodo entre el final del siglo XIX y la primera década del XX, sin grandes guerras en Europa; la industria mundial reclamaba grandes cantidades de materias primas para continuar el despliegue que había iniciado más de un siglo atrás<sup>38</sup>. Además del petróleo o el algodón, apetecidos tanto en el viejo continente como en Estados Unidos, el caucho ocupaba un lugar muy especial. Las selvas de la Orinoquía y la Amazonía, en Suramérica, se señalaron como lugares privilegiados para extraerlo.

Fue, precisamente, el interés en la balata<sup>39</sup> y el caucho lo que llevó a muchos aventureros, como los hermanos Calderón, el peruano Julio César Arana o la Casa Reyes, a explorar, a finales del siglo XIX, las selvas amazónicas del sur del país, y a establecer una economía atroz de enclave que dejó huellas imborrables en miles de indígenas esclavizados y sometidos bajo el sistema del endeude<sup>40</sup>. De tanto horror, sin embargo, también surge la vida. En ese proceso se produjo la fundación de un pequeño poblado cuyo nombre evoca de inmediato el caribe colombiano: Calamar. Fue creado en 1890 y muy pronto se convirtió en la capital de la Comisaría Especial del Vaupés, desde 1910 hasta 1931, cuando Mitú lo relevó.

<sup>38</sup> Eric Hobsbawm, *La historia del siglo XX* (Crítica, 1998).

<sup>39</sup> Árbol sapotáceo originario de América, de tronco recto, que se cultiva también por sus frutos comestibles. Con su látex se fabrican chicle y caucho; su madera es muy pesada; crece en Colombia, Panamá, Perú y Venezuela.

<sup>40</sup> Sistema por medio del cual la empresa que contrataba trabajadores para extraer materias primas pagaba con vales o bonos que podían ser cambiados, en tiendas de su propiedad, por comida o artículos de la canasta básica. A final de mes, los trabajadores se endeudaban con las tiendas y al recibir los bonos debían entregarlos para cubrir sus deudas, prolongando una situación de dependencia basada en la necesidad. Cuando el pago se hacía con dinero, este también estaba ya comprometido al pago de deudas adquiridas en el pasado.





Esa gloria inicial de Calamar fue breve y sus pocos habitantes tendrían que esperar más de treinta años para volver a ver de nuevo la llegada de hombres y mujeres esperanzados en encontrar fortuna, esta vez, no con la balata o con el caucho, sino con la coca. Primero, se produjo una inmigración impulsada por los programas radiales de Orlando López García, como ocurrió en El Retorno; luego, a finales de los años setenta, el auge de la coca atrajo inmigrantes de Cundinamarca, Santander, Boyacá y Tolima. El objetivo de muchos hombres y mujeres era entrar hasta Miraflores y Calamar, lugares lo suficientemente apartados para desarrollar a sus anchas el nuevo negocio que traían en mente. De los dos municipios, el acceso a Calamar era especialmente complicado, pues solo se podía llegar por vía aérea. El acceso por carretera era posible únicamente en verano, pero con muchas dificultades. Según cuentan sus habitantes, en esta ola migracional no venían solo campesinos pobres, como en las otras, sino también comerciantes, aventureros, prostitutas, narcotraficantes fracasados y habitantes de las ciudades, animados por el espíritu “emprendedor” que acompaña a esas formas de ilegalidad.

La ubicación geográfica de los dos poblados determinó otras diferencias en el desarrollo del cultivo de la hoja de coca, así como en la articulación entre el narcotráfico y otros procesos sociales, culturales, económicos y demográficos de la región. Miraflores, al situarse selva adentro desarrolló -para usar el término de Alfredo Molano- un modelo empresarial de cultivos con mayor extensión y grandes inversiones de capital. La mano de obra estaba constituida, fundamentalmente, por personas que venían de otras partes y que tenían que internarse en los laboratorios para trabajar. El vínculo con grandes carteles era garantía de la adecuada comercialización de la mercancía.

En Calamar, en cambio, la producción era de menor escala, a cargo de colonos y campesinos. La planta se sembraba en pequeñas extensiones o unidades de producción familiar, muy cerca de los centros poblados o, incluso, en ellos. La comercialización tenía otros procesos de intermediación y las ganancias, a veces, nutrían la inversión en otros lugares del departamento o en nuevos proyectos. En ocasiones, se invertía en actividades agropecuarias locales, o bien, el dinero del narcotráfico viajaba en círculos complejos de prostitución, alcohol, derroche, armas, drogas y violencias que, al final, nadie sabe muy bien a quiénes beneficiaba.

La crisis de los precios de la coca, en 1982, desestimuló a muchos recién llegados, que retornaron a sus lugares de origen. Sin embargo, la presencia de las FARC durante los años siguientes permitió ordenar el territorio, imponer su autoridad armada y regular un negocio que, al menos hasta 1987, no mostraba señales de mejoría. En ese momento también incursionó con fuerza el paramilitarismo, de la

mano de narcos que habían consolidado su poder en el Ariari y en los Llanos del Yarí y que habían hecho su fortuna original en la región esmeraldera de Boyacá. El conflicto arreció, pero era más complejo que un simple enfrentamiento entre dos bandos: el bueno y el malo. La realidad del Guaviare de los años 80 no puede leerse unidimensionalmente. No se puede entender únicamente a partir de la lucha entre dos actores antagónicos.

Desde aquellos años, el departamento experimentó eventos significativos que impactaron sus diferentes niveles de desarrollo y que marcaron caminos particulares cuya lectura puede resultar contradictoria. Al decir de LeGrand, estudiosa de los temas agrarios del país, la coca y la guerrilla terminaron beneficiando los territorios de Calamar y Miraflores, restringiendo la expansión de los latifundios y tolerando el narcotráfico. Ese actor armado que, sin lugar a dudas, produjo crímenes injustos y atrajo la violencia del Estado, además, suministraba servicios locales, contuvo la violencia terrateniente y terminó por articular a las regiones distantes con el Gobierno central; “la guerrilla ayudó al colono a realizar sus triviales aspiraciones capitales, es decir, acumular el capital necesario para mantener y expandir la actividad agrícola o ganadera individual”<sup>41</sup>.

Este tipo de interpretaciones se acerca bastante a los testimonios ofrecidos por las comunidades en los ejercicios de memoria histórica que realizaron los jóvenes y, al mismo tiempo, se aleja de los relatos oficiales. En efecto, lo que cuenta la gente se distancia radicalmente del discurso que ha predominado en Colombia durante los últimos años y que intenta explicar la raíz de todos los males del país en las FARC y su narcoterrorismo. La simplificación que introduce este concepto impide ver con cuidado que, debajo de la asociación guerrilla-coca, hay fenómenos paradójicos y hasta contrarios a lo que indica el sentido común. Al analizar, por ejemplo, el caos que produjo la crisis de los precios de la hoja en 1982, es importante señalar la manera en que las FARC terminó tomando el control de la producción y comercialización de la coca, eliminando, de este modo, las formas de criminalidad que se habían desplegado en cada lugar de su cadena productiva.

Asumido el control de la coca, las FARC-EP no solo reguló la violencia, también la vida social. Obligó a los narcos a negociar condiciones de producción y comercialización, atravesadas por impuestos, según Marín, de entre el 8 y el 10%<sup>42</sup>; pero el aspecto más significativo de su intervención está en otra parte. Consciente del efecto nocivo producido por la caída de los precios a inicios de los años ochenta, sufrido por campesinos y colonos que, como los de Calamar, no participaban de

---

<sup>41</sup> Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)* (Bogotá D.C.: Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes, 2016: 20)

<sup>42</sup> Jorge Iván Marín, “Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998,” *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014): 117-158



un modelo empresarial de cultivo de coca; el grupo guerrillero determinó que cada unidad económica familiar solo debía sembrar una hectárea de esta planta por cada tres hectáreas de alimentos. Como explica Marín, este aspecto generó que las ganancias de la coca terminaran invertidas en pastos y ganado; o en maíz, cacao y caña, sembrados en las parcelas de los campesinos.

Sin embargo, al llegar los años noventa, la lucha contra las drogas, sustentada en las fumigaciones con glifosato, generó una importante reacción de organización y movilización social en Calamar, Miraflores y en todo el Guaviare, descrita muy bien por, entre otros autores, Henry Salgado<sup>43</sup>; y también afectó la producción de subsistencia y la salud de los pobladores. Las protestas y movilizaciones terminaron en acuerdos incumplidos y, en 1996, el Gobierno decretó la región como “zona de guerra”. El Guaviare se convirtió, entonces, en *Zona Especial de Orden Público* y los enfrentamientos armados no se hicieron esperar.

En medio del crecimiento de sus estructuras y de su expansión territorial, las FARC-EP llevó a cabo la sangrienta toma guerrillera ocurrida en Miraflores, en 1998. Una acción desproporcionada hacia la Base Antinarcóticos ubicada en ese municipio, pero, sobre todo, una acción que demostraba la incompreensión del Gobierno de Samper, y del país entero, frente a las complejas configuraciones del Guaviare y su historia como territorio de colonizaciones diversas, marginalidad y riquezas, en medio de un Estado plagado de inequidades e injusticias sociales. El Guaviare es uno de los lugares que mejor ejemplifica el equívoco de combatir con armas y represión un fenómeno tan espinoso como el cultivo de la coca, y esta, a su turno, es la mejor metáfora de las grandes tensiones, conflictos y problemas aplazados de un país injusto e inequitativo.

## Cómo se arman los relatos calamarenses

Esa hojita verde, la coca, motor de sueños y ambiciones, ha sido protagonista de la historia de Colombia en general, de la Amazonía en particular y del Guaviare muy especialmente. Como los ríos, la economía de la hoja de coca configuró los nuevos ciclos de colonización en los años setenta y ochenta. Al igual que los ríos Ariari y Guayabero, la coca ha recorrido un trecho muy largo, hasta convertirse en lo que hoy conocemos de ella. Su evolución, como bien lo decía Alfredo Molano, “es larga e intrincada y está lejos de ser una improvisada y exitosa aventura de algunos empresarios del narcotráfico”<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Henry Salgado, Don Armando Montaña Ríos: una historia oral de la acción colectiva del Guaviare, 1970-2010 (Bogotá D.C.: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018)

<sup>44</sup> Alfredo Molano, *Selva adentro: una historia de la colonización del Guaviare* (Bogotá D.C.: El áncora editores, 2006: 125)

La coca despertó, en la colonización de los años 60, 70 y 80, ese mismo espíritu rapaz de los caucheros y trigrilleros que, entre 1910 y 1950, se adentraron al Guaviare en busca de fortuna, sin meditar en las consecuencias sociales o ambientales de su aventura. Bien decía Marín<sup>45</sup> que la balata, el tigrilleo y otras actividades extractivas, de semillas, plumas de aves o madera de la selva, más que olas reales de colonización, en el sentido de asentar y “fundar”, significaron incursiones frágiles y variables que no señalaban aún la consistencia de un proceso de consolidación territorial.

Sin embargo, la explotación de la coca es muy distinta a la economía cauchera pues, a diferencia de los indígenas sometidos a las seringas<sup>46</sup>; el campesino colombiano huía, en su mayoría, de la violencia de sus territorios de origen y traía consigo unas inmensas ganas de hacerse merecedor de la vida en esta tierra, así como la búsqueda de otras garantías para negociar y acceder a la bonanza que traía la coca. Ello les permitió tomar decisiones y gozar de cierta autonomía para sembrar, procesar, vender y reinvertir, de acuerdo con sus posibilidades.

Los rumores sobre fortunas recién habidas y las historias sobre el polvo blanco, en los años ochenta y noventa, subieron por el piedemonte llanero y amazónico hasta esparcirse por buena parte del país, provocando una migración interna que fue aumentando poco a poco, hasta llegar a conformar los pueblos y veredas del Guaviare actual. Entre los susurros de aquellas historias el nombre de Calamar dejaba un eco en el aire. Ese asentamiento que, en su momento, fue la primera capital del Vaupés se convirtió en una promesa dorada del departamento; fue la esperanza de muchas familias que llegaron al Guaviare buscando refugio, de muchos hombres que, simplemente, venían huyendo de la injusticia o, también, de la justicia. Como sea, la economía cocalera fue un motor muy fuerte de la colonización y destronó el interés comercial que habían generado la marihuana, el caucho, el pescado y las pieles.

Así, el municipio de Calamar fue creciendo. Los ríos dejaron de ser las únicas arterias comerciales; ahora, por vía aérea, pequeñas avionetas viajaban con “la mercancía” y aterrizaban en aeropuertos clandestinos. La bonanza crecía y la violencia también, no se podían entender separadas, pues la economía de la coca se veía beneficiada por la fuerza del Estado o de guerrillas y paramilitares, en tanto la represión al narcotráfico y su disputa violenta eran instrumentos funcionales y necesarios para mantener elevadas las tasas de ganancia de ese negocio transnacional.

---

<sup>45</sup> Jorge Iván Marín, “Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998,” *Memoria y sociedad*, no. 13 (2014): 117-158

<sup>46</sup> Nombre común para los árboles de caucho de la familia de las *Euforbiáceas*. Luis Enrique Aragón Farkas. *Diccionario folclórico colombiano*. Ibagué: Universidad de Ibagué, 2018, p. 1406



Las vivencias de estos años dibujan un rastro latente en el presente. Los más viejos cuentan a los más jóvenes sus aventuras y desventuras. Las historias sobre el dinero de la coca, los muertos, los enfrentados y enfrentamientos, la poderosa profundidad de la selva y lo lindo del llano tienen vida propia. Cada relato es contado con múltiples acentos y viaja hasta el presente con su propio ritmo y dirección. No obstante, los jóvenes, como grandes receptores de las memorias de esos días, no son escuchas pasivos, no reciben una memoria ajena, sino que despliegan una historia más amplia de lo que ellos ya conocen; eso los hace, al tiempo, herederos y colonos, por el artificio de la palabra narrada. Son colonos, son calamarenses.

En Guaviare, los calamarenses son aquellos colonos que nacieron y fueron criados en Calamar. Por ello, conocen las raíces de sus padres y abuelos, pero son también conscientes de las raíces propias. Esta generación abarca un amplio rango de edad, pero la cuota juvenil dentro de ella, es decir, quienes oscilan entre los 13 y 28 años, son calamarenses excepcionales; han empezado un proceso muy importante, pero a veces doloroso, de indagar en el pasado de sus familias y de su pueblo, intentando encontrar en esa mirada, que se lanza hacia atrás, algunas claves que lleven a descifrar la humanidad que se gesta en medio de un conflicto armado.

Estos jóvenes han venido sintiendo los efectos del Acuerdo de Paz de La Habana en el ritmo y ruido de los días, y han sabido construir sus sueños y aspiraciones personales junto a los silencios que la Paz propone al departamento. En sus anécdotas familiares está la red de procesos vivos que componen el apasionante episodio de la colonización. Esas narrativas adquieren un valor agregado al ser vistas con los ojos de presente, de tal manera que cada historia se convierte en un impulso que alimenta el futuro. Para ellos, la valentía de los pioneros, el empuje de los recién llegados y la vida bonita que ofrece el campo coexisten sin ningún problema con las caras más oscuras del duelo, del trauma y la violencia; en virtud de esa coexistencia, distinguen los claro-oscuros de su realidad pasada, presente y porvenir.

Tener esta visión privilegiada sobre lo luminoso y lo oscuro es una fortaleza. Por un lado, les permite a estas jóvenes generaciones hacer una pausa para no repetir errores del pasado y, por otro, el ejercicio de identificar los matices de la memoria abre paso a que la palabra dicha pueda ser palabra escrita. Mediante esa transacción, las memorias personal y familiar pasan a ser soporte de una memoria histórica colectiva, cada vez más amplia y sabia, donde la voz del joven es valorada como forjadora de futuro.

En una tarde soleada, entre jugo de guayaba y risas, unos jóvenes calamarenses se entrevistaron mutuamente, escribieron, leyeron y demostraron que es posible absorber la memoria oral para traducirla en memoria escrita. Si bien un testimonio no se agota nunca, el ejercicio de su registro nos enseña algo realmente importante: qué hacer con aquello que no deberíamos olvidar. Y, precisamente, lo que descubrieron sobre ser calamarenses, así como los recuerdos que han heredado, enseñan a no olvidar. Es un aprendizaje que permite recordar que la Paz abre posibilidades, pues no cierra caminos; y que aún hay muchas heridas por sanar. En ello, los jóvenes quieren aportar. Pervive en su esencia el emprendimiento de los primeros colonos, pero con una conciencia más grande sobre los límites de la naturaleza y de la comunidad. Las *Crónicas calamarenses*, como fueron bautizados posteriormente sus ejercicios de escritura, dan cuenta de la sabiduría fresca y el talento con el que esta generación busca dejar una huella y ser feliz en el territorio que sus ancestros construyeron a punta de sueños.



## El comienzo siempre es difícil. María Olga

*Le cuento que yo ya llevo varios meses haciendo entrevistas. Inclusive que ya, por ahí hace como 4 meses, salió un libro.<sup>47</sup> Pero venga, le vuelvo a contar. Yo soy caldense. Yo nací en Palestina, Caldas, y allá yo oí la propaganda por la radio, del programa de Orlando López García. Todos los días habían unas historias por el radio; yo prendía la Radio Sutatenza y había un programa que se llamaba Natacha, una novela, porque, cuando eso, uno no oía sino radio. Al oír la propaganda en ese programa, en el año 1967, cuando estaba de presidente Carlos Lleras, todavía; mi marido decidió que nos veníamos porque estaba cansado de que lo humillaran por no tener nada de tierra. Y mi marido se vino adelante, se juntó con unos cinco compañeros y pagaron el pasaje hasta Bogotá y de allá los trajeron en un avión grande que lo dejaba a uno en San José y de allá cogía uno en tractor para El Retorno. Cuando llegó, mi marido fundó una finquita allá.*

*Él, a mí, me dejó en Caldas y, como a los tres o cuatro meses, me mandó pasaje pa´ que me viniera, también, de la misma manera. Yo llegué con mis cuatro niños: Mario, Nora, Dora y Carlos Alberto, y viajé con unos señores que venían para acá también: Mario*



Foto: © Warner Valencia

<sup>47</sup> Se trata de un pequeño documento elaborado por el Ministerio de Cultura, en el que Olga compartió parte de su vida. Ministerio de Cultura (2019) Memorias de colonización, Calamar Guaviare. Bogotá: Digital. Disponible en: [https://issuu.com/pcalamarguaviare/docs/memorias\\_de\\_colonizaci\\_n\\_san\\_jos\\_del\\_guaviare](https://issuu.com/pcalamarguaviare/docs/memorias_de_colonizaci_n_san_jos_del_guaviare)

Cifuentes, Orlando Rincón y Alfonso Rincón. En ese viaje también venía Mario de Jesús Rivera Valencia. De San José para El Retorno, nos tocó en tractor y eso era muy cansón, se demoraba uno ocho días porque el aparato se enterraba. Ahí, yo llegué a donde Pablo Sánchez, a un sitio que llamaban El Trueno, nos dieron comida y de ahí a la finquita que mi marido había levantado con una huerta sembrada con solo maticas de yuca y plátano; pero, como estaban pequeñas, no daban nada; entonces, tocaba ir a traer comida y semillas a San José y tocaba pescar. Ya después, él se dedicó a trigrillar, cogía tigres, cachirre<sup>48</sup> y pescaba y, por mucho tiempo, vivimos de eso. Cuando arreglaron un poco la carretera, nos fuimos a vivir a El Retorno (caserío) otra vez, y allá conseguimos una casetita y vendíamos comida y yo alimentaba a los trabajadores de la carretera; yo preparaba hasta 70 almuerzos. Ahí estuvimos un tiempo, pero él se puso a tomar mucho trago y nos devolvimos a la finca, una finca como de 120 hectáreas y la trabajamos duro.

Una vez, allá en la finca, me perdí. Me pasó una vez que, cuando vivíamos en El Retorno, salía de la casa, que iba de la casa que dizque pa' l Retorno, y él (el marido) se me adelantó un poquito, me dijo: "espere, que yo ya la alcanzo", y se quedó y yo seguí. Resulta que me embolaté, eran como las 6:30 y yo iba a andar y gritaba y gritaba; y él, pues, muy tranquilo, se vino para El Retorno porque creía que yo venía adelante; y yo, todo el día, reviente bejucos por allá. Salí a las 6 de la tarde en El Retorno porque uno hay veces que le pone cuidado a las cosas, y un día yo lo oí a él diciéndole a un señor por allá en El Retorno que uno, cuando se embolataba en la selva, debía orientarse siempre al sur, "donde el sol iba voltiando, pa' allá iba a voltiar uno". Cuando yo me vi tan perdida en esa selva tan espesa –no se veían sino micos—, y yo corra, yo no hacía sino correr, voltiando pa' donde el sol iba voltiando. Y el sol se ocultó en el cementerio del Retorno, y allá salí, a las 6 de la tarde. Y Mario tenía una rasca (risas).

Yo llegué a una parte y oía que golpiaban y golpiaban, y yo decía: "por aquí hay gente tumbando selva o algo". Y, cuando llegué al tumbador, corrí a ver por dónde salía y ya era bastante monte. Entonces, me puse a gritar. Cuando me contestaron: "¿quién hay por ahí?", entonces, yo dije: "la señora de Mario", y me dijeron: "no se vaya a meter por encima de la selva, métase redonda, véngase a mano derecha por toda la orilla del tumbado", y ahí salí. ¿Le digo quién era el que estaba allá?: Emilio, el sordo. Emilio estaba con otro señor tomando guarapo, me dieron una tazada de guarapo y yo con esa sed todo el día. Y ahí me dijeron: "váyase aquí derecho que usted sale al cementerio, en vez de coger pa' abajo, coja así". Qué susto, y yo recién venida por aquí, que nada más tenía

---

<sup>48</sup> Nombre que se le da a la babilla o pequeño caimán de agua dulce. Luis Enrique Aragón Farkas. *Diccionario folclórico colombiano*. Ibagué: Universidad de Ibagué, 2018: 287





*como tres o cuatro meses de haber venido. Estaba muy jovencita. Yo llegué por aquí de 16 años. Y mi esposo creía que yo me había devuelto (risas). Yo llegué toda llena de verde, del monte, yo llegué ahí rayada, vuelta nada.*

*Otra vez, me acuerdo que mi marido se fue pa' l pueblo y me dejó sola. Yo no tenía velas, solo tenía un cabito de vela, así, chiquito; y no tenía linterna. Entonces, me acosté como a las 6:30 o 7 de la noche; le di de comer a la niña. Y, cuando yo sentí como que me tocaron así la cara (risas), yo, ahí mismo, me hice así; cuando miré, era una culebra. Una culebra por el medio entre la niña y yo, o no sé cómo, así quietecita, y yo le eché mano a la niña, y brincó. Claro, la culebra quedó loca, yo veía que ella brincaba de lado a lado. Imagínese el susto, yo durmiendo con todos esos muchachitos, tenía cuatro o cinco ya. Y yo iba a sacar a esos muchachos y esa culebra allá volaba, era una toche. Y yo solita, imagínese, y va y se me acaba el cabito de la vela y yo a lo oscuro. Yo decía: "¿qué hago?". Entonces, los saqué a todos y los subí por allá a una camareta donde aporreábamos maíz. No tenía más que hacer, sino ponerme a gritarle a un vecino que quedaba retirado, como de aquí al puerto, casi; pero, entonces, él vivía por ahí en un alto y yo vivía en el otro. El señor alcanzó a oír y se vino. Ese señor vino a matar esa culebra y me decía: "yo aquí no me quedaría porque dicen que donde matan una culebra llega la otra". A lo último, yo cogí y él me dijo: "pues, vámonos para la casa"; y yo dije: "no, yo no me voy para allá". Entonces, yo saqué a todos los niños y a todos los muchachos los metí en el toldillo; ¿usted cree que yo dormí esa noche? Y él me dejó una linterna. Ese fue otro susto bien bravo.*

*Dicen que las culebras, cuando uno está amamantando, ellas van y le chupan la leche a uno. Entonces, yo creo que se debía a eso. Otra vez, yo estaba en el fogón de piedra y, resulta que en esa finca donde nosotros nos fundamos había mucha culebra; una vez estaba yo haciendo el desayuno o el almuerzo, yo no sé, pero como uno mantenía el diario, cuando eso hasta los pies se le secaban a uno porque uno mantenía en botas; entonces, yo sentía que me hacían así, y cuando saco el pie, esa culebra ahí pegada en la bota. Yo saqué el pie y la culebra, ahí mismo, salió volando.*

*El caso es que nosotros teníamos ya esa finquita muy bonita, pero él tomaba mucho trago; y un día llegó a la casa diciendo que había vendido la finca, pa' tomársela en trago. Entonces, teníamos que desocupar allá y nos vinimos. Él compró por allá una bodeguita en Potosí, más cerquita de La Libertad que de El Retorno. Él compró una bodeguita por allá y pusimos una cantinita y ahí trabajaba yo, pero él se vino para Calamar. Yo estuve trabajando como un año sola en ese lugar, y hacíamos buena plata, hasta que me aburrí por allá y yo le dije que me quería venir a donde estaba él, porque nosotros ya teníamos cuatro niños y estaban grandecitos; pero él se puso bravo, no quería, porque como yo vendía*

*mucho trago allá, entonces, cada vez que [él] subía, había buena plata. Una vez, allá en la bodega, llegaron unos señores que decían que eran mineros, y llevaban ocho días tomando, y yo ya no quería venderles trago, entonces, les tiré unos costales para que se acostaran. Al rato, se armó una balacera y encendieron la casa a plomo, una plomiza en la madrugada, y eso me aburrió más. Entonces, yo me vine para Calamar a buscar a mi marido y le volví a decir que yo me iba a venir. Cuando yo llegué acá, había un señor llamado Sisiaca y él me dijo: “doña Olga, esta casa y una finca la están vendiendo”, eran de don Ismael, un señor de El Retorno.*

## Camino a Calamar

*Yo tenía una platica, ahí, guardada y había comprado, al escondido de él (el marido), una novilloncita y una potranquita. Entonces, al otro día, me fui al Retorno y hablé con Ismael y le dije: “¿usted está vendiendo la casa donde vive Sisiaca?” –Sisiaca, en ese entonces, estaba haciendo su casita en la esquina, al lado de allá—, y me dijo: “sí, doña Olga, y le vendo también la finca. Yo le dije: “no, yo para la finquita no tengo, tengo pa’ la casa”, y me dijo: “tranquila, yo se la fío, ¿qué tiene usted pa’ darme?”, y le dije: “pues, tengo una novilloncita y la potranquita”; entonces, me dijo: “pues, deme lo que tenga y después me paga la finca”. La finca valía 40.000 pesos. Como le dije que le daba los animalitos, él después fue a verlos, pero no me los recibió. Me dijo que la novilloncita estaba de cría, y que eso era de suerte, y que le dejara los 14.000 pesos que él me tenía guardados de la venta de la otra finca, porque él se la había comprado a mi marido, pero yo le dije que no le fuera a decir nada.*

*Yo me vine y le dije a mi marido que había hecho el negocio y que yo me venía pa’ acá. Y eso, se puso bravo, me dijo que era que yo tenía un mozo y no sé qué, porque con qué yo iba a conseguir esto. Entonces, me tocó decirle la verdad, que yo había comprado esos animalitos y le dije: “usted, el día menos pensado, se enferma o se enferma uno de los niños y no tenemos en qué echar mula, hay que tener algo”. “Ah, bueno”, me dijo. Entonces, él negoció la bodega de Potosí y le dieron 900.000 pesos por eso, me acuerdo tanto. Yo, por eso, le tengo fe al número nueve (risas). Y, antes el señor tenía una tienda y nos dio dos carrados de remesa pa’ que trajera, pa’ que vendiera.*

*En El Retorno duramos como siete años y yo me vine ya para Calamar un lunes, con esa remesa; y acá, Sisiaca no había desocupado todavía. Nosotros llegamos y descargamos ahí afuera, todo. Nosotros que llegamos con esos dos carros de remesa, y eso estaba solo, y comienza la gente a llegar; que les vendiera comida, y yo comencé a sudar ese poco de plátanos y de carne, a asar una arroba de car-*



ne, y haga arroz. Nosotros llegamos como a las cuatro de la tarde, con 25 cajas de cerveza, traíamos de todo; era que traíamos como 10 cajas de aguardiente. Y a las nueve de la noche ya no había nada, todo se vendió. Al otro día nos llegaron otros dos carrados de remesa. Después de que Sisiaca desocupó la casa, ya pusimos negocitos, vendíamos en una cantina, hicimos una tienda muy grande, tuvimos modo, gracias a Dios, pero, otra vez caímos por el vicio de mi esposo. Yo trabajaba mucho, pero nada me ganaba porque todo se lo tomaba él.

Nosotros teníamos una tienda muy grande aquí, y a mí comenzó a perderseme la plata; vendía una remesa de \$ 200.000 pesos que, cuando eso, era mucha plata, y yo me iba, como mantenía ahí en la cocina, yo mantenía de a 100, 200 comensales, entonces, mientras yo me iba para la cocina, la plata se me perdía. Y así, hasta que caímos. Cuando mataron a mi marido, nosotros ya estábamos sin nada. Nosotros alcanzamos a tener como 300 reces, todo eso, y él fue el que acabó con todo; el día que lo mataron vendió la última.

Yo nunca fui capaz de decirle nada. Yo le tenía mucho miedo. Era tanto el vicio, cuando eso, aquí, que yo, una vez, salí y me fui y él se fue a traer una carne que pa´ trabajar, y no llegaba. Entonces, alguien me dijo: “doña Olga ¿usted no sabe dónde está Mario?”, dijo: “vaya a tal parte, pero no se deje ver. Vaya y se asoma, dentre por tal parte, no vaya a pedir permiso para entrar”. Yo salí y me fui, y llegué, y el señor que estaba en la entrada me dijo: “usted pa´ dónde va”, y le dije: “no, no, no, nada”, y seguí. Iba a lo que iba. Cuando yo llego, y me pongo a mirar y a ver, había un redondo por ahí de 50 personas, así todas; y llegaban y pasaban el uno al otro, fumando vicio, y ahí estaba Mario.

A mí me dio como una tristeza. Un hermano mío, que también estaba ahí, me vio y de una vez se vino, y me dijo: “usted, qué hace aquí”, y yo dije: “no, nada”; entonces, ahí mismo, me voltió a mirar mi marido, y me dijo: “usted, qué hace ahí”, y yo: “no, nada, no estaré haciendo lo mismo que usted anda haciendo”, y me dijo: “en la casa me las paga”. Yo me vine muerta del miedo, eso sí, porque él sí me daba muy duro. Y yo me vine a hacer oficio, fui y conseguí lo que tenía que hacer, pero ese día se me quemó toda la comida, porque a mí me daba miedo, y yo no podía estarme en la cocina tranquila, porque a mí me parecía que él llegaba y me acababa. Él llegó al otro día, llegó a pegarme y yo me le devolví. Y ya, de ahí pa´ acá, yo me desanimé mucho a trabajar, no trabajaba como con esa moral, hasta que nosotros quedamos sin nada, que fue cuando ya lo mataron a él.

## La muerte

*A él lo mataron aquí mismo, en la calle. Estaba tomando, estaba por ahí, como bailando con otros, y ese día, él me había amenazado que me iba a matar; entonces, yo estaba por allá, escondida. De pronto, yo vi que se puso a hablar con otro señor y, entonces, le dije a mi hija: “mija, yo me voy a ir pa’ dentro, no sea que su papá me pegue un tiro aquí”. Entonces, por allá había un portoncito, y yo fui y me paré por allá, cuando sonó el tiro. Y, ahí mismo, yo dije: “ay, Dios mío, Mario mató ese señor con el que estaba alegando”. Él andaba con una pistola, y era una pistola que no era de él, me la habían dado a mí a guardar. Entonces, mi hija fue a arrancar a correr, y yo le dije: “no, espere a ver”; cuando entró el muchacho, y se quedó todo callado. Después, salió el señor con el que estaba Mario, y dijo: “uy, virgencita, le pegaron un tiro a Mario”. Y la hija me dijo: “ay, mamá, mataron a mi papá”. Cuando yo salí, el señor con el que él estaba alegando lo tenía así, cogido con una mano, y en la otra tenía la pistola. Entonces, yo le dije: “¿qué fue, Carmelo?”, y dijo: “no, que mataron a Mario”, “¿usted lo mató?”, le dije, me dijo: “no, doña Olga, no piense eso, que yo no soy un asesino; mire la pistola, que no está disparada”. Ahí, a mí se me fue el mundo en ese momento, pues, a pesar de que yo tenía tanto miedo de ese señor, se me fue el mundo.*

*Yo me acuerdo que quedé fría, no me acuerdo de nada. Solo volví en sí cuando me dijeron “doña Olga, váyase con Mario, que se lo llevaron”; entonces, yo volví a ver y me dijeron “váyase, váyase así como está”. Yo salí corriendo. Lo había matado su mismo trabajador. Así fue, yo no sé qué problema tendría él con ese muchacho, ni nada. Los trabajadores, esos se volaron de la finca también, y quedé yo sola luchando con todos mis hijos. Cuando a él lo mataron, yo no tenía sino deudas. Gracias a Dios, yo como que no he sido muy caída, porque querían quitarme todo, iban a quitarme la finca, iban a quitarme esto por deudas. Y yo les decía: “si le fiaron a él, que era más irresponsable, por qué no me fían a mí; deje, que yo les pago”, y así fue, gracias a Dios. Trabajando, porque yo trabajaba mucho. Yo vendía por ahí, comida y, daba de comer. Me tocó muy duro al principio porque no tenía negocio, no tenía un peso, teníamos muchas deudas, yo tenía que salir a buscar comidita para darle a los hijos.*

*La fuerza para seguir, yo la sacaba trabajando. Yo estuve unos días muy, muy mal. Por ahí yo iba a coger plátano, yuca por allá, porque también me gustaba irme al monte, y con eso mantenía a los hijos. Un día, yo estaba aquí y como todo esto era un solo salón, llegó y me dijo un muchacho: “doña Olga, ¿a usted no le gustaría poner un almacencito o alguna cosa aquí?”, y yo le dije: “no, y yo con qué?”, y me dijo: “arriéndeme un pedacito, y yo lo hago, y del arriendo vamos descontando”. Me acuerdo que la primera vez que arrendé eso, me gané 10.000 pesos. Y sí, él hizo un vainito allá, y puso un almacencito y después todo el mun-*



*do se me vino encima para que les alquilara, y me hicieron puros localcitos, así, y con el mismo arriendo iba pagando. Ya con eso, comencé a sobrevivir, a pagar las deudas y a darle estudio a mis hijos.*

## **Cuando el narcotráfico lo consumió todo**

*Nosotros, cuando llegamos aquí en el 67, la gente vivía matando animales, en los llanos, pescando y tigrillando. Traían esas cosas y compraban una remesa grande, y se juntaban tres o cuatro y estaban por allá dos o tres meses, en los llanos, en el monte; pero, después de eso, como a los cuatro o cinco años, comenzaron con el cuento de la coca. Yo me vine a dar cuenta fue mucho tiempo después.*

*Yo veía a mi marido con secreteos, por ahí, con la gente, y un día me dijo: “yo le tengo que hacer papeles sobre usted porque, uno no sabe, por ahí y mañana caiga a la cárcel, y usted quede por ahí sola”, le dije yo: “¿por qué?”, y me dijo: “no, por nada”. Cuando, a los días, me di cuenta de que era que estaban en el cuento de eso, pero él se envició y eso le costó la muerte. Además, con ese asunto de la coca hubo mucha violencia, mucha muerte; uno veía a la gente cómo desperdiciaba la plata; y con la coca también mucho conflicto, se agarraban a plomo. Yo tenía acá un negocito, un restaurante, y había veces que se agarraban a plomo, y a uno casi ni le daba tiempo ni de sentarse ni de esconderse.*

*Una vez hubo un enfrentamiento, eso hace mucho tiempo; por ahí, no sé qué fue lo que hubo y se agarraron a plomo, y esto estaba aquí lleno de matas. Al otro día, amanecían los muertos tirados, yo no sé a quién mataron, pero fue horrible. Todo el mundo se había metido en la cocina porque les daba miedo, y todos estaban tirados en el suelo. La balacera comenzó como a las siete de la noche y eran las tres de la mañana y no se acababa. Eso fue tan horrible.*

*Me acuerdo también de la historia de un señor llamado Reinaldo. Él tenía avionetas y los hijos eran pilotos, tenía mucha plata, tenía muchas lanchas, él trabajaba por aquí pa´ allá. Me acuerdo mucho de ese señor porque él era muy patán, muy pato; y ese señor nos hacía muchos gastos a nosotros, y venía y mandaba a matar cuatro, cinco o diez gallinas; y era muy corrompido. Me acuerdo mucho que se ponía a comer con todos los choferes, con toda la gente y, cuando le daba la gana, que estaba tomado o cualquier cosa, llegaba y se quitaba la caja de dientes y cogía y se la metía a la gente en los platos (risas); entonces, a uno esas cosas no se le olvidan (risas). Reinaldo tenía un hijo, uno o dos, que eran pilotos.*

*Aquí llegaban porque no había dónde más llegar. Aquí llegaba gente que fuera importante, que no fuera importante, que tuviera plata, que no tuvieran plata.*

*Cuando eso, no estaban las casas de la orilla del río, ni nada. Habían poquitas casas; entonces, uno se levantaba por la mañana o, yo, al menos, me levantaba porque, como yo vendía comida, y, junto con los muchachos, llevábamos tres canecas ahí, al río; uno se ponía a coger agua y, al llegar a la casa, suba toda esa agua, hasta que llenábamos las canecas para gastar lo del día. Eso sí, para lavar tocaba ir allá. Cuando eso, había mucho movimiento en este pueblo; las lanchas no eran en hierro, cuando eso, las lanchas eran unas canoas grandotas de palo; entonces, aquí era donde llegaba toda la gente en esas canoas. Esta casa no estaba cercada, no había sino unas piccitas aquí, y el resto era así (señala el patio), y esto era llenito de puras matas, porque aquí era donde llegaba la gente, y yo les vendía la comida, aquí almorzaban, todo. La gente se quedaba en hamaca, y aquí servía la comida.*

*Yo vendía mucha comida. Y esto era bodega; esto era llenito, usted miraba y todo era llenito de puros tambores de gasolina. Una vez, me dio a mí por prender algo y, claro, todas esas canecas de pura gasolina, y se me prende todo eso, y esas canecas de ahí para allá, ¡Virgen Santísima!, estaba yo muy asustada. Yo no sé cómo hice para apagar todo, pero eso se fue en candela, así. Brutalidad de uno, porque uno no sabe, y yo saqué una cobija grande, a toda, y me fui y apagué eso. Por eso, este patio aquí no sirve para sembrar matas casi, en el suelo, porque está empapado de aceite. Oiga, y en ese entonces, y cómo es de bravo ese ACPM, que ese piso uno se pone a hacer un hueco y eso tiene mucha madera, entonces eso ha cogido ya mucha tierra y eso huele a puro ACPM.*

*Pero se vendía buena comida. Aquí llegaban los tractoristas. Cuando eso, entraban la carga era en tractores y unos carros que les decían Reos, por su marca. Y yo, por ahí, a veces estaba acostada, cuando llegaban y me despertaban: “doña Olga, traemos hambre”. Yo nunca dejaba a nadie sin comida, me levantaba, y como mantenía gallinas aquí, corría y, ahí mismo, preparaba dos o tres gallinas. Imagínese, yo a la una de la mañana dándoles una ollada de sancocho (risas). Esa era la vida mía, trabajar y trabajar. Todo el mundo me decía que dizque mamá Olga, tal cosa.*



## Cómo se fue formando el pueblo: personas y lugares.

*Cuando nosotros llegamos aquí, enseguida habían dos ranchitos y ahí estaba la estación de policía, donde queda la comisaría. Yo no me acuerdo cómo se llamaba el de la comisaría, pero a los dos o tres meses llegó un señor que fue el primer alcalde que hubo acá, se llamaba Leino Sastoque. Él llegó allá, a ese ranchito, y estuvo un tiempo. Después, se fue él. Yo no sé si era buen alcalde, eso sí, vago como todos (risas), tomatrigo. Y después, llegó Luis López, pues, ese era uno de los más antiguos aquí. Habían dos: él y otro Luis López que era indígena. La señora de él (del indígena) todavía vive y está allá en el ancianato, se llama Emilia, ella es indígena; a ella le mataron los hijos en la guerrilla. También había otro señor que se llamaba Alfredo Otero, y Marco López también, ya muerto. Don Ibrahim Sanabria vino en esos diitas, y Mateo, que también ya está muerto. También estaba Don Eudoro.*

*A los poquitos días de nosotros estar aquí, ahí, enseguida, había otro ranchito. Después, donde es la joyería, hicieron el puesto de salud. Entonces, vino una enfermera y atendía los partos. Yo, inclusive, el último niño que tuve, que ya tiene 40 años, lo tuve ahí. Y después, hicieron el hospital como en los ochenta. Eso fue muy bueno porque, al principio, a la gente le tocaba sacar los enfermos de aquí en camilla hasta La Libertad, pero le tocaba sacarlos cuando se agravaban, o dejarlos morir porque no era sino ese puesto de salud y, cuando eso, todavía no había avionetas. Después fue que construyeron la pista en medio.*

*La primera escuelita quedaba allá, donde don Alejandro. Ese señor prestó la casa para comenzar a estudiar, y ahí estudiaron las primeras veces, el primer medio año, hasta que hicieron un ranchito allá, donde está ahora. Era un ranchito que, un día, casi mata a los chinos porque se les cayó encima (risas). Humberto fue muy buen profesor, y la profesora Rosalía. A Humberto lo mataron, no sabemos por qué razón; en esa época mataban mucha gente, o sea, era muy común que la gente se matara mucho. Cuando eso, había un movimiento aquí: la JUCO, la JUCO, y esa gente, entonces, le decía a alguien “deme una cerveza o tal cosa”, y si la otra persona le decía que no, solo por eso, ya podían matar a la gente.*

*La iglesia sí se demoró mucho, como a los dos o tres años ya comenzaron a venir los sacerdotes e hicieron una improvisada en un ranchito donde venían y hacían las misas. Primero, las misas las daban era donde ahorita es la casa del Moncio Aponte. Ahí empezaron a darlas, y después sí las pasaron para allá. Esta iglesia*

*que está ahora sí es nueva, no tiene sino como ocho años. El padre que más ha estado aquí es el padre Ibrahim, ya lleva como 20 años. Él se fue y volvió, y así, se amañó aquí. Lo querían mucho. Y yo me acuerdo del padre Líbano, que el padre Líbano era muy especial, ese fue de los primeros.*

*Marco Tulio fue otro alcalde, y también estuvo Aldemar Gavilán. Entre él, el cura y don Germán Olarte, hicieron la Alcaldía. Don Germán ayudó mucho al pueblo, él cuidaba mucho los mangos y, sobre todo, un sitio muy especial que él cuidaba porque decían que ahí se había sentado José Eustasio Rivera a narrar lo de La Vorágine. Sí, allá en unas carnicerías había un mango, muy grande. Y ese mango todos lo cuidaban, porque ese era el mango de Rivera. Pero, después lo tumbaron y ¡qué problema tan verriondo con ese mango! Eso, hicieron demandas y todo; yo no me acuerdo quién fue el que tumbó ese mango.*

*La pavimentada de las calles sí fue hace poco, por ahí del 2000 para acá. En el 2006 pavimentaron desde la Alcaldía hasta allí, hicieron la L; pero nos tocó pagar, pagamos como tres o cuatro cuotas a la guerrilla. Eso lo comenzó a pavimentar la guerrilla. Se unió la guerrilla y tenían que traer cemento, y los comerciantes tenían que traer gravilla; se metieron a la Alcaldía, y la Alcaldía dio plata; pero, en esas, entró el ejército, entró la policía y, pues, le tocó irse a la guerrilla, entonces, no acabaron. Y eso estuvo otro tiempo así, hasta que el alcalde Gavilán ayudó para terminar la pavimentada. Me acuerdo que don Germán Olarte, el alcalde anterior, hizo el parque y dejó una palomera, el gallinero ese (risas), que Gavilán tumbó y lo demandaron por eso. Pero es que las palomas estaban dañando las casas, se metían a las casas y todo.*





## Traer vidas al mundo. Blanca



*Yo soy nacida en Jenesano, Boyacá; tengo 73 años, ya mismo cumplo 74, ya falta poquito; y me casé en el Meta. Mi marido era tolimense y yo era de Boyacá, éramos, una de Jenesano con un tolimense. Allá, como dicen, fabricamos nuestros hijos. En esa época, ninguno pensaba que por ser parte de la Unión Patriótica nos fuese a pasar algo, pero esa fue la razón por la que mataron a mi marido en Medellín del Ariari, allá en el Meta; y de allá fue que me tocó venirme desplazada, y aquí siguió la persecución conmigo. El hecho de que me maten a mí es lo de menos, pero me quedaba todo ese animalero (los hijos) para levantar.*

### El desplazamiento

*A él, yo no me acuerdo cuándo lo mataron, pero ahí tengo todos esos papeles porque estamos ahora en el proceso de lo de víctimas. De ahí, me tocó venirme en una volqueta de Granada para acá, y esa volqueta nos trajo, gracias a Dios, hasta Tierra Negra; y ahí me descargó y con ese muchacherío me vine, con esa escuelita, como yo decía. Cuando yo llegué aquí al Guaviare, hace unos 30 años, aquí no entramos en busética, y así de facilito como es ahora. Yo llegué y por allá me tenían trabajito, en una finca, para hacerle de comer a unos los trabajadores, y los muchachos míos, pues, no estaban tan grandes ni tan pequeños. Bolívar, el que está ahí (señala a un señor de unos 40 años, o más), era el que*

*más me ayudaba, pero mi camada fueron seis y, no conforme con esos, recogí nueve que yo no parí, porque no los parí, pero los recogí.*

*Resulta que a esos otros muchachos les mataron la mamá, entonces quedaron huérfanos, y yo, aunque era muy pobre –mire que la pobreza nos enriquece mucho—, los recogí, y para nadie es un secreto. Tengo uno que yo no lo parí, que es “Patebuey”, me quedó de dos horas de nacido; tengo otra que, aquí el “Aparato” (señala a uno de los jóvenes de Calamar) la distingue, es Yamile, y me la dejaron botadita, pero la recogí y, ahora mismo, es madre de familia y es abuela, y ahí está. Y así, sucesivamente. Unos han muerto, otros están vivos, pero como tuve pan para los propios míos, tuve pan para los ajenos. Hoy en día, que uno está en la edad que está, a uno le duele que, de pronto, le echen cara y que digan: “este, como es pobre y viene a pedir un vaso de agua, ¡ay, no!, agua pa ´ usted no hay”. Y pa ´ uno, que ha llevado la pobreza toda una vida, eso es muy duro, re duro, porque yo no les pude dar tanto estudio a los muchachos porque fueron hartos, pero les di estudio a todos hasta donde más pude, eso de que “no alcanzó porque tengo muchos hijos”, no; donde van los propios, comen también los ajenos; y donde comen los ajenos, comen también los propios. Y así llegué yo aquí, al Guaviare, con todo ese animalero.*

*A mí me dejaron en Tierra Negra y, de ahí, de la carretera, caminamos hasta una finca donde me estaban esperando. Y allá llegué a organizar, a hacer de comer, a lavar ropas ajenas y a atender partos. Entonces, en esas veredas se dieron cuenta de que yo era partera, y el uno me llamaba y el otro me llamaba, y yo volaba, como gallina ardida, de un lado a otro, pero le respondía a todos. Hasta en una hamaca me tocó dormir una vez, con una invernada dura, y yo, como jamás había dormido en hamaca, fue difícil, pero aquí me tocó venir a acostumbrarme a eso, ahí me pegué mi costalazo, pero bueno, eso lo enseña a uno a darle más moral a la vida. Y, otra vez, me llevaron por allá a atender un parto donde una señora muy pobre, y allá sí que menos había cama, porque había la sola camita de la pareja, y ya uno cansado y trasnochado, pues, échele a dormir al pie del perro porque no hay más. Había un costalito que yo miraba bueno pa ´ l colchón, entonces, dije: “acuéstese ahí, Blanca, porque no había dónde más”. Y así me tocó por ahí en esas fincas, pero, gracias a Dios.*



## La partería

*Yo venía atendiendo los partos desde el Meta, desde muy niña. Yo nunca pensaba que nosotras, como mujeres, teníamos eso. Como yo jamás había visto a una mujer así, y a mamá nunca la vimos con vestidos escotados, mucho menos, con vestidos cortitos, ella usaba era vestidos de manga larga; entonces, el día que yo miré nacer el primer bebé –yo tendría por ahí de siete a ocho años—, cuando yo miré esa señora ahí botada en el piso, encima de unos costales, con un poco de chiros, y yo miré que ese bebé salía por ahí, pero, como a nosotras no nos decían que esa era la vagina, sino que nos decían: “cúbrase, pues, porque usted no va a mostrar la panocha por ahí”; y la panocha, en ese tiempo, eran unas arepas de panocha de mazorca, y yo decía: “¿pero, por qué dicen que panocha?”. Ese día, llegó mi mamá, que sí era partera, y le tocaba atender un parto, pero el río se creció y no la dejó pasar, y yo, mientras tanto, miraba a esa señora embarazada. Después, yo le dije a mi mamá: “¿mamá, será que, cuando yo esté grande, voy a ser así?, ¿me van a salir vellos en la panocha?”, y esa señora tenía vellos en las axilas también; entonces, ella me dijo: “pues, a usted también le va a pasar lo mismo, porque usted es mujer”, yo dije: “ay, Dios mío, será, entonces, que nos convertimos en animales”. Yo, por eso, digo siempre que nosotros venimos de la raza animal, porque siempre traemos algo de ella.*

*Y, desde ahí, empecé yo la partería. Y, lo mismo, para aplicar inyecciones, a mí nadie me dijo: “Doña Blanca, venga le enseño cómo se aplica esta inyección”; uno aprende es por las experiencias, las veces que a uno le tocaba y los sufrimientos, porque, cuando yo tuve el primer hijo en Villavicencio, el médico le formuló diez inyecciones, cada tercer día le tenía que aplicar una, y yo fui a la droguería y le dije al señor: “Ay, es tan amable y me le aplica una inyección a mi niño, que el médico mandó que cada tercer día, pues, no tengo plata, pero algún día le pago”; “Ay, doña Blanca, usted es una mujer muy pobre y tiene todo ese reguero de muchachitos, ¿cuándo me va a pagar?, no, yo no le aplico esa inyección”. “Gracias, don Acero. No me la aplique”.*

*Entonces, me fui lejos, a conseguirme un inyector porque, cuando eso, los inyectores eran de hervirlos y hervir la aguja; ahorita sí hay inyectores desechables y todo; y allá me lo conseguí, y yo misma le puse las inyecciones a mi hijo. Después, fue que un suero y, ¿de dónde flores, si no hay jardín?, no había alcohol, no había algodón, mucho menos, espa[ra]drapo. Entonces, usé la tira del brasier, le pinché aquí y busqué la vena; pa ´l esparadrapo, saqué unas brechas de los costales donde viene la papa y le amarré eso, y así aprendí, sin ningún cuento*

de tanta cosa. Tiempo después, cuando yo hice mi curso de promotora de salud, el médico nos dijo: "es que se tienen que aplicar inyecciones unos a otros". Yo le dije al doctor: "qué pena, doctor, pero yo ya sé". Y, como ahí, era aprender en una naranja o en un limón y que, luego, en la cola suya, después, que en la cola de aquel y, después, venga pa' acá; le dije: "no". Yo le decía a la muchacha que me iba a pinchar: "si usted sabe, me la aplica aquí, donde yo le voy a señalar", y yo le señalaba: "aquí me la va a aplicar", y yo así aprendí; por eso dice el dicho: "el que mi Dios manda para torero, del cielo le caen los cuernos" (Risas).

Ese cuento de la partería, yo lo aprendí sin estudiar; y no tuve necesidad de que ninguno me explicara. Eso sí, mi mamá me enseñó algunas cosas; un día, que una señora tuvo un muchachito, ella sí me dijo: "¿el ombligo? ¡qué cuento de hilo!". Cuando mi mamá hacía los alpargates de fique, ella cogía los ripios y los torcía en las piernas, bien torcidos, o una cabuya, y qué cuento de alcohol, vaya al palo y bájese un limón y échele limón a eso; y con el cuchillo de la cocina, limpie ese cuchillo con un pedazo de limón y con eso corte el ombligo de ese muchachito, y amárreselo con la cabuya o con el ripio. Ahorita, dízque no se puede porque eso produce una infección y no sé qué más, eso son pendejadas.

Yo aprendí con mi mamá, pero, en realidad, ella nunca nos dejaba poner cuidado, porque, cuando iba a atender esos bebés, nos mandaba por allá, pa' los cafetales, nos decía: "bueno, se van por allá, lejos"; y, si era de noche, nos mandaba a dormir en ese cambullón y, cuando volvíamos, ya el chinito o la chinita berreaban; pero nunca nos llegaron a decir: "miren, si un caso, ustedes llegan a crecer, esto les va a pasar, eso pasa por acá, no". Eso era, mejor dicho, muy clandestinamente que aprendimos esas cosas.

Ahora que me acuerdo, hubo un caso muy raro aquí, en Calamar, hace muchos años, aquí en el pueblo. Fue tan raro que la gente quedó aterrada. A mí me dio miedo porque yo había atendido muchos partos, pero jamás había recibido un bebé de esa manera. El bebé nació, pero con dos dientes aquí arriba y dos para acá abajo; esto de aquí sí lo tenía, pero esto de aquí, no; esto era pegado acá en los ojos, era como si ya se le fueran a brotar de la cara, grandes, pero unos ojotes tenaces y, de aquí, de este dedito, le salía otro dedito acá, y aquí le salía el otro, acá. Piecitos sí tenía. Donde iban a ser los testículos, no tenía nada, pipicito sí, pero no era un pipí normal, era como un granito de arroz larguito; y tenía vagina, como para que fuera mujer, pero no vagina, sino apenas el rastro de donde iba a ser la vagina, entonces, yo digo, no se sabía si iba a ser mujer u hombre.

El caso es que, cuando yo miré nacer ese bebé, a mí me dio mucho miedo porque yo no había visto nada así. Y nació ese niño y yo lo envolví ligerito, le pincé el



*cordón umbilical, se lo corté y dejé a esa señora ahí quietita, y me fui al hospital porque el médico era amigo mío. Cuando yo llegué, le dije: “¡Ay, doctor, acabo de recibir un bebé impresionante, yo no había recibido un bebé así!”. Dentramos con él, y me dijo: “no se asuste, eso es un bebé que nació sin cerebro, dele gracias a Dios que lo alcanzó a recibir vivo”. Pues sí, él nació vivo, porque relampagueaba esos ojitos, pero murió rápido, y yo le dije: “¿A razón de qué sucede esto, Doctor?”, y me dijo: “esto es de las fumigadas que hace el Gobierno con el glifosato, esto es lo que pasa, que las mamás, las maternas están en embarazo y, claro, tienen poquitas defensas y el que recibe todo eso es el bebé”. Y, la verdad, eso fue todo. La gente que lo miraba decía que era un astronauta: “eso es un peligro, es un astronauta que nació”, y bueno, el médico dijo: “no, eso es un bebé de caso especial”. Gracias a Dios, el papá no dejó que lo miraran tanto, rápido lo metió al ataúd y lo llevó al cementerio, porque era un bebé impresionante. Otro bebé que recibí nació con cabecita y cuerpito, sin huesitos, y se quedó como una plasta; eso sí, al médico le tocó ayudarme, pero él decía lo mismo, que era por el glifosato, que el bebé no recogía el calcio para los huesos y que nacían así, deformes, pero, gracias a Dios, nació y se murió ese bebé, porque sí sufrió esa mamá para parirlo. Yo creo que criaturas que hayan padecido, y esa señora, es muy duro.*

*En la casa yo no podía atender partos, pero cuando alguien necesitaba que yo le fuera a atender a su señora, a su hermana o a su vecina, yo iba. Me tocaba ir lejos y pantanear entre la montaña. El temor que a mí me daba eran las culebras, pero decían que las culebras le tienen miedo al ajo, entonces, yo permanecía con mi ajo entre las tetas. ¿No ve que, a varia gente, de verdad, la picaban las culebras? y, sí; uno miraba que le quedaban los bracitos secos, la piernita seca y era porque ahí lo había picado la culebra. A veces, me tenían que llevar a Tierra Negra, o más allá, a patica; a veces, cuando se conseguía un caballito, santo y bueno, y, si no, eche patica. Si yo llegaba y ya había pasado el parto, pues ya qué vamos a hacer, prepararle el ombligo a la criatura y hacerle curación, y eso era lo único que había que hacer. Pero es que hoy usted tiene alcoholcito o una gasita, de resto, yo qué iba a llevar, tenía que irme con las manos limpias. Ahora no, ahora mismo, ya uno, para un parto se previene: que el caucho, que sábanas, que las pinzas, que las tijeras, que dónde va a echar la riñonera o a dónde va a desinfectar las tijeras, las pinzas, dónde va a desinfectar el hilo y todo eso; porque, primero, llegaba uno y si no hubo más qué hacer, saque unos ripios de cabuya, mijito, porque de a dónde más le vamos a amarrar el ombligo al muchachito ese.*

*En el Meta me tocó a mí un caso, en plena carretera. Salimos con la señora por ahí, de una casa, para irnos a San Martín; y se nos agravó la señora en plena carretera y no pasaba ni un alma. Ella nos decía: “ya, déjenme aquí, que yo me voy a morir”, y la miré y ya venía el bebé para afuera; al final, nació el niño en*

*ese rayo de sol, y yo pensaba: “¿con qué mochamos el ombligo, si no llevamos nada?” Yo le dije al esposo: “a punta de muela, córtese un pedacito del borde de la camisa suya porque no hay con qué más amarrar”, y así nomás lo hicimos. Y ¿con qué más vamos a cortar?, ¿cómo hacía él para echarle muela a ese cordón?, le dije: “consíganse una piedra anchita y otra piedra”, metimos esa anchita por ahí debajo y encima el cordón y, a punta de tiestazos, machuque y machuque, hasta que se le cortó la tripita a ese muchachito. Y, después de eso, pues nos tocó devolvernos con ella, otra vez, para la casa y dejar por ahí ese reguero porque a dónde íbamos a enterrar eso. Yo me pongo a pensar ahorita, que es muy distinto: si no es la tijera bien desinfectada, el bisturí, que si no es la cama desinfectada, que si no es no sé qué, bendito sea mi Dios.*

*También me ha tocado en las canoas. Esas canoas llenas de barro y de mugre. “Mijita, y le tocó parir ahí, ¡para ahí, mijita!” porque no hay para más. Un parto no es “esperemos hasta que lleguemos”, ¡no, mamita!, llegó la hora y ¡para afuera fue! Y recíbalo entre esas cochas de barro, y ahí están hoy esos muchachitos. En el Meta recibí uno que ahorita mismo está en España y es un cantante de primera, y vaya a ver; y el chino que le digo que tocó meter una piedra debajo de la otra y machucarle ese ombligo a punta de tiestazos, es un gran médico en Cúcuta, y vaya a ver. Y eso, qué cuento, es que los médicos dicen: “ay, no; es que no se puede recibir un parto en una casa”.*

*Pues sí se puede. Hace tiempo recibí aquí, en esta casa, un parto. Una muchacha que, supuestamente, tenía 16 años y el médico le dijo que por tener esa edad no podía recibirlo porque era de alto riesgo; pero, imagínese, cuando nos han tocado niñas de 11 o de 12, ahí las atendemos. Pero los médicos dicen que eso es para cesárea. Esta muchacha que les cuento, se había dado de cuenta que a una prima que tuvo el bebé en el hospital la martirizaron, la regañaron; le decían: “que no llore, que no se queje, que cómo cuando sí estaba en tal cosa, no lloraba”. Para mí, eso, en el caso de uno de mujer que ya pasó por ahí y que le dolió, que una persona le gritara esas cosas, es una cosa íntima y dolorosa. Y la china, al ver todo eso, se vino y aquí tuvo su chinito, y qué cuentos de tanta cosa, pero después del parto, eso sí, yo les dije que la llevaran al hospital para que le aplicaran la vacuna, y me dijeron: “no, que, porque no lo había tenido en el hospital, que, entonces, tocaba echar para San José”. Al final, llevaron al bebé a San José y todo salió bien.*

*Uno se defiende de muchas formas, y la gente prefiere tener los bebés aquí, con uno, porque uno se da mañas. Yo me acuerdo de que, apenas llegaban las muchachas, yo las palpaba, después aprendí a hacer el tacto. Y, póngale cuidado, antes de aprender, a mí me decían y yo no entendía; yo, para hacer un tacto decía: “¿pero, un tacto?, ¿cómo es eso?, ¿cómo era? Y, como dicen, “el inocente”, perdóneme la expresión: “come mierda y no la siente” porque la verdad es esa.*



*Yo no sabía qué era un tacto y un indígena, caño abajo, fue el que me dijo: “un tacto se hace aquí así”, y yo le dije: “pues, vea, qué pena, yo no sé”. Entonces, él me explicó: este es el útero de todas las mujeres, y este es el útero cuando la mujer empieza trabajo de parto; entonces, usted hace el tacto y este útero tiene que empezar a aflojar; si usted reconoce que este útero está aflojando, está empezando a trabajar el parto; y este útero tiene que abrir, llegar a nueve, diez, once de dilatación, para que pueda dar a luz esa persona.*

*Y ahí fue donde, como dicen, vine a saber, sin preguntar. Ahí aprendí yo a hacer los tales tactos. Y lo mismo, las ecografías (se ríe): “Ay, es que toca ir a San José a la ecografía y hay que hablar con el ecógrafo, y ese cobra”, me decían. Póngale cuidado, yo hacía ecografías y no las cobraba, y yo no tenía aparato para hacer ecografías. Simplemente que, si usted estaba en embarazo y usted también, si el embarazo suyo era de una niña y el suyo de un niño, yo, simplemente, les decía: “váyanse las dos para la puerta, agáchense a recogerme ese papel y vengan aquí”. Ahí, según la posición en que usted lo recogía, le marcaba niña; según en la posición que usted lo recogía, le marcaba niño. Así nomás, esa soy yo, hacía mis ecografías sin tanta plata.*

*Además de mi “ecógrafo”, yo también palpaba a las mujeres. Yo las tocaba e identificaba que la cabecita estuviera en la posición que necesitábamos, porque hay bebés que vienen con los piecitos para abajo, esa es la principal cosa. Lo otro es identificar si vienen uno o dos bebés. Aquí abajo hay una tienda que es de un señor que maneja esos carros de piña, y tiene 24 o 25 muchachos trabajando. Recién vino el ecógrafo aquí, a Calamar, la mujer de él estaba en embarazo y ella se fue a hacer su ecografía, pasó lloviendo en un aguacero que, ay, Dios mío, pero bueno, se la hicieron. Y él le preguntó: “¿qué marco la ecografía?”, y ella le respondió: “que estoy bien”, y él le preguntó: “¿qué le dijo el ecógrafo?”, “nada, me puso ese aparato y me limpió y ya, bájese de ese aparato que usted está bien”, le respondió ella. Bueno, como al cuarto día, me toco ir a atender ese parto; y sí, para qué, gracias a Dios, el primero salió normal de cabeza, pero eran dos, y el ecógrafo no conoció los dos, porque el uno venía de cabeza y el otro venía de patas.*

*Ni corto ni perezoso, nació el primero; y yo sí vi que, al sacar el bebé, me quedaba cortito el cordón, no jalaba mucho, y el cordón, cuando es un solo bebé, debe ser largo. Entonces, se me quedaba cortito, y yo decía: “¿pero, por qué tan cortito?”; volví y me fui con ese mismo cordón adentro y me encontré otra bolsa, como para reventar, porque uno la toca y sabe que ese no es el bebé, que está blandita, pero, para ser esa la placenta, tampoco parecía. Bueno, mas sin embargo, le dije a la mamita: “puje, mamá, puje duro”; y sí, ella hizo la fuerza y ¡pum!, reventó la otra fuente y, a lo que reventó la otra fuente, me lavó ese muchachito en agua.*

*Y me fui por ese mismo cordón, ¡ay, mijito!, cuando me topé adentro, me encontré con la patica del otro bebé. Cojo la patica y la voy jalando, la saqué, y metí la mano otra vez y saqué la otra y jalé. Entonces, le dije a la mamá: “pújelo sin descansar, como si estuviera en la tasa del baño”, hasta que lo saqué. Todo esto sale fácil (se señala las piernas y el abdomen), pero nos quedamos de acá (se señala los hombros y el mentón); a lo que llegamos acá, metí la mano y bajé un bracito, metí y saqué el otro, entonces, cogí el bebé e hice la que se lo tiraba encima del estómago a la mamá, y salió la cabecita, y cogí un pedacito de gasa y comencé a darle respiración boca a boca, y a tocarle la parte de las patitas, a golpearle las nalgas, las espaldas, y hágale, hasta que lo devolví, gracias a Dios, ahí está.*

*Otro día me tocó un parto similar de dos niñas, y ¡dentro de una cueva! porque había una balacera, ¡ay, cállese la boca! y ella dando a luz, y yo convencida de que era uno solo. Cuando nació la primera, ay, bendito sea mi Dios, pero, como a la media hora, se nos viene la otra, y sí, dos niñas. Pero, claro, en esa balacera, yo creo que la señora del susto tan tenaz, como se escuchaba la bala, botó a esa muchachita rapidito. Esa vez no, pero en los partos yo también les ayudaba a las mamás usando algunas plantas. La yerbabuena; la manzanilla; la malta con canela; las cáscaras del mango, se cogían tres cáscaras de mango de para abajo y se ponían a cocinar y eso también se les daba; o el zumo de la pura yerbabuena, con un poquito de vino tibio; y eso era pujo seguro.*

*A mí, por ser partera, hace mucho tiempo me tocó meter la ficha para pedir una ambulancia para sacar las maternas. Eso fue cuando estaba don Germán Olarte. Eso sí, pa´ qué, él siempre ayudó mucho, y ahí, de una manera o de otra, al fin mandaron una ambulancia vieja. Funcionaba amarrándola con cabuya y con lazos, pero, ahí servía, a trancazos y machazos. Claro que el transporte era muy demorado. Un paciente, si estaba muy grave, tocaba moverlo por el camino, mijito, porque no había más, y cálmese porque quién sabe a dónde nos vamos a quedar. Bueno, en avioneta también se transportaba a los pacientes más graves, llegaba la avioneta y ahí, en el centro, donde es la panadería de Pablito, ahí, en todo eso, era la plaza; ahí mismo, aterrizaba la avioneta o tiraba la cebolla, el repollo, las papas; eso era unos chochales de barro, pero comprábamos todo ahí, porque nos tocaba.*

*Por un tiempo, también trabajé de promotora para la Alcaldía. Yo tenía que trabajar, supuestamente, caño abajo, por donde hay un colegio; ahí era mi puesto, y tuve la mala suerte de que, estando allá, cayó mi hija a la cárcel; y después, todos mis hijos terminaron en la cárcel porque, supuestamente, todos éramos guerrilleros. Yo, supuestamente, era la principal de la guerrilla porque andaba con la guerrilla, les atendía los partos a las guerrilleras. Claro, yo no puedo negar que le atendí partos a las guerrilleras, pero también a las mujeres de los policías y a las de los soldados y a todo el mundo que lo necesitara, ese era mi gran*





*delito. El cuento es que mi hija, la que falleció hace seis años, decían que era comandanta de la guerrilla. Ella nunca aprendió a manejar cicla, pero decían que ella manejaba moto y ambulancia, y que cargaba heridos para San José; ella nunca aprendió a manejar moto. Y, cuando la cogieron presa, le pusieron por delante toda una cantidad de fusiles y pistolas y granadas, le hicieron un montaje; para que vea, y yo nunca supe qué era un fusil, menos una pistola. Yo siempre hablaba con la policía, con el ejército, con los paracos y con la guerrilla, pero, vea, qué lío en que me metí, y yo, lo único que hacía era servirle a la comunidad, así fuera en pata y media (se señala una lesión ulcerada que tiene en la pierna derecha), y me gusta es servirle a la gente.*

*Uno sabe, por ejemplo, que a los indígenas no se les puede cobrar, que ellos tienen prioridad en el hospital, y yo le[s] digo que vayan al hospital, y las mujeres indígenas me dicen: “hospital no, allá matarme a mí, allá uno parir así, amarrado, y nosotras no”. Y es verdad, ellas (las Nukak y las Jiw) no paren así, acostadas; ellas pasan su dolor y, cuando les toca la hora, botan su blusita al piso, ponen una pata allá y otra acá y se cogen de un lazo y, ahí paradas, les va saliendo la criatura; ellas se van parando del piso, no se dejan mirar el cuerpo y ni el marido se acerca. Paren a su hijo solas, y nada de acostarse; ellas se visten y, de una vez, se van pa´ su terruño, para su tierrita. Yo, aquí, atendí una a las ocho de la noche, y dije: “a las cinco o seis me levanto a hacerle chocolate” y, cuando me levanté, la cama sola; ellos, hace mucho rato, se habían ido. La última vez me tocó una niña indígena, ella no pensaba que ya le tocaba el parto porque, por ecografía, todavía le faltaba un mes, pero yo siempre he dicho, la única que lleva bien las cuentas es la materna; el médico podrá saber mucho, las parteras podremos saber mucho, pero las que mejor lleva[n] las cuentas son las maternas. Entonces, ella vino a pasar un control médico y esa noche se quedaron acá y le agarraron sus “ayayayes”. Le pregunté, pásame la ropa y los pañales, y me dijo: “no, nosotras no tenemos nada”. Y, con una tela, le hicimos pañales y busqué ropita de bebé de la vecina y, así, se llevaron su chinita y su chinito.*

*Yo, la verdad es que hace muchos años perdí la cuenta de cuántos partos he atendido, he traído miles y miles de criaturitas. Y, por gusto, pregunten por ahí si me distinguen. Por ahí hay un estudiante de caso especial, muy buen estudiante. Cuando ese niño nació, ay, Dios mío; los brazos son cortitos, él no camina normal, pero ese muchacho es tan inteligente, tan entendido, tan buen estudiante, ¡y tan enfermo que se ha visto!, ese muchacho es una belleza. Otros son unos gemelos que estudiaron en Pamplona, muy buenos estudiantes, y así, y para cualquier lado que vayan les van a hablar de mí. Traer tantas vidas al mundo es tan bonito, es tan hermoso.*

## Calamar, tiempos difíciles

*Además de la partería, yo atendía a los trabajadores en la finca donde vivíamos primero y, de pronto, pues ya pasó lo que pasó. Me desaparecieron a dos hijos que venían de Tierra Negra a Calamar. Yo no sabía si, de pronto, se fueron a la guerrilla y algún día iban a volver, pero quedamos en espera. Pasó el tiempo y esta es la hora que nada. Después, yo me enfermé porque me dio paludismo, y duré un tiempo hospitalizada, aquí, en Calamar, y el hijo aquí, pagándome residencia y, cuando medio me mejoré, me fui al campo, pero volví y me enfermé allá y, otra vez, vuelva para acá. Al final, llegamos aquí (Calamar) y yo me puse a lavar ropas ajenas. Le lavaba la ropa a la policía, al ejército y, supuestamente, a la guerrilla, porque, eso, nosotros no teníamos distingo de “usted es el guerrillero, usted es el policía o usted es el soldado”. Todos vivían en unión y no se veía esa discriminación que se ve ahorita; hoy, si usted es policía, está por allá aparte y, si usted es soldado, está ahí, y, si usted es guerrillero, sí escóndase por allá otro poquito, porque ese sí que peor. Cuando eso, uno miraba que la policía o el ejército tomaban cerveza en la misma mesa, con esos fusiles ahí encima y con pistolas, pero nadie decía nada, y miraban televisión en una pantalla grande. Eso era para el lado del puerto, en esos barrios de gozar, pero así vivíamos muy bien, dentro de todo.*

*Ya después fue que colocaron los radios de comunicación y la gente traía la mercancía (la coca) en costales, en lonas y, eso, nadie se ponía a mirar usted qué traía ahí, era el negocio de ellos y la plata se miraba por lado y lado. Uno no fue afortunado en todas esas cosas, pero bueno, la suerte no fue para todos. En esos años de la bonanza, no había alcalde o personero, cuando eso, el corregidor era don Osvaldo Valle, que era también corregidor de El Retorno. En ese tiempo, empezaron a llegar los carros grandes, entraban camiones grandes, pero se quedaban enterrados hasta ocho y quince días en esas picas, porque había unos huecos inmensos, y nosotros, por allá, encima de esos barrancos, brinque como los sapitos y corra pa venirnos acá al pueblo.*

*Yo me acuerdo de que, una noche, yo tenía tres partos para atender; uno para aquí, del lado de las Malvinas; otro allá, en el centro y; yo creo que ustedes han ido por allá, al lado del puente colgante. Allá, en esas tres partes, tenía tres pacientes. Pues, yo fui y chequeí a la de las Malvinas y todavía le faltaba; después me fui a chequear la del centro y, cuando iba para allá, me quedé a oscuras porque la luz iba nada más hasta las nueve y media, diez de la noche, por mucho, de resto la luz apagada. Yo saqué mi linterna y allá, en el parque, oí que me silbaban, pero como yo no tenía compromisos con nadie, yo no tenía por qué parar, y seguí con mi linterna, cuando oí: “¡la que lleva la linterna, la que lleva la linterna, que nos espere!”. Y yo dije: “pero yo no tengo que esperar a nadie por-*



que yo voy es a ver una paciente”, cuando arrancaron a correr, y se me acercó un man con un lazo, un guerrillero, y me dijo: “¿Usted, para dónde va?, “Voy a ver una materna”, le dije. “Está prohibido salir de noche”. “Pues, qué pena, pero yo tengo que ir porque están en trabajo de parto y están a mi cargo”. “No señora, usted no puede moverse de aquí”. “De todas maneras, usted responderá por esas maternas porque son tres que tengo en este momento”. “Déjelas, que se larguen pa ‘l hospital”. “Es que ellas no quieren ir al hospital”, le dije.

Bueno, él pensó que eran mentiras, y le dije: “si cree que son mentiras, camine conmigo”. Entonces, llegamos a la casa y yo iba a atender a esa señora del centro, pero yo no sabía que ella era la señora de un guerrillero; claro, en ese tiempo, yo no era de preguntarle a las mamás: “usted, ¿quién es? o ¿cómo es su marido?”, eso es vergonzoso; yo, a veces, ni les preguntaba cómo se llamaban porque eso es cuestión de cada uno. Entonces, yo le dije al tipo: “camine, vamos y le muestro dónde tengo las pacientes”. Llegamos ahí, al centro, y golpié; y me dijo la señora: “doña Blanca”, y yo le dije: “póngame cuidado, señora, que yo estoy aquí por una paciente, y resulta que este señor me quiere amarrar que porque yo estoy andando tarde en la noche con esta linterna, pero yo no estoy en son de tomata ni en son de esperar a nadie, y este señor me quiere amarrar que porque está prohibido salir de noche, que la guerrilla dio orden de que ninguno podía salir tarde en la noche”. Entonces, ella me dijo: “no, a doña Blanca no la va a amarrar”. Lo miró a él y le dijo: “a doña Blanca la deja libre”.

El caso es que después me lo llevé al puente colgante, donde estaba la otra paciente que yo tenía y, después, a donde la otra, en las Malvinas. Y, al final no me amarró y atendí a las tres maternas esa noche. Gracias a Dios, me devolví porque la última que salió fue la del centro, salió como [a] las cuatro y media o cinco de la mañana. Y, resulta que, a esas horas, llegó una voladora por ahí, por el caño, con un señor vestido de civil, con una peinillita ahí en la cintura, con su poncho y su camisa, todo muy campesino; y la otra señora le dijo: “cómo le parece que a doña Blanca la iban a amarrar anoche”, y él dijo: “¿cómo así?, ¿quién?”. Pues, cuando se fue descubriendo el cuento, resultó que ese señor era un guerrillero, un comandante, y la señora era su mujer, una comandanta, mejor dicho, era la señora del comandante, y yo la atendí, sí señor. Ahí me di de cuenta cómo era la vaina. Entonces, en medio de ese conflicto y esa guerra, yo atendía a la mujer del que fuera, y así me ha tocado aquí, me traían la señora de un paramilitar y no me interesaba que fuera paramilitar, no me interesaba si era la mujer de un guerrillero o de un policía, mi deber era atender a las mujeres que lo necesitaban, no me interesaba quién fuera.

Por ejemplo, una vez, un policía que estuvo en Calamar tuvo a la señora dos veces en el hospital, en San José, para trabajo de parto, pero la señora se le voló del hospital y llegó aquí, y la noche que llegó, se agravó. Como yo sabía que era un

*policía, lo único que le dije fue que él tenía que colaborar a la hora del parto, y él me dijo: “sí, yo le colaboro”, y se le llegó la hora del parto y yo dije: “vea, llámenme el policía que está en el puesto, en el parque”, y el policía llegó, se quitó su uniforme, su fusil lo metió debajo de la cama, se puso una pantaloneta y un busito, y yo le dije: “bueno, papito, aquí tiene que ayudarme; cuando yo le diga, colabórole; usted le va a colaborar a su mujer. Esta es la posición en que usted le va a ayudar a ella, le coloca las manos aquí durito y, cuando yo le diga, usted hace fuerza y ayuda”. “Listo”, me dijo, “yo le ayudo”, ¡Ja! “yo le ayudo, yo le ayudo”, cuando vio pintar sangre, ese pobre señor, ¡pum!, ahí cayó en la cama, ahí quedó. Me tocó llamar al vecino y decirle que me sacara ese policía desmayado de ahí para el hospital. Llegó al hospital y se le fue el mareo. Cuando volvió, me dijo: “no, doña Blanca, yo no pensaba que eso fuera así” (risas). Él pensaba que un parto era más fácil, pero no, eso no es fácil. Para uno que ya está enseñado, es fácil, pero para la persona que no está enseñada, pues no; a él se le dificultó y eso que era un policía.*

*Lo cierto es que, al final, a uno le tocaba convivir con todo el mundo, pero lo que no era tan sencillo era lo de la coca. Aquí se cultivaba el maíz, la yuca y el plátano, poquito, pero sí se veía, pero lo principal era la coca. A donde usted llegara, había coca, en el patio de la casa veía usted las cocaleras, muy hermosas, porque eso hay que decirlo, usted a la finca que fuera no encontraba mucho jardín, sino coca por todo lado, y era normal. Y llegaba la policía, llegaba el que fuera y todo eso lleno de coca y la gente ahí raspando, delante de todo el mundo. Yo me acuerdo, cuando llegue por acá, que la gente hablaba de “la mercancía”, y que “la mercancía”, y yo decía: “¿cuál mercancía?”.*

*Resulta que el papá de un muchacho de aquí, de Calamar, fue un tipo rico, rico, rico. Ese señor no sacaba la mercancía en lonitas, sino en avionetas, y no paraban en el aeropuerto de acá, sino en aeropuertos clandestinos, por allá en el campo, por allá era donde cargaban esa mercancía. Y me acuerdo de que la gente decía: “es que toca ir a asolear la mercancía”, y yo decía: “¿será ropa muy bonita? porque, para que la vayan a asolar, ¡debe ser muy bonita!” Y una tarde le dije al hijo mío: “hijo, yo quiero darme cuenta de esa mercancía, cómo es”, y dijo: no, mamá, eso es un polvo que sacan de esa coca y eso huele a feo, pero le dicen dizque mercancía”. Yo le dije: “lléveme”. Y fuimos. ¡Ja! eso es un berrincherito, un olor a berrinche, y yo decía: “pero, ¿la gente es que se orina afuera o qué?” Yo pensaba que la mercancía, de pronto, era ropa o zapatos, pero eso, jum, y vaya usted a ver esa mercancía hasta dónde lleva a la gente: a la tumba o hasta el cielo.*

*Aquí, con la coca, mucha gente hizo plata, pero muy pocos quedaron ricos. Este muchacho que acabó de salir (señala a un joven que salió de la casa), el papá de él fue rico, rico, y cuando dejó embarazada a la mamá de él (del mismo mu-*



chacho), acá vino y se consiguió otra mujer y pensó que la plata nunca se acababa, que la riqueza seguía lo mismo y, mentiras, eso se acaba. Imagínese que la plata le llegaba en costales en una avioneta, y así mismo sacaba la mercancía. Tenía tres o cuatro avionetas que le sacaban toda esa mercancía por allá. Y, en el bautismo de ese niño, yo le dije: “don Gabriel...”, como se llamaba ese señor, “...voy a bautizar el niño”, y él me dijo: haga lo que quiera, pero ese niño no es mío, es de un policía”. Yo le respondí: “está bien, dejémoslo que sea de un policía”, pero yo sabía que era de él. A la hora del bautismo, el padrino del muchacho me dijo que hiciéramos un trato: “yo sé quién es el papá y yo sé quién es usted, una mujer muy pobre; yo voy a buscar a don Gabriel por cielo y tierra y yo lo consigo, pero le quito toda la plata que tiene por haber abandonado ese hijo y a usted la dejo para que se bañe en plata, pero la dejo sin el hijo”. Y yo le dije: “no, doctor, déjelo que disfrute esa plata como él quiera porque yo, gracias a Dios, voy para vieja y quizá el muchacho este me acompañe cuando yo sea vieja”. El tal don Gabriel vive hoy en San Martín, Meta, todavía, y está viejo, enfermo y sin cinco centavos; quienes aprovecharon esa plata fueron los otros abogados. Hoy no tiene nada y yo le digo al muchacho: “papito, llame a su papá, y que...”. En cambio, ni ese señor ni los tíos dijeron nada cuando sabían que yo cuidaba a su hijo. Yo era pobre y ya era viuda, a mi marido lo habían matado, pero a mí no me importó y ese muchacho tiene es el apellido del marido mío.

La hija que tengo acá yo tampoco la parí, pero la críe, y dije: “¿qué papá le pongo a esta niña?”; le dije al hijo mío: “mijo, nos vamos a Cubarral y el papá que le voy a colocar a ella es usted mismo”, y, pues, así quedó, el hijo mío es el papá de ella. El verdadero papá de ella vive en San Martín, pero no la quiso reconocer porque era hija de una prostituta que se fue a vivir con un policía, y a ella la tentó el diablo y con un corta uñas mató al policía y cayó a la cárcel. Ninguno la volvió a mirar, le dio pena moral y se murió, y la niña me quedó a mí. Cómo es la vida, ahora que está vieja, el papá la llamó a pedirle perdón, y ella le dijo: “ya para qué, es que me duele decirle papá, usted para qué me dice hija, ya para qué”; ella tiene por papá al hijo mío. Fíjese, esos son mis hijos, los que parí y los que recogí. Solo me hacen falta los que están desaparecidos, con ellos nadie nos está ayudando. Supuestamente, vinieron desde San José, vino la JEP, los de las víctimas, vinieron muchos, y me hicieron un derecho de petición, vino el de los Marruecos y me dijo que me iban a mandar un papel para un juez, para que yo lo llevara a San José. Yo fui y se lo entregué y, el juez dijo: “ay, no, señora, yo soy juez, pero no voy a cargar con estos papeles”, él dijo: “no, señora, conmigo no cuente”, y le dije: “gracias, señor, muy amable”. Al final, el personero me lo llevó, pero hoy no aparece ninguno de los papeles por allá, toca esperar, estamos como las embarazadas: esperando que llegue la hora.

## La vida en un lugar inhóspito: Reina

*Mi papá se llamaba Hortensio Cubides, mi mamá, Ana Silvia Ávila Castañeda, ellos eran primos hermanos, y la familia de ellos yo no la conocí, ni de mi papá, ni de mi mamá. No conocí a nadie. Ellos eran de Boyacá, de San Luis de Gaceno; yo nací allá y me vine pa' acá como de 11 o 12 añitos. Primero, arrancamos con unos hermanos, allá en La Alianza, y después de eso, ya con mi esposo y mis hijos nos organizamos fue aquí. Cuando yo era pequeña, nos vinimos como por una ambición de tener algo, diría yo. La idea de nosotros era venirnos porque dos hermanos míos estaban acá, yo era pequeña y ellos me trajeron. Hice la primaria por ahí, hasta quinto, y cuando me gradué, la profesora me quería llevar por allá para Santa María, para Garagoa, yo no sé dónde sería eso, y mi mamá dijo que sí, pero yo dije que no.*

*Tal vez hubiera sido mejor, pero como la última palabra la tiene Dios, nadie más. Entonces, la profesora, que se llamaba doña Hilda, tenía un hermano; yo, a pesar de ser tan pequeña, de 12 años, ella me llevaba con él a fin de darme estudio y sacarme adelante, pero yo no quise, yo dije que no por mi mamá. Es que ese muchacho tenía un hermano que se llamaba Gustavo. Él,*



Foto: © Warner Valencia



*cuando se dio cuenta de que ya me iban a llevar, entonces, le dijo a la profesora que me llevara y que, apenas estuviera grande, que él se casaba conmigo; y yo era muy pequeñita y ya con ese cuento, y entonces, por eso no me fui en ese momento. Mis hermanos se vinieron para acá y yo me vine con ellos.*

*Mi papá, la verdad, no me quería; eso duele harto, y mi mamá me mandó con mi hermano. El caso es que, cuando nosotros vivíamos por allá, en La Alianza, nos gastábamos hasta un mes en llegar ahí a Villavicencio, y de ahí para acá fue lo mismo, en tractores y, eso, durábamos hasta 15 días viajando de El Retorno hacía acá, en un tractor o mulas, o bueno, la gente como pudiera. Cuando llegamos, no habían sino cuatro casas ahí en el frente, yo cogí un lotecito y me hice un rancho. En una de esas casas vivía don Alfredo Montañez, él fue el padrino de dos hijos míos, con su esposa, doña Olga, yo no me acuerdo bien el apellido. En ese tiempo, yo tenía un almacén grande en una esquina, por allá, grande, decía yo (risas). Y, más allá, había un señor, pero se me olvida el nombre, la señora de él sí se llamaba Reinalda, ellos también tenían otro negocito ahí, y también estaba don Pablito, que tenía un negocito pequeñito. En ese momento se empezó a poblar el pueblo, llegaba gente, después ya llegó doña Olga con el esposo.*

*Aquí, hasta llegaron, por primera vez, los Nukak, los indios, los indígenas, pero cuando ellos llegaron, ya había sido quemado el pueblo, las casitas, todo eso por allá. Ellos llegaban desnudos, pelaos y comían por ahí, pepas, y en la finca, uno no se podía descuidar porque todo se lo llevaban, más que todo la panela, y eso, una caja o lo que uno tuviera, si uno se descuidaba, eso era poquito pa´ ellos. Y, algunas personas les daban ropa para que ellos se las colocaran y, apenas volteaban por allá el pico, se la quitaban y la botaban y se iban otra vez, seguían su camino.*

*En esa época, apenas usted salía del pueblo, de ahí para allá, todo eso era montaña, selva, y con el tiempo hicimos la finquita, que es la que hoy día tengo yo, pero en ese entonces, todo esto era selva. Tal vez, con el paso de los años, hicieron un potrero y como un parque y en la pista aterrizaba la avioneta. La pista terminaba allá, llegando a la finquita, inclusive, dos avionetas cayeron en el potrero de la finca. En un tiempo, yo compraba marranitos y los tenía allá y los mataba para hacer rellenas, chicharrones, bueno, de todo; habían unas canchas de tejo, a mí me ha gustado todo el tiempo ser como independiente, o sea, no vivir atendida al marido y cosas de esas, me gustaba mucho trabajar, ahora, ya porque no puedo.*

*Después, yo quedé sola, me separé cuando el niño tenía como un año. El papá de mis hijos me dejó sin nada, vendió esa casita porque él tenía otra mujer y*

*vendió lo que yo tenía allá, y se fue con otra señora. Lo único que yo sé es que yo saqué mi ropa en una lona (risas), y mis hijos, mis cuatro chiquitos, y una comadre me daba trabajo y me daba la comida para ellos y pa´ mí; y volví y cogí pa´ arriba. Y, ya con el tiempo, me junté con otro señor que, por allá, tenía unas coqueras (cultivos de coca). Ese camino para allá era muy feo, ¡ay, señor!, y eso era a pie y no había cerca nada porque no entraban ni los camiones. En ese tiempo, la gente empezó con el cuento de la coca y también seguían con el tigrilleo. A propósito, a mí me llevaban por allá pa´ l lado el Unilla, al Tigrilleo, por allá me hacían un camarote alto pa´ que no me fueran a coger esos animales. Los hombres se iban a cazar y a mí me dejaban en el rancho, por allá, entre la selva. Me quitaban la escalera y allá arriba me dejaban. Yo solo miraba los bichos desde allá.*

*Cuando hicieron la pista para el avión aquí, en Calamar, echó a llegar más gentecita, gentecita, y comenzaron a hacer sus ranchitos, cada uno, sus casitas. Y, fíjese que uno, de pronto, no miraba como más allá porque, en el momento, uno no pensaba que esto se iba a poblar. Entonces, yo tenía ahí el lotecito y, cuando el papá de mis hijos se fue, él vendió todo eso, y yo me quedé sin nada, me tocó irme a vivir donde una comadre, solo después pude hacer esta casita, pero en esta parte, que ha sido invasión. Esta parte de Calamar todos los que tenemos casa es porque ha sido de invasión.*

*Yo me acuerdo que, en esa época, Calamar no era ni siquiera un municipio, era un corregimiento, y lo dirigían los inspectores, y en esa época se quemó el pueblo varias veces. Cuando yo llegué, ya se habían quemado dos veces; en ese tiempo, aquí vivían era indígenas en chocitas, de esas chozas que hacen. Después, volvió a quemarse, por allá, pero eso sí fue mucho después, entonces, hicieron la pista para que pasara la avioneta porque aquí aterrizaban y viajaban para el Unilla, allá, al otro caño, donde unos señores que se llaman patemarranos; cuando eso, la coca ya estaba con más fuerza. Entonces, ellos llegaban y cargaban las avionetas y comenzó a llegar la plata que producía la coca. Nosotros nos sustentábamos era de eso, de la coca. Había tiempos de buen precio, como había tiempos en que una gaseosa la cambiaban por un gramo de coca. Eso fue una experiencia muy fuerte porque la gente dejaba el trabajo y se dedicaba a la coca. En algunos momentos subía, por ejemplo, a 2.000 pesos el gramo, quiere decir que el kilo valía 2.000.000, pero cuando bajaba, cambiaban el gramo por una gaseosa, una gaseosa era barata. Entonces, con la plata de la coca se fue poblando el pueblo, mire eso, ya para donde vamos, hasta el otro río, cuando eso era sola selva.*





## La mercancía y el poder

*En ese entonces, llegaban eran los bultos de plata y ahí la dejaban, en el suelo, y yo les cuidaba todo eso. Nunca tuve mal corazón con nada porque eso era, de verdad, para habernos llenado de plata, y ahí venían, ahí compraban, eso no era poquita, sino por bultos y por bultos, también de coca, y nunca nadie puede decir que yo les quité un peso o un gramo, nunca, nunca y mis hijos tampoco. Hubo muchos que sí consiguieron mucha plata, pero ya no viven, no por edad, sino por negocios y por cosas, de pronto, quién sabe, pero cuando hay un apogeo de esa vaina en los pueblos, mucha gente aprovecha, mucha gente no aprovecha, ese apogeo llega y después se va.*

*Chucho Fino, que era un señor que le tocaba duro, hizo plata, pero después se murió. Ah, y don Uribe Gaitán, don Carlos, don Carlos, ¡ay, señor! Él tuvo negocio grande, ahí también, él vive ahorita y alcanzó a sacar algunos hijos y alcanzó a quedarse como con uno o dos. Samuel Gálvez, Armando Trampas, don Heliodoro y los abuelos. Y está el exgobernador, ese está vivo. Darío Echeverri, él tenía un negocio grande y era el que nos surtía a nosotros para llevar para la finca, por toneladas, de remesa. Y estaban los Lugo, esos eran varios, ya después, el boyaco, Argemiro, Chucho Nieves, que era otro que vivía por allá arriba y por allá lo mataron en la casa. Y mucha gentecita, si yo me pusiera a acordarme, me acordaría de muchos, muchos eran, cómo decir yo: “que no se les miraba como mala gente, no, solo trabajaban, pero por trabajar en eso, vea”.*

*Por acá vinieron muchos narcos famosos, y Tirofijo también estuvo acá, Manuel Marulanda, pues, como el pueblo era manejado por ellos. Eso era como mirar la policía, ellos controlaban todo. Y, sí, de pronto era sano y, de pronto, el que la embarraba, también se fregaba, porque mataban mucha gente. Ellos llegaron después, cuando yo ya estaba aquí. Con ellos fue cruel por una parte y bueno por otras partes; cruel, porque mataban mucha gente y, por otras partes, era bueno por la seguridad. El que tuviera negocios o lo que fuera, nadie cogía lo de nadie, nadie robaba nada a nadie, no había bazuqueros, ni borrachos jovencitos, todos sanos, pero, eso sí, el que no hacía caso, lo mataban.*

*Yo me acuerdo que una vez, nosotros vivíamos en la finca con mis hijitos y, con el tiempo, entonces, ya llegaba el ejército y hacía una barridas terribles y llevaban gente. Como no había cosa de acantonamiento, ellos llegaban allá y se acantonaban en la finca y yo duraba ocho días allá encerrada y no podía salir al pueblo. Entonces, la gente ya estaba preocupada porque decían que allá me te-*

*nían el ejército y, la verdad, yo no salía no porque no me dejaran, sino para estar pendiente de todo. El caso es que estuvieron un buen tiempo ahí, no se movían mucho. Después, ya se movieron y llegaron al pueblo, entonces, la gente estaba reunida para irse a meter allá a la finca que, porque yo no salía, que era que me tenían allá amarrada, pero, la verdad, a mí nunca me amarraron, ni nada. Sí me investigaron, sí, feamente, y yo nunca les dije nada porque, era la verdad, yo no sabía nada. Ellos me decían “a usted la guerrilla la tiene bien adaptada, bien preparada, bien no sé qué”, y yo les respondía: “no, a mí ningún guerrillero me ha puesto un arma en la frente y ni sé quiénes serán los guerrilleros”.*

*Inclusive, hasta un señor que no se le miraba nada, solo los ojos, lo metieron allá a investigarme, y dijo: “no, no, con esta señora no podemos”, le dije: “es que ustedes no pueden hacer algo conmigo porque yo qué me voy a poner a decir “yo vi tal cosa...”, no, nada porque si yo vi, ustedes se van y yo qué, en seguida lo matan a uno, no, yo no, yo no vi, yo no escuché, yo no sé nada”.*

*Después, la guerrilla comenzó a aparecer y el ejército venía más seguido y se daban unas balaceras, muy duro. En una de esas, se fue por allá la guerrilla, del lado de arriba, y ejército al otro lado, y el ejército po´ allá, avanzó hasta donde están las palmas y ahí paró el ejército, y el plomo que sí sonaba. Yo estaba con nuestros hijitos en los colchones y colchonetas, de rodillas, porque decían que podía caer una bomba y los hijos se reventaban con uno ahí. Para qué, pero la casa nunca me la tocaron con balas ni nada, pero, ahí, cerquita de la casa, sí cayeron bombas, incluso, un caballito me lo mataron así. Bueno, pero esa vez se encerró el ejército allá y ¿cómo no iba a saber el ejército que nosotros estábamos ahí con mis hijitos y más gente?, y entonces, la guerrilla cercó al ejército, cuando, de un momento a otro, el ganado envolvió al ejército y ¡eso sí fue verdad! Los envolvió porque ellos quedaron en la mitad, y la guerrilla paró de dispararles y no hubo más plomo. Eso sí fue muy raro y el ganado hizo una cosa muy linda, muy linda, rodeando a los del ejército. Eso se arrodillaba el ganado y se le escurrían las lágrimas, donde no los encierren, los mataban los de la guerrilla. Ese testimonio es muy lindo porque el ganado salvó al ejército.*

*Otra vez, me fui yo por allá y estaba trayendo comida, más pa´ allá de la finca, y se formó otra balacera en mi casa y estaban mis hijos allá solos y, entonces, al ver que yo no llegaba, ellos cogieron pa´ la selva, para que no los mataran y, cuando eso, Luisito se subió en un caballo y se fue el chinito sin camisa y con un chiro blanco, bandeando ese chiro para que no le fueran a tirar a él, y llegó al borde de la selva y no se pudo meter porque no nos pudo encontrar, nosotros estábamos muy lejos. En la selva, si uno se queda quieto, es peligroso, y ya cuando yo bajé, estaban todos ahí. Entonces, fue cuando el ejército nos dijo: “váyanse porque, así como va esto..., gracias a Dios no les ha pasado nada”.*



*Y yo no puedo decir que yo vi caer una persona muerta o que la vi, no, porque yo no vi eso. Después de tantos sustos, yo me vine para acá y ahí fue cuando dejé la finca sola mucho tiempo, y se acabó todo. Cuando eso, también estaba aquí en el pueblo la mujer de los patemarranos, ella sí vive, y estaba don Eduardo, bueno, el apodo era Sisiaca, él vive todavía en Agua Azul, Casanare. A él le dio catarata en los ojitos y él le tocó irse de aquí, se alcanzó a ir, gracias a Dios, y por allá está, fue y se enfermó de los ojitos y por allá se operó. Yo fui a visitarlo hace unos días.*

*Yo me acuerdo que cayó una granada, el helicóptero soltó un artefacto explosivo y cayó muy cerca a la casa, mis hijos estaban ahí. Nelson, el menor, vio todo. Cuando cayó la granada, le voló al caballo toda esta parte (señala el costado derecho), al pie de la cerca. Después de eso, Nelson miraba un soldado o guerrillero y temblaba, entonces, lo mandé para donde el papá a que le hicieran exámenes porque, él miraba algo verde, alguien con uniforme camuflado, un soldado o algo militar, y temblaba, por culpa de esa granada. Nelson tenía como cuatro o cinco años, él tiene varios recuerdos de eso en la cabeza. Mire que él no abría casi los ojos para no ver, así fuera una persona que llevara una camisa verde o algo así, me cogía las piernas y temblaba. A él fue al que más duro le dio, los otros más grandecitos podían soportar más, le digo que los conflictos así son muy duros y muy peligrosos, pero yo creo que después de que uno no esté metido ni a un lado ni al otro, no pasa nada.*

*Me acuerdo que a uno le investigaban muchas cosas, y el ejército se inventaba cosas, pero como yo nunca me he asustado, entonces, me fue bien. Gracias a Dios, tuve valentía y lo hice. Me decían: “a este señor usted lo conoce”, y yo les respondía: “pues, usted me conoce mucho a mí y, ¿por qué no me muestra su cara? porque yo no lo quiero ver, si usted es un guerrillero, pues tápese para no saber”. Si era o no era, o si lo recuerdo, o no. Todas esas cosas fueron muy buenas para mí porque, entonces, cuando venían a investigarme, me traían personas y yo frenteaba. Yo lo viví con mis hijos, fui una mujer que no salió volando para otra parte, no, yo no, porque yo decía: “¿pa’ dónde voy a coger sin nada?”. Es muy feo porque lo que yo pude conseguir entonces, era muy poquito, y así fue, y así es como estoy todavía aquí.*

*Al primer hijo, lo tuve a los 18 años. Los tuve muy seguidos, los cuatro primeros fueron como de año a año, muy seguidos, también los levanté joven. Pero bueno, se acompañaban. Por mucho tiempo, la felicidad mía fue que mis hijos fueron muy alentados, no se enfermaron de nada, por ahí, gripitas, pero pasajero y ya, no más, y la felicidad mía fue que en ningún momento les dieron ganas de coger las armas o algo así, nada de eso. Yo les daba muchos consejos. Mire que, cuando Nelson se tenía que ir a pagar servicio militar, él tenía mucho miedo y me decía: “pero, mamá, es que yo no sé coger un arma, a mí me da mucho*

miedo, o, pegarle un tiro a otro sin saber por qué, yo no soy capaz”, y yo le decía: “bueno”; como a los ocho días, él me volvía a decir: “mamá, y es que yo tampoco voy a ir a pagar servicio por una cosa, porque es que yo soy más alto que todos los otros soldados, me pueden matar a mí primero” (risas). Y, hasta ahí fue, lo mandé para Villavo y hasta que sacó la libreta no se vino. De buenas, pero es que ninguno de mis hijos tiene libreta de primera porque yo trataba de comprársela para que no pagaran servicio, pero el último, que es mi nieto... mi hijo, porque a él no le gusta que le diga que es mi nieto, él sí fue a pagar servicio, pero en la Fuerza Aérea, pero no salieron a pelear.

Nosotros somos muy bendecidos porque no nos gustó el conflicto, porque, en ese entonces, también la guerrilla incentivaba a los jóvenes para que hicieran parte de ellos. Mi hijo puede dar fe de que a las malas no se los llevaban. Ellos qué hacían, pues, como a los jóvenes les gusta la plata, les gusta las cosas fáciles, entonces, les ponían un arma, una moto y dinero y, entonces, los muchachos, jum, claro, se llenaban de ilusión y, mentiras, que a los ocho días los tenían trajinando monte. Entonces, así engañaban a los muchachos, pero no que los agarraran, no, no que yo conozca testimonio, pero los incentivaban para llevárselos de esa forma.

Nelson estudió con varios muchachos que se fueron pa' la guerrilla, y se acuerda de eso; solo uno o dos están por ahí vivos, que se fueron por esa época y los ilusionaron. Hoy en día, hay uno que está en el Cerro Colinas, el hijo de potro, a él le dicen pulmón. Y como él hacía las bombas dentro de la pieza, no dejaba que la mamá se metiera, pero, un día, la mamá se metió y abrió la cartera y estalló la bomba y le voló la mano al muchacho aquí (señala la muñeca), y el ojo. Ahí vive, la señora vive a la vuelta. Por ese accidente, después, el muchacho todo desesperado cogió una granada y se iba a matar, casi que no lo convencen, duró toda la noche con esa granada desactivada en la mano, que la soltaba, que no, y el papá búsquelo, hasta que lo convencieron de que no se matara. Claro, es que fue grave, casi mata a la propia mamá, víctima de su propio invento y del conflicto. Y, ¿sabe qué es lo triste de eso? que fue por coger malos caminos.

Mi hijo Nelson nació en el hospital de aquí, de Calamar, pero no lo registraron allá porque uno afuera decía que era de Calamar y lo primero que le decían es que era guerrillero, lo estigmatizaban muy feo: “usted es guerrillero, usted es de Calamar”, y era maluco, pero nada. Aquí, también me acuerdo que hubo una plaza de toros, acá trajeron al Charro Negro y creo que al Charrito Negro, en su época, en la época del dinero. La plaza de toros era a la salida del pueblo, y mi hijo vendía preparada y helados. Yo nunca los dejé coger ningún vicio, desde pequeñitos los puse a trabajar.



*También había que ver, por ejemplo, a los comandantes; la guerrilla no era mala, como de pronto después, cuando se mezcló con el narcotráfico, porque usted a un miliciano no le podía decir “negros tenés los ojos” porque le podía pegar su tiro, lo mataba a uno y listo. Y como tenía las armas, y el que tiene las armas es el que manda. Mucho[s] de esos milicianos mantenían amedrentando al pueblo, hacían lo que quisieran, hasta que bajaba la guerrilla y ya les ponía su tatequieto para que respetaran a la gente.*

*Es irónico porque, donde es hoy el batallón, era el cambuche de la guerrilla, todo eso lo tenía ahí la guerrilla. Ahí, donde tenían el batallón, ahí mismo venía gente muy rica, también de mucha plata producto de la bonanza. Esa bonanza trajo más cosas malas que buenas. Lo bueno es que ayudó al pueblo y la gente quedó por ahí con sus fincas, los que lo lograron, pero, malo porque quedó mucho huérfano, muchas viudas y viudos por la misma cosa del conflicto y la coca. Si llegaba por ahí alguien con una mujer muy bonita y a un guerrillero le gustaba o a uno de los capos, usted perdió el año, entonces, eso sí fue como lo malo. Y, después, ya vino algo muy cruel que fue la entrada de los paramilitares. Ellos hicieron más daño que la guerrilla en toda su historia en el municipio porque llegaba un encapuchado y decía: “este trabajaba con la guerrilla”, pero si la guerrilla le pedía un favor a usted, ahí verá si se niega, y entraban los paras y ya decían que uno era colaborador. En ese momento, los paras desaparecieron mucha gente, la entrada de los paramilitares fue demasíadamente cruel.*

*Lo de los paramilitares fue como en el 2002 y 2003. Ellos comenzaron a entrar y a incursionar y eso sí marcó al pueblo, hubo mucha gente que perdió a sus familiares. Uno, a las seis de la tarde cerraba su puerta y no le abría ni a Dios, y ya cuando colocaron a esa gente, ¡uy, no!, o sea, le hizo mucho daño a este municipio. Uno miró todo ese horror, pero no tiene pruebas, fue mucho testimonio, mucha la complicidad del ejército, los dejaban hacer lo que quisieran y el mismo ejército, a ratos, se prestaba para eso, hubo muchas vivencias, muchas experiencias de la gente con eso, que el mismo ejército se llevaba a la gente y los entregaba a los paramilitares. A un muchacho que fue candidato acá a la Alcaldía, le desaparecieron al papá, se lo llevaron y, al sol de hoy, no se sabe nada, nadie sabe dónde está, dónde los pueden haber dejado o enterrado.*

*Yo, con mi primer hijito, que ya partió, casi se me lo llevan, eso fue terrible. Yo sufría mucho por eso, entonces, cuando estaba con el papá de él, yo le decía, no sé hasta dónde o qué tendrá usted que hacer, no sé, solo sé que usted no debe dejar que mi hijo se vaya pa´ allá, y me dijo: “¿verdad?”, y yo: “pues claro”. Y se lo llevó po´ allá pa´ l río, y en la canoa duró como unas dos horas dándole consejos, hasta que lo ponía a chillar, y vea, sí sirvió o, si no, se lo habrían llevado, porque él era aficionado que él se iba a la guerrilla porque quería coger un arma, pero no.*

## Relatos de los primeros habitantes: Josefina



*Yo tengo 63 años; de estar sin padres, hace muchos años. Mi madre se fue y a mí me dejaron por allá. Por eso, la mayoría de mi crianza fue en Caquetá, viviendo la violencia y huyendo. Yo vivía en San Vicente del Caguán, en un caserío que se llama Las Guacamayas y sufrí muchas cosas de la guerrilla y me tocó esconderme muchas veces. Cuando yo me salí de allá y me vine para el Guaviare, tenía, por ahí, unos veinte años, inclusive, yo no estaba bautizada, me tocó comprar mi cédula después para poder tener una pertenencia, un ranchito que tengo por allí. Yo salí de San Vicente porque usted sabe que uno de mujer siempre se deja enredar de los varones, entonces, me vine por acá, con mi marido y la mamá de él. Ellos ya tenían finquita y la idea era llegar en algún momento ahí.*

*Cuando llegamos, no encontrábamos pista ni nada. Yo me vine en un avión grande y cayó a un potrero, pero estaba limpio y ahí nos recogieron en carretilla pa' cargar la maleta, no había carros, no había nada. Llegamos fue a San José. Primero, cuando lo estaban fundando, San José no tenía pista, no había centro, no había comercio, no había nada de eso. Solo había unas pocas casas, había potreros y no había ni corregidor tampoco, lo que había era una cosita [casita] así, para cuando iban a poner una demanda o algo.*



## Llegando a Calamar

*Yo, de todas maneras, ya traía familia, con camada. Duramos un tiempito y nos sacaron desplazados de San José, no por cuestión de violencia, sino por el agua, porque, donde estábamos, se creció el río y nos sacaron de allá. Entonces, el corregidor dijo que quería formar un pueblo y para acá nos trajeron. Ya veníamos a la mitad de camino y nos trajo una volqueta de la comisaría hasta donde pudo entrar. De ahí, seguimos por la trocha, lo que se llama trocha. Entonces, para entrar una remesita o lo que uno tuviera que ir a comprar, tenía uno que salir de aquí a San José y, a veces, le prestaban a uno bestias, pero, a veces, no. Uno podía durar una semana trayendo por ahí una cajita de panela, lo que uno pudiera cargar.*

*Pero bueno, cuando ya llegamos a Calamar, aquí no había tampoco iglesia, no había colegios, no había escuela, no había ni hospital. Eso era un potrero y un medio kiosquito; entonces, ahí nos arrimamos pa' hacer la casita, por allá, en el centro, pero, como le digo, uno se demoraba en venir a la casa y, como se demoraba uno, ya la guerrilla le había quitado esa casa. Ellos eran los que mandaban. Yo nunca en mi vida tuve problemas con la guerrilla, gracias a Dios, no. Seguro porque toda la vida he sido así soncita, callada (risas), yo era guisandera nomás; ni mirar, ni fiscalizar, ni escuchar. Eso sí, yo le pedía mucho a Dios por los hijos porque habían familias a las que les quitaban los hijos.*

*Me acuerdo que habían unas tres casas y en esas tres casas vivían unos indígenas. Ellos, al ver que entramos, porque entró harta gente, ellos se fueron y quedamos nosotros. A mí me ayudaron para hacer un ranchito, por allá, en el centro porque todo lo demás eran potreros y selva, mejor dicho, no había nada; habían unas tres maloquitas. Después, ya arreglaron, midieron el pueblo y toda esa vaina para armar calles, después mandaron un corregidor para acá, pero ese corregidor trabajaba en Miraflores porque en Miraflores no había tampoco nada.*

*Aquí, en Calamar, no se miraba nada, no había médico, si uno se enfermaba tocaba ver, o uno se moría de paludismo. Lo que más había era paludismo y balaceras. Cuando entró la guerrilla a mandar, ya uno mantenía todos los días asustado porque eso era una bomba o, uno se levantaba y, eso, amanecían cinco o seis muertos. A uno le tocaba estarse quieto, con la boca cerrada, así uno mirara lo que mirara, tenía que estarse callado y quieto, pa' poderse estar. En medio de ese miedo, levantamos la familia. Después, ya fueron formando iglesia y hospital, yo fui guisandera de la primer casa que echaron a formar para el hospital. De pronto, de un momento a otro, llegó una señora para que acompañara a las otras señoras al parto y para que aplicara una que otra inyección; en*

*ese entonces, había un puesto de salud y atendía una señora que se llamaba Bernarda. Y, ahí se fue formando el pueblo.*

*Cuando yo llegué acá, el mismo comisario de San José vino y me dio el terreno, allí. Ya los que se quedaban por allá, a todos les vendieron el solar. Después que hubo corregidor, entonces, ya él entregaba los solares y ya se fue viendo que se formó el pueblo, entonces, empezaron a comprar ladrillo; de este no se miraba, era de ese de barro. Donde queda la estación de policía, ahí era la Alcaldía y, entonces, ahí era donde trabajaba el corregidor. Esa casa la hicimos nosotros, embutida, o sea, se le ponía un palo para allá y otro para acá y se le iba echando el barro en un[a] tabletica y lo iba uno arreglando; esas eran las paredes. En esa casa hay una parte del trabajo de nosotros también. Solo que no pudimos con las casitas propias porque yo conseguía una casita, pero como me tocaba salir al campo a trabajar, cuando venía, ya la encontraba ocupada, y uno, con tal que no le hicieran nada, se callaba, y le tocaba dejarla ahí.*

*Después, la comisaría desde San José nos ayudó para formar las casas con materiales, nos dieron el zinc; nosotros, encerrábamos con tabla y chonta. La casita mía fue como una maloquita, una casita de zinc, techo por aquí y techo por allá, entonces, ya uno encerraba la piecita y arreglaba la cocinita, y cocinaba uno, ahí, en latas de zinc viejas. Y aquí no se miraban sino solo potreros, inclusive, donde los Rentería, hablando de todo un poquito, yo iba y me robaba la yuca (risas), sí, porque usted no se puede quedar manicruzado y una mata de yuca allá, iba y me la traía, una mata de maíz, por ahí, lo que se le presentaba a uno, uno se lo traía para poder sostener la familia, pescado; aquí, en este río, había mucho pescado.*

*En esos primeros tiempos echamos a sufrir aquí. Se pasaba mucha hambre, pero como habían indios, a veces íbamos a que nos regalaran fariña<sup>49</sup>, pescao, porque en el pueblo no se miraban carnicerías ni nada de eso. La carne era del monte, marisca<sup>50</sup> que llamaban, y había gente que iba a cazar y la traía pa' vender acá, eso era lo que se miraba, de resto, no. Ya cuando se formó un poquito el pueblo, fue cuando echaron a formar carnicerías. Pero antes, todo eso comíamos acá, para qué le voy a ser mentirosa, comíamos fariña, de lo que traían los indios; inclusive, yo, a veces, iba a acompañar a las indígenas a buscar pepas en la selva y de eso comíamos. El indio conoce mucho de pepas, muchas carnes, se comen un gusano, así, grande, que se llaman mojoyoy; eso lo envuelven en hojas, lo echan a asar en la ceniza, en el fogón con fariña y se lo comen, pero yo*

---

<sup>49</sup> Harina que resulta del proceso de tostión y trituración de la yuca brava.

<sup>50</sup> Por marisqueo se entiende la práctica de caza de animales de monte para su consumo, su carne se conoce como marisca.





*nunca pude probar eso (risas). Sí comí micos, pero los gusanos no. Esos micos los moquiaban<sup>51</sup>, les ponían harta candela y, cuando estaba listo, lo raspaban y le quitan el cuero y quedaba la pura carne, lo mismo el pescado, también lo moquiaban.*

*Cuando estaba mi marido, él también se dedicó a cazar. En ese tiempo los llamaban cachirreros porque mataban los cachirres (caimanes), y esas pieles las sacábamos. También cazaban el tigre y los tigrillos (trigrilleros). Para cazarlo, pongámosle que este es el río (dibuja un río imaginario en el piso de tierra), entonces, usted va en una canoa, ahí dentro de la canoa y, como el animal saca esa trompa para afuera, entonces, con la linterna uno lo alumbraba y le mira los ojos, se le ven rojos; a ese rojo, entonces, se le dispara, y ahí cae el cachirre. O el tigre, se le dejaba su carnadita, ahí, carnadita quiere decir un mico, entonces, el tigre llega a coger el mico y ahí se mataba el bicho. A veces se le ponía aquí, en la pura cabeza. El proceso para sacarle el cuero al cachirre era demorado, se le sacaba el cuero con mucha mañita, para que no se fuera a dañar, se halaba y se le echaba la sal. Uno lo iba halando hacía arriba y se iba amontonando en un sitio, hasta que botaba toda esa agua y quedaba solo el cuero, la piel. Eso era lo que nosotros le vendíamos a la gente de El Retorno que venía a comprar. A diferencia del cachirre, a la piel del tigrillo no se le echaba la sal, sino que se sacaba el cuero, o sea, la piel, y se extendía pa´ que se secara al sol.*

*Hace poquitico estuvimos en el Caquetá, pero yo no sé, como que a mí me sembraron por aquí o, no sé qué sería, pero a mí no me ha dado por irme; tal vez, por los hijos, uno ya echó raíces. Yo tuve diez hijos y tengo, casi, como unos veinte nietos, ya tengo tataranietos. Cinco hijos se me han muerto, a una la mató una bomba en Bogotá. Ella venía saliendo del hospital porque ella estaba enferma, cuando ¡boom!, se estalló una bomba, y esa murió allá. Otra murió acá, otros niños murieron enfermos, no tenía uno el recurso pa´ sacarlos ligero pa´l pueblo y, cuando uno los sacaba, ya era avanzados de la enfermedad. Uno yendo a San José yo creo que se moría de camino, pero mire que acá, el corregidor tenía un machito que alquilaba pa´ uno traer media remesita, le alquilaban a uno para ir a El Retorno y de aquí uno se iba con el machito y allá uno lo cargaba y se venía para acá en esa bestia. De ida, se echaba uno como dos días y, para traer de vuelta la bestia cargada, con ese camino tan feo, se completaba una semana de viaje, porque había una trocha muy fea. Esta carretera que hay ahora está es buena, lleva unos cinco años, no lo tengo preciso.*

---

<sup>51</sup> El procedimiento de “moquear” consiste en cocer bajo tierra la carne, generalmente, de pescado, previamente envuelta en hojas de plátano. Esta envoltura se pone en un hueco, a unos 15 o 20 centímetros de profundidad, se tapa y, encima, se prende una hoguera. Es una práctica propia de comunidades indígenas amazónicas y orinoquenses.

## Los avatares del conflicto

Con el tiempo echó a mandar la guerrilla, acá, en Calamar, ya era lo que la guerrilla dijera. Y nos tocó comenzar a andar de rancho en rancho, hasta que nos regalaron una tierra, por allá, y nos fuimos a trabajarla. Nosotros somos selváticos y mi persona no tiene estudios, yo no tengo sino arruguitas (risas). Después, en los tiempo[s] del toque de queda que ponía la guerrilla, uno en las fincas tenía que salir corriendo, dejar todo tirado, gallinas, lo que uno tuviera, porque ¿qué hacía uno en medio de una balacera?, tocaba salir con los chinos para otra parte, y salía uno y, lo mismo, ¡unas balaceras, mejor dicho! En realidad, acá ha habido mucho muerto, niños inocentes muertos, mujeres inocentes, profesoras, profesores; hoy ya estamos un poquito tranquilos, pero eso fue terrible.

La situación económica que teníamos no era fácil, nos la pasábamos luchando por caminos, cargando la remesita pa´ uno medio sostenerse y, la mayoría de gente por acá, al que no lo mataban, se iba, porque le decían: “bueno, usted está hablando mal de la guerrilla, váyase o lo matamos”. Tenía uno que estar muy callado, muy derechito y yo creo que por eso estamos nosotros viviendo, porque nos tocó quedarnos así. La guerrilla controlaba a la gente acá. El que la hacía, la pagaba; si yo robaba, me mataban. Ahorita es que se mira mucho ladrón, mucho bazuquero, mucho de todo. Ahora, pero, primero, cuando mandaba esa gente, no, porque esa gente al que tantico hiciera una pilatuna, de una vez, le daban pistola, pero en la guerrilla sí hubo gente que humilló mucho. La guerrilla nos quitó muchas cosas, yo soy desplazada de aquí porque a mí me dejaron sin nada, entonces, tocó pasarme al desplazamiento, o sea, yo soy víctima. La demora fue que entrara el ejército y, en seguida, comenzaron las balaceras. Por allá hay un puente que lo llaman puente de balín, y había días que amanecían hasta diez señores del ejército muertos allá, porque en la noche los mataban, eso era muy intenso y uno quietico en las casas.

A raíz de eso, mucha gente fracasó, a muchas señoras las mataban en la calle. La guerrilla dejaba ollas exprés, usted sabe que uno de pobre encuentra una olla y va a recogerla, imagínese esa olla llenita de explosivo, era una bomba, una bomba en esas ollas. También dejaban bombas en las motos, bombas en los caminos, bombas colgadas de las hojas; hay gente que hasta molestó la bomba, pero no les pasó nada. A una señora, por ejemplo, se le estalló una bomba y no le pasó nada. Yo digo, gracias a Dios, no haberme pasado mayor cosa a mí, que sí veía una que otra vez muertos, pero no se sabe de dónde, ni cuándo.



Otras veces, la guerrilla nos decía que necesitaban algo de comer y, nos decían, y tocaba ir allá a llevárselos: un marrano, una res, pollo, huevos, comida. Todo eso porque esa gente de todo eso pedían, yo hace mucho no miro esa gente, desde que yo me vine pa´ acá, pa´ l pueblo, porque a mí no me quedó chance de devolverme otra vez para la finca, no, porque a mí me dio miedo, entonces, con lo poco que conseguí del pedacito de tierra, mi ahijado me dejó un ranchito, yo tengo un ranchito en el barrio comuneros, una casita, no la he podido arreglar muy bien, pero sí me sirvió para vivir, sino que estoy acá al pie de la hija porque yo mantengo muy enferma, el azúcar, la tensión, todo eso me dio.

Yo antes no estaba sola, tenía mi marido. Pero al papá de mis niñas, de un momento a otro, le dijeron: “váyase”. Y se fue, y me dejó a mí como con siete criaturas; y a todos los levanté, yo lo que no les pude dar fue casi estudio, pero ellos estudiaron acá en una escuelita que hicieron donde queda un mango, después sí ya hicieron el colegio; pero yo a los hijos míos no les pude dar colegio, se quedaron con lo poco que les enseñaron en la escuela, y ya nosotros seguimos pa´ delante porque siguió llegando más pueblo.

La guerrilla fue la que desplazó a mi marido. De la noche a la mañana, el comandante le dijo que le tocaba irse. Nosotros nos preguntábamos que por qué se iba, que por qué tal cosa; no nos quiso informar. Cuando nosotros lo acompañamos, de allá para acá, ya echaban a caer avionetas, ahí había pista, pero, entonces, formaron una media pista para donde está el ejército, por allá había una media pista y ahí caían avionetas. Él se fue en una avioneta, nosotros vinimos a acompañarlo. De ahí pa´ lante, me tocó seguir yo bregando con los hijos, a veces, me tocaba dejarlos solos acá e irme a trabajar por allá, porque me ha tocado trabajar en cocinas, haciendo de comer pa´ varios obreros, de todo eso que llaman raspachines, todo eso, los patrones lo buscaban a uno y lo llevaban a eso, a hacerle de comer a la gente porque, pa´ qué, le pagaban a uno muy bien.

Uno se levantaba a las tres de la mañana, tenía que levantarse a hacer café porque a esa hora tomaba café el obrero; se iba a trabajar, o sea, a raspar hoja, ¿me entiende?, como decir, allá hay un cultivo, entonces, se levanta el obrero, se toma el tinto y se va; y uno sigue haciendo el desayuno y tiene que irlo a llevar allá. Pues, se va uno por la plata, ahí sí, como dice el cuento, “por la plata baila el perro”. De desayuno, yo hacía por la mañana arepas, caldo de papa con pasta, huevos o, a veces había carne, entonces, arreglaba uno la carne o papas o café en leche, ese era el desayuno. Después de que ya llevaba a las nueve el desayuno, seguía con el almuerzo. A veces, el almuerzo era un sancocho campesino, con yuca, plátano, carne, la cebolla, el cilantro, toda esa vaina para arreglar el sancocho y el arroz, el arroz no debe faltar en ninguna comida, el arroz y la carne bien arregladita, y ahí le hacía un piquete y el caldo aparte, esas son las comidas campesinas, a veces

se hacían envueltos de maíz con cuajada, que quedaban bien buenos pa' los desayunos.

Por la noche, apenas los obreros llegaban, ya traían preparada la quiñapira, un pescado que tenía ají, también traían racimos de pepas para hacer chicha. Se calentaba el agua, no muy caliente, y se echaba el racimo allí, a lo que volaba la cascara ya estaba buena, entonces, uno lo bajaba, la desaguaba, la pilaba y, de eso, se sacaba esa leche; eso era como una leche y se tomaba, y quedaba más rica, con plátano asado o cualquier cosa. A veces yo iba con ellos, buscábamos las pepas y las arreglábamos. Inclusive, de eso también se sacaba aceite, a veces nos tocaba sacar aceite para calentar plátano, cuando no teníamos nada para comprar. Entonces, se sacaba el aceite y eso lo pilaba uno y lo ponía a calentar en el fogón y salía la nata y se iba sacando ese aceite que servía para secar arroz y quedaba muy rico, o para echarle a la comida, para freír el plátano, todo eso hacíamos, de todas esas comidas yo comía y le daba a los hijos, sino que ya han cogido alitas, entonces, ya no comemos aliño (risas), pero a veces yo voy y lo compro.

## Sembrando coca

Qué pena con usted, pero, la verdad, yo fui sembradora de coca y trabajé con la coca. En la vereda que nosotros vivimos, La Esmeralda, cerquita de acá, yo tuve cultivos y fui muy azotada por el ejército porque ellos me quemaban los cambullones, hasta que fuimos quedando manicruzados porque, piense usted: cuánto no le mete uno para poder sacar esa harina; eso es una harina que se saca de una mata, y a la mata también hay que meterle mucho trabajo.

Mientras estuvo vivo mi marido, él disfrutó de todo, de lo que sacaban. Ya cuando él se fue, se comenzó a acabar el negocio de la coca porque yo no era capaz de trabajar sola, y la finca se acabó porque, con las balaceras, nosotros salimos corriendo de allá y nos vinimos para acá, pa' l caserío. Cuando nos dieron el chance de volver a entrar, se habían desaparecido las gallinas y los marranos que teníamos. Nosotros también habíamos conseguido con la coca unas vaquitas, pero todo eso se nos acabó por dejar sola la finquita; y por el miedo, pero si no nos veníamos, quién sabe qué nos habría pasado. Además, estaba el glifosato. Cuando comenzaron a fumigar, pasaba esa avioneta y rociaba todo, "suich", y eso acababa con el plátano, con la yuca y con los potreros, y se empezaba a caer todo; es que eso, si pasa una avioneta por acá (señala al horizonte), alcanza a "chispiar" todas esas matas de plátano, y todo eso se va secando y se va acabando.



Después de que se fueron los de las FARC, comenzó a haber mucho bazuquero. A esos bazuqueros, ahora, no les hacen nada. Ya nadie los controla; y la policía no los controla, pues, yo he visto, no sé, dicen que la policía también fuma, no sé (risas), no sé, pero ese es el cuento, que la policía hace el cuarto pa' que de pronto haiga ladrones, porque es que ellos también necesitan platica, entonces, yo creo que eso... Pero, para el futuro, esto puede estar bueno. Ahorita uno ve muchas ayudas, que Familias en Acción, eso es una ayuda, ahora siempre les dan remesita, la comida, uno ve que ahora a los niños les dan esas cosas, y en el tiempo que yo crié los míos, ellos no conocieron ni pañal desechable, y ahorita las mamás no se ocupan ni de lavarlo.

Sí, porque ahorita ya sale mucho pañal y tanta cosa. Primero, uno remendaba un vestidito, alguna cosita, porque no se podía poner ropa buena; ahora, ya ha cambiado mucho, todo eso es un cambio y una ayuda pa' el pobre. Pero, también hay personas que no cuidan lo que les dan, hay familias donde el papá se pone a tomar o, de pronto, la mamá también, ahora se mira mucho eso. Yo, cuando me crié, no miré todo eso, yo he sido más bien criada en la antigüedad, no me gustó el baile, no me gustaban las pinturas, nada de eso, me gusta el trabajo, no conozco ni discotecas, pero ahorita sí se mira mucha vagancia.

Ya en los últimos años, el ejército entró y hubo como un año o dos años de solo plomo, solo balacera, hasta que, por fin, se calmó todo. Gracias a Dios, ya está calmado y ahorita hay mucha finca, mucha ganadería, mucho de todo. Esto ha cambiado un poquito desde que entró el ejército. El ejército entró hace unos cuatro o cinco años.

Antes, por ejemplo, las navidades eran muy tristes porque tenía uno que estarse por allá, en la finca, ni sabía qué día era año nuevo, ni nada. Y, pues, ahora sí porque uno ya está en el pueblo y ya hace comidita. Ahora sí hay fiesta, pero antes uno la pasaba por allá, amargado, porque qué más, estarse quieto. La naturaleza también ha cambiado hartísimo porque, principiando, había mucho monte y escombro, pero ahorita usted sale y no hay selva, acá cerquita no hay selva, eso siempre tiene uno que caminar mucho para llegar donde haya selva, pues sí, ha cambiado mucho.





Foto: © Warner Valencia



## Capítulo 3.

# El conflicto y la paz, experiencias de vida en el ETCR de Charras

En los años setenta del siglo XX llegaron al Guaviare desde Santander y desde las montañas del eje cafetero, mujeres y hombres buscando tierra para fundarse, para producir alimento, para cultivar marihuana o simplemente para vivir. Se trataba de una nueva ola de colonización; una de tantas que ya habían llegado al territorio en los años anteriores bien fuera orientadas por el extinto INCORA, dirigidas por la Caja Agraria, espontáneas, o bien, armadas, es decir, espoleadas por guerrillas. ¿Qué los motivo? Es posible que fuera la pobreza, la violencia, las inequidades sociales, la falta de oportunidades en sus territorios de origen, o bien la falta de tierras, fenómeno especialmente crítico en las regiones cafeteras del occidente colombiano.

Lo cierto es que todo ello fue producto de varias circunstancias que vivió Colombia en aquel tiempo. Desde los años sesenta, el país se había enrutado en un modelo de desarrollo, promovido por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que nunca logró implementarse completamente y que prometía un círculo virtuoso entre desarrollo económico y social<sup>52</sup>. Este modelo, si bien no alcanzó sus objetivos, permitió que el país se urbanizaba parcialmente, de la mano de una industrialización a media marcha y sin modificar sustancialmente la problemática rural.

---

<sup>52</sup> José Antonio Ocampo, *Historia económica de Colombia* (Bogotá D.C.: Fondo de Cultura Económica, 2017)





Bajo las inercias políticas del Frente Nacional, que se hicieron visibles en los Gobiernos del conservador Misael Pastrana (1970-1974) y de los liberales Alfonso López Michelsen (1974-1978) y Julio César Turbay (1978-1982), ese país con pretensiones de modernidad no solo seguía aplazando una solución para el problema de la tierra, sino que echaba para atrás las posibilidades de reforma agraria que habían sido promovidas por la Ley 135 de 1961, al implementar, por vía legal, varias normas anti reforma derivadas del Pacto de Chicoral<sup>53</sup>.

La combinación de un desarrollo a medias y una cuestión agraria no resuelta, junto a la decisión de privilegiar la actividad agroindustrial sobre la pequeña producción campesina, fueron el núcleo de muchas conflictividades sobre las que se cabalgó un conflicto armado de baja intensidad. También, eran tiempos de una crisis económica y social derivada, tanto de la situación internacional de los precios del café, como del comportamiento de la economía del petróleo en el mundo. Tampoco hay que olvidar que esa década estuvo marcada por un clima geopolítico e ideológico particular: la Guerra Fría; entre EEUU, el adalid del capitalismo y la democracia liberal, y la URSS, el promotor del socialismo. Una guerra que no fue tan fría en países del sur global, como Vietnam, Nicaragua o Nepal<sup>54</sup>.

En medio de semejante contexto mundial, nacional y regional; varios de los colonos que llegaron al Guaviare en los años setenta, buscando una vida mejor, se dirigieron a la parte oriental del municipio de San José, un lugar transitado, desde tiempos inmemoriales, por pueblos indígenas, como los Jiw, y que, debido a su ubicación remota, conservaba ecosistemas poco intervenidos. Los recién llegados se enrutaron río abajo, recorrieron las sabanas, tumbaron selva y se ubicaron a orillas del río Guaviare. Allí levantaron un pequeño caserío que llamaron Charras. Contaba con una calle principal y casas de tabla sin servicios públicos. En su mayoría, los colonos comenzaron sembrando yuca, plátano, maíz y caña; otros se dejaron deslumbrar por las hipotéticas ganancias que podría dejarles la marihuana.

A finales de los años setenta e inicios de los años ochenta, la bonanza marimbera que había motivado a varios de los pobladores de Charras a abrirse espacio por aquellas tierras mermó y un nuevo negocio se hizo atractivo para ellos: la coca. Esta nueva realidad no era producto exclusivo de dinámicas locales, sino que hacía parte de fenómenos que trascendían las riberas mismas del río Guaviare. El mundo cambiaba y la producción, la demanda y los precios internacionales de las drogas modulaban las expectativas de los productores. Colombia transitaba hacia una nueva etapa como productor de cocaína y sus derivados, de la mano de la consolidación de grandes carteles y capos, así como de una nueva red del narcotráfico que lo permearía todo, incluso al Estado.

---

<sup>53</sup> Darío Fajardo "La tierra y el poder político; la Reforma Agraria y la Reforma Rural En Colombia" *Revista Reforma Agraria Colonización y Cooperativas*, n. 1 (2002): 4-20

<sup>54</sup> Eric Hobsbawm, *La historia del siglo XX* (Buenos Aires, Argentina: Crítica, 1998)

Al principio, este cultivo prometía riqueza y, en efecto, las dinámicas económicas y los recursos que lo acompañaron entre 1978 y 1982 inundaron el río Guaviare de una actividad comercial y productiva nunca antes vista. Dada su ilegalidad, el cultivo de coca requería espacios marginales para la siembra, así como puertos cercanos o vías aledañas para su transporte y comercialización. Charras cumplía con las dos condiciones; estaba relativamente alejado e incomunicado de San José y carecía completamente de presencia estatal e institucional, pero se ubicaba suficientemente cerca de Puerto Jabón y Mapiripán, dos lugares estratégicos para la comercialización de la coca y su transporte por vía terrestre.

Como muchas zonas de colonización reciente en el país, Charras no estaba conectado con los desarrollos más importantes del Estado colombiano, pero sí se articulaba eficientemente al negocio transnacional de la coca y a sus consecuentes fenómenos de violencia y conflictividad. La riqueza de la coca fue efímera. Al auge inicial de la producción le siguió una caída de los precios internacionales debido a la sobre oferta entre 1982 y 1986, lo que reintrodujo pobreza, migración, conflictos y violencias, ante lo cual, las migajas del narcotráfico fueron suficientes de cara a las expectativas de una población colona empobrecida y carente de cualquier derecho.

En ese contexto, hacia mediados de los años ochenta, las FARC-EP ingresó al territorio con el Frente 16, lo que produjo una situación paradójica. En medio del caos y la arbitrariedad, que son propios de las zonas de colonización, el ejercicio de poder y control que comenzó a ejercer la insurgencia impuso un orden valorado por sus pobladores como positivo, incluso, aunque el costo que había que pagar por él fuese demasiado alto. La regulación del negocio de la coca, que más adelante volvió a repuntar en materia de precios, produciendo un nuevo ciclo de auge, así como el control territorial de aquella guerrilla con su proyecto de orden armado, generaron en aquel pequeño caserío complejas dinámicas.

Al controlar el negocio de la coca, las FARC-EP puso a andar una economía local que, ante la ausencia de otras formas productivas, se convirtió en la principal fuente de ingresos para muchos. Al mismo tiempo, este control creó una identidad regional: Charras es territorio FARC-EP. Para varios de sus pobladores, detrás de esa aparente estabilidad, propiciada por la insurgencia y por el negocio de la coca, había miedo, no solo por la etiqueta que se les imponía, sino por la arbitrariedad y la violencia que podían sorprenderlos en cualquier momento.

Todo cambió entre los años ochenta y finales de los noventa, cuando los panoramas nacional y regional del conflicto armado interno dieron un giro dramático. El crecimiento del paramilitarismo, impulsado por el mismo narcotráfico y por otras actividades extractivas, y vinculado, en algunos casos, con el Estado, se manifestó con todo su rigor en la forma de masacres, desapariciones y violencias innumerables contra poblaciones acusadas de colaborar con la guerrilla.



En el Meta y el Guaviare, el paramilitarismo, presente desde finales de los años ochenta, se expresó con toda su crueldad en la Masacre de Mapiripán, en julio de 1997, y en la de Puerto Jabón, en 1998, donde se asestó un golpe efectivo sobre uno de los bastiones económicos de las FARC-EP. Estos hechos antecedieron a la masacre ocurrida en Charras, de la que poco se conocía hasta hace unos años. Entre el 14 y el 15 de septiembre de 2002, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) entraron al pequeño caserío, acabaron con la vida de un número indeterminado de personas y destruyeron todo lo que encontraron a su paso.

Para entonces, ese orden inestable que, de la mano del narcotráfico, proveía el dominio de las FARC hizo aguas. La fuerza que imponía su autoridad en la zona a través de las armas no logró proteger ni al territorio ni a sus pobladores. Charras fue despoblado y, por algunos años, la naturaleza, con su propio orden, retomó el control del espacio. Las casas en ruinas y la única calle que atravesaba al pueblo se enmontaron; en lugar de personas, cobraron protagonismo arbustos y animales silvestres. Durante cuatro años nadie se atrevió a volver. Finalmente, hacia 2006, tras el Acuerdo de Ralito, firmado en 2003 con el paramilitarismo, algunas familias decidieron retornar, con mucho miedo, pero con la certeza de que ese lugar les pertenecía y era preciso recuperarlo.

Sin embargo, allí no terminó esta historia. Gracias a la firma del Acuerdo Final entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC-EP, emergieron varias condiciones necesarias para que Charras pudiera recuperar su vida como asentamiento. No solo las FARC dejaban sus armas y su control sobre el territorio; ahora, toda la institucionalidad, tanto nacional como internacional, que se disponía a cumplir lo pactado y a garantizar la implementación de la Paz, posaba su mirada sobre aquel pequeño pueblo. En esa calle única y polvorienta, que en el pasado fue escenario del control armado y del terror paramilitar, se hicieron habituales los chalecos azules de la ONU, las gorras de las instituciones del Estado colombiano, los uniformes camuflados del ejército y las camisetas de una infinidad de ONG nacionales e internacionales.

Con estos nuevos actores llegaban las promesas de seguridad, protección, recursos, proyectos productivos, inversión y desarrollo. Por primera vez, el nombre de Charras aparecía en la escena nacional de la mano de una paz esperanzadora, pero difícil. Como bien describió Estefanía Avella Bermúdez, en una nota para el portal Cero Setenta<sup>55</sup>, el país se conectaba con Charras; pero las inquietudes no desaparecían: ¿Cómo irrigar efectivamente la financiación que venía para la Paz a las comunidades aledañas? ¿Cómo garantizar el bienestar de estas poblaciones vecinas, más allá de los programas dirigidos a los excombatientes? ¿Cómo garantizar la autonomía de los civiles respecto de la evidente organización y hegemonía que podría tener ahora el partido de las FARC?

---

<sup>55</sup> Estefanía Avella Bermúdez, "El olvido de Charras", *Revista Cerosetenta*, Universidad de los Andes (14 de septiembre de 2017) (<https://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-olvido-de-charras/>)

Un lugar de pacificación y diálogo en este territorio es la huella más visible del Proceso de Paz y, a la vez, constituye el mejor resumen de la larga y cruenta historia de toda una región sujeta al vaivén de las complejas dinámicas de ilegalidad, narcotráfico, desidia estatal y conflicto; que no son excepcionales, pues muchos lugares del país las comparten; ni están del todo superadas, pues la Paz aún está por construirse. Se trata del Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETRC) de Charras, llamado así desde el 15 de agosto de 2017, cuando desapareció la figura de las Zonas Veredales Transitorias de Normalización. Ese mismo año, 80 miembros de las FARC de los Frentes 16, 29 y 44 llegaron a un sector que, pese a ser Zona de Reserva Forestal por Ley 2ª de 1959, fue arrendado hasta el 31 de enero de 2021 por el Gobierno para construir la Zona Veredal *Marco Aurelio Buendía*, donde, un tiempo después, más de 250 guerrilleros se desmovilizarían.

Aunque, entre los años 2016 y 2020, funcionarios, investigadores y ciudadanos interesados recorrieron estas zonas entrevistando a 126 exguerrilleros y a los familiares de estos que allí habitan, así como a las comunidades aledañas; la historia de Charras, que transita entre la colonización, el conflicto armado y la Paz, y la de sus nuevos pobladores, que recorrieron varios lugares del país antes de asentarse allí, están por escribirse. Solo una parte habita en la memoria de los exguerrilleros que han encontrado en el ETCR un lugar para transformar su vida. Las voces de ellos, plasmadas en dos breves relatos de vida recogidos por jóvenes y niños que viven en el mismo espacio, son apenas una puerta de entrada para comprender los recorridos de estos excombatientes, sus razones y motivaciones para entrar y salir de la guerra, y el significado que tienen Charras, el Guaviare y la Amazonía en esa historia personal, que dibuja el tránsito difícil de las peripecias de la guerra a los retos de la Paz.



## Recorridos del campo a la guerra y de la guerra a la paz. El Tigre<sup>56</sup>

*Mi nombre es Vicente Ortiz, pero me dicen El Tigre, y yo voy a empezar por el principio. Yo me alcanzo a medio acordar de mi abuelo por parte de mi mamá, yo tendría, por ahí, unos cuatro años cuando murió. El venía de la época de los esclavos, estaba marcado y era de Santander, del lado del Socorro. De allí se vinieron ellos para el llano, debido a la violencia de los años cincuenta. Y mi abuela, prácticamente, andábamos con ella. Mi abuela mantenía donde los hijos, mantenía donde una tía y donde mi mamá, hacía ese recorrido y nosotros la acompañábamos, incluso, dormíamos con ella cuando estábamos pequeños. Yo me acuerdo mucho de que ella, para hacernos levantar por la mañana, nos pellizcaba con el pie aquí, en las piernas (se señala la pantorrilla), pues, tenía mucha habilidad con los dedos, entonces, ella lo pellizcaba a uno y de una vez para [a]fuera, tocaba levantarse. Era muy rígida, no sabía leer ni escribir y tampoco daba el voto. No sé qué problemas tendría, pero ella decía que no votaba. Tuvo que haber muerto por ahí en eso del 2008, no recuerdo bien la fecha.*

*Los abuelos por parte de mi papá sí no los recuerdo, porque mi papá murió*



Foto: © Warner Valencia

<sup>56</sup> Historia de vida realizada por el equipo de investigación de jóvenes y niños del Proyecto de Memoria Histórica de Amazonía Joven, el 23 de noviembre de 2020, Vicente Ortiz es exguerrillero de las FARC y uno de los líderes del ETCR de Charras.

*cuando yo tenía tres años y mi mamá no los distinguió tampoco. La familia por parte de mi papá, mi abuelo, mi abuela y sus hijos, se vinieron para el Llano. Mi papá era del Tolima, como de la parte entre el Tolima y Cundinamarca, porque él tenía la cédula de Girardot. De allá se vino y llegó a Medellín del Ariari y, de ahí, para el lado de Puerto Rico, hacia La Macarena, de donde se vinieron, al final, para acá con mi mamá.*

## Tiempos de campo

*Nosotros fuimos una familia de colonos. Por parte de mi papá, semos tres hermanos o, éramos tres hermanos. Mi mamá quedó viuda, ella me cuenta que abortó un hijo que iba a tener y al mismo tiempo a mi papá le dio una enfermedad toda rara y juntos quedaron en el hospital de Granada. Mi mamá decía que la enfermera se equivocó y le puso una inyección que no era para él, y que eso se brotó todo y, después, se murió. Un tío quedó encargado del entierro, pero él ni se dio cuenta dónde lo enterraron y, entonces, se perdió el rastro de mi papá totalmente. Los Amigos de él (del papá) cuentan que lo llamaban carne 'e gallo porque su piel era roja, y a nosotros nos decían carne 'e pollo. También nos decían que su familia, por parte de su papá, venía de tal lado o de tal otro, incluso, ahora último, después de que yo salí de la guerrilla, una hermana mía me dijo: "por ahí como que viven unos primos, por ahí tienen unas canchas de tejo, para el lado de Puerto Lleras para arribita". Eso queda ahí en Santander, Puerto Santander, pero yo nunca he ido. Por la vaina del Proceso y la reincorporación, a uno no le queda tiempo de ir a conocerlos. El caso es que, a nosotros, mi papá nos dejó de herencia un burro y como dos vacas, y de eso vivíamos nosotros porque, apenas crecía un ternero, mi mamá lo vendía para comprar la remesa, pero, entonces, le tocaba valerse de un tío que sí tenía marca, él le marcaba los bichos para poderlos vender. Solo hasta el año de 1983 o 1984 fue que mi mamá pudo ir a Villavo para sacar su propia marca.*

*Nosotros nos criamos tres hermanos que éramos, pero mi mamá ya tenía unos hijos mayores, ¿cierto?, entonces, yo me crie con una hermana más mayorcita que yo; ella fue la que nos ayudó. La otra hermana, que le seguía a ella, sí ya tenía marido y vivía ahí cerquita, yo no me acuerdo que ella haya convivido con nosotros. Y otra sí vivía por allá en Puerto Lleras. Ya cuando teníamos uso de la razón, ella llegó como con cinco hijos y nos reunimos ahí, los tres de mi mamá y los cinco de ella, eran ocho. Usted se puede imaginar ocho niños en una finca, eso, éramos el diablo. Ahí nos criamos, nos tocaba ir a estudiar, más o menos, a una hora por dentro de la selva, en Puerto Rico, Meta, en una vereda que se llama La Unión. Ahí nos criamos nosotros.*



*Ya cuando yo tenía como 12 años, mi mamá se aburrió ahí y se fue pa' Concordia, que dízque a colocar una tienda. "Mi mamá qué iba a saber de tiendas", hizo la tienda y eso no funcionó, entonces, me fui a trabajar con mi hermano, que cortaba madera, yo era su ayudante. En ese tiempo, mi mamá nos colocó un padastro y tuvo una hija con él, pero por problemas del matrimonio se dejaron. Después, en Concordia se reencontraron, y él la arrastró para un caño que se llama El Cafre, que queda cerquita de una vereda, por ahí voltiamos. Cuando eso, tradicionalmente era la coca, ¿cierto?, pero el coquero más grande cogía 100 arrobas porque por ahí no fue, digamos, de grandes cultivos, como en Miraflores. No, el que más cogía, cogía 100 arrobas, eso fue como en 1987 o 1988, cuando el gramo no valía nada. Por esos años, mi mamá y mi padastro no pudieron convivir y se dejaron otra vez, pero habían comprado una finquita en socia, entonces, ella le compró la parte y lo sacó de ahí. Yo me acuerdo que allá esas tierras son muy buenas para cultivar. El ganado lo recogimos y lo llevamos para allá, y ahí como que se aumentó porque nosotros teníamos, primero, un promedio de 15 animales y, de ahí no pasábamos, pero, luego, aumentamos como a 40, con mejores pastos y todo. Yo trabajaba por fuera, pero también mantenía en la finca trabajando porque, tradicionalmente, siempre rozábamos a fin de año o a comienzo de año. Se quemaba y se sembraba el maíz, la agricultura. Una parte la sacábamos para vender y otra para el consumo. Con eso sobrevivimos mucho tiempo porque mi mamá no nos dejaba cultivar coca, nosotros le decíamos que nos dejara y ella nos decía que no porque no le gustaba. Y molestó, que no, que no y que no. A lo último, ya nos cedió porque miraba que los vecinos mantenían mejores condiciones de vida, y la coca les daba pa' más. Entonces, yo alcancé a tumbar una hectárea, mi hermano tumbó otra, y trajimos la coca de más adentro, de donde un señor donde yo trabajaba, que era muy buena gente y que me regaló la semilla: 40 arrobas de semilla; y yo la llevé para allá, incluso, él me la ayudó a transportar y todo, y la sembré. Eso fue en 1999 ya, y la coca estaba ya para coger cuando yo me fui para la guerrilla.*

## **Tiempos de guerra**

*Resulta que mi hermano era el que estaba con ganas de irse y me resulté yendo yo, que no tenía ni ganas. Eso fue cuando se incrementó el paramilitarismo en Puerto Rico y ya nadie podía salir porque, el que estuviera por ahí de ese lado, lo mataban. En ese tiempo empezaron a incursionar para este lado, estaban en el proceso de paz del Caguán con Pastrana y yo me quedé ahí en ese sector de Puerto Rico, yo no salí de ahí. El proceso del Caguán nosotros lo mirábamos bien en ese tiempo, nosotros pensábamos que realmente ahí se iba a firmar la Paz, pero no se logró. Digamos que en ese proceso de paz lo que se analizó es que, debido a la crisis que tenían las fuerzas militares, a ellos les sirvió porque, mientras se sentaban a dialogar, bajo la tregua, el ejército se reacomodó, eso fue lo*

*que pasó porque, realmente, el ejército no tenía fuerzas para pelear. Entonces, las FARC pensó realmente que se iba a firmar la Paz, porque venir el presidente Pastrana al campamento guerrillero no es algo común; es que, realmente, uno sí quiere la Paz, pero resultó que era una trampa. Una trampa para decir que sí se iba a firmar la Paz, pero ellos estaban pensando en otra cosa. Cuando las FARC se pellizcó, ya era tarde porque le metieron tecnología y todo, y el Plan Colombia se volvió una cantidad de millones de dólares que le entraron a las fuerzas militares y, entonces, el ejército regresó reforzado y eso sirvió también para que se agudizara la guerra y se rearmaran los grupos de paramilitares. A partir de ese momento, esos grupos se incrementaron porque, eso era común uno salir a Concordia, a Puerto Rico y ver los paras ahí con el ejército, eso era normal, los paras tenían control, más que la misma fuerza pública, entonces, el que tantico lo miraban sospechoso, lo iban desapareciendo.*

*Pero bueno, cuando yo entré a las FARC, yo me incorporé porque miraba la situación que se estaba viviendo, ¿cierto? En ese momento, uno era de un lado o era del otro, y yo, para el otro lado sí no, no me sonaba la vaina, entonces, yo resulté incorporado en la guerrilla. Y ahí duré como hartito. Yo me acuerdo que fue como un 27 de febrero de 1999 que me fui para allá. Cuando me vinculé, yo ya estaba viejo, tenía 24 años; mi hermano era menor y, como era el más mimado de la casa, yo dije: “mejor, me voy yo”. Él había tenido el compromiso de irse, pero resulta que el día que lo fueron a buscar no estaba en la casa, entonces, yo les dije: “no, mi hermano no está, entonces, yo me voy para la guerrilla”; y, recuerdo que nosotros nos encontramos de camino, incluso, después de entrar, yo estuve conectado con mi familia. Yo estaba con comunicación hacia afuera.*

*Mi primer misión fue que me mandaron a traer unas mulas, como 30 mulas, de un sitio a otro. Después, fui motorista, entonces, yo mantenía por fuera y me encontraba con mi mamá, ella me miraba de civil y no le daba tan duro, los otros sí uniformados, y yo de civil. A mí no me dio duro porque yo ya conocía la guerrilla y, más o menos, sabía cómo era la situación. Fue fácil, pues sí, porque uno sabe que está en una organización militar y hay que cumplir órdenes. Digamos que la vida guerrillera se hace difícil para las personas que están acostumbradas a mandarse solas, a tomar sus determinaciones solas; es difícil para los que, en la casa, hacen lo que se les da la gana, pero a nosotros, no porque, a nosotros nos criaron con una disciplina, no rígida, pero sí teníamos que hacer caso. Incluso, yo no tuve nunca sanciones dentro de la guerrilla, por eso.*

*Desde que yo entré hasta el 2007, estuve en esa área, en el Frente 44. El 44 cogía una parte de Puerto Rico hasta aquí, colindando con Vichada y Guainía, por el río abajo. Cuando ya se empezaron a ver las masacres y los paras estaban en la central, ahí en Pororio, quedó dividido el Frente 44, ¿cierto?, porque uno de los corredores estratégicos era aquí, en Mapiripán, El Oasis, por Pororio, ese era*





*un cruce que se hacía, pero ya no se podía cruzar por ahí. Entonces, quedaron unas unidades allá y otras acá, pero igual, las comunicaciones eran normales, lo único es que ya no se podía mover uno de ahí para acá. Después, en el 2007, me enviaron para el Guaviare. Yo llegué aquí como el 20, 21 o 22 de septiembre de 2007 al campamento y, esa madrugada, fue cuando bombardearon al Negro Acacio y lo mataron. En ese momento se incrementó más el Plan Patriota porque nosotros, en Puerto Rico, ya teníamos el Plan Patriota desde el 2001, 2002 o 2003<sup>57</sup>, pero en el 2007 se incrementó en el Guaviare porque ahí era por donde pasaban todos los operativos militares que iban para La Macarena o hacia el Guayabero. Nosotros estábamos en el medio, entonces, el cruce de patrullas era permanente, casi a diario se encontraba uno con el ejército, en veces se evitaban los encuentros, pero, en veces tocaba enfrentarlos.*

*Con los paras lo que pasó fue que la gente se dividió. Cuando llegaron los paras, unos buscaban irse hacia abajo, donde estaba la guerrilla, y otros buscaban ir hacia afuera. A los que salieron les fue mal porque en el camino estaban matando mucha gente, demasiada gente, familias completas. En esa carretera, desde Makú a La Fuga, hay muchos muertos. Yo no estaba en esta área, pero es lo que me cuentan cuando he andado con amigos por ahí. Incluso, Charrasquera fue quemado. Y hay guerrilleros y gente que vive cerca que conocen bien la historia. Esa pelea fue como entre 2001 y 2005, en diciembre de 2005 fue la última arremetida de los paramilitares, donde alcanzaron a llegar hasta Barrancón y, de ahí para delante, no han vuelto a entrar.*

*Bueno, en medio de todo eso yo tuve dos encuentros con el ejército. En uno, llegaron cerca al campamento, pero no exactamente donde estábamos nosotros, sino que se chocaron con otra unidad que estaba ahí a un lado. Y en la otra, sí estábamos ahí todos revueltos como a los dos días del primer encuentro, y chocaron con la cortina de nosotros. La primer vez fue una descubierta, una exploración que estaba por fuera, y el comandante escuchó los tiros y, como había otra comisión por fuera, dijo: “no, eso es con fulano que se encontraron por allá en un potrero”, y vino y se metió al campamento. Entonces, ahí le llegaron y a un muchacho lo mataron, otros dos lo alcanzaron a sacar, pero ya estaba muerto,*

---

<sup>57</sup> El Plan Patriota es considerado por algunos como una continuación del Plan Colombia, que se implementó en el país durante el Gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) con recursos de Estados Unidos y que estuvo dirigido, en aquel entonces, a enfrentar a la insurgencia y a desarrollar proyectos sociales y productivos en zonas altamente sensibles para el conflicto armado colombiano. El Plan Patriota, por su parte, fue un plan desarrollado por el Gobierno durante los dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006 y 2006-2010), en el marco de su política de seguridad democrática, financiado por Estados Unidos y dirigido al combate contra las guerrillas de las FARC y el ELN. Este plan expandió la presencia de las fuerzas militares y la policía en todo el territorio nacional y se acompañó de algunos programas sociales.

*entonces, lo metieron por allá en una palera, lo dejaron por allá y, como a los tres días, encontramos a los dos muchachos que estaban disgregados. En esos días, yo ya estaba para venirme al Guaviare.*

*Ya aquí en el Guaviare se incrementaron los bombardeos. Un comandante que andaba conmigo se fue a darnos el recorrido al 39, y allá me goterí el primer bombardeo de los aviones Tucano, a la una de la tarde. Nosotros teníamos todo empacado y estábamos listos para desplazarnos ya para el área que nos correspondía, cuando llegaron aviones y empezaron a bombardear del caño hacia el campamento. Eso fue terrible, pero ahí no hubo muertos. El caso es que había un computador prendido que lo cargaba un muchacho que andaba pegado a nosotros. Entonces, estábamos acá, cuando sonaba que lanzaban las bombas. Nosotros corríamos y las bombas nos caían ahí, casi encima, nos corríamos y lo mismo, hasta que, a lo último, ese computador tenía un sonido todo raro por dentro y le quitamos la batería, y el muchacho que lo cargaba se abrió del lado de nosotros porque él era del 39 y ahí paró el bombardeo. Apenas se desconectó eso, entonces, ya no nos ubicaron más.*

*Ese día, nosotros salimos sin nada, con lo que teníamos encima y el fusil, los otros guardias del comandante se disgregaron porque también era la primera experiencia de bombardeo, pero ellos duraron como ocho días para encontrarse con nosotros en el Guaviare. Nosotros sí cogimos y nos vinimos derecho, pasamos por El Siare, ahí casi se nos ahoga una muchacha porque no sabía nadar bien, hasta que salimos al Guaviare a contactarnos por aquí con la unidad y a conseguir lo que necesitábamos. Como a los ocho días llegaron los otros muchachos porque ellos dieron por allá una vuelta toda rara. El bombardeo fue porque uno de los comandantes que estaba ahí era infiltrado y, con él se incrementaron los operativos en el Guaviare, y nos hicieron andar lo que no andábamos cuando estábamos en paz, tanto el ejército como nosotros aprendimos a conocer las selvas del Guaviare porque, eso sí, aprendimos a sortear las madre viejas, las moricheras, la banqueta.*

*Y, claro, una cosa era estar allá en el Meta, pero aquí en el Guaviare es distinto, toca andar pegado al río y ya moviéndonos por ahí en canoas. El problema es que con los operativos no podíamos hacer eso, entonces, donde dormíamos dos días, no volvíamos a dormir ahí, nos dormíamos en otro sitio, nos volvimos totalmente móviles. Después fue cuando mataron al Mono Jokay y vinieron unos bombardeos muy berracos encima de nosotros. Como nos movíamos tanto, no nos mataron, pero nos bombardeaban cerca. Pues, resulta que dentro de nosotros había uno que era infiltrado y estaba dando la ubicación, pero por lo que nos movíamos no nos jodían. Cuando nos zafamos de eso, llegamos para este lado (Charras) porque un médico nos iba a revisar y no sé qué más, entonces, el comandante que estaba encargado del área también se desertó y dio la ubi-*



*cación, incluso, él mismo había buscado los sitios y había ubicado las unidades para que las bombardearan.*

*Nosotros andábamos por escuadras y el comandante que andaba con nosotros no se quiso quedar donde le dijo el otro, sino que se corrió un poquito. Éramos tres escuadras, una quedó por fuera del punto que el otro dio, pero las otras dos escuadras quedamos en los puntos que él dio, y nos bombardearon. A mí me tocaba el turno de doce a dos de la mañana, me acosté y el bombardeo se vino a las tres y 25 minutos. De pronto se empezó a escuchar a la gente decir: “los aviones, los aviones”, yo me levanté, me coloqué el equipo y el fusil y los aviones iban bien encima, entonces, dije: “eso no es con nosotros” porque siempre los aviones bombardeaban desde lejos y no, nos la soltaron fue ahí encima, yo no sé por qué no nos mataron. Las bombas nos cayeron encima, lo único que hicimos fue botarnos contra unos palos en el piso, yo me coloqué el fusil debajo del pecho y tres muchachos se amontonaron al lado mío. Esa noche estaba haciendo una luna claritica y yo quedé como entre tonto y bobo porque no sabía para dónde coger, al otro muchacho sí no le pasó nada, a ninguno de los tres nos pasó nada. En el otro campamento, en cambio, sí hirieron dos muchachos, y otros dos murieron. En la unidad de nosotros, solo el comandante resultó herido de una esquirla en el hombro. De ahí, nos salimos, y los de la otra unidad, del susto, arrancaron a correr y dejaron los fusiles botados, quedaron desarmados, eso, había ejército por todo lado, se sabían todos los movimientos de nosotros.*

*En ese momento uno no siente miedo, uno está dispuesto a lo que le toque, entonces, resolvimos venirnos para Mocuare porque estábamos muy cerca, como a 800 metros del caserío, pero por ahí eso es muy feo, hay mucha agua, rebalse, habían minas. El caso es que cogimos hacia Mocuare y el ejército estaba atrincherado alrededor del caserío, pero por el río abajo estaba destapado, no había ejército, entonces, nosotros llegamos exactamente ahí y dos muchachos fueron al caserío a buscar canoas, pero no había nada, solo un potrillo. Resulta que, de la misma unidad de nosotros, uno se había volado, uno que andaba con el comandante desertor, y ese llegó al caserío y encañonó al de la única canoa que había y se la llevó y nos fregó. Por eso, nos tocó pasar el río con el potrillo, pasábamos apenas de a dos, no podíamos más porque el río era ancho, los demás nos quedábamos ahí amontonaditos porque el ejército estaba ahí en seguida.*

*Entonces, llegó un muchacho y le dijo a otro señor: “vaya salve a esa gente porque los van a matar”, y el señor se vino por el río abajo, suavemente, y pum, pum; ahí nos encarapachamos todos en esa canoa, y pa ´l otro lado. Cuando el ejército se dio de cuenta, ya era tarde. Se dieron de cuenta como a las dos horas que nos habíamos pasado a este lado del río, tal vez, se dieron cuenta por el trillo que encontraron de ese lado porque ellos, inmediatamente, se embarcaron para acá. Nosotros nos salimos de ahí y nos encontramos con otras unidades y ya nos*

*ayudaron, nos tocó sacarnos un médico de ahí del caserío para que atendiera a los heridos. El ejército no se dio de cuenta, así nos lo sacamos, y en la mata operó a un compañero y le sacó la esquirra.*

*Mire que yo estuve de buenas, yo estaba era como con suerte y, aparte de lo que le cuento, no me tocó enfrentarme con los paras; yo andaba en comisiones, pero no me tocó pelear, no andaba en orden público, mejor dicho. Pero sí supe que ahí en el área de Puerto Rico hubo varios combates, uno de los más duros, del que salió bien librado las FARC, fue en el 2005, en diciembre, y fue tan duro que, de ahí, los paras no volvieron, incluso, llegaron con el ejército fue a recoger unas armas que votaron en una laguna, pero de ahí para adelante, no volvieron a entrar. El combate más duro que hubo con los paramilitares fue en esta región de Charras, Guanapalo, Makú y Charrasquera, de esa sí hay una historia grandísima que contar. Yo tengo amigos en Guanapalo y en Makú que se pueden sentar con usted todo un día a contarle, narrándole las penurias que les tocó pasar porque ellos sí lo vivieron tal como fue.*

*Por aquellos años, yo anduve con un comandante que se llamaba Ben-Hur, él era el comandante de esta área, tuvo muchos enfrentamientos con los paracos y, al final, lo mataron ahí en Caño Jabón, se dejó matar pendejamente porque él no debía estar ahí. A él lo mataron en una voladora con su compañera, los otros sí se escaparon. Entonces, los paras y el ejército pensaron que la guerrilla se desparpajaba porque habían dado de baja al comandante y por eso metieron esa arremetida de paras en el 2005. Yo me acuerdo que a él lo mataron fue como el 5 o el 20 de diciembre, algo así, era un tipo muy respetado y la gente lo querían mucho, era de un temperamento fuerte, pero lo querían mucho por ahí.*

*Lo más duro de la guerrilla, para mí, eran los desplazamientos largos que teníamos, de un mes, 20 días, caminando hasta que paraba uno ahí sí a descansar. Eso es lo más duro, porque uno se levantaba a las cinco de la mañana a marchar, estuviera lloviendo o no, hágale. Entonces, según si a la unidad le rendía, uno andaba unos veinte kilómetros, en veces no podía andar ni tres kilómetros, eso era muy difícil. De resto, lo cotidiano mío era lo que hace el guerrillero raso: prestar guardia, salir a la exploración, a la descubierta, que el turno de ranchar cuando le tocaba, preparando las tres comidas que le tocaba hacer a uno. Si eran hartos, eran varios rancheros, si eran poquitos, era uno solo. Y lo otro era el estudio normal porque, eso, siempre se estudiaba, todos los días se estudiaba, no se estudiaba solo cuando estaba difícil la situación. En la guerrilla se estudiaba mucho el marxismo-leninismo, las teorías de Carlos Marx y Lenin, pero nos enseñaban que aquí debíamos adaptarlas a la realidad colombiana porque no podíamos aplicar el marxismo a como se vivió en la URSS o como se vivió en Cuba, o como lo están aplicando en otros países, esa era la situación, había que aplicarlo a las necesidades del pueblo colombiano. Y de ahí pa´ acá ya fue cuando el Proceso de Paz.*



## Tiempos de paz

*En los años más recientes empezó todo lo del Proceso de Paz y nosotros estábamos más tranquilos. La noticia de la Paz nos la dieron, venga a ver, yo no me acuerdo porque eso fue muy secreto. Los primeros movimientos de los comandantes hacia La Habana fueron en secreto, después, nos informaron en un aula que iba a haber otra vez negociaciones con el Gobierno, pero que estaba crítico y que los iban a mandar para Oslo, por allá, lejos. Porque nosotros estábamos peleando que tenía que ser en Colombia. Sin embargo, a lo último, se acordó que fuera en La Habana, pero cuando se vino a saber que iba a haber unos Acuerdos fue ahora, ya último, porque, venga a ver, lo primero que se empezó a hacer fue entregar a los prisioneros, eso fue como en el 2011 o 2012. Esos fueron gestos de paz, se entregaron los soldados, por ahí vino Piedad Córdoba y recibió a unos policías y a unos soldados, a unos oficiales del ejército porque ellos no eran soldados, ahí ya, más o menos, empezó la vaina.*

*Ya en el 2014, cuando la reelección de Santos, se pensó que si no ganaba votos eso se iba todo al suelo, pero ganó y, entonces, se siguió con la moral de que de pronto sí. A nosotros, después de que se iniciaron los diálogos en La Habana, todos los días nos estaban informando, todos los días nos llegaban unos documentos que se llamaban Gemas, “que llegó la Gema número tal”, y nos iban explicando ahí. Ya cuando se perdió el plebiscito y se pensó que no iba a haber negociación, entonces, nos dijeron que por encima de todo iba a haber paz. Yo estaba en Inírida, por el lado de Golondrinas, y por la radio escuchábamos todo porque ya podíamos mantener la radio prendida todo el día. Los compañeros dijeron que sí tocaba continuar con la Paz, pese a las dificultades, continuábamos.*

*Yo estaba en un curso de mandos cuando empezaron los acuerdos más concretos. En esta área hubo unos ceses al fuego, ¿cierto?, pero el ejército no los respetaba, siempre nos buscaba, pero, entonces, nosotros no le armábamos porque, como la orden era no pelear, los esquivábamos a toda hora. Ya después fue más chistoso porque nosotros nos vinimos del Inírida, llegamos a Barrancón, a la zona de pre-alistamiento, como setecientas unidades. En ese momento se vino la oportunidad de que el que tuviera familia en el Tolima o en otras partes se podía ir, entonces, de ahí salieron como 400 unidades en dos bloques; la gente decía: “ah no, que yo me voy pa’ l Tolima, que me voy pa’ l Cononzo, que me voy pa’ l Meta” y, así, donde tenían la familia más cerca. Como yo tenía la familia en el Meta, yo dije: “me voy a hacer por ahí, por ahí yo no distingo a ninguno, por esas zonas, a mí me conocen es por acá”.*

*En mi caso, desde el 2007 yo no tenía contacto con mi familia, con nadie, a mí me tenían por muerto y, entonces, cuando comenzó el Proceso, se dio la oportunidad de llamar a la mamá. Yo, como pude, me conseguí un número de mi hermana, me parece que fue, y la llamé, eso, duró como diez minutos llorando. Después, empezó a contarme que mi mamá ya se había muerto, ella murió en el 2012, creo que le dio un ataque cardiaco y no alcanzó la operación. A nosotros nos daban permiso de hablar diez minutos, diez minutos para que supieran que uno estaba vivo. Después, mi hermano me vino a visitar, yo me lo encontré cuando veníamos para acá porque veníamos 80 unidades para ayudar a construir esto acá, y él llegó y me traía un celular, pero yo no sabía manejar eso. Él me decía que el WhatsApp, y yo decía: “¿qué será el WhatsApp?” y, entonces, ya cuadré comunicaciones y me comunicaba con ellos, también vinieron mis hermanas a visitarme.*

*Cuando yo llegué aquí, a lo que iba a ser el ETCR, yo no era nada, era guerrillero raso. Yo quedé encargado de la recepción en el caño, ahí recibía a los familiares de los guerrilleros, a los universitarios y a todos los que venían al campamento. De allá nos sacaron porque el caño se inundó y nos tocó venirnos para la sabana. Yo cuadré un ranchito, entre todos cuadramos un poco de casitas en caucho y ahí recibíamos a los familiares, y en ese sitio compartían los exguerrilleros con los familiares. El reencuentro de los excombatientes con sus familiares fue chistoso porque, eso, siempre la mamá mira al guerrillero llorando o a la hermana y, después, volvía la relación normal, y empezaban a contarse historias, que fulano de tal está en tal lado, que fulano de tal está haciendo esto, y así pasaban los momentos familiares.*

## La paz y las preocupaciones del presente

*Hoy el problema es que la Paz está complicada porque están matando mucha gente. El objetivo de este Gobierno es hacer trizas estos Acuerdos, ellos han venido utilizando una forma sistemática, digamos, de utilizar fuerzas oscuras para ir matando líderes y echarle la culpa a otros. Uno esperaría que ahorita, ya con los acontecimientos políticos a nivel mundial y con la presidencia de Joe Biden, el panorama político en Colombia mejore porque, digamos que Biden fue el vicepresidente de Obama y estaba muy de acuerdo con el Proceso de Paz, incluso, mandó un delegado a La Habana. Yo me imagino que cuando sea presidente le va a poner cuidado a Colombia. Con Obama no le fue muy bien, pero es que Donald Trump es un loco.*

*Hasta el día de hoy, yo no me he arrepentido de haber sido guerrillero porque en la guerrilla, a pesar de que se habla tanta carreta y de que se cometieron tantos*



*errores y todo, a uno lo enseñaron a ser muy humanista, le enseñaron que había que cultivar a toda hora en el combatiente la solidaridad porque, el que no era solidario, no cabía en la guerrilla. Y todo eso sirve para lo que hacemos hoy. Yo ahora esto[y] liderando o hago parte de la dirección del ETCR y el trabajo es mucho. La cotidianidad hoy, tal vez, es más dura que antes porque en la guerrilla yo sabía a qué horas me quedaba tiempo libre, acá no, acá, cuando no está el encargado del espacio, que es Ricardo, toca recibir la gente, y cada nada están llegando: “fulano, que pasa esto, fulano, que esto otro; que el excombatiente, que la administradora por parte de la ARN, que mire que tengo un problema allí, que tengo el otro, que algunos excombatientes se fueron para donde la familia o a trabajar y ahorita están regresando, que le cuadre la pieza a fulano de tal”. “Bueno, voy a mirar dónde voy a meter a este personaje”, y, así. Fuera de eso, tengo que estar pendiente de trabajos. Ahorita, por ejemplo, estoy trabajando con Hilfswerk, ellos tienen unos proyectos aquí muy importantes de un aula digital, de un gimnasio, entonces, a mí me toca estar al frente, ayudando a adecuar eso. Yo no puedo descuidar el trabajo, entonces, no me queda tiempo libre. El profesor del Sena, Carlos, el que estaba allí hace rato, me pregunta a mí: “¿usted, cuándo es que descansa?”, y yo le digo: “cuando me acuesto a dormir porque, de resto, no hay, pues, le toca a uno voltié para allí y para acá”, entonces, le toca a uno afrontar muchos compromisos y uno ya no halla ni cuál cumplir, hay que tener paciencia y decir: “este se cumplió y este no”, pero, qué más.*

*Una de las preocupaciones más grandes que tenemos hoy es que este espacio toca moverlo porque aquí estamos en arriendo. Aquí vinieron los delegados del Gobierno, Mauricio Archila estuvo reunido con nosotros y, en una Asamblea, se acordó que nos movíamos porque aquí es Zona de Reserva Forestal, entonces, digamos que se nos dificulta mucho poder desarrollar nuestros proyectos productivos, por la legalidad. Por eso, nos movemos para El Boquerón, y la idea es agrandar ese pueblo y convertirlo en municipio. La finca que van a comprar, cuando vayan ustedes de aquí para allá, apenas pasen el Boquerón, miren antes de llegar a la bomba de gasolina o a la subestación que hay allí, es en ese frente, de aquí para allá, a mano derecha.*

*Así como hay preocupaciones, claro, también hay alegrías. Gracias al Proceso de Paz, yo me reencontré con mi compañera, Blanca. A ella yo la distinguí cuando tenía marido, eso fue en el 93, yo creo, porque mi hermano vivía con una hermana de ella, entonces, yo iba allá donde ellos, y allá fue donde la distinguí. Después, me vine para la guerrilla y a ella le mataron el marido. La guerrilla le mató el marido y consiguió otro muchacho y él fue a parar a la cárcel. Lo que me cuenta ella es que él había participado en un delito, en un secuestro o había matado a alguien, y en un retén lo capturaron. Por eso, a ella le tocó levantar los hijos sola, tres hombres y tres mujeres. Ahora, nosotros tenemos una finquita*

*allí abajo, un fundito al pie de caño Makú, tenemos casi una hectárea de caña, tenemos plátano, yuca, estamos bregando a hacer una casita ahí porque a yo el pueblo no me gusta, yo me crie en el campo y a mí me gusta es criar gallinas, marranos, tener vacas, no hartas, pero sí tener. Entonces, gracias a la Paz, yo volví a tener mi cuento con Blanca, con la mujer. Nos volvimos a reencontrar y aquí estamos.*





## Otros caminos de la guerra y la paz. Ricardo<sup>58</sup>

*Mi abuelo fue asesinado por la policía, mi padre fue asesinado por el ejército colombiano y mi mamá era una mujer de izquierda, muy perseguida. Yo, con cinco años, tenía que correr todo el tiempo cuando veía militares. Después de la muerte de mi padre, a mi mamá le tocó no solo lidiar con los hijos sino con la persecución. Y en ese mundo me fui haciendo yo, mi niñez circuló en eso, corra para un lado, corra para el otro, que viene el ejército, que vienen los paras, que viene la policía. Mi vida era correr todo el tiempo y, en estas regiones, la gente lo que encontraba como protección era la insurgencia. Cada vez que venía el ejército, uno ya sabía qué iba a pasar; en ese entonces era sencillo, el ejército patrullaba de día y los paras de noche, solo se cambiaban de brazalete, y ya, así funcionaba en el pueblo de donde yo soy y todo el mundo lo sabía. Los mismos militares le decían a la gente: “mire, no se preocupe, que detrás de nosotros vienen los que sí van a arreglar esto” y, efectivamente, después de eso entraban los paras a hacer todo lo que hacían, era una política de Estado que generaron en ese entonces.*



Foto: © Warner Valencia

<sup>7</sup> Francisco Gamboa, líder de la comunidad Noble y de Paz “Marco Aurelio Buendía”. Charras, Guaviare. Ricardo también es el presidente del Partido en el Guaviare, y el partido del Guaviare dirige el del Vichada.

*Incluso hoy, cuando hablamos con los miembros de la fuerza pública, les decimos: “miren, muchachos, ustedes son el resultado de todo un ciclo de violencia de este país, así como lo fuimos nosotros; ni ustedes ni nosotros tenemos la culpa de lo que hicieron otros, pero, desafortunadamente, tenemos que arreglar esto y cada quién buscó cómo lo arreglaba, así funciona esto”, pero, además, les decíamos: “ustedes deben conocer la historia de lo que pasó con sus instituciones porque sus instituciones no son ovejas mansas, y esa historia es necesario conocerla. A usted se la contarán, pero yo la viví, yo se las puedo decir porque la viví en carne propia”. Bueno, y a partir de todo esto, la persecución no era solo contra las personas que eran de izquierda, sino contra toda la familia. Eso no era fácil, a veces, mi madre tenía que irse y yo me tenía que quedar estudiando y, a mí, llegaban a buscarme a la escuela.*

## La paz y las preocupaciones del presente

*Hubo un momento de la historia mía, que es cuando yo decido ya dejar definitivamente de correr, que llegaron los militares en un helicóptero a la cancha donde jugábamos fútbol los niños en la escuela, fueron al salón en donde yo estaba haciendo tercero de primaria, y me sacaron del salón y, entonces, hubo un problema con los profesores que evitaron que el ejército me llevara. Yo, hablando después con un profesor de los que maltrataron ese día, le decía: “profe, es que ustedes nunca se dieron cuenta, pero a mí me tenía un militar halando de la mano derecha y ustedes me tenían de la mano izquierda”, entonces, yo molestando, les decía: “pero, ustedes ganaron porque yo terminé quedándome a la izquierda”.*

*Yo no había hecho nada, yo era un niño de apenas 12 años o 13 años, y los militares decían que necesitaban hablar conmigo, y yo les decía que no había hecho nada, y los profesores me defendían. En ese forcejeo, maltrataron a un profesor y eso fue todo un problema que se generó ese día en esa escuela. El caso es que yo terminé yéndome con los profesores, ellos terminaron sacándome. Me acuerdo que un profesor que siempre llevaba a un niño donde los padres, que vivían por allá en una finca, me llevó ese día, yo me fui como si fuera el otro muchacho y él se quedó ahí en la escuela. Así salí yo de esa situación y, en ese momento, definitivamente me fui a buscar la guerrilla, eso hice.*

*Las guerrillas, en ese entonces, operaban con una cosa que se llamaba la escuadra, por ternas, entonces, a cada pueblo le asignaban una escuadra de guerrilla o de milicia, que eran los que se encargaban del tema del control territorial. Esto fue en el año 1999. Cuando yo llegué a donde una de esas escuadras, existían*



*unas normas de reclutamiento que no se podían violar. Era bien complejo. Además, pues, solo desde los 15 años en adelante uno podía ingresar a las filas, de ahí hacia atrás, no se podía porque era una violación a esas normas, entonces, me dijeron: “usted no puede estar en la guerrilla, usted ni siquiera puede estar en la milicia”, aunque yo ya venía militando, obviamente, hace un rato en una cosa que se llamaba “Los pioneros”.*

*Yo recuerdo mucho a Los pioneros en ese entonces, recuerdo que habían unas cosas que parecían zanahorias chiquitas, pero eran dulces, y en Los pioneros le daban a uno de esas zanahorias. Todavía tengo en el cerebro registrada la sensación y su sabor. A nosotros nos llevaban allá a comer dulces y a leer, no sé qué leíamos, hoy ya no me acuerdo de lo que leíamos, pero sí era una cosa muy didáctica, era una formación sobre ética, sobre comportamiento; eso era una cosa muy buena porque, en últimas, quienes yo recuerdo que en ese entonces fuimos pioneros y después pasamos a la Juventud Comunista, salimos muy bien formados. Yo, ese proceso lo hice en un año, venía siendo pionero desde los 10 años y después pasé a la Juventud Comunista por petición de esta gente y porque me habían dicho: “no, usted no puede estar en la guerrilla; si quiere, milite en la Juventud Comunista, pero como guerrillero no puede”.*

*En ese momento ya tenía yo los doce años y llegó un tío mío que era muy antiguo en la guerrilla. De hecho, cuando él ingresó, yo nací a los tres años y, entonces, yo le dije a él: “Hermano, yo me quiero ir para la guerrilla, yo no quiero correr más, ya me mamé de esto”. “No, es que yo tampoco me lo puedo llevar, aunque usted sea familiar mío”, me dijo. “Pues, lléveme, hermano y ténganme allá y yo no hago nada”, le insistí. “Pero, es que no se puede, yo no puedo llegar al campamento y decirles: “es que traigo este niño”, eso no funciona así... Mire, hay una cosa que se hace en raras situaciones, pero sí se puede hacer, y es que usted puede llegar como refugiado, pero como refugiado, no puede llegar de otra forma”.*

*En ese momento, yo no le entendí ni siquiera lo que me estaba diciendo porque yo estaba cegado con que me quería ir para la guerrilla. Entonces, empecé a militar en la JUCO un tiempo, hasta que cumplí los trece años. Cuando cumplí los trece años, esa persecución continuaba y ya no podía estudiar tranquilo, ya era muy complejo porque, cada vez que venía, me tenía que ir. Además, porque a uno le queda un trauma de eso. No es muy fácil asimilar que a uno lo persigan porque uno siempre le tenía mucho miedo a los uniformes y, sobre todo, en el campo. Por toda la historia de los grupos armados, nosotros le teníamos mucho miedo al ejército, muchísimo y, después de esa situación, yo le cogí mucho pavor a esa gente, o sea, nosotros los mirábamos y era mejor que nos hablaran del diablo en ese entonces que del ejército, era muy complejo. La solución que se*

*me ocurrió, lo que se le ocurre a un cerebro de un niño de 13 años, fue irme a la guerrilla. Hoy en día, quizás, uno no es capaz de tomar semejantes decisiones, pero un niño de trece años, mirarse tan encerrado en una situación de estas, ¿qué decide?: “yo me voy para la guerrilla”, y sin mirar las consecuencias de lo que implica la decisión que está tomando.*

*Cuando yo militaba en la JUCO fui muy bueno, a mí me gustaba mucho el estudio y eso era muy importante. En la guerrilla el estudio siempre fue una cosa a tener en cuenta, era como algo que se valoraba mucho y, entonces, a los cinco meses yo llegué a dirigir esa seccional de la JUCO en esa región y, luego, me colé a un curso e ingresé a las milicias bolivarianas. Yo ingresé diciendo mentiras, diciendo que tenía 15 años y, como a los siete u ocho meses de ingresar a las milicias bolivarianas, me colé en un curso en un campamento de la guerrilla, y ahí ingreso yo, pero el contacto de ellos con mi mamá era muy cercano porque ellos la protegían.*

## **Andar: vivir refugiado en las FARC**

*Estando allá, los de las FARC me dijeron a mí: “su mamá nos tiene que aclarar eso, usted no tiene 15 años”. Claro, uno de los mandos que estaba ahí, que me conocía de toda la vida, me dijo: “usted debe tener entre 12 y 13 años”, y yo pegado a que tenía 15. Bueno, entonces, me dicen: “usted no puede estar acá sin que hablemos con su familia, o sea, usted tiene que ir a decirle a su familia”. Entonces, a mí me llevan y me ponen frente a mi mamá, que eso no es cualquier situación, y una mamá qué va a querer que un hijo se vaya a la guerra. Mi mamá pegada que no y que no, y yo le dije: “es que ya es una decisión que yo tomé. Yo no vivo la guerra, pero vivo como en una guerra porque tengo que estar huyendo todo el tiempo que esta gente, eso es igual”.*

*Después de una discusión de tres horas, mi mamá seguía llorando y pidiendo que no me llevaran y que no y, bueno, yo pegado [a] que me iba. Entonces, el comandante que estaba en ese entonces dijo: “pues, hagamos una cosa, espérenos aquí y yo voy a hablar con su mamá”. Ellos se fueron a hablar, yo no sabía en ese momento qué estaban diciendo, pero después sí me di cuenta. Cuando llegaron, me dijo el comandante: “usted se va como refugiado solo por seis meses, a los seis meses nos sentamos otra vez y usted me dice si se quiere quedar o se quiere ir”. Yo, en mi inocencia de niño, dije: “ah, listo, no hay problema, yo me voy”. Esos seis meses casi me desaparezo, me cogieron como pa´ aburrirme, esa era la idea: aburrirme.*



*Me pusieron a cocinar, a andar, a viajar, a hacer de todo, absolutamente de todo me tocaba hacer y, obviamente, lo que uno más anhelaba, que era el manejo de armas, no me lo permitían. No me dejaban aprender nada que tuviera que ver con armas. Pero, a los cuatro meses, me fui haciendo amigo de mucha gente y le dije a alguien, que era muy amigo, que me enseñara callado, y nos descubrieron cuando él me estaba enseñando a manejar un fusil Norinco, preciso me lo estaba enseñando a desarmar, y lo sancionaron y lo desarmaron por eso.*

*A partir de ese momento, todo el mundo dijo que eso no se podía y que se iban a meter en un problema por mi culpa. Bueno, a los seis meses, resulta que, entre más cosas me ponían a hacer, pues, para mí mejor. Yo vivía muy contento, era una cosa que a uno le nacía. Y, un día, me sentó el tipo y me dijo: “Bueno, mijo, ¿cómo se siente?”. Y recuerdo que yo estaba sudado porque veníamos de trotar en una sabana, y yo le dije: “No, pues, yo me siento bien”. “Se va a ir para la casa”, dijo. “No, yo para la casa no me voy, ahorita sí que me gustó más esto, yo aquí me voy a quedar”, le respondí. “Es que usted no se puede quedar”. “Es que yo me voy a quedar, yo no me voy a ir”.*

*A mí me dejaron en un campamento donde había una gente que iban a capacitar y a entrenar, en ese momento se estaba moviendo lo de la zona de despeje y ellos se tenían que ir a las cuatro de la mañana. Ese mismo día, yo tenía que pasarme a las seis de la mañana a otra compañía que había; era una compañía de curso y tenía que quedarme allá. Pero, cuando se levantaron todos los que se iban a las cuatro de la mañana, yo me levanté también, cogí la maleta y la metí en ese carro y me fui, aproveché que era de noche, y todo el mundo en ese boroló, pues, yo me fui. Cuando se dieron cuenta, yo estaba en La Macarena, y el primer día me preguntaron: “¿Y usted, qué hace acá?”. “Pues, yo me vine”. “No, usted se tiene que devolver, yo no sé cómo van a hacer”. “Pero, yo solo no me devuelvo”. “Entonces, lo dejamos acá”. “No, yo aquí tampoco me quedo”.*

*Al final, me tuvieron que llevar a donde los iban a dejarlos a ellos y los dispersaron. En ese momento, llegó un comandante, organizó a la gente y nos dejaron como a seis ahí, y los otros cinco no tenían ni idea, no sabían nada de mí, entonces, yo los miré y yo dije: “estos güevones no saben nada, yo voy a decir que tengo 15 años”, y me cerré a que tenía quince. Estando allá conocí al Mono Jojoy, a los cinco meses; apenas me miró, se la pilló, pero de una vez, y me dijo: “Mire, usted se devuelve para su casa, usted no tiene 15 años”. “Yo tengo 15 años, camarada”. “Muéstreme un papel”, me dijo. “Ah, es que no lo tengo aquí, yo no lo cargo, no tengo registro civil, no tengo nada”. “No, usted, 15 años no tiene”. “Camarada, yo tengo 15 años”.*

*Eso, tuvimos una discusión ahí, unos 20 minutos, él que no y yo que sí, entonces, les dijo a los demás que no me podía hacer la hoja de vida hasta que él no supiera cuántos años tenía yo. Cuando, por allá, preguntó al Frente, ellos se enredaron, ni siquiera podían responder porque ellos estaban convencidos que yo estaba en la compañía de curso a donde me habían mandado. Entonces, a lo último, el comandante del Frente le respondió al Mono que el de menos edad que habían enviado tenía 22 años.*

*Entonces, me mandaron para una unidad de curso y ahí fue pasando el tiempo y yo calladito, hasta que un día me llegó el Mono y me dijo: “usted me va a decir la verdad, por qué usted se quiere quedar en la guerrilla, por qué es tan terco”, dijo. “Por qué no se va, si quiere, váyase y le garantizo de que nosotros le damos el estudio hasta donde usted quiera estudiar y, si quiere venir, se viene, pero después de los 15 años”, y yo le dije: “no”, y le conté mi historia, entonces, él me dijo que el problema era que ahí iba a iniciar el proceso de la zona de despeje: “no lo podemos tener acá, aquí no puede estar, por qué no se quedó allá en el Frente, hubiera sido más fácil”, y yo le dije: “no sé, allá me iban a sacar y yo encontré opción de venirme para acá y, pues, de aquí no me van a sacar”, y dijo: “no, es que acá no puede estar”, entonces, yo le respondí: “vea, camarada, yo, la verdad, no me voy a devolver, ustedes verán qué van a hacer conmigo, si me van a multar o me van a matar, haga lo que quieran, pero yo de aquí no me voy”; a lo último, el Mono me dijo: “mire, hagamos una cosa, quédese en una unidad de curso que hay, pero usted nunca va a salir en el campo”.*

*Así completé yo los 14 años. Yo recuerdo que los completé en La Cristalina, un sitio por ahí en el Meta, cumplí yo los 14 años y organizaron unas unidades móviles que venían para el departamento del Guaviare. En ese entonces, había una represión de los paramilitares entre el Guaviare y el sur del Meta. Esta sabana era complicadísima. Esta, aquí, era un área de confrontación entre los paras y la guerrilla, y los mandos que hay en Charras tenían claro que por aquí era el campamento de los paras, la gente de aquel lado se esforzaba porque había una presión paramilitar muy fuerte por esta región y, desde la zona de despeje, mandaban las unidades a combatir y a reforzar los Frentes por acá contra esos grupos paramilitares, y en una de esas se conformó una unidad llamada La Marquetalia, esa unidad salía a las 11 de la noche en unos camiones porque tenían que venirse a reforzar los Frentes por acá.*

*Eso fue como en el año 2000 ya, y yo volví e hice lo mismo. Me monté en un camión de esos porque éramos de la misma unidad y, cuando se dieron cuenta, estábamos en el río Unilla. En ese momento, el mando hizo un conteo de unidades y se dieron cuenta que iba uno más, pues resulta que era yo y, claro,*



*eso era un problema porque a ese nivel de unidades móviles a usted le aplican la deserción, entonces, yo conocía a la mayoría de los muchachos porque esa unidad venía conformándose por pura gente del 27 Frente, que era de donde yo venía, y habían muchos de los que venían esa vez, y dijeron: “no, eso es típico, este chino se la pasa haciendo lo mismo, pasando de unidad en unidad”. A lo último, me aceptaron.*

*Yo iba sin armas, ni nada. A nosotros nos tocó la sabana del otro lado del río Guaviare, viniendo de Mapiripán. Y, claro, con esa represión paramilitar y todo lo que estaba pasando, entonces, le dije al comandante: “vea, ustedes necesitan gente, pero ustedes a mí no me dan un arma, yo ahí solo tengo una pistola”, entonces, el tipo, en medio del desespero de la confrontación porque estábamos en unas peleas fuertes, me pasó un fusil y me dijo: “mire, es que hay un muchacho herido, entonces, tenga este fusil y cárguelo”. Cuando me dijo cárguelo, yo cogí y busqué a un pelao y le pregunté cómo se manejaba esa vaina porque yo no sabía, el chino me explicó y me dijo que, igual, cuando fuera a pasar algo, me le pegara al lado, que él me iba a enseñar. Y, apenas con 14 años, yo ya me estaba batiendo en mis primeras peleas aquí, en el sur del Meta.*

*Después, cumplí mis 15 años sobre esa región y, luego, subimos al Caguán. Cuando yo llegué, yo le dije al Mono: “camarada, tengo 15 años”, y el Mono casi me pega ese día, me dijo: “Mentir es la peor cosa que puede hacer un ser humano, si usted me hubiera dicho la verdad, yo no lo saco”. “Sí, claro, convencido”, le dije yo. “Pero, ya ahorita, sí tengo 15 años y, de aquí en adelante, yo soy oficialmente guerrillero porque usted ya no me puede decir que no, porque ya el que estaría violando las normas sería usted”. Dijo: “listo, mano, ya dejemos así, ya siga en esa unidad que está”.*

*Y de ahí, el otro año me devolvieron nuevamente para esta región y cumplí mis 16 años en el Vichada. Y así comenzó todo el recorrido mío por distintos Frentes, yo recorrí mucho este Bloque, sobre todo esta región, durante el segundo periodo de Álvaro Uribe, en el 2006. Bueno, pero yo recuerdo que cumplí los 16 años y siempre tuve muy buen comportamiento, yo hacía lo que me gustaba. Cuando la gente me pregunta que cuál ha sido mi sueño, yo les digo: “mi sueño toda la vida fue ser guerrillero y ese sueño ya lo cumplí”. Mi objetivo ya lo cumplí, por eso todo lo hacía con cariño porque era lo que me gustaba, y que, además, cuando uno llega y encuentra una organización que lo forma de esa manera a uno, que le enseña valores éticos de esa calidad, uno dice, juemadre, una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.*

*Uno llega a pensar que, inclusive, ese valor con el que nosotros miramos a los seres humanos está muy por encima del promedio porque la formación era siempre a partir de esos principios, porque la formación en las FARC era muy*

*humanista; a veces, yo decía que en la guerra ese humanismo no nos dejó avanzar a nosotros porque, si no hubiera sido así, nosotros, la guerra la hubiéramos puesto de otra calidad. Pero, afortunadamente, por eso nosotros no tenemos problemas psicológicos como los que tienen los que salen del ejército o de los paras. Normalmente, un soldado va tres años a la guerra y sale loco, golpeando a todo el mundo y, en el caso de los guerrilleros, no tenemos ese problema, por el mismo nivel de formación que había.*

*Por ejemplo, yo, después del Proceso de Paz, me reencontré con algunos amigos de infancia, nos sentamos un día y nos pusimos a hablar, y yo les preguntaba: “¿ustedes, qué?”, ellos me respondieron: “no, pues yo trabajo en una finca en unas condiciones muy complejas”, el otro decía: “yo fui a prestar el servicio”, hasta un güevón terminó por allá siendo paraco. Ese día, estábamos sentados y yo le dije: “No, usted sí fue el peor de todos, ¿no encontró dónde más meterse?”. Pero, en el fondo eso es muy complejo porque él salió de allá y, hoy, la gente del pueblo de donde éramos nosotros lo rechaza, incluso, la propia familia lo rechaza. Él era uno de los amigos más cercanos que yo tenía en mi infancia y yo aproveché para preguntarle cómo era la vida allá con los paras, y cuando él comenzó a contar esas historias... Pues, yo estuve en la guerra, y la guerra lo hace muy fuerte a uno, de cierta manera, pero eso de ellos es degradante, es muy degradante.*

*Yo le decía: “vea, hay cosas para las que yo no hubiera servido, yo no hubiera servido ni para militar, ni para policía, ni para paramilitar porque, la verdad, yo no aguanto que nadie me trate mal, y parte de la formación en las FARC era esa”. A usted en las FARC lo formaban de tal manera que nunca lo trataban mal, además, porque en los reglamentos internos de las FARC era prohibido eso, o sea, no puede ser que yo soy comandante, entonces, voy y trato a madrazos a todo el mundo, no, porque eso, inclusive, podía dar para que lo degradaran. Entonces, uno mira esas diferencias en la formación. Pero, el caso es que, haciendo ese recuento con ellos, yo les decía: “mire, la mejor decisión que tomé yo en mi vida fue irme para las FARC, fue la mejor decisión que pude tomar porque, gracias a eso, hoy en día, cuando me pongo a hablar con ustedes y miro el nivel académico, y eso, con todo respeto, miro que es que ustedes no aprendieron nada. Ustedes se quedaron estancados, pero yo avancé de cierta manera en la formación que me dieron allá, fue mucho el estudio que nos tocó comer allá”, y les decía: “gracias a eso pues yo no estoy en las condiciones de ustedes”.*

*Precisamente de eso se trata la vida, de poder uno también ayudarles. Incluso, yo le decía al compañero que era ex para que contará conmigo para lo que necesitara, pero que yo no me lo podría llevar a vivir a mi comunidad (al ETCR), jamás, porque allá eso es inaceptable, porque los paras hicieron muchas cosas malas. Yo sé que en el conflicto pasaron cosas y la guerrilla hizo cosas, pero*





*hacer lo que los paras hicieron, eso no tiene nombre, son cosas que usted no le puede explicar a los seres humanos, es inexplicable, eso no tiene ninguna presentación. Pero, claro, la vida y la misma situación política del país nos llevó a estar en esos dos polos opuestos y también hizo que hoy podamos sentarnos a hablar y mirar quiénes somos, quiénes tomamos buenas y malas decisiones a partir de lo que piensa cada uno.*

## **Caminar: Cundinamarca y el trabajo político**

*Luego, ya viene el Gobierno de Uribe y yo llego a las redes urbanas. Yo operé en Cundinamarca muchos años, sobre todo, en la dirección de masas, ese fue mi fuerte en las FARC: el tema de organización, el tema político, era lo que a mí más me apasionaba. Haciendo ese trabajo estuve muchos años en Cundinamarca, trabajando en la dirección de masas en un momento muy complejo, cuando Cundinamarca era casi inaccesible para las FARC. Yo recuerdo que a mí me delegaron para subir en unas condiciones complejas del área, sobre todo del área operacional porque todas las unidades que llegaban allá los mataban o los capturaban, pero también era un problema disciplinario de la gente nuestra. Nosotros llegamos allá y, después de organizarnos en la región, empezamos a hacer una lectura, tanto de la situación política como de la operacional de la región.*

*Yo era el de menos rango que llegaba, pues, en realidad, no es que sea muy viejo, yo tengo 34 años nomás y, en ese entonces, no sé, tenía unos 20 años, estaba puro pelao. Pero, en realidad, yo dirijo tropas en las FARC desde los 15 años, seguramente por mi disciplina y porque a mí me gustaba mucho el estudio, y eso se reconocía mucho, todo lo que era la formación política. Cuando el Mono nos fue a enviar a las redes urbanas nos decía: “yo toda la vida fui un guerrillero rural, de unidades móviles, de combate, yo ni siquiera me imagino cómo sería yo en la ciudad, nosotros lo que tenemos es que volvernos una especie de guerrilleros híbridos. Que nosotros podamos operar en cualquier lado, que, si yo le digo a usted, venga al campo, usted lo hace bien, o le digo vaya a la ciudad, usted también lo hace bien. Eso es lo que nosotros necesitamos”.*

*El Mono siempre nos metió en la cabeza eso. Él nos dijo: “miren, el futuro de este país no es la guerra indefinida, esto tiene que parar”. Uno lo oía a él diciendo: “esto ya no aguanta más. Nosotros podemos resistir muchos años más, pero el país ya no aguanta más”. Él venía haciendo esa lectura desde hacía mucho rato: “ustedes no pueden creer que la guerra es el todo, nos decía, más bien la política, ustedes se tienen que preparar porque el día que se acabe la confrontación, que se va a acabar, si ustedes solo saben de guerra, ustedes no van a servir*

*para nada, ustedes lo que se van a volver es delincuentes. Como no saben hacer nada más, ustedes se van a ir a crear grupos, se van a formar grupitos que ya no van a tener ningún cimiento ideológico, y eso sería el peor desastre que nos podría pasar, de que este ejército se convierta en eso, eso sí sería lo peor que nos podría pasar”.*

*Él siempre nos preparó mucho para eso y tenía razón. Fíjese que cuando llegó el Proceso, que, efectivamente, llegó, pues mire lo que terminó pasando. ¿De qué le sirve a uno saber mucho de la guerra hoy en día?, de nada, por ahí como para hacer un análisis de la situación militar de la región, no más, pero no le sirve a uno para nada más y aquí lo que se necesita es mucho conocimiento sobre política y, sobre todo.*

*Esas ideas fueron generando en nosotros una idea muy diferente de lo que quizás uno pensaba. Cuando yo llegué a las FARC, creí que íbamos a llegar a Bogotá y nos la íbamos a tomar a punta de tiros, yo tenía eso en la cabeza, y decía: “nosotros vamos a llegar allá es toda la guerrilla”. E inclusive, me imaginé escribir en un edificio la F de las FARC con un AK-47, “puro chino tonto”. Eso fue haciendo las FARC con nosotros, nos fue sacando todas las ideas locas de la cabeza. Nos decían: “no señor, es que aquí no estamos pensando en eso, aquí no estamos pensando en que vamos a hacer una revolución y nos vamos a tomar el poder y vamos a coger un país destruido por ahí, vuelto mierda, no. Es que, cuanto menos daños posibles tenemos que hacer porque, si no, entonces, nos vamos a pasar todo el tiempo reconstruyendo nuevamente un país y eso no tendría ningún sentido”. Ese tipo de cosas, obviamente, van cambiándole a uno el imaginario, por eso, cuando yo ya tengo que estar en Cundinamarca, logramos medianamente organizarnos. Cundinamarca era una región muy difícil, pero solo necesitaba de disciplina, era todo lo que necesitaba.*

*Cundinamarca nunca fue, o por lo menos después de la zona de despeje, no fue de fácil operatividad para las estructuras nuestras, fue compleja porque el Estado colombiano entendió que tenía que cuidar la casa y diseñaron toda una estrategia para sacar las tropas del ejército oficial de los centros urbanos y enviarlas hacia donde estaban las estructuras guerrilleras, como en una especie de estrategia de mantenerlos ocupados y, por eso, todo dependía de cómo nosotros leíamos ese modelo operativo. En respuesta, las estructuras que, de una u otra forma, operaban en Cundinamarca empezamos a diseñar nuestra propia estrategia y pasamos de una operatividad como guerrilla rural a una especie de guerrilla suburbana, que era más o menos el modelo de guerrilla en Cundinamarca.*

*También nos replanteamos las tácticas operativas en el terreno, y eso no está escrito en ningún lado, no hay un manual para eso porque las realidades son*



*cambiantes, todo el tiempo hay cosas diferentes, pero también el adversario se plantea estrategias diferentes y uno tiene que ir mirando ese tipo de situaciones. Entonces, empezamos una operatividad de guerrilla armada y uniformada y, luego, después de todo el proceso que vivimos y de ser herido en Cundinamarca, nos comenzamos a pensar ese tipo de guerrilla, guerrilla suburbana, eso que llamaban: la guerra de todo el pueblo, es decir, la combinación de todas las formas de lucha. Entonces, el compañero que estaba podando la mata de mora, o recolectando las moras, pues era el guerrillero, estaba ahí mirando qué estaba pasando.*

*Cundinamarca tiene una característica y es que usted siempre miraba la casa del vecino, había vecinos que hablaban por teléfono y uno alcanzaba a escucharlos, entonces, se podía tener buena seguridad. Además, es una tierra muy hermosa, Cundinamarca es un buen lugar para vivir, la gente es de una calidad humana inmensa, bueno, esa es una característica de nosotros los colombianos. Y empezamos a hacer este tipo de operatividad, es decir, empezamos a operar de civil y a inmiscuirnos en la población, pero eso demandaba también varias discusiones, como digo, no hay un manual escrito: “Bueno, ya estamos de civil, ya estamos inmersos en la población, ¿cuál es el paso a seguir?, ¿nos afiliamos a la Junta de Acción Comunal o no?”, esa fue una de las discusiones que tuvimos.*

*Algunos compañeros plantearon, hombre, para poder completar la coartada, afiliémonos a las Juntas de Acción Comunal, pero también estaba la discusión: Bueno, si en un momento de esos, por nuestras actividades clandestinas y de trabajo político, llegásemos nosotros a caer, ¿cómo explicamos nosotros eso?, ¿en qué situación ponemos a las comunidades? Los otros compañeros decían: “sí, es lo mismo porque en las casas que vivimos, yo puedo decir que soy trabajador, pero en realidad era guerrillero y el señor no sabía”. En medio de ese debate, yo recuerdo un compañero que era de Mitú, el hombre era un trabajador incansable, un indígena, Charlie, creo que se llamaba, y se volvió uno de los mejores jornaleros de esa región donde estábamos. Todo el mundo lo llamaba para que les trabajara. Ese muchacho terminó recorriéndose la región más que todos nosotros. Esas veredas las conocía muy bien, conocía dónde vivían todos y a dónde llegaban los caminos. Entonces, dijimos, ese es un buen camino a seguir, y empezaron los compañeros a hacer ese tipo de trabajo.*

*Habíamos unos que éramos muy reconocibles, entonces, a nosotros sí nos tocó una actividad más clandestina, mucho más fuerte que los otros que tenían esa posibilidad de salir, moverse, viajar a Fusagasugá, volver, pero algunos de nosotros no lo podíamos hacer. Yo lo hice varias veces, pero, obviamente, corriendo riesgos y, afortunadamente, nos dio muy buen resultado porque logramos hacer un espacio para las estructuras guerrilleras allá. Incluso, cuando nosotros salimos de Cundinamarca, ya existían las condiciones, ya estaban dadas las condi-*

*ciones para que existiera una estructura armada de guerrillas en Cundinamarca, por el trabajo político que se había hecho, entonces, habíamos comenzado por donde era. Primero, entran las estructuras, hacen el trabajo político y, luego, entran las estructuras armadas y comienzan a hacer el trabajo político, pero ya con una presencia más identificable, más concreta de la insurgencia como tal.*

*Venga le cuento cómo fue eso. Cuando llegamos a Cundinamarca, yo le propongo a cada estructura que nos dividiéramos los municipios y cada comandante se fuera con un grupo de gente a dos municipios diferentes, pero que no siguiéramos juntos porque nos iban a cazar muy fácil a todos y las indisciplinas de unos no eran las indisciplinas mías, entonces, cada quién se tenía que ir a su zona y ahí nos íbamos a dar cuenta quién era el indisciplinado, porque el indisciplinado, seguro, de ahí no iba a salir. Y bueno, decidimos hacer eso. Teníamos un comandante. Mientras hacíamos eso, yo me fui a explorar el municipio que me correspondía, me correspondía San Bernardo, Cundinamarca, y mientras estaba por allá, el otro comandante que estaba allá y que era el comandante de todos nosotros, en ese entonces, había comenzado a consumir mucho alcohol. En las FARC eso estaba prohibido en esta última etapa, después del Caguán. Se prohibió mucho el alcohol, incluso, el consumo de alcohol podía llevarlo a uno a un consejo de guerra.*

*Entonces, hablé con otro comandante y le dije: “controlen eso porque ese tipo se va a volar”. Si él ya empezó a hacer ese tipo de cosas y comenzó a abandonar su responsabilidad, va a tener dos opciones: él sabe que no nos vamos a aguantar eso, entonces, va a tener que asumir, responder o volarse. Yo le dije, además, Cundinamarca no es un lugar donde uno se puede ir a tomar cerveza por la calle, eso es una cosa muy loca, y lo otro que le dije fue: “quítele la gente a ese tipo, si usted no puede solo, dígame que yo sí”. Entonces, se fueron a hablar y el tipo le dijo: “no, tranquilo, me estoy tomando unas cervecitas aquí, pero yo ya me voy para el campamento”. Tres días después me dijeron que el tipo seguía tomando, y yo le dije: “ese tipo ya no está ahí”. Y tenía toda la plata del presupuesto de la gente pa´ comprar la remesa, para comprar las medicinas y, cuando llegó el muchacho y me dijo: “no, ese tipo no está ahí, se voló”.*

*Ese man se fue con la plata de todos y estuvimos nosotros como unos tres meses en Cundinamarca comiendo de lo que daba la región, eso comíamos porque no teníamos más plata. Afortunadamente, alguna gente, al ver la situación en la que estábamos, nos traía remesita y nos daba, pero era una situación bien compleja y empezaron los operativos grandes en Cundinamarca con algunos golpes a las estructuras que estaban allá y volvimos a replantearnos la salida hacia esos municipios, es decir, dividir la fuerza para evitar que fuéramos mucho más fáciles de golpear. Afortunadamente hicimos eso, yo siempre dije que uno tenía que llevar las cosas de lo simple a lo complejo. Y yo, en vez de irme a*



*las cordilleras de San Bernardo, yo me fui para San Bernardo, al pueblo, a vivir ahí con los tres muchachos que caminábamos. Y vivíamos en el puro pueblo, incluso, vivíamos a tres cuadras de donde cogía la vía al Batallón, que era ahí cerquita. Y duramos como casi tres meses ahí, recuerdo. Y comenzamos a organizar partido clandestino. Yo salí y hacía trabajos de partido clandestino y no sé qué, y volvía y me escondía. Salía de noche y dormía de día. Pero, pues, el dormir no era mucho porque yo realmente me la pasaba estudiando, como pensando qué hacer, prácticamente, yo, de Cundinamarca salí muy mal de salud porque fue un tiempo muy fuerte, muy duro, con mucho sacrificio y un clima al que no estábamos acostumbrados nosotros, o sea, no eran cosas fáciles.*

*Luego que hicimos trabajo en San Bernardo, nos salimos hacia las veredas y, cuando ya habíamos hecho todo ese trabajo en ese sector, construimos un campamento a las afueras de San Bernardo. Los compañeros que estaban en otros municipios tenían problemas allá donde estaban y yo les dije que se vinieran porque nosotros teníamos muy bien organizado todo, pero, al llegar donde nosotros, empezaron a hacer todo tipo de indisciplinas, a llamar por teléfono desde el campamento, o sea, unas cosas que no le cabían a nadie en la cabeza. Cuando a mí los muchachos me informaron eso, me preocupé. Nosotros con los muchachos que andábamos veníamos por un camino, llegábamos por un caño y andábamos una hora por el caño arriba para llegar al campamento, un campamento imposible de ubicar porque lo teníamos en medio de un potrero. En Cundinamarca se hacen unos potreros y alrededor se hacen unos montes, alrededor de algunos filitos, y allá hacíamos el campamento nosotros. Salíamos al caño y subíamos al campamento, eso era todo lo que hacíamos nosotros y no dejábamos huellas, ni nada, pero estos agarraron a meterse por todos lados y dejaban el trillo y, claro, el ejército los ubicó.*

*Un día, a las cinco de la mañana, les cayeron y eso generó una estampida. Los que pudieron, se fueron, y yo regresé porque estaba en un caño esperando a alguien, yo no me acuerdo, era muy temprano, eran como las cinco y media de la mañana y, de pronto, escuché los disparos arriba. Yo me fui para allá porque uno no sabe qué pudo haber pasado y, cuando llegué ahí, ya mis compañeros se habían ido y estaba era el ejército en el campamento, y ahí es donde me hieren a mí. Yo salí a las 11 de la noche y el asalto fue a las cinco de la mañana, o sea que duré herido todo el día, colgado en unos bejucos porque eso son unos voladeros, pero grandísimos. Los soldados me estaban buscando porque se dieron cuenta que me habían herido. Yo estaba colgado en los bejucos y los soldados estaba debajo de mí, como a una cuarta de donde estaba mi pie y yo pensando cómo salirme. Como cosa rara, a mí no me salió una gota de sangre, de ese disparo no me salió ni una sola gota de sangre. Ese día, recuerdo que fue en 2009, nos mataron una compañera, recuerdo, en ese entonces, una compañera que era del 27, Martha, se llamaba ella.*

*A las 11 de la noche salí de ahí y había un poco de compañeros buscándome porque yo, obviamente, era el organizador y la gente estaba muy preocupada. A todo el que me encontraba de camino me le escondía porque uno no sabe, hasta que llegué a la casa de un compañero y le dije que estaba bien. Llegamos ahí y yo me regresé. Yo recuerdo que lo único que me tomé ese día fue un sello de ibuprofeno y uno de ampicilina. Ni siquiera me apliqué una inyección, ni nada.*

*Como a los once días, yo preocupado por lo que hubiera pasado con la gente, le dije a los compañeros: “bueno, ustedes, dónde están”, y me respondieron: “no, nosotros estamos por encima de Arbeláez, Cundinamarca”. Y yo les dije: “hermano, yo voy para allá”, y llegué a reunirme con ellos, a analizar todo lo que había pasado, y yo les dije: “mire, en realidad, mientras nosotros sigamos actuando así, por aquí no podemos vivir, aquí tenemos que ponernos serios; si nos vamos a sacrificar, nos quedamos y; si no, vámonos, cojamos ese páramo, bajémonos para La Uribe y nos vamos por allá, pero aquí no sigamos porque nos van a matar, no tiene sentido que unos nos sacrifiquemos para que ustedes nos hagan joder”. Tenemos un muerto: “¿quién va a responder por ese muerto?”, entonces, les dije, por ese muerto responde el que estaba llamando por teléfono del campamento, y eso no fue la gente, fue un comandante, entonces, inmediatamente, hicimos el informe y la acusación porque fue el responsable de ese asalto y le dijimos: “usted se va, usted aquí no puede seguir”, el hombre, en últimas, se fue. Yo me reúno con los compañeros nuevamente, y les dije: “mire, nosotros no podemos continuar así, esto no es el llano, esto es Cundinamarca y tenemos que pensar como Cundinamarca, no podemos seguir pensando como si estuviéramos operando en el llano”. Y ahí replanteamos la operatividad, dijimos: “aquí, ya de militar no vivamos más, vamos a estar de civil”. Y empezamos a operar de civil. Y nosotros nos reorganizamos nuevamente.*

*Vivíamos en fincas, trabajábamos como cualquier persona, nos reuníamos cada 15 días, hacíamos las reuniones de partido, planificábamos lo que íbamos a hacer y nos distribuíamos nuevamente. Vivíamos como gente normal, los compañeros comenzaron a conseguir hasta mujer. A mí eso me preocupaba porque, donde empezaran estos a hacer hijos por acá, en qué problema nos metemos, pero eso también servía mucho para la coartada que necesitábamos, era muy importante. Y, a lo último, funcionó muy bien y la gente de la región comenzó a encariñarse con esa guerrilla que había ahí, tanto que, un 24 de diciembre, terminamos departiendo con gente del ejército. Yo me acuerdo que fue el único error que cometí yo ahí en Cundinamarca, complicadísimo. Estando en ese momento, yo decía: “esto no debía haber pasado nunca, pero ya qué”, nos confiamos tanto de la región, de cómo estaban las cosas. Era tanto así que, hasta terminamos de amistad con cinco muchachos que eran reservistas y dos profesionales del ejército que habían llegado a visitar las familias y estaban de permiso.*



*Resulta que los familiares les dijeron a ellos: “ustedes van a llegar aquí, pero acá están los muchachos que son de la guerrilla, ellos son así, son muy buena gente y ustedes con ellos no se van a meter, o sea, ustedes no van a decir nada que esa gente está por acá porque ustedes se irán por allá y nosotros quedamos acá emprobleados y, además, porque cuando los conozcan...” Ese diciembre yo me senté un día con los siete, con cada uno, y les decía: “vea, muchachos, ustedes están en su cuento, ustedes vienen a estar con su familia; yo, si quisiera, los cojo a todos ustedes y me los llevo y hago una acción ni la hijuemadre, imagínese, siete capturados ahí, sin quemar un tiro, pero es que ustedes vienen es para donde sus familias. Nosotros vivimos por acá, nosotros no queremos nada”. Y a uno le dije: “mire, yo viví en la casa de su mamá”. Y le dije: “si usted va a vivir en tal casa, ahí está fulano, que está con nosotros”.*

*Y no tuvimos ningún problema con ellos, antes, andaban con los guerrilleros pa´ arriba y para abajo y, un 24 de diciembre o un 31, no recuerdo, era alguna de las dos fechas, estábamos nosotros en un fiestonón, inclusive, estaban los siete muchachos en una mesa grandísima. Yo nunca he sido tomador, pero a mí me gusta mucho el baile, entonces, yo estaba ahí bailando contentísimo, cuando llegaron cinco camiones de ejército, ahí llegaron y se empezó a bajar toda esa gente, y nosotros teníamos como cuatro pistolas porque uno nunca sabe, y teníamos un fusil guardado, por allá debajo de un colchón, en una casa, ahí en donde estábamos bailando. Y llega todo ese poconón de ejército a comprar gaseosa, y nosotros ahí. Claro, los chinos también se timbraron, y todos se asustaron. Entonces, la gente paró la música, fue un momento de tensión para todo el mundo, yo me paré y le dije a la señora: “siga poniendo la música normal porque, si no, esto va a parecer muy raro”. Siguieron poniendo la música y no sé qué, lo cierto fue que el comandante del ejército que venía ahí terminó sentado en la mesa con nosotros, tomando y borracho, resultó tan borracho que los soldados se ubicaron por allá y nosotros lo tuvimos que llevar allá, donde estaban los soldados; iban tres guerrilleros y dos de los soldados esos que estaban de permiso, allá fueron y los llevaron, y bueno, al otro día, esa gente se levantó y se fueron, no pasó nada. Entonces, eso generó un nivel de confianza muy alto en esa región para nosotros.*

*Después de que eso pasó, nosotros dijimos: “mire, aquí ya es posible volver a tener una guerrilla estructurada, bajo una disciplina, obviamente, porque esta gente se acostumbró al trato de nosotros, que nunca hacíamos abusivamente nada”. Por ejemplo, yo tuve una cosa que siempre disponía en las FARC, que afortunadamente en el último periodo cogió mucha fuerza, y era que uno a una familia no le podía explicar por qué le mataba a un familiar, pero yo sí le podía explicar por qué lo expulsaba de la región. O sea, eso es explicable, pero yo cómo le explico a alguien que le mató a un familiar, eso es imposible de explicar y, además, yo siempre dije: “yo no puedo hacer eso, no puedo hacer eso porque, es*

*que el día que yo haga eso, me sacan de esta región, porque no me voy a quedar acá, yo me voy”. Entonces, por el nivel de conocimiento que uno tenía y de capacidad organizativa, pues, obviamente nadie se iba a arriesgar porque usted tiene ese trabajo ahí y, si me sacaban, se dañaba el trabajo.*

*Yo, por ejemplo, tuve un momento en Cundinamarca donde nos dijeron: “mire, es que fulano...” porque operaban varios Frentes, entonces, uno de los Frentes que operaba allá nos dijo: “mire, es que fulano trabaja con la policía o el ejército. Ese tipo hizo correr a fulano y a fulano de tal y está declarado objetivo militar. Entonces, ya que usted está allá, por qué no hace el favor y lo pone en su puesto”. Yo les dije: “díganme quién es”, y me mandaron el nombre y era el nieto del señor que más confianza le tenía yo en el municipio. Yo vivía en las casas de esa familia, un día vivía en esta casa, me iba ocho días para la otra, ocho días para la otra; el caso es que, el papá del muchacho era un amor y esa señora me había cogido cariño y, fuera de eso, yo había estado con él en el pueblo como unas cinco veces.*

*Entonces, yo les dije a ellos: “ustedes cómo me van a decir que ese muchacho es un informante, pues me hubiera entregado ya hace rato”, pero después me mostraron pruebas de que, efectivamente, era un informante; tenían como dos o tres videos que le habían cogido cuando, en ese entonces, creo que era el DAS todavía, y yo estaba así en una encrucijada, entre incumplir una orden y echarme de enemigo a toda esa familia. Mi respuesta fue: “yo prefiero irme de la región y, después de que yo me vaya, hagan lo que tengan que hacer, pero, mientras yo esté aquí, no vayan a hacer eso porque vamos a tener problemas. O les propongo que me dejen hacerlo a mi modo, déjenme hablar con la familia, hablar con él, y decirle lo que pasa y por qué el muchacho se tiene que ir, pero es que eso es explicable”. Eso fue una discusión fuerte porque me intentaron acusar a mí de que no quería cumplir las órdenes, y yo les dije: “no, es que ustedes a mí no me dan órdenes, yo tengo jefes que son mis jefes que me dan mis órdenes, ustedes tienen sus tropas, pero yo no soy de sus tropas, en esas indisciplinas de ustedes yo no voy a caer, yo no voy a caminarle a eso, y lo otro es que, muéstrenme a mí la orden del Mono de que eso es lo que hay que hacer, si ustedes me muestran a mí esa orden, yo no la discuto, pero si ustedes no me muestran... Allá está la versión de ustedes, pero y la mía quién la tiene”.*

*Ese día tuvimos una discusión muy fuerte y yo tuve que viajar al Páramo de Sumapaz, tuvimos una reunión donde yo les decía: “mire, esa familia está ubicada geográficamente así, todo el trabajo de partido clandestino que tenemos nosotros está en cabeza de ellos, y ustedes me están pidiendo que vaya y les mate un familiar, eso no tiene presentación”. Claro, el comandante de nosotros en ese entonces, Gaitán —él murió en una operación en Cundinamarca—, dijo: “no, no, no, es que eso no se puede y, en últimas, nosotros estamos acá, quien manda*





es quien está en el terreno”, entonces, me dijo: “hágalo como a usted le parezca mejor, si usted considera que ese muchacho no tiene nada, entonces, no se le hace nada”. Yo le dije: “ah, bueno, listo”.

Me fui y hablé con la familia, efectivamente, me reuní con ellos y les mostré las pruebas y les dije, “mire, pasa esto y el muchacho es informante”, y el abuelo era un viejo de esos recios, de los tiempos de Juan de la Cruz Varela, y lo mandó a llamar y lo sentó ahí y le dijo que era una vergüenza para la familia, porque el muchacho fue guerrillero, a él, en una operación en La Uribe Meta, le mocharon una pierna. Y le dijo el abuelo ese día: “esa gente del ejército le quitó una pierna y ahorita le quitó la dignidad”, le dijo: “lo peor que le puede pasar a esta familia es tener un informante”. Un señor de esos bien parados, y dijo: “agradezca que es el camarada y no fui yo, porque donde hubiera sido yo, ahí sí lo mato”. Y le dijo: “así que la conclusión es que usted se tiene que ir”. Y ese muchacho me pidió disculpas y me dijo: “camarada, mire, me presionaron”, yo le dije: “eso es entendible, pero usted también entiéndame en la situación en la que yo estoy, o sea, si usted se queda aquí, grave, esta es la última oportunidad que tiene, si usted se queda aquí, yo no puedo controlar a los demás”. Y el muchacho se fue. Muchas veces estuvo mal y nosotros le ayudamos, era bien complejo. Y esa era la forma en que nosotros trabajábamos allá, por eso, mientras estuvimos en Cundinamarca, nosotros no matamos a nadie; si era alguien que no tenía familia, nosotros llamábamos a la comunidad y le decíamos: “mire, está pasando esto y esto con este señor y es mejor que se vaya”. Entonces, claro, yo prefiero que me digan que desplazé a alguien y no que lo maté, porque eso no tiene presentación, entonces, así operábamos por esa región.

Y bueno, ya en los últimos años tuvimos algunos fracasos militares muy fuertes en Cundinamarca que nos hicieron replegar porque, mientras estábamos nosotros haciendo ese trabajo político, había un avance de unidades guerrilleras hacia el Páramo de Sumapaz, nuevamente, y en eso se cometieron algunos errores en la modalidad operativa y en los que estaban dirigiendo esas operaciones, y fueron golpeadas muchas estructuras nuestras, incluyendo a la que yo pertenecía. Fue muy golpeada, sobre todo, su dirección fue muy golpeada. Nosotros estábamos encima de Fusagasugá, encima de Pasca, ahí encima, y nuestra tropa estaba arriba, en el Páramo de Sumapaz, y golpearon a las estructuras de allá porque era más complejo mover la tropa, mucho más si estaban uniformados, entonces, tienen que estar entrando. Una de las cosas es que la guerrilla no tiene todo el tiempo disponible para poder estarse abasteciendo, entonces, el adversario lee eso y dice: “se está moviendo mucha remesa hacia tal parte, algo está pasando”. Precisamente, por ahí terminaron golpeando a nuestras estructuras.

*Nosotros continuamos en Cundinamarca, inclusive, los operativos pasaban por donde estábamos nosotros, por las casas donde estábamos. Y siempre informábamos, “mire, hay una tropa subiendo”, pero, aun así, siempre fue difícil evitar los golpes. Eso nos aconteció en Cundinamarca, pero se dejaron muchas semillas, incluso, compañeros que aún me llaman y me dicen: “cuándo nos va a venir a visitar”, pero no he podido sacar el tiempo, pero sé que lo voy a tener que sacar, e ir a visitarlos porque fue la gente que, de una u otra forma, nos salvó la vida porque nos cuidaron, no dejaron que nos pasara nada, cuando estuvimos en momentos difíciles nos dieron la mano y uno tiene una deuda moral con ellos y esa deuda hay que pagarla con presencia. Por eso, ahora les decimos: “sí, aquí continuamos, nosotros no hemos dejado de luchar, nosotros continuamos, aquí lo que se hizo fue cambiar el método, pero las ideas están intactas, es decir, los que hablaban no eran los fusiles, éramos nosotros, los fusiles fueron los que se fueron, nosotros sí continuamos”.*

*Yo tengo esa deuda también en esa región, he pasado por las vías que conducen a Fusa, que conectan con todas esas veredas y municipios, pero no he podido entrar porque siempre va uno como afanado. Ahí le toca a uno llegar en carro, subir a la finca que está en tal parte, que son dos horas, y volver a recorrer esas trochas en las mulas y los caballos, una cosa genial que, además, le sirve mucho a uno para pensarse. Yo le digo a algunos compañeros de algunas partes: “antes era muy difícil decir quiénes éramos, había que entrar aquí y hacer todo un trabajo, después de conocer a alguien muy bien y tener mucha confianza, decirle, nosotros somos fulanos de tal”. Algunas veces me decían que era un problema mío, pero yo lo consideraba una ventaja, y era que, cuando conocía a alguien, mi primer saludo era identificarme quién era. Yo siempre lo hacía así: “mire, somos tal y tal, somos de las FARC y venimos aquí no a decirles qué tienen que hacer, sino a que nos digan qué tenemos que hacer nosotros por esta región”, y empezar esa dinámica con la gente. Pero ahora uno sí se puede parar y decirlo con más tranquilidad, públicamente, sin ningún temor, bueno, no sin ningún temor, pero, por lo menos, sí es diferente a que lo vayan a encarcelar a uno, para nosotros es muy significativo y, pues, que los avances son importantes en esa materia. Yo siempre he dicho, y no son frases mías, sino de Carlos Marx, que la tarea de todo comunista era acortar el camino hacia la dictadura del proletariado y nosotros creo que lo hemos acortado de una forma muy significativa, pero existen más expresiones que son respetables, de lucha. Como decía Marulanda, si somos consecuentes y vamos para el mismo lado, en algún momento nos tendremos que encontrar, así funciona esto y así seguirá funcionando porque es una realidad innegable, pero bueno, Cundinamarca fue una buena experiencia y lo sigue siendo.*



## Estar: la gran ciudad

*Cuando murió el Mono Jojoy, yo estaba en Cundinamarca y, después de eso es que me transfieren a mí a Bogotá, después de la muerte del Mono yo estuve un tiempito largo ahí. Cuando ya dejamos organizado Cundinamarca, que ya pudieron establecerse unidades operativas allá, a mí me trasladaron a Bogotá a organizar otro chicharrón que había. Era muy complejo porque uno en el campo, por ejemplo, en Cundinamarca que había una zona suburbana, pues uno lo maneja, pero Bogotá es otra cosa. Afortunadamente, le cogí el hilo muy rápido a la ciudad. Sin embargo, me aburría mucho. Yo no soy hombre de ciudad y sabía que a los tres meses de estar en Bogotá me recogían para ir al monte a dar partes de lo que había hecho. Entonces, a veces, cuando me llegaba el correo de recogida, yo ya iba en San Vicente o en Florencia o iba en Neiva. Yo ya iba viajando. La mayoría de veces pasaba eso porque había otros que se acostumbran mucho a la ciudad. Claro, una de las cosas más difíciles era evitar que los guerrilleros se dejaran absorber de ese medio, la ciudad tiene atractivos que lo terminan a uno absorbiendo. A mí no me pasaba eso, a mí me mandaban a recoger y yo me iba de una.*

*En Bogotá me fui a hacer trabajo político. Yo estuve un buen tiempo, no recuerdo cuánto, hasta que tuve una reunión con un compañero que tenía una orden de captura y venían detrás de él y, como estaba yo ahí, nos cogieron a los dos, pero no venían por mí, venían por él. Esa vez me detuvieron durante nueve horas y mi posición siempre fue la misma: yo no soy nadie. Me presentaron la hoja de vida, mi hoja de vida; hay una audiencia de Carlos Antonio Lozada donde él dijo que fue un error sacarles hojas de vida a los miembros de la red urbana, y era cierto, hasta ese momento no existíamos, nadie nos conocía, pero cuando nos sacan las hojas de vida y las cogen en el computador de Carlos Antonio, ahí estaba la mía. Yo sí considero que eso era innecesario, menos para una estructura urbana, la red urbana nunca tuvo hojas de vida hasta ese momento, entonces, cometieron un error gravísimo porque quedó la red urbana sin secreto, ¿cómo operábamos tranquilos, entonces?, nos tocaba correr el riesgo de operar sabiendo que tenían nuestras hojas de vida. Entonces, no era muy fácil para nosotros, pero uno tiene que ser consecuente con sus ideas. Yo recuerdo que me iba a ir para Cundinamarca porque yo ya sabía que me estaban siguiendo, la primera reunión con el muchacho, pues, a mí se me pegaron también. De hecho, la última reunión con él era para decirle: “sálgase de Bogotá porque yo me salgo” –yo me pensaba ir esa tarde—, yo dije: “me voy hoy, llego a Fusagasugá e inmediatamente me boto pa´ arriba, para las veredas, que de por allá no me sacan”. Y claro, llegan y, efectivamente, nos detienen y a él le leen su orden de captura y sus derechos y todo, pero a mí no. Yo estaba ahí con la policía cuando me di-*

*ieron: ¿cómo le decimos, Ricardo o Francisco?, y me pasaron la hoja de vida. Yo quedé frío de una vez, pero, aun así, uno, cuando tiene disciplina, la disciplina es fundamental. La primera lectura que yo hice fue, bueno, estoy como compañía, a mí no me meten en el asunto, pero cuando trajeron esa hoja de vida, ahí sí como que ya me asusté, además, porque me trajeron las dos hojas de vida, mi hoja de vida cayó dos veces, una cuando estaba recién ingresado y la otra cuando ya tenía 20 o 21 años, que fue la que nos tomaron en Cundinamarca. En la primera, yo estaba uniformado, pero con una cara de niño. Yo dije, sí, claro, esa es la cara mía, pero el uniforme yo no lo tenía, yo tengo los positivos de esas fotos en mi casa, ustedes están haciendo un montaje.*

*Desde ahí empecé a enredarlos, a decirles que ellos estaban armando un montaje y que, efectivamente, mi nombre era Francisco; el problema es que la cédula tenía otro nombre, yo tenía una cédula chapa. Entonces, me preguntaron: “¿por qué esta cédula no es suya?”, yo dije: “no, es que yo tengo un problema, por esto y esto” —eso, uno tiene su película montada—, y, por eso, no puedo usar mi cédula; entonces, me dijeron: “por eso lo podemos meter a la cárcel”, y yo le dije: “por eso me podrá meter a la cárcel, pero usted no puede decir que soy guerrillero porque eso es otra cosa”. El caso es que yo tuve un enredo con esos tipos un buen rato y luego me presentaron la otra hoja de vida, la de la red urbana, era una hoja de vida actualizada, con todos los cursos que había tenido, estaba todo. Cosas complicadas que uno dice, con esto se embala uno.*

*Afortunadamente, me acuerdo tanto que, en ese entonces, para subir a Cundinamarca el Mono nos había dotado bien a todos de chaquetas, cobijas gruesas, sacos, guantes, eso nos había dado de todo porque, dijo: “ustedes son del llano y ustedes se suben a esa cordillera y a ese páramo de Sumapaz y eso allá les da frío, más bien, váyanse bien dotados”. Ese día, íbamos con unos equipos bien grandísimos, nosotros no estábamos acostumbrado a cargar esas ollas, pero uno le va cogiendo el tiro, nosotros enrollábamos las cobijas y las apretábamos con poliéster y la cobija quedaba así, pequeñita, pero, cuando uno no sabe, le queda así, grandota. Y nos habían dotado de buzos nuevos, a mí me habían dado un buzo azul manga corta y a mí me tomaron la foto con ese buzo, yo no salí con uniforme sino con ese buzo azul. Claro, de fondo salía el monte del campamento donde estábamos, pero no estaba el campamento, de fondo era solo vegetación. Entonces, los policías me mostraron esa foto y yo les dije: “claro, también soy yo, pero yo no estoy metido en un monte, ese monte no estaba ahí”, desde ahí nos empezamos a enganchar en una discusión y me empecé a dar cuenta que ellos no tenían cosas para probarme de verdad.*

*Yo siempre digo que uno es hasta de buenas. En ese entonces, había un desertor en la unidad de nosotros y ese tipo estaba trabajando con la inteligencia*



del ejército, bueno, eran dos, en realidad. Me imagino que los utilizaban para individualizarnos a nosotros, por eso nunca íbamos al centro de Bogotá, nunca montábamos en transmilenio. Por ese tipo de cosas, porque en transmilenio uno se puede encontrar a cualquiera, entonces, nunca nos montábamos ahí, evitábamos eso. El caso es que los tipos empezaron a llamar a los informantes para preguntarles si me conocían, pero yo no sé, por cosas de la vida, esos tipos nunca contestaron el teléfono. Yo iba en el carro con ellos cuando estaban llamando, porque, uno de ellos dijo: “oiga, y por qué no le preguntamos a...”, dijo un nombre ahí, “y a este otro”; cuando el man dijo los nombres, me dijo “¿y usted, sí los conoce?”, yo no los conocía porque esos eran los nombres de civil de ellos. Y había una razón para eso: la guerrilla, uno podría imaginársela que era como nacer de nuevo, usted llegaba y se quitaba todas esas vestiduras y vicios que traía de la vida civil y adoptaba un nuevo nombre y una nueva identidad, usted comenzaba como de cero otra vez y, pues, entonces, uno conocía a fulano porque le decían no sé qué; digamos, yo lo conocí a usted por Alirio y solo hasta después supe que se llamaba Fabio. Es algo que nos pasa a nosotros, muchos de nosotros ya no nos podemos quitar el nombre, es muy complejo cuando algunos de los compañeros decidieron cambiarse y dejarse el nombre de guerra. A mí sí, por respeto a mi madre y a mi padre, ni siquiera se me pasó por la cabeza hacer una cosa de esas, pero muchos compañeros sí lo hicieron y se quedaron con su nombre de guerra. Aun así, usted pregunta acá por Francisco y ni idea, pero pregunta por Ricardo y ya todo el mundo sabe. Y entonces, es chistoso porque yo me llamo Ricardo, que es mi nombre de guerra, pero hay como tres o cuatro Ricardos con su nombre de civil. Entonces, eso es un chiste.

Pero, volviendo al cuento, entonces, el tipo me dijo: “es que a usted lo conocen por el nombre de fulano y fulano”, ahí sí, yo dije, claro, ahora sí me embalé más, pero les boliaron teléfono y esos manes no contestaron, llamaron, creo que al portero del sitio donde los metían a ellos, el man contestó y yo escuché cuando dijo: “buenas noches, portería”, y ellos le preguntaron y el señor respondió: “no, ellos salieron esta mañana y no han regresado”. Entonces, yo pensaba: “menos mal”. El tiempo iba avanzando y yo los empecé a presionar a ellos preguntándoles si yo estaba detenido o no, porque ya llevaba muchas horas. Y me decían que no, que estaban todavía averiguando. Entonces, yo les dije: “no, ustedes me tienen que decir o yo necesito llamar a alguien de confianza, a un abogado, necesito llamar a alguien porque ustedes no me han dejado ni llamar”. Entonces, como que ya los empecé a preocupar por ese lado porque me tenían dando vueltas en Bogotá, me bajaban de un carro y me subían a otro, me montaron a un taxi. En ese entonces, el DAS, la SIJIN, era una cosa complicadísima. A un compañero que teníamos allá, Rubio, recuerdo el nombre, nos lo asesinaron, a garrote nos lo mataron. A él lo detuvo el DAS o la SIJIN, y a él nos lo asesinaron, entonces, imagínese, a mí me tenían dando vueltas en ese carro y yo pensaba a qué hora me sacan estos manes de este carro y me pegan un par de tiros.

*Por eso, cuando a mí me sacan y al compañero se lo llevan, el barrio donde nos cogieron era un barrio donde yo transitaba mucho, y yo entraba a muchos sitios y uno como que conocía a mucha gente. Cuando me cogieron, yo alcancé a decirle a tres señoras: “mire, yo soy fulano de tal y me detuvo la policía”, entonces, claro, ellos escucharon todo y no les quedaba tampoco tan fácil desaparecerme o matarme, y les di a las señoras el nombre del otro compañero, pero les di el nombre de guerra. Yo después pensaba: “aquí se romperán el coco y, a lo último, averiguarán que es él”, pero, por lo menos, para evitar un tipo de cosas de esas. Uno de los tipos que me había detenido me decía: “no, no, no, no se preocupe que a él se le leyeron sus derechos, a él no le va a pasar nada”, yo le dije: “pero es que usted a mí no me ha leído nada, usted a mí no me ha dicho nada, no me han dicho si estoy detenido o no”. A lo último, yo los jodí tanto, entonces, empezaron con una cosa: “desmovilícese, desmovilícese”, pero no tenían nada contra mí. Les dije: “Yo cómo me voy a desmovilizar, ni sé de qué me está hablando, ¿quiénes hacen ese proceso?”. “Los guerrilleros”, me respondieron. “Pues que los guerrilleros lo hagan, ¿cómo lo voy a hacer yo? Es que yo no puedo ser lo que no soy”, les dije.*

*Y ahí me cerré y, a lo último, me llevaron a la casa y me dijeron: “abra la casa”, y les dije: “no, tampoco, no porque esta es mi casa, yo vivo ahí. Ustedes son los que quieren entrar, entonces, ábranla bajo su responsabilidad”. Claro, se iban por allá y hablaban, esos manes estaban putos, hasta la madre me la echaban. Y después les dije: “Bueno, ¿me puedo bajar para abrir la casa?”. “Ah, ¿la va a abrir?”. “Sí, la voy a abrir.*

*Apenas me bajé, llamé a la señora Ruby, y la señora me dijo: “qué pasa, mijo”, y le dije, pasa esto y esto y se las canté de una vez y, ahí sí que los dejé choqueados. Por allá llamaron hasta que les mandaron un papel y me dijeron: “vea, tenemos una orden para entrar a su casa”. Se fueron y abrieron por allá, abrieron, entraron y yo tenía dos computadores y me pidieron la clave de esos computadores, pero yo les dije que no me la sabía porque me los habían dado a guardar. Yo me acuerdo que los había metido en una caja, y ahí estuvieron como dos horas jodiendo para un lado y para el otro. Lo que sí recuerdo es que yo tenía una USB con un poco de información sin encriptar y sin nada, yo la cargaba todo el tiempo y anduve con ella. Me acuerdo tanto que era una USB azul, de esas que se guardan, y cargaba un reloj de esos para medir el tiempo, que era para medir tiempos de cuerdas, de cosas, bueno ¡juemadre! Yo pensaba, pero estos tipos ni me requisaron. Yo cargaba la USB en una chaqueta negra, y les dije: “necesito entrar al baño”. Cuando entré, saqué la USB de la chaqueta, mandé esa USB por el inodoro y bajé esa cisterna, ese era el susto que tenía. Una micro-USB que tenía sí me la había metido a la boca y la había mascado completa. Bueno, el caso es que los tipos estuvieron ahí y se llevaron el computador y me dijeron: “mañana va por el computador” yo le dije: “tranquilo, yo voy por el computador*



*para que no se pierda porque, si no, me toca pagarlo”, me dijeron: “pero va, hijo”, yo les dije: “sí, deme la dirección y yo voy”. Esos tipos que se van de ahí y yo, inmediatamente, cogí lo que había. Yo recuerdo que, en ese entonces, me habían regalado una chaqueta de cuero, me la había enviado mi mamá, y una chaqueta del Barcelona ;me acuerdo tanto de esa chaqueta! Eso, todo lo metí a la maleta, metí ropa, y cargaba un bolsito topo aquí, al lado, de correítas, y lo que cupo en ese bolso me lo llevé, y me fui a andar por Bogotá, con mucha preocupación porque, aunque conocía mucha gente, si iba a la casa de alguien, seguro me estaban siguiendo. Una amiga tenía una discoteca y dije: “en la discoteca sí puedo entrar”. Entré allá, pedí una cerveza y llamé al muchacho, y le dije: “tengo un problema, pasó esto y esto y mañana a primera hora váyase para donde fulano, que ellos ya saben a quién tienen que decirle y hay que activar a toda la gente, y dícales que me estaban buscando, por si, de pronto, nos llegamos a encontrar, que no me saluden”. Entonces, hice una nota y me la llevé y pasé por la casa de un señor muy amigo donde yo había vivido hace un tiempo. Le dejé una carta y le timbré, él salió por encima y le hice señas, que mirara la carta, y me fui.*

*Toda esa noche yo dormí en la calle, me acuerdo tanto que intenté dormir en un parque en Bosa Brasil, pero había unos tipos como raros, entonces, me paré y me fui cerca al portal de transmilenio, donde una gente que estaba vendiendo tinto, y ahí me escondí; y, luego, me fui otra vez a dar una vuelta por el barrio, y estaba todo tranquilo, cuando vi una esquina oscura, por allá me metí a dormir con un frío tremendo. Yo creo que esa fue una de las noches duras de mi vida, además, porque no pude dormir tranquilo. Y ni dormí, en realidad, creo que solo a las cinco de la mañana me venció el sueño, ya del cansancio que tenía, pues uno estresado todo el día, pero me desperté porque iban pasando unas señoras como a las siete de la mañana, y hablaron y, claro, yo me desperté. Después, me metí por allá en un barrio que queda detrás de Corabastos y me escondí en la casa de una compañera que vivía con la mamá y los dos hijos, yo la había conocido en un partido de micro. Llegué allá y le dije hasta mentiras, que había tenido un problema y me había quedado sin cédula porque estaban haciendo una batida y que, cuando iba a arrancar el camión, yo me boté, y me dijo: “no, tranquilo, aquí se puede quedar”. Yo duré ahí como casi ocho días escondido en esa casa. Ellas salían y me traían la comida, desayuno, almuerzo y comida.*

*De ahí salí y me metí al Juan Pablo II, por allá donde unos amigos que me escondieron. Allá duré como un mes y, de ahí, la red organizó todo el proceso para sacarme de Bogotá y volví nuevamente al llano. Después de eso es que yo vengo para el departamento del Guaviare, no, perdón, para el Vichada; ahí comencé el proceso con los indígenas de ese departamento, una gente muy buena, yo les debo la vida. Y luego, retorné al departamento del Caquetá, de ahí, retorné al departamento del Meta, al Guaviare, y vine a parar por acá. Yo por acá vine tres*

veces: de guerrillero vine la primera vez, en el año 2000; la segunda, estuve en 2001 y; la tercera vez fue esta que vine y dije: “no me vuelvo a ir”, porque venirse usted desde el Meta hasta por acá, son tres meses andando por esa selva, y decidí, definitivamente, quedarme.

## Huir: de Bogotá al Guaviare

Cuando llegué por aquí, teníamos un problema serio en el departamento del Vichada por la represión de los grupos paramilitares. Vichada tenía unas zonas que sirven para la guerrilla y nosotros llegamos en una unidad que era muy famosa, la Rondón, y empezamos a romper áreas que habían sido complejas en tiempos del Gobierno de Uribe. Muy pronto, yo terminé al frente del Cumaribo y, todo ese tiempo, me la pasé en las comunidades indígenas. A mí siempre me ha parecido muy genial el trabajo de los indígenas, tanto así que, después de que se firmó el Acuerdo, estando aquí en el Guaviare, tuve que retornar al Vichada por una solicitud que los indígenas y las comunidades de esa región le hicieron al jefe de esta zona en ese entonces. Él me dijo: “pues, le toca irse para el Vichada porque quién le va a discutir esa solicitud a los indígenas”, y yo le dije: “usted me dice por dónde, y yo me voy”. Ya después del Proceso de Paz, yo estuve visitando todas las comunidades por donde estuvimos, hablando con ellos, y es muy chistoso porque la gente aún lo mira a uno como si fuera el comandante guerrillero que estuvo en la región. Para ellos, es muy difícil asimilar que uno ya anda en otra cosa, y que uno ya no es comandante, entonces, ellos vienen a contarle todos los problemas del mundo y yo les he tenido que decir: “yo ya no puedo hacer nada, además, ustedes saben que yo siempre insistí mucho, mientras todo el tiempo que estuve acá, que ustedes tienen sus propias reglas”. Inclusive, las unidades que yo tenía las sometí a las propias reglas de las comunidades para que no tuviéramos choques ni problemas. El caso es que esos Resguardos, para nosotros, fueron un refugio de toda la vida en el Vichada y teníamos una muy buena relación con ellos. Por eso, ya he ido varias veces a visitarlos, en octubre de 2019 me fui más de 15 días, andando por todas esas trochas y visitando a las comunidades. Un ejercicio muy bonito, y la gente lo miraba a uno y decía: “No, es que llegó el comandante otra vez”. “Yo ya no soy comandante”, les decía: “ahora soy un dirigente político”.

Pero fue un ejercicio muy bonito. Yo le preguntaba a los compañeros que andaban conmigo: “¿cómo sabemos nosotros si hicimos las cosas bien o mal en una región?”. Cuando uno llega a la región, la gente lo recibe bien. Pero, cuando la gente lo recibe a uno mal o, en el peor de los casos, ni lo recibe, uno sabe que los que estuvieron aquí la embarraron. Yo iba con un compañero muy antiguo





*de estar en esa región y él decía: “yo nunca había visto que estas comunidades se volcaran a recibir a alguien así, de esta forma”, entonces, yo le decía: “es que quien logró entender la esencia de las FARC, [que] la lucha por el pueblo no era una carreta, era una cosa en serio, quien entendió eso y lo hizo bien, logra ese tipo de resultados, pero quien no lo entendió y no lo hizo bien, sencillamente, lo que hace es generarle problemas a la misma lucha política de la insurgencia”.*

*Después del Vichada, me enviaron para el departamento del Guaviare a hacer un proceso organizativo; luego, estuve en Guainía, sobre el río Inírida, haciendo trabajo con comunidades; luego, pasé al Vichada y; luego, retorné al Guaviare, nuevamente, a hacer trabajo político. Y ya todo esto del Proceso de Paz iba muy avanzado, de modo que lo que empezamos a hacer nosotros fue pedagogía de paz en estas regiones, junto con la población. Yo me concentré mucho en el trabajo político sobre la región del Guaviare, más bien como hacia la parte de abajo del departamento porque yo por aquí arriba nunca llegué a venir antes, aquí vine ya fue cuando se había firmado el Acuerdo de Paz, pero no alcancé a venir a hacer trabajo político en esta región antes. Aquí había otros compañeros que andaban por acá, pero ya empieza como todo esto del Proceso.*

## **El arraigo definitivo no es en un lugar: la Paz en Charras o donde sea**

*Cuando ya viene el Proceso de Paz, a nosotros nos recogen y llegamos todos los Frentes a un sitio que se llamaba de pre agrupamiento, por aquí, en Barranco-colorado. A mí me correspondió la tarea de quedarme en el río cuidando un poco de cosas que habían ahí, pero siempre íbamos al campamento, regresábamos, dábamos parte de lo que estábamos haciendo y también hacíamos trabajo político con las comunidades, recorriendo todas esas trochas. Después del pre agrupamiento, ya se vino el retorno a lo que, en ese entonces, eran las zonas veredales, después de llegar la gente ahí, nosotros fuimos los últimos en entrar, obviamente, las condiciones aquí eran muy complejas. Imagínese quitar absolutamente todo lo que usted ve ahora aquí, quite los árboles, quite las casas, quite todo, y llegar usted a la sabana a decir: “¿aquí qué vamos a hacer, con esos soles que hacen?” Yo me acuerdo, un 29 de enero o febrero, cuando está el pleno verano acá en la Orinoquía, y hubo un momento muy complejo cuando nos preguntamos si nos vamos a quedar en esta sabana inhóspita o qué es lo que vamos a hacer, nosotros traíamos solo nuestras armas y nuestros equipos. Y los compañeros del espacio dijeron: “mire, ya es un compromiso de nosotros que asumimos, vamos a demostrarle a esta gente de qué estamos hechos nosotros”. Todo el mundo estuvo de acuerdo y empezamos a armar los campamentos aquí, solo dejamos libre este sitio que era el de la construcción (señala el salón*

comunal). Yo creo que nosotros duramos como unos cinco o seis meses viviendo en casas encerradas en plástico, a esta hora, usted no se aguantaba el calor.

La mamá de un compañero, que vivía cerca, le mandó dos ventiladores pequeños y él me prestó uno, pero prefería uno apagar ese calentador porque, prendido, echaba aire caliente, eso era peor. Y fuera de eso, se acabó el verano y nos llegó el invierno, un invierno terrible. Todas las casas que teníamos acá se las llevaron los ventarrones. A muchos compañeros se les mojaron las cosas, se les cayeron las casas, no. un problema; ahí vino el tema logístico, ¿cómo solucionamos esto? Era muy difícil, nosotros no le podemos decir al compañero: “no, espere ahí que más ratico” porque, si volvía a llover, se le volvía a mojar todo y, si hacía sol, pues no se aguantaba.

Bueno, entonces, nos tocó conseguir plástico y armar casas de 4x3, y empezamos la construcción porque no podíamos esperarnos a que el Gobierno nos cumpliera. Nosotros decíamos: “algún día, el Estado tendrá que explicar qué hizo con toda esa plata, porque nosotros, mínimo, todos los días trabajábamos ochenta personas, ochenta jornales que se evitó el Gobierno durante casi cinco meses”. Esa plata, me imagino que ellos no la devolvieron porque nosotros les evitamos gastarla. El caso es que empezamos el trabajo de construcción, tanto así que este espacio nunca se terminó y quedaron muchas casas sin terminar. Después fue que los muchachos las terminaron a medida que fue pasando el tiempo porque, después del auge inicial de la Paz, se fue todo el mundo y esto quedó a medias.

En ese entonces, también comenzaron a identificarse varias necesidades de los excombatientes, entre ellas la de salud. Al revisar esa situación, empezaron a venir las brigadas médicas y a salir las enfermedades de todo el mundo: que usted tiene úlcera, que usted tiene no sé qué, que usted tiene lo otro, que a usted toca operarlo, que usted está herniado. Entonces, dijimos, bueno, aquí se viene otro problema y es: “¿dónde se van a quedar los compañeros que necesiten atención en San José?”. En ese entonces, yo no era dirección, yo no pertenecía a la dirección, pero mantenía ahí. Me acuerdo que le decía a los compañeros que uno debe ser persistente, uno, si tiene claro para dónde va, uno tiene que mantenerse y no dar el brazo a torcer y, sobre todo, el liderazgo no es una cuestión de arrogancia sino de responsabilidad, o sea, usted no lo debe anhelar, pero, si le llega, no lo puede rechazar.

Lo cierto es que, con los problemas de salud, se consiguió un albergue en San José, lo construimos en junta con los compañeros que estaban en la zona de Colinas y, en algún momento, yo tenía gastritis y tenía que ir a revisión médica y tratamiento y, cuando llegué, me quedé allá, pero me preocupé mucho porque me comenzaron a decir que había unos compañeros con tuberculosis y tenía



*uno que pasar exactamente por donde ellos estaban, no estaban ni siquiera en piezas, aislados, sino que estaba ahí, al aire libre. Yo dije: “esto así, no”. El caso es que yo estuve unos días ahí, retorné nuevamente acá y le dije a Albeiro: “hay que revisar el caso de ese albergue porque hay cosas que no me parecieron, es muy riesgoso porque aquí hay mujeres en embarazo y van a tener que hacer el trabajo de parto allá, los primeros días de esos bebés tienen que estar allá y no los podemos tener revueltos con gente que tiene tuberculosis”.*

*También le dije que las casas que se buscaran debían tener la posibilidad de contar con cuartos para aislar a la gente con tuberculosis porque, si uno iba enfermo de una cosa y se devolvía enfermo de otra, eso sí era el colmo. Entonces, me dijo Albeiro: “sí, bueno, vamos a revisar esa situación, además, porque los compañeros se quejaron”. Como la gente veía en mí cierto liderazgo, entonces, me buscaban para quejarse, y yo les decía: “yo no puedo decir nada acá, pero lo que yo sí puedo es informar allá, entre nosotros, que está pasando esta situación y que es muy complejo”. Y eso hice. Yo le propuse a Albeiro que los separara, pues era más fácil tener a la gente aislada en dos espacios que en uno solo. Albeiro me dijo: “listo, vamos a cambiar al que está allá de jefe, porque tenía muchas inconsistencias, porque la gente nuestra no lee y empieza a dejarse absorber del medio y eso es un error gravísimo”. Entonces, se relevó al compañero y se envió a otro muchacho. Entonces, mandamos otro compañero para allá y él nos dijo que si podían enviarle la compañera, y se armó un problemonón, entonces, Albeiro me dijo: “¿por qué no se va usted y se hace cargo?”; “no, yo pa´ los pueblos no soy bueno, yo soy bueno por aquí, para el campo, yo por allá no, yo me aburro mucho”, le dije; “bueno, listo”, me respondió.*

*Por esos días, yo tenía que salir y estaba haciendo un proceso para que me hicieran una endoscopia con biopsia en Villavicencio, pero pasé por el albergue en San José. Cuando el que estaba ahí, a cargo, me dijo que lo habían mandado a recoger, yo le dije: “¿cómo así?”. “Que sí, que si usted se puede quedar por tres días mientras yo voy y vuelvo”, me dijo. “Vaya, que igual yo no me puedo ir todavía”, le respondí.*

*Tres días se me volvieron nueve meses porque el tipo nunca volvió por allá, lo habían recogido era para llevárselo definitivamente para otro lado. Entonces, a los ocho días, yo pregunté: “venga, y cuándo va a venir el responsable de esto, que yo ya hice lo que tenía que hacer y me voy”. Me respondieron: “no, que espere tantico, ayude allá en salud”, y yo no tenía ni idea de eso, nosotros adentro no sabíamos nada del sistema de salud. En ese entonces, nosotros no teníamos cédula, uno salía con un permiso que le entregaba el mecanismo tripartito y, ante la entidad de salud, teníamos un código. Era lo único que sabía y, cuando me dijeron que me quedara, yo dije: “yo me conozco a mi gente”. De un momento a otro, me empezaron a decir los chinos que necesitaban una cita y yo me di*

*cuenta que no sabía cómo pedirla. Entonces, me fui para ese hospital, no sabía por dónde coger ni a quién preguntarle y, recuerdo que había una muchacha que se llamaba Maria Paula, se llama porque todavía está allá. Me la encontré y le dije: “Venga, disculpe, es que tengo que sacar unas citas aquí pero no tengo ni idea, todos esos papeles, y yo no sé cómo se hace eso, yo no sé”. “Usted, de dónde es”. “Nosotros somos exguerrilleros y venimos de la zona de Charras y, la verdad es que a mí me tocó esta responsabilidad, pero yo no sé cómo hacer esto”. “No se preocupe, cada vez que venga, me pregunta y yo le ayudo, tome este papel y váyase para allá a esa puertita y luego vaya a esa ventana”, y así.*

*Ella me enseñó todo y, al mes, yo ya estaba al pelo, pero siempre iba a donde ella porque me ayudaba mucho. Cuando estaba, Maria Paula me sacaba la cita, pues le quedaba fácil. Esa muchacha fue de mucha ayuda para nosotros y, bueno, luego ya conocí a otras muchachas del hospital y a otros enfermeros y jefes, entonces, yo llegaba al hospital como Pedro por su casa y la gente empezaba a decir: “ah, llegaron los de las FARC”.*

*Al principio, a mí me generaba mucha preocupación eso, esa visibilidad podía ser compleja si teníamos en cuenta la historia del departamento, pero, mire que no, por lo menos en el Hospital de San José, eso sí lo tengo que reconocer, la receptividad y el respeto, la colaboración que recibimos, la ayuda y la empatía estuvieron presentes todo el tiempo. Inclusive, a veces, por alguna situación yo no podía acompañar a alguien porque estaba ocupado con otro enfermo u hospitalizado, entonces, esos muchachos y esas enfermeras, allá, decían: “no, dígame que me busque, que yo estoy en tal parte y yo les colaboro”. Claro, eso permitió que nosotros aprendiéramos más y le cogiéramos el hilo a la atención en salud. Yo, a lo último, les decía a los muchachos nuestros: “ya no les voy a hacer más porque es que yo no voy a durar toda la vida acá, entonces, les toca: fulano de tal, usted se va a tal parte, pregunta quién es Maria Paula y allá le dice que usted viene de la zona de Charras y le muestra el código, que ella ya sabe”. Entonces, ellos empezaron a soltarse solitos y yo empecé a generar las condiciones para salirme de ahí.*

*Después comenzaron las noticias de las embarazadas, al mes de estar allá: “que fulana en embarazo, que va para allá a los controles, que fulana y fulana”, y yo dije: “esto se va a venir una cochada de gente”. Hubo un tiempo en donde yo, prácticamente, vivía en ese hospital, yo tenía los dos compañeros que estaban discapacitados, acá, y se me revolvían varias cosas. En una ocasión, mandaron un compañero de acá de Charras, enfermo, tenía síntomas de cáncer de próstata y yo iba del albergue para el hospital para encargarme de él. A ellos los traían de las zonas en una ambulancia de la Defensa Civil, hacían el ingreso del paciente al hospital, y yo siempre me quedaba con ellos como acompañante.*



*Esa era una tarea mía y les ayudaba en todo el proceso. Entonces, llegó ese paciente que venía grave, muy mal y, cuando yo iba para allá, me paró la policía, me detuvieron y me llevaron para el puesto de policía. Y yo les decía: “bueno, si tengo que venir a presentarme yo vengo y me presento, pero es que tengo un compañero enfermo aquí”. Y no, con ellos sí no fue muy buena la relación al inicio, tenían una forma muy hostigante de tratar y, claro, uno entendía que no fueron dos días echándonos tiros. Uno entiende eso, pero era una irresponsabilidad, porque yo necesitaba era salirme rápido de ahí para ayudar al enfermo. Cuando por fin me soltaron, fui y el compañero llevaba tres horas y no lo habían atendido todavía, una cosa compleja.*

*Unos días después, iba a recibir a una compañera que tenía complicaciones con el embarazo y volvieron y me detuvieron yendo para el hospital y, entonces, fui y miré que eran los mismos, porque de la primera vez solo habían pasado 15 días. “Pero, ¿usted me va a volver a preguntar quién soy?, si, ¿ya no lo tiene escrito en ese computador?, usted es un flojo, entonces”, les dije. “No, no, no. Es que, mientras verificamos”, me dijeron. “Pero, qué va a verificar si es que usted ya me vio. Yo ya sé quién es usted, porque apenas los vi los identifiqué, a usted, a usted y a usted. Sí, ahorita me regalan los nombres, que, por favor, me los regalan, la próxima vez voy a decirles los nombres”, les dije. A los 15 días, otra vez. Yo ya estaba con la paciencia volada. Y volví y los miré y les dije: “Usted es fulano de tal, y usted fulano de tal y usted fulano de tal ¿me van a volver a preguntar quién soy?”. “Que mire que es el procedimiento”, me dijeron. “No, papá, ese es un procedimiento muy raro, déjenme decirles”.*

*Después, otra vez me pararon, cuando tenía que llevar al Banco Agrario a los dos compañeros discapacitados, junto a seis compañeros más para que les hicieran apertura de las cuentas bancarias para que les consignaran cada mes, entonces, yo siempre los acompañaba porque yo conocía a la muchacha que hacía el proceso, yo tenía que hacer todo ese tipo de cosas en San José. Y me los llevé. Llegamos al banco y Leonel, que tiene una discapacidad visual, que no ve nada, necesitaba alguien que estuviera acompañándolo, y el otro, que tiene el 85% del cuerpo paralizado, pues, también. Cuando llegó la policía, “que, papeles”.*

*Entonces, yo miré los policías y yo me salí del pie de todos y quedaron cuatro al lado mío y les dije: “hermano, tengo unos compañeros discapacitados ahí, que...”, y eso, no entendían. Y les mostrábamos los permisos del mecanismo, y nada. Ese día yo ya iba con la paciencia volada y tenía ganas de que me encalabozaran, y llegamos a la estación y comenzaron a preguntarme y yo no respondía nada: “yo abro la boca y aquí me estallo”. Entonces, más bien, me voy a quedar callado para no embarrarla. Pero, ellos me decían que si no iba a cola-*

borar y yo hacía que no era conmigo, pero por dentro estaba que me reventaba: “y es que, si el señor no colabora, tampoco lo podemos soltar”. Yo me acuerdo que cargaba un teléfono y, entonces, llamé al mecanismo tripartito, me paré y llamé al mecanismo y, entonces, un tipo de esos me dijo que le pasara el celular y ahí sí se me voló, yo le dije “pues, si lo necesita, venga y me lo quita”. Y me dijo: “no, es que, si toca, se lo quitamos”, le dije: “venga me lo quita”. Y ya entré yo en un son de choque y cuando se estaba como calmando, ¡pa!, le tomé una foto y con flash. Ese man empezó a echarme la madre, me habló putísimo y me dijo: “es que me pasa el celular”, y yo: “por eso le estoy diciendo que venga y me lo quita, pero es que usted no quiere”. Yo le dije: “yo me voy al calabozo, lo máximo es que me pueden pegar un par de patadas o me matarán, pero es que yo vengo de 20 años de estar exactamente viviendo esa misma presión, mientras usted vive aquí sentado en una oficina”. Le dije: “aquí está este celular, cójalo, cójalo y se lo pasaba”. Se quedó como pensando, más bien, y se sentó. Entonces, el mecanismo llegó esa vez. Y como el mecanismo estaba compuesto de FARC, ONU y Gobierno, obviamente, llegaron y yo recuerdo que el señor que era del mecanismo se les pegó una emputada, les dijo que eran “unos...”, no recuerdo la palabra. Prácticamente, que ellos estaban hostigando el Proceso de Paz. Cuando salí, volví al banco, me encontré con los otros y ya todo se calmó, afortunadamente.

Después de eso, yo llegué y le dije a Córdoba: “ahí tiene su albergue, ahí tiene sus cosas, camarada, yo hasta aquí lo acompañé porque me voy”, le dije, “me voy porque a mí me van a meter a la cárcel y yo no me salí de la guerrilla para que me metieran a la cárcel, más bien, me subo a la guerrilla”. Él se emputó y me dijo: “vaya y póngales una denuncia a esos manes para que se pongan es, pero buenos, vaya y los denuncia y ponga todo en conocimiento. Y siga trabajando porque, ¿cómo así?”. Como yo toda la vida he sido muy obediente y muy subordinado y respeto a quien me dirige, pues le hice caso. Si uno no es subordinado no puede esperar que los demás lo hagan y, parte del liderazgo, en términos militares, porque en ese tiempo todavía tenía uno eso en la cabeza, era la subordinación. Yo le dije que continuaba, pero que, si me metían a la cárcel, era culpa suya, y me dijo: “no, eso no va a pasar, pero eso sí, apenas llegue, los denuncia”. Y llegué y armamos la denuncia y la pusimos, eso siempre se le hizo bulla con la Defensoría del Pueblo, con organizaciones de Derechos Humanos.

En una ocasión, recuerdo que yo estaba en el hospital, era un noviembre, y fui a llevar a una compañera a trabajo de parto y había una muchacha que estaba ahí, dentro del hospital, y yo estaba parado hablando con Delgadillo, que era el portero, pero no de afuera, sino de adentro. O sea, el celador que está antes de ingresar, y esa muchacha era míreme y míreme. Pues, uno también tuvo un poco de años en la guerra y uno entiende. Y le dije a Delgadillo: “póngale cuidado que, apenas salga yo de aquí, esa muchacha coge el teléfono y llama a la policía”. Y me dijo: “¿será?”. Y le dije: “póngale cuidado”. Entonces, me dijo: “yo



*me voy a salir a grabar”, y se salió él con el teléfono, cuando yo me fui. Yo ni le creí que iba a hacerlo. Él salió con el teléfono y se hizo allá en la reja a grabar y, cuando yo iba saliendo, vi de reojo a la china y, claro, cogió el teléfono, y no estaba vestida de policía, yo la voltié a mirar y la saludé y le dije: “hola, buenas tardes”, y no había andado ni 30 metros de la salida de la portería, cuando me llegó una moto por detrás, entonces, la voltié a mirar, y me dicen: “venga, que una requisa”, y le dije: “no, hermano, a mí esto no me lo vuelven a hacer porque, por cuarta vez, ustedes me han hecho esto a mí, y le voy a decir, si yo fuera alguien, mire esa muchacha, ella fue la que los llamó a ustedes porque yo me di cuenta hace rato, que ella estaba como asustada y uno para qué va a sospechar”. Y le mostré mis papeles, y les dije: “vea, yo soy exguerrillero, soy un firmante del Acuerdo de Paz”. Y, para qué, pero ese tipo era un hombre muy decente. Se bajó de la moto y me dijo: “uy, de verdad, qué pena, mano; lo que pasa es que, a uno lo llaman, pues, uno qué más hace”. Pues, nos sentamos fue a echar carreta, dos horas ahí sentados, hablando y preguntando por el Acuerdo y ellos no tenían idea de eso. En realidad, uno sospecha que aún muchos de ellos no tienen idea de la Paz. Por eso, yo le contaba de qué se trataba y le decía que este cambio se iba a notar: “ustedes se van a dar cuenta, porque una cosa es con un ejército guerrillero que está armado y otra cosa es sin un ejército guerrillero”, y, pa qué, un muy buen muchacho, por ahí estuvimos hablando como dos horas y, al final, me dijo: “me voy porque me toca ir a otra ronda por allá”.*

## **Los partos**

*Como le decía, esos inconvenientes ya se fueron superando, pero seguíamos en la etapa de los partos, una de las etapas más duras que me ha tocado atender en todo esto porque todas se enfermaron al tiempo. No recuerdo un parto que se haya hecho allá que no haya sido de noche. Todas parían entre las ocho de la noche y las tres de la mañana, así. A veces, una comenzaba con dolor a las 11 de la noche, me iba para el hospital y tenía el parto a las tres de la mañana. Entonces, me iba a descansar un ratito, y llegaba, y al ratito la otra me decía: “yo me siento mal”, y arranque para el hospital, otra vez. Al final, uno ya le coge el tiro; cuando me decían: “se me salió un agua”, yo les decía: “no, si usted ya rompió fuente, vámonos para el hospital”.*

*Yo duré un periodo, casi como de tres meses, de partos. En esos tres meses, puedo contar que dormí muy pocas horas porque, había veces, mami que se complicaban, o los compañeros se asustaban. Era muy complicado, había situaciones difíciles cuando las compañeras empezaban los primeros meses del embarazo, sufrían un golpe y tenían un aborto. Esa situación sí es horrible porque el estado en el que se pone la mujer es muy complejo, y nos pasaron casos de compañe-*

ras que no se querían dejar hacer el raspado para poderlas limpiar, y me tocaba a mí decirles que eso era peor para ellas, que: “esto pasó y ya no se puede evitar, pero, si usted no se hace esto, no va a volver a tener hijos y va a tener una infección y se le va a complicar y, puede hasta acabar con su vida, y ahí ya paila”. Todo ese proceso de hablar con ellas era muy duro. Yo les decía: “mire nosotros, todo lo que hemos tenido que sufrir, y ahora que tenemos la oportunidad, ustedes no pueden echarse a morir por eso; le duele su hijo, pero pues entienda de que esta no es la única oportunidad que hay y que es una cosa irreversible; ya, cómo devolvemos eso, si pudiéramos devolverlo, lo haríamos, pero no podemos”.

Y bueno, a lo último, lloraban porque ellas tenían ese problema, llegaban a donde estaba yo y se ponían a llorar porque me tenían confianza. Yo recuerdo que, en esos seis meses, tres compañeras tuvieron ese problema, de ellas, hay una que, al día de hoy, no tuvo hijos. Pero las otras dos, sí. A los seis meses, cuando yo ya casi salía del albergue, quedaron embarazadas, y yo les dije: “¿sí ve?, ahora no se van a poner a brinconear porque, tengan en cuenta que ustedes ya tuvieron un problema y eso quiere decir que la matriz de ustedes no es lo suficientemente fuerte y, además, con todo el proceso, todavía no está suficientemente fuerte, y tengan cuidado”. Para mí, fue buena escuela, yo aprendí de todo, aunque, yo sabía de medicina desde la misma insurgencia, pero no tan allá como por dentro del hospital, con los papeles, y aprendí cómo funciona el sistema de salud. Hoy en día, a mí me queda muy fácil resolver los temas de salud.

Por ejemplo, ahorita hay una brigada de salud que teníamos que hacer a fin de año, pero es que la misma brigada la hicimos hace menos de un mes, entonces, hablando con la ESE, les dije: “hombre, no, ese es un recurso de nosotros y podemos direccionarlo”. Podemos decirle a la ESE, mire, no lo haga aquí, llévese esa brigada y hágala en el Boquerón, bríndele servicio a esa comunidad. Nosotros, para qué vamos a gastar ese recurso, de un mes [a] acá; lo que tenía la gente hace un mes, lo tiene ahorita. Eso es lo mismo, entonces, para qué vamos a gastar esa plata. Entonces, más bien, hagamos ese ejercicio con las comunidades. Y, aquí lo hemos hecho, cuando viene una brigada les decimos: “llévela a Barranco Colorado, llévenla a Boquerón”. Por ejemplo, esa brigada de ahorita, no le hemos dado la noticia a la gente de allá, pero hay que dársela, porque somos muy respetuosos con la ESE.

A las cosas humanitarias, a mí no me gusta sacarles ningún tipo de rédito político, me parece grosero, entonces, cuando hacen las brigadas, yo les digo: “vayan ustedes, [los] de salud” porque es una cosa que es del corazón, nos nace a nosotros hacerlo y eso no es para sacar ningún tipo de réditos, es una labor humanitaria porque la pelea de nosotros siempre fue esa. Yo, por eso, le digo a la gente que el término de desmovilización no lo comparto, jamás, porque yo no me





*considero desmovilizado, me considero estar en un proceso de reincorporación, que es diferente, pero mis ideas están intactas, esas no se mueven de ahí, pero eso no puede quedarse en el discurso porque, cuando se queda en el discurso, queda vacío y sin contenido. El Mono Jojoy decía eso, la mejor pedagogía es la pedagogía del ejemplo y eso es lo que debemos hacer hoy en día nosotros, sobre todo, cuando se trata de liderazgo, el liderazgo es eso.*

*Uno espera que el Acuerdo le sirva a la gente porque para eso se hizo, yo soy uno de los que peleo mucho con esos PDET<sup>60</sup> que hicieron por todos lados porque, por todos lados fue la misma vaina; hicieron fue una lista de mercado, pero no hicieron lo que realmente tenían que hacer. Les dijeron: “aquí les vamos a dar un puente, que allí les vamos a dar una carretera, y usted, qué más necesita: no, “que yo necesito un puente en el caño Negro”. Pero, ¿quién dijo que para eso eran los PDET?”. Le pongo el ejemplo de mi pelea con las ambulancias. Nosotros empezamos a decir que aquí el sistema de salud era muy precario, pero nosotros tenemos unos recursos que no son del Gobierno nacional, que no son de la gente de Colombia, sino que son recursos destinados específicamente para la reincorporación, pero que nosotros podemos jalonarlos y servirle a la gente con eso, nosotros podemos ser como la pantalla, aparecemos ahí, pero eso le sirve a la gente. Entonces, claro, cuando tomó el cargo el nuevo gobernador, se encontró, de casualidad, con la llegada de dos ambulancias al Guaviare, que venían, una, para el espacio de Colinas, y otra, el espacio de acá, de Charras.*

*Yo estaba un día acostado, cuando un compañero me mandó un link donde el gobernador decía que, esas ambulancias, él las había traído para la comunidad. Entonces, yo llamé al señor del hospital, y me dijo: “no, esas ambulancias se van para los espacios territoriales”, y yo le respondí: “pero, como están diciendo que el gobernador se las va a regalar a la gente y que las va a dejar en Boquerón; mándenme, por favor, el comunicado oficial porque aquí voy a tener un agarrón”. Y llegó el secretario de la ESE y la segunda de él, y nos reunimos aquí en esta misma aula y me dijeron: “no, mire, señor Francisco, es que la ambulancia la vamos a dejar en Boquerón y, cuando ustedes la necesiten, entonces, ustedes llaman”. Yo los dejé que echaran toda su carreta, los escuché pacientemente, como una hora se echó cada uno.*

*Cuando terminaron, yo les dije: “No”. “Cómo así, pero qué pasó”, dijeron. “Esas ambulancias vienen para acá”. “No, pero es que, por operatividad, no podemos”. “A mí no me importa su operatividad, lo que dice el decreto es que las ambulancias vienen para acá. Si usted me muestra uno que cambie eso, yo no tengo*

---

<sup>60</sup> Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial –PDET—

*nada que hacer, pero esas ambulancias vienen para acá; cómo me va a explicar usted que es más económico dejar la ambulancia en Boquerón, que, cuando yo la necesite, viene para acá, sale otra vez y viene otra vez, hasta el Boquerón. Doctora, coja su teléfono y llame a una persona del Boquerón". "No, Francisco, allá no hay señal". "¿Entonces?, ¿cómo los vamos a llamar cuando necesitemos la ambulancia? En cambio, acá en el ETCR hay internet, 24/7, aquí, hay internet. Eso es una locura lo que están pensando hacer". No. que es que, como allá sí está el puesto de salud y él sí tiene la habilitación para poder tener ambulancia.*

*Yo les dije: "miren, ustedes creen que el progreso es el cemento, yo creo que progreso es la educación. Entonces, ustedes están por un lado y yo estoy por otro porque, sí, ahí, en ese cuchitril que usted mira, ahí, hay un médico, hay una ambulancia, hay un auxiliar que sabe de medicina, a usted le salvan la vida", y le señalé, y le dije: "vea, en esa casita que usted ve allá, ahí operamos nosotros, las FARC, operamos a un señor del apéndice..." –Encima de unas tablas, encima de un plástico, con bisturís, como lo hacíamos en la resistencia, y vaya y búsquelo y verá que por ahí anda, y no le duele ni un pie— "...ahorita, usted me va a decir que porque la estructura, no, señora, no. Ese cuento, échesele al que usted quiera, pero a mí, no". Le dije: "además, piense usted, como ser humano, no como funcionario, porque desafortunadamente no está pensando como ser humano, imagínese a su señora madre, a su padre y sus hijos viviendo en una finca por acá. Y llegar usted con ellos; primero, el proceso para sacarlos de allá enfermos, traerlos aquí y decirles, no, es que toca esperar que contesten del Boquerón o que de San José contesten para que le puedan mandar a decir al Boquerón para que de allá vengan aquí. Una locura. Explíqueme eso, dígame cómo lo haría usted".*

*Le dije: "esa ambulancia, aquí se va a quedar, pero les estoy explicando para que ustedes entiendan nuestra posición. Alguien se enferma en Barranco Colorado, de una u otra forma, lo traemos aquí y lo montamos en la ambulancia y lo llevamos al Boquerón". Y me dijeron: "pero, es que la médica está es en Boquerón", entonces, le dije: "listo, entonces, hagamos otra cosa. Como yo le estoy diciendo: como usted cree que el cemento es progreso y yo creo que la educación es progreso, entonces, hagamos un acuerdo, y yo, personalmente, cedo y hablo con el CNR <sup>61</sup>, yo mismo, para que la ambulancia se vaya para el Boquerón, pero pongan dos médicos, todo el equipo completo para operar como si fuera un hospital de tercer nivel, si ustedes ponen eso, indiscutiblemente, yo voy a dejar esa ambulancia para que la lleven para allá o, si no, me dejan la ambulancia acá". Me dijeron que eso no dependía de ellos. "Entonces, la ambulancia se queda acá",*

---

<sup>61</sup> Consejo Nacional de Reincorporación. Decreto 2027 del 7 de diciembre de 2016.



les dije. Si se enferma alguien en Guanapalo, la ambulancia sale para allá, si se enferma en Boquerón, pues se va de aquí, lo recoge y se lo lleva, de cualquier vereda. Le dije: “esto no es para nosotros, esto es para toda esta comunidad de aquí para arriba y de aquí para abajo”. Después, a lo último, dijeron que sí. Al final, yo les dije: “ese gobernador está equivocado si cree que va a pagar favores políticos con lo del Acuerdo, eso no va a pasar”.

Después de eso, un día fui a una reunión al Boquerón y los ediles me cayeron: “venga, que cómo así que usted se va a llevar una ambulancia que es de acá”, y yo les dije: “pásenme, ustedes, todas las minutas que tienen de los informes y de la gestión que hicieron para que llegara la ambulancia acá”. Dijeron que no, que fue el gobernador el de la idea. Entonces, “díganle al gobernador que me las pase, que cuando él me las entregue, entonces, yo le entrego la ambulancia y le digo “qué pena, señor gobernador””. Les dije: “vean, llevamos dos años peleando por esa ambulancia, ha pasado esto y esto, fue una equivocación del gobernador decir que les iba a dar eso a ustedes porque él no se los podía dar, lo que sí, es que, si usted se enferma mañana, esa ambulancia va a pasar por usted a su casa y lo va a llevar, no se preocupen por eso, pero ella no va a estar aquí, va a estar ayudando a esa gente de allá que está olvidada todavía”. Y así nos quitamos eso de encima. En síntesis, lo de la ambulancia fue un ejemplo de las cosas malas que pueden pasar, que los recursos del Acuerdo se empiecen a prestar para ese tipo de cosas. Eso es lo que nosotros tenemos que vigilar mucho, más estos años que vienen elecciones y que la campaña ya arrancó. Esos manes empiezan a echarle mano a lo que encuentren.

## De servir a liderar

Sobre el liderazgo mío en este espacio, eso fue hasta chistoso. Yo, en realidad, no estaba nunca en los listados de quien iba a dirigir este espacio, yo no aparecía ni en la cola. Pero, siempre he dicho que el compromiso mío es un compromiso político con el departamento, y las condiciones se dieron para estar aquí. Eso nos mantiene. Cuando Albeiro tuvo que irse porque fue amenazado, se retiró más de un año. Yo acababa de retirarme de la coordinación del albergue y estaba en el Vichada, acompañando el Programa Nacional de Sustitución de Cultivos de uso ilícito, allá, en el PNIS<sup>62</sup>, como delegado municipal. Allá tuvimos muchas discusiones por la inequidad que existía en la región, con la gente que en realidad está trabajando; no era justo que a los cultivadores cada dos meses les dieran dos millones de pesos y, a alguien que venía a participar en el proceso, le dieran dos millones quinientos al mes. Yo nunca pude equilibrar eso y por eso decidí

---

<sup>62</sup> Programa Nacional Integral de Sustitución –PNIS—

*renunciar, prácticamente, yo no iba por allá porque no podía, moralmente. Entonces, caí en cuenta que estábamos comenzando a dar pasos muy malos en esa dirección; no nosotros, pero sí el Gobierno, y nosotros, de cierta forma, también estábamos embarrándola ahí. Entonces, yo dije: “no, más bien, me hago a un lado”.*

*Entonces, con la ida de Albeiro, a mí, la gente me empezó a llamar y a decirme: “venga, hermano, que quedamos muy débiles acá, que están pasando estas cosas, que lo otro” y, a mí también me empezó a dar una preocupación muy alta eso porque, uno dice, ahí queda un dilema moral: sigo acá, ganándome una plata fácil en el Vichada, o me voy a donde la gente me está llamando. En ese momento, yo le dije al compañero que estaba allá trabajando conmigo, un compañero muy bueno, Arley, primo del negro Acacio, le dije: “hermano, yo me voy porque yo no sé qué pueda pasar con la gente y después yo voy a sentir que pude haber arreglado eso y no lo hice y, por lo menos, lo puedo intentar, pero voy a mirar qué está pasando, voy a ir, voy a hablar con los compañeros, los voy a acompañar para que elijan un líder y, apenas elijan un líder, yo me regreso nuevamente y seguimos el trabajo”. Él me dijo: “listo, hágale. Yo, sin embargo, sigo haciendo las cosas acá”.*

*Yo llegué a Bogotá y estaba ese boom de quién va a dirigir los espacios, entonces, me dijeron: “Ricardo, ¿usted puede estar al frente de un espacio?”, y yo dije: “no, yo de eso no sé”, además, porque yo pertenezco al espacio y lo que yo quisiera y a lo que voy es a que se ponga a los compañeros que están dirigiendo allá y, nosotros, como comunidad, elijamos a quien queremos como líder, pero lo que yo, como miembro de la comunidad, no quisiera es que me impusieran a alguien, eso no termina bien. Entonces, dijeron: “bueno”. Luego, llegamos a donde estaban los camaradas más importantes y ellos dijeron: “usted se va a dirigir Charras”, y yo dije: “yo no. Allá la gente tiene que elegir a su líder, no se le pueden imponer liderazgos a la gente, corrijamos ese error”. Tenemos esa oportunidad de corregirlo, además, porque yo era quitándome el cacicazgo. Entonces, me vine para Charras y, cuando llegué acá, llamé a todos los camaradas que estaban por fuera y que funcionaban como dirección, los reuní y les dije: “camaradas, yo vine acá porque muchos de ustedes me han llamado por preocupaciones que tienen y hay un vacío de liderazgo, no hay quién encamine este barco y nadie lo está enrumbando, entonces, tenemos que elegir a alguien”.*

*La primera lista, recuerdo que eran como 16 de todos los que ejercían uno u otro liderazgo, y la sometimos a votación. Pero, comenzaron algunos a decir: “que no votemos, que Ricardo, dijeron”. Y yo les dije: “yo estoy trabajando en el Vichada, no se les olvide que me mandaron para allá”, y dijeron: “no, que usted, y que usted”. Entonces, la Asamblea votó y, por mayoría, quedé. Yo les dije: “camaradas, les propongo que vuelvan a votar. Yo soy comunista y yo voy a dirigir esto como*



*tal, tenga en cuenta eso, los comunistas somos disciplinados, somos organizados, nosotros tenemos ideas claras, marcamos un rumbo y le hacemos, y lo que nos encontramos de camino son solo obstáculos que hay que salvar, entonces, vuelvan a elegir". Además, les dije: "por ejemplo, cuántos somos: 46. De doscientos cincuenta, solo estamos 46, esto ya se está acabando". Entonces, dijeron otra vez que me elegían a mí. Y yo pensaba, "ahora cómo le doy la noticia a este otro compa que se quedó en Vichada". Me tocó quedarme, entonces, yo lo llamé y le expliqué, y me dijo: "yo le dije que no fuera, por eso le estaba diciendo que no fuera". Entonces, le dije: "pero, bueno, me toca".*

*Los primeros días acá en Charras, yo me sentaba en la entrada, y pasaba una moto a las seis de la mañana y volvía a pasar a las cinco o seis de la tarde, no escuchaba usted nada más, era un pueblo fantasma. Cuando empecé yo a meterme en el cuento de cómo hacer, y preguntaba qué han hecho aquí, qué ha pasado, qué es lo que están haciendo, porque yo ni sabía, yo llevaba mucho tiempo afuera; ellos me empezaron a contar dos o tres cosas que estaban haciendo, pero, cuando comencé a hablar con la institucionalidad, fue tanta la frustración mía, que yo estaba bien preocupado porque no sabía cómo coger esto, yo no tenía idea. Un día, me fui a una reunión en San José, y me paré y hablé, y me preguntaron, gente de aquí del Guaviare, que dónde quedaba Charras. "Venga, ¿cómo así?, luego, ¿no es el mismo de Colinas?", me preguntaron. "No, es que, es [...], hay otro ETCR en Charras". "¿Hay otro aquí?". "Sí, y ya llevábamos como año y medio", les respondí.*

*Al ver eso, yo dije: "esto está grave, estamos mal". Y empecé a hablar con la institucionalidad, y me dijeron: "no, es que ese ETCR lo van a quitar porque eso ya no tiene gente". Los compañeros, otros, me decían: "a usted se le va a estallar eso en las manos, y le van a echar la culpa a usted y usted no tiene la culpa; a usted le pasan un plato roto, y le van a decir que usted lo partió, eso le van a decir". Y yo decía: "¿me le mido o no me le mido a esto?", y dije: hagámosle. Y empecé a preguntarle a todos si tenían teléfonos de la gente que vivía antes acá y que se había ido, y me tocaba irme por allá, lejos, para llamarlos; y les preguntaba qué estaban haciendo, dónde estaban y si querían volver, como amigos, porque éramos muy amigos. También les preguntaba por qué se habían salido y me respondían que habían tenido distintos problemas, y yo les decía: "acompañenme porque ahora me tocó a mí asumir esta vaina". Entonces, empezó a venirse la gente, cinco, cuatro, tres, dos, uno, diez, llegaban con todo y trasteo, y esas casas estaban vacías. Un día, logramos volver a subir la población a 146, hicimos retornar 100 guerrilleros. Y, claro, pues esos ya venían con mujer e hijos, entonces, eso se fue creciendo. Al día de hoy, por ahí, hay unos que se quieren venir para acá y no sé ni dónde los voy a meter.*

*Yo le dije a la dirección: "a la gente hay que devolverle la esperanza porque eso fue lo que se perdió". Y, ¿cómo le devolvemos a la gente la esperanza? Nosotros*

*tenemos que dedicar 24/7 a construir una estrategia de lo que vamos a hacer y para dónde vamos a coger, qué vamos a hacer con este pueblo. Les dije: “por ejemplo, vea, vamos a llenar esta vaina de árboles”; “¿cómo así?”, me dijeron. “Sí, pongamos a la gente a hacer algo porque, si uno se queda acostado en la cama, pues uno se vuelve, ahí, sedentario. Vamos nosotros, y le sembramos el palo ahí en la casa, y le decimos: “vea, compañero, ¿nos da permiso de sembrar un arbolito aquí para que luego le dé sombra?”. Entonces, a él le va a dar vergüenza y él se va a parar y va a ayudar a sembrarlo y, cuando esté sembrando, terminamos y nos lo llevamos para sembrar otro, y así vamos haciendo”. Y fuimos sembrando árboles en todos lados. Mil árboles hay sembrados aquí, mil, solo de esa calidad, y de esta, sin contar estos otros, es decir, aquí deben haber unos 1.200 árboles y, claro, esto empezó como a cambiar.*

*Después, vino el tema de los recursos. Yo les dije: “hagamos cosas que la gente diga: juepucha, nosotros fuimos los primeros; por qué no montamos un parque biosaludable, el primer parque biosaludable territorial, entonces, eso ya le empieza a dar ánimo a las personas”. Y así empezamos a hacer, una cosa, otra cosa, y a organizar, y le devolvimos a la gente eso: la esperanza. Entonces, la gente ya se iba y decía que el espacio ahorita estaba hecho una belleza. Mire eso, allá hacemos asambleas, y todo el tiempo estamos haciendo, y se está gestionando esto y lo otro. Entonces, la gente comenzó a preguntar si se podían venir, y yo les respondía: “¿cómo que si me dejan ir?: Esta es la casa de todos”. Y todo el mundo empezó a llegar y, ahorita, mire.*

*Ese es un proceso muy resumido de todo lo que pasó, pero, pues, hoy en día uno vive tranquilo, y yo le digo a la dirección: “eso que nos pasó, no nos puede volver a pasar, de que se va la cabeza y todo el mundo quedó temblando, aquí hay que delegar”. Entonces, yo, por ejemplo, de la cooperativa no me encargo: ahí está el gerente. La Asociación, ahí está la compañera de la Asociación de Mujeres, Reincorporación, de todo. Yo lo único que hago es preguntarles a ellos: “ustedes ¿qué han hecho?”, entonces, ellos me cuentan todo. Yo manejo todo, pero, en realidad, ellos también lo manejan, entonces, es un peso compartido; uno delega y uno ya sabe que ahí ya se generan liderazgos para que, en el momento en que, de una u otra forma, llega a pasar algo –uno nunca sabe—, entonces, alguien asuma y no vuelva a quedar el espacio en una situación de esas. Además, la gente ya tiene una ruta de comportamiento, es decir, ellos ya saben cómo se deben comportar. Lo primero que yo hice acá fue bajar esos egos que nos estaban haciendo daño, esos egos desdibujan lo que somos nosotros y, entonces, ya la gente no va a dejar que esto se caiga. Uno pone un poquito alta la bandera, aquí ya hay una vigilancia natural de comportamiento de la dirección del espacio. Uno sabe que esa semilla ya quedó ahí regada y eso no la va a desbaratar nadie.*



*Eso se une con el tema de los niños. Un día, cuando ya había llegado todo el mundo, estaba yo sentado aquí, este era como mi sitio de meditación y, de repente, escuché unos niños que venían jugando por allá, yo los voltié a mirar, cuando escuché que “tan, tan, tan, tan”, y, claro, se estaban jugando a echarse plomo entre ellos, y se pararon dos aquí y decían: “Es que yo quiero ser guerrillero”. “No, a usted le toca ser el soldado”. “No señor, yo quiero ser el guerrillero”, entonces, yo dije: “¿qué está pasando?”, esto sí no puede pasar aquí, y ellos siguieron allá en su juego. Yo tuve toda la intención de sentarlos y hablarles, pero son niños y no lo van a entender. Lo que estaba pasando era que ellos no sabían qué hacer con el tiempo libre y lo estaban ocupando en ese tipo de cosas. Yo vengo de un pueblo en donde jugábamos pistoleros todos los días y todos terminamos siendo guerrilleros, otros se volvieron paracos, otros terminaron en el ejército, bueno, todos terminamos en un ámbito de guerra porque los juegos se vuelven eso. Entonces, llegó alguien de la cooperación internacional y le dije: “hermano, tengo un problema que hay que solucionar. Necesito que empecemos a armar un programa cultural. Necesito que estos niños se pongan a bailar danzas”. Y llamé a una compañera y le dije: “usted sabe mucho de danzas porque en las FARC eso sí no faltaba, la cultura”. Sacamos esos trajes, los desempolvamos y pusimos a esos niños a bailar danzas, mientras podíamos hacer alguna gestión. Y ella los cogió y comenzó a ensayar con ellos. Después, otra compañera siguió enseñándoles, luego, ya venía gente y hacia sus eventos y, luego, vino otra compañera que los está acompañando ahora. Ahorita, hace poquito, se entregaron, creo que, ochenta y algo de trajes de danza. Y tenemos todo el instrumental que llegó de música andina; estoy ahorita en la pelea del profesor para que me los forme. Le dije a los compañeros: “me hacen el favor y sacan todos esos chécheres guardados de esa casa que está allá y, cuando tengan el tiempo, esa es la Casa de la Cultura. Armamos los instrumentos allá, los niños van, practican y no sé qué, y el caso es que, hasta el día de hoy, no he vuelto a escuchar ese tal pistolero. A la tienda, el otro día, trajeron unas pistolitas, dizque de juguete, y fui y les dije: “esa plata se les perdió, pero aquí no me venden una cosa de esas”.*

## **El futuro incierto**

*Lo que está sucediendo a nivel nacional con el asesinato de líderes sociales y excombatientes no es fácil, es muy complejo. Yo siempre he dicho que parte de la protección depende del ambiente que uno cree en su comunidad, es tanto así que, en Charras, nunca ha pasado nada. Claro, hay gente que es inescrupulosa, por ejemplo, aquí, a quien amenazan todo el tiempo es a mí; conmigo la tienen velada y, yo siempre le digo a los muchachos que no se preocupen, pero yo no puedo dejar de trabajar tampoco, es una responsabilidad del Estado cuidar la vida nuestra. Hace quince días me llegó una amenaza que nos tiene en alerta.*

*Inclusive, uno de los compañeros que fue amenazado decidió irse. Nos dijo: “yo sí me voy porque yo no me voy a quedar, si usted está loco y se va a quedar, quéde-se”, y yo le dije: “yo no estoy loco, yo creo que es mejor que a uno lo maten, usted sabe que se murió físicamente, pero no hay peor muerte que la muerte moral, es la peor de todas”.*

*En el caso mío, la gente de este espacio tiene toda la esperanza puesta en la gestión que uno pueda hacer y en el acompañamiento que uno les haga, si yo los dejo solos, yo me estaría matando solo. Yo prefiero que me maten de otra forma y no matarme yo mismo, eso sería suicidarme políticamente y eso no lo voy a hacer, además, con la gente, eso es muy complejo. El Che Guevara decía, los cuadros revolucionarios deben estar con las masas o, si no, no son un cuadro, son un remedo de cuadro porque yo no puedo llegar a ser un remedo de líder, yo todavía no soy cuadro, pero no puedo ser un remedo de líder. Estoy con mi gente hasta que ellos decidan que yo soy su líder; cuando decidan que no más, pues, tampoco me voy a ir, me voy a quedar en mi casa, ayudando en lo que pueda porque la cuestión de liderazgo no es una cuestión de orgullo, sino de responsabilidad, y es a partir de ahí que uno tiene que avanzar.*

*Hay gente que cree, en su idiotez, porque a mí me parece una cosa idiota, que si se mueren o se van los que lideran estos espacios, la gente se va a ir en desbandada, pero eso es carreta, eso no va a pasar. La gente ya tiene otras cosas en la cabeza, tienen hijos, ya no es fácil, nosotros ni siquiera negamos que los problemas en otras partes han sido por estructuras que fueron, en su momento, compañeros nuestros: las disidencias. Pero, a eso hay que buscarle cuáles son las dinámicas porque puede haber cosas de fondo que nosotros tenemos que analizar para no equivocarnos en la apreciación. Políticamente, claro, el Estado es el culpable porque él tiene que garantizar no solo la seguridad de los ex guerrilleros sino la de la gente que vive en el campo, y esa seguridad no está funcionando.*

*Nosotros nos reunimos con la instancia tripartita que garantiza la seguridad y la protección, de la que yo hago parte, y me dicen: “venga, si hay amenazas vamos a meterle tropa para defenderlos de las disidencias”, y yo les digo: “ustedes están equivocados”. Es decir, la concepción de seguridad va más allá de los uniformes y de los fusiles, la seguridad es inversión social. Mire, hay algo muy importante que decía recientemente Jonier, del Frente Primero, en una entrevista que le hicieron: si quieren que nosotros dejemos las armas, quítenos la pobreza; mientras existan las causas que generan el conflicto, esto va a persistir, pero es una idea equivocada pensar de que, si hay más tropa, hay más seguridad, no es así. A nosotros nos violaron una niña Nukak en ese puesto militar que hay ahí, entonces, ¿qué seguridad brindan ellos?, si esa es la supuesta seguridad, estamos fregados. Si no hubiera estado el militar ahí, si [...] esa niña hubiera tenido*





*posibilidades de mantener su identidad cultural, si esa niña no estuviera en la prostitución, si no estuviera en la drogadicción, todo sería diferente, así sí habría seguridad. Nosotros copiamos muchos modelos de otros países, pero no copiamos los modelos que sirven. Si nosotros copiáramos los modelos de algunos países que sí son buenos y que además han avanzado en temas económicos y de seguridad, sería distinto porque todo está ligado.*

*Los compañeros nuestros que han sido asesinados nos duelen a nosotros porque siempre son 248 muertos, eso reciente mucho, más en el caso nuestro, que somos una familia y somos muy cercanos todos, y cuando nos matan un compañero uno lo siente. Mire lo que nos pasó con Albeiro en el Meta. Albeiro muere, y a mí me han matado mucha gente, pero una muerte no me había pegado tan duro como la de Albeiro, y no solo a nosotros, sino a nivel nacional. Eso rebasó la copa nuestra, tanto, que terminamos en una movilización a Bogotá, por eso es fundamental seguridad con justicia social y paz.*





Foto: © Warner Valencia



## Capítulo 4. Memorias comunitarias a propósito del ETCR Colinas

Uno de los lugares que permite percibir los efectos del Acuerdo de Paz entre el Gobierno de Colombia y las FARC-EP es la vereda de Colinas, en el municipio de San José del Guaviare. Aunque pareciera que son muchos más, debido a las condiciones de atraso y abandono que dominaron esta área por muchos años, solo 57 kilómetros separan este asentamiento humano de la capital del departamento. Al final del siglo XX, a este pequeño rincón del Guaviare no llegaba la institucionalidad, pero sí lo hacían los rigores del conflicto armado, en especial, de la mano del accionar de las FARC-EP, con una combinación extraña entre control territorial, orden, autoritarismo y violencia.

Una vez llegó el proyecto de la Paz, se crearon los ETCR con un reto importante: constituir espacios que dinamizaran las actividades productivas y el desarrollo territorial en todo su entorno; al tiempo que debían iniciarse los procesos de reconciliación, diálogo y trabajo mancomunado entre desmovilizados y comunidad local. En Colinas, los excombatientes nombraron ese espacio con el nombre de *Jaime Pardo Leal* y se organizaron alrededor de la generación de proyectos productivos agrícolas.

En los últimos años, las dificultades no han faltado. A la deficiente administración de los espacios territoriales se suman las limitaciones del Gobierno para cumplir con lo pactado y hacer frente a los retos que surgen en torno a este lugar. Para



los excombatientes, que quieren trabajar y generar sus propios ingresos, el proceso ha sido muy lento y la inversión social resulta insuficiente. Aunque hay ganas de estudiar, recrearse, sentirse productivos e impulsar su proyecto político para ser transformadores sociales, como señala Nelson Enrique Díaz Osorio, coordinador del ETCR de Colinas, el proceso es complejo y demorado.

Los problemas y las oportunidades que surgen de la convivencia con miembros de las extintas FARC-EP, que en el pasado fueron victimarios; las expectativas que hay sobre el futuro de Colinas; la fragilidad de la Paz; los lentos avances en el ETCR; la cantidad de jóvenes que ahí viven y que conocen muy bien la historia del grupo guerrillero desmovilizado; y los esfuerzos de los excombatientes para ser oídos y reivindicar protección y cumplimiento de los Acuerdos son apenas algunos de los temas que las entrevistas realizadas por los jóvenes de la región permitieron sacar a la luz en el marco del Proyecto Amazonía Joven.

Las comunidades aledañas también resienten esta situación. Si bien se han adelantado iniciativas conjuntas y la presencia del ETCR ha permitido el desarrollo de actividades de alto impacto para toda la población, como brigadas de salud, programas de formación y otros beneficios sociales; también hay retos muy importantes y aún pendientes en materia de reconciliación. Los excombatientes han sido ampliamente entrevistados por numerosos medios e investigadores sociales, pero hace falta oír con más atención la voz de los habitantes de la vereda de Colinas, su historia de la colonización, los sufrimientos del conflicto y los retos de una paz que, por más difícil que parezca, es preciso defender y construir, pues todos los colombianos la merecemos.

## Visiones desde la Acción Comunal. Luis Antonio

*Yo soy el presidente de la Junta de Acción Comunal de aquí de esta vereda de Colinas. Llevo, aproximadamente, catorce años de ser presidente. Vine a esta tierra en el año ¡Dos mil! Llegué, yo, a esta tierra por paseo y la idea era devolverme, pero resulta y pasa que me compré un pedazo de tierra y me amañé. Cuando vine a esta tierra ya existía la vereda, pues ella fue fundada como en el 89, y fue reconocida por el Gobierno en la Constitución de 1991.*

### Breves apuntes sobre el conflicto

*Pero esas épocas eran de mucho conflicto. Venía el ejército, el Gobierno, las entidades, la policía, pero quien manejaba todo ese tema era la guerrilla. Eso era lo que manejaban ellos; siempre se miraban, cada ocho días, cada cinco días visitaban el caserío y regresaban; hacían unas reuniones, daban unas explicaciones de convivencia; eso sirvió mucho también para las comunidades, no se permitían los robos y violadores. Todo eso porque, en esa época, si robaban, pues, le tocaba pagar con morirse o irse. Aquí, más o menos, la violencia más brava fue el robo, un poco de extorsión, pero, para que vea, en ese tiempo era muy sano.*



Foto: © Warner Valencia



*La guerrilla permanecía siempre pendiente, era una buena relación, pero en otras cosas sí no se estaba de acuerdo.*

*Por ejemplo, nosotros, como habitantes de esta región, teníamos que pagar el impuesto a ellos, tanto de la ganadería, como del comercio, como de tener finca. Eso sí que nos tocaba. Otra era que ellos manejaban era un certamen de mirar a los muchachos jóvenes y, psicológicamente, ellos le decían que en la vida era más fácil ser guerrillero, que vivir por aquí raspando y que no sé cuánto. Bueno, endulzaban a los muchachos ¡Muchos se fueron!, pero otros sí no se dejaron.*

*Ellos estaban pendientes, esperaban que los muchachos salieran de la primaria o la secundaria y pasaban al colegio, y preguntaban por el listado de los muchachos. Con lista en mano, los sacaban, pero aquí no hubo mucho de eso, mucha gente se fue a las filas voluntariamente. Algunos se regresaron, de allá vinieron con malas ideas de trabajar. Ya no trabajaban, sino que se dedicaban solamente a la extorsión. Otros se hacían matar, porque un montón de gente moría en las filas, tanto el Gobierno los mató, como los paramilitares. Siempre alcanzó a llegar el Bloque Centauro, también los Urabeños, como en el 2006 o 2007, ellos, al que miraran de miliciano de la guerrilla, lo mataban, aquí mataron como a tres en esta vereda.*

*Cuando la guerrilla desocupaba la región, llegaban los paramilitares y empezaban a investigar: “¿quién es usted?, ¿usted, por qué trajo a tal fulano?”; de pronto, los llevaban por allá, los amarraban, los torturaban y los enterraban y los dejaban ahí, muertos. A nosotros nos pasó una historia con un muchacho, era amigo de nosotros, era paisano. Por una palabra que dijo con los paramilitares, quién sabe qué dijo. Vinieron y entraron a las tiendas y saquearon lo que había, se llevaron plata, joyas y todo eso; entonces, una señora preguntó que quién le había saqueado la casa, y él le dijo que eso no lo hacía la guerrilla, por ese motivo lo mataron. Lo torturaron, lo picaron por pedazos, y así.*

*Y nosotros esperando que se fueran los paras. Nos dijeron, para ir a mirarlo, dónde lo habían dejado. Porque pensamos que lo habían matado con plomo, y no. Lo torturaron y lo enterraron ahí, en algún potrero. Nosotros lo sacamos y lo trajimos, lo estábamos velando y lo remendamos. Pero llegó una mala información de otra persona, que andaban diciendo que, si nosotros íbamos a levantar ese muchacho de allá, venían y acababan con el pueblo, entonces, nos tocó ir de vuelta y enterrarlo de nuevo donde estaba y como estaba. En esa época, tocaba cuidarnos mucho de ese tema, aparte de que lo mataron no pudimos despedirnos bien.*

*El punto es que acá en Colinas hay víctimas de parte y parte y, por eso, ver a las FARC en el ETCR, pues, nos da como dolor. Solo esperamos no tener mala información, pues la mala información de otra persona puede hacer que uno tenga acusaciones de cualquier grupo armado. Esa es la preocupación. Y, cuando ellos se desvincularon; aquí en Colinas, nos dimos al paso de que llegamos a hacer trabajos, casi que, comunitariamente con ellos. Nos invitaban y nosotros participábamos. Y así hemos estado, haciendo actividades y deportes, pero esperamos que en el futuro se cumpla el convenio del Acuerdo con el Gobierno, en el tema de la restitución de cultivos de uso ilícito.*

*Con la Paz hubo un apretón de manos que se sintió económicamente. Lo sentimos duro porque, verdaderamente, la coca, pues, era más fácil, más rápido. Mientras, de pronto, el Gobierno sí nos demora los pagos. También está el acuerdo que se hizo con lo del PNIS, con eso mejoró el sostenimiento familiar, llegó la seguridad alimentaria; estamos esperando y trabajando por lo del proyecto productivo, pero nada. Nosotros vivimos por aquí de la lechería, le damos gracias a Dios porque nosotros tenemos la vaquita de leche; tenemos nuestra finquita, nuestras parcelas; por ahí, sembramos nuestra huerta para la seguridad alimentaria.*

*Y, como comunidad, también nos hemos beneficiado de otros convenios, también llegamos al acuerdo ambiental. Nosotros, como presidentes de las juntas, buscamos prohibir la tumba de monte. Poder decir, hasta ahí fueron, no se tumba un árbol más. Los caños hay que reforestarlos porque, verdaderamente, el cambio climático puede ser fuerte. Aquí, por ejemplo, hay veranos muy tensos donde, verdaderamente, se secan muchas aguas, entonces, la gente tiene que cuidar la fauna y la flora también, y parar la deforestación, que es otro problema muy grave que se está viendo en el Guaviare.*





# Historia de vida de Maria del Carmen Bernal Buitrago

*Mi nombre es Maria del Carmen Bernal Buitrago, yo vine procedente de Santa María, Boyacá. Cuando yo entré aquí, al Guaviare, todo esto era selva, entramos fue por la parte de El Retorno; eso era un trayecto como de 15 minutos, de Caño Azul hasta donde habían descombres; después, de ahí para arriba era sola selva y ya tocaba era a pie o, el que más formas o plata tenía, tenía mulas. Entonces, se transportaban en esas bestias y, a veces, se dormía debajo de la raíz de un árbol y, para que el tigre no hiciera daño en toda la noche, se hacían hogueras.*

## El espacio

*Así fue desplazándose la gente, hacían su chocita y ahí ya empezaban a rozar, a rozar y descumbrar. En esas yo estuve allá, siempre varios años, donde unas amistades que nos alojaron. Después, nos vinimos fue para la parte de Cerritos, y allá estuvimos también otra época. Así fueron viniendo los fundadores, que llegaban a rozar la tierra, cada vez más porque ellos rozaban y tumbaban así no fueran épocas de tumba. Era mucho trabajo el que tocaba hacer, los rastros se quemaban y, en ese entonces, habían muchos*



Foto: © Warner Valencia

*animales dañinos, como los cajuques<sup>63</sup>, ellos eran muy salvajes, le tiraban a la gente.*

*Esos animales son muy parecidos al zaíno, que son como cerdos de selva, negros, hay unos que son caretos<sup>64</sup>, que son los más bravos, o eran, en esa época. Entonces, cuando uno se acercaba, soltaban un almizcle y ya uno se orientaba que era cajuque y/o que era zaíno. Eso, le tocaba a la gente subirse a los árboles porque ellos, cuando lo olfateaban a uno, empezaban a triturar los palos, a bregarlo a bajar, y le tocaba subirse bien a una piedra altísima o, si no, subirse en un árbol alto y esperar que no se lanzaran a trozarlo porque les tiraban muela y, como ellos tienen unos colmillos grandísimos, una muela grande, entonces, ellos mordían los árboles y lo podían hacer caer a uno.*

*Ahí existía mucho el tigre, pero el tigre, más que todo, se comía era a los perros, y uno ya sabía la forma de cuidarse. En esas, a la gente le tocaba andar armada porque, de pronto, un tigre o algo, entonces, para defensa propia, siempre que uno cogía un camino, había que llevar el pertrecho, o sea, los tiros que se cargaban para la escopeta, en esas, se utilizaban las calibre 16 o 20, para defensa, por si en el camino le salía un tigre. Bueno, cualquier animal que lo atacara a uno tocaba tirotearlo o, al menos, hacerle un tiro porque él escuchaba el tiro y se iba.*

## Cuando arribó el conflicto armado

*De ahí seguimos y seguimos avanzando y ya fue pasando el tiempo. Después, ya llegaron las tales guerrillas. Empezaron a llegar pocos, creo que venían como a colonizar, también, como a conocer el campesino, cuántos habitantes había, y eso. Ellos se metieron poco a poco, hasta que llegaron a ser numerosos. Eso fue cuando yo tenía como 17 años, por ahí como en 1976.*

*Ellos llegaban a hablar y dejaban claro cómo eran los mandatos de ellos, nos decían que tocaba hacer caso de las órdenes de ellos y, entonces, así fueron creciendo, se fueron creciendo las guerrillas, y ya el campesino también le tocó estar bajo el mando de ellos. Como uno no es monedita de oro para caerle bien a todos, pues, de pronto, por cualquier cosa, ya la gente se acostumbró a mala, a echarle la guerrilla a las personas, no era sino tenerle rabia a alguien y ya lo denominaban de otra clase (ejército o paramilitares), solo por hacerlos castigar. Muchas veces, hasta hacían matar a la gente inocentemente.*

---

<sup>63</sup> Cajuque o cafuche, es el nombre que se le da, indistintamente, al armadillo y al cerdo salvaje o zaíno. Luis Enrique Aragón Farkas. *Diccionario folclórico colombiano*. Ibagué: Universidad de Ibagué, 2018, p. 292

<sup>64</sup> Como careto se conoce al animal de cabeza blanca y cuerpo oscuro o con la cara manchada. Luis Enrique Aragón Farkas. *Diccionario folclórico colombiano*. Ibagué: Universidad de Ibagué, 2018: 340



*Por eso se empezó a crear el conflicto, pues, quedamos ya al mandato de ellos, lo que ellos hicieran en cualquier momento y, cuando hubieron las masacres, ya fue cuando el Gobierno los echó a combatir, entonces, también echaban harto militar a la zona donde se encontraban ellos y, en esas, habían más de 300, 600 guerrilleros, eran hartos que se miraban. Imagínese que yo salía de la finca y me decían: “dentro de dos horas pasan, guárdese, que en dos horas pasan”. Yo iba ya de camino y me los encontraba, pues, ellos me decían: “¿para dónde va?”, y yo les decía: “voy para el pueblito a hacer mis compras, la remesa, el mercado”.*

*Y alguien me decía: “señora, por precaución, y por orden, y por su bien, mejor devuélvase, en dos horas pasan”. Y me devolvía y duraba dos horas en la casa, a veces, esperaba hasta dos horas y media y todavía estaban pasando las tropas. Imagínese cuántos serían, que en dos horas y media todavía me decían: “no puede seguir hasta que no termine la cola” y, hasta me hacían devolver. Muchas veces, yo me devolvía y me estaba por ahí, y me decían: “estese ahí, hasta que pasen todos”, ¡jum!, y eso, ahí me quedaba y me quedaba, imagínese, eso duraban hartísimo porque en eso sí era porque pasaban miles, miles, 3.600 hombres, 4.000 hombres.*

*Ellos pasaban por todo lo que era Cerritos, y por acá, pues por acá tenía[n] prácticamente cuna. Allá, donde ellos escogieron para hacer el ETCR, ahí al frente, era lo que llamaban el General Plutarco, todo eso ahí era prácticamente donde ellos tenían un puesto. Le decimos cuna porque ellos vivían ahí. Otro poco por allá, por el lado de Caño Lajas, en unas selvas grandes donde ahorita hay un poco de monte, ellos se refugiaban ahí y pues todos los guerrilleros o personas que llevaban para matar, por ahí los cogían.*

*Los guerrilleros que salían a patrullaje, por decir, a Cerritos, por el lado de El Retorno, o a otros sitios y los herían o fracasaban, llegaban acá donde tenían los médicos, de todo, pero, entonces, había algunos que ya no alcanzaban por pérdida de sangre, por muy mal tirados de la aviación o del ejército porque eso, cuando se daban, se daban duro, entonces, pues por ahí reposarán los restos porque no alcanzaban a llegar.*

*Por eso, ellos escogieron la sede del ETCR para quedarse ahí, porque fueron, de pronto, las sedes donde más sangrientas fueron, aunque, por la parte de Cerritos, Vorágine y Santa Bárbara, también hubo una masacre, esa sí también me consta porque yo viví allá. Hasta donde yo sé, hubo 120 hombres del ejército muertos y 120 guerrilleros muertos, declarados por un mayor del ejército que me dijo. Pero, de la guerrilla hubo más muertos, o sea, solo contaron lo que ellos vieron, pero todo lo que fue de Vorágine a Santa Bárbara no hacían más sino decirle guerrilleros a los campesinos que habían matado y que enterraban o que encontraban, para no dejar evidencia, y decían que ellos después bajarían y le pagarían a la gente para que no dijera nada.*

*Entonces, murieron más de los guerrilleros porque llevaban tres días persiguiéndolos y fueron tres días de bala que se dieron, al final, algunos ya se rindieron, algunos caían desmayados, otros perdieron las vidas, otros quedaron bien heridos. Hasta una sobrina mía murió, pero ella era campesina, sino que se estaba quedando donde una amiga y, como el tiroteo fue ahí también, a la casa llegaron esquirlas que le dañaron partes de un brazo y la cara.*

*Después de eso, yo ya me vine para este sector de Colinas, en donde el conflicto seguía y seguía y, uno de campesino, ¿qué puede hacer?, ¿para dónde se va a ir si no tiene plata?, lo poco o mucho que tiene es, por ahí, un pedacito de tierra; de pronto, unos animalitos de especie menor o; póngale, unos ganados. Y, pues, lo poco, ahí sí tal como dice el refrán, lo poco o mucho que uno tiene, lo tiene acá, entonces, más bien uno como que no le para bolas al conflicto ni a las masacres, sino que uno mismo se da como su consejo: “yo, mejor, no ando haciéndole mal a nadie; me quedo quieta acá”. Imposible que me vayan a matar sin hacerle mal a nadie y, si algo, pues, entonces, le tocará irse a uno y pensar más de cinco mil veces para dónde se va a coger porque, si uno se va al pueblo, aguanta sed, hambre y de todo; y allá, nadie lo aloja, nadie. Porque, si los campesinos se arrian allí, en la ciudad, a albergarse, lo primero es botarle gas lacrimógeno, y les dicen que no los pueden alojar, que no hay para darles de comer, pero quienes dicen eso viven, digámoslo bien, allá en el pueblo, en la ciudad, pero no saben la necesidad del campesino.*

*Uno, a lo último, como que se resigna es a vivir o a morir; si se muere, pues se terminó hasta ahí el ciclo de vida y, si salió bien, pues se quedó uno bien. El problema es los hijos que uno tiene, porque uno crea hijos, pero condiciones, no. Los hijos varones, más que las niñas, se crían en un régimen más pesado, más duro, en el que él dice “¡que a mí no me van a hacer nada!, o, ¡yo hago lo que yo quiero! Como ellos ya tienen sus sentimientos, diferentes a lo que uno piensa, pues de pronto ya ellos cogen otro rumbo, ¿sí me entiende?*

*O sea, hay algunos que les gusta como ese porvenir de las guerrillas, algunos se vuelven guerrilleros porque ellos venden el ingreso de forma atractiva, ellos les dicen: “mire, chino, esto y esto, estamos luchando contra el Gobierno porque el Gobierno no le responde al campesino, el campesino es el dedo negro para todo, aguanta sed, aguanta hambre, el Gobierno nunca le responde al campesino”. Entonces, pues lo consideran y, como son débiles de sentimiento o no les gusta muchas veces el trabajo, dicen “claro, esto es lo mejor”.*

*En esas épocas, las guerrillas se conectaron con mucha gente porque es que ellos sabían endulzarle el oído a los niños, les gastaban. Por ejemplo, si llegaban acá a este colegio, ellos compraban hartísimas galletas, dulces, iban y le pedían permiso a un profesor que les diera permiso de estar en recreación con los niños,*



*un rato, resulta que ellos les llevaban dulces, bombones, galletas, fresco, en fin; los reunían aparte y les daban algunas clases, así como en todo colegio. En el tiempo de antes, ellos se ganaban así a la gente. Los niños, cuando ya los veían por ahí, les decían: “ay, regáleme pa ´ tal cosa, regáleme pa ´ tal cosa”, entonces, ¿qué hacían ellos? “Sí, claro, tome y gásteles a sus amigos”. Ellos sí les daban platica, entonces, ¿qué va a pasar?, ellos atraían los niños debido a ese medio porque les iban dando plata, pero en ningún momento, que muchas veces dicen que la guerrilla se lleva los niños o las niñas a la fuerza, eso es una mentira, yo eso no lo vi.*

*En los años que yo tengo, nunca he conocido que se lleven a una persona forzosamente, de pronto sí se la llevan a las malas, pero si deben sus delitos, si de pronto los necesitan para ajusticiarlos, para esto, ahí sí se los llevan, es una orden: se va con nosotros, así alegue o lo que sea, se va con nosotros, pero ya sería más como una orden para ajusticiarlos, pero que un niño o una niña se la lleven forzosamente es una mentira. Lo que pasa es, como yo les digo, ellos los van endulzando poco a poco.*

*Como entre esas guerrillas vienen muchachos simpáticos, las chinas se enamoran a primera vista de cualquier guerrillero porque, para qué, eso pasa como con el campesino, hay gente que más o menos es regular, como hay gente bien simpática, entonces, ahí, a primera vista, ya se gustaron, entonces, ya, por ejemplo, si es un niño civil, se enamora de un guerrillero y ya empieza a visitarla, las visitas van a ser más y más frecuentes. Y si el guerrillero es buena gente, digo yo, buena gente, le advierte a las muchachas que no se vayan para la guerrilla con ellos porque “allá se sufre mucho, no vaya, nos seguimos frecuentando, pero no se vaya a ir para allá porque allá se sufre y allá esto”; pero ese guerrillero es muy contadito, son muy pocos los que cuentan sobre el sufrimiento de allá.*

*Pero también hay otros que les dicen a las muchachas: “vamos que allá es las mil maravillas, que allá no sufre, que allá le dan de todo a uno”, allá, mejor dicho, le pintan pájaros de oro y ahí eso sí, las niñas se van prácticamente y son enamoradas por guerrilleros. Aunque, a ellos, hace ya unos añitos atrás le han prohibido enamorarse de los civiles porque, muchas veces, el Gobierno les ha metido niñas a enamorarse de los guerrilleros, y más le tiran es como al comandante, cuando son muy elegantes ellas, muy bonitas, pero, entonces, resulta y pasa que ya iban compradas del Gobierno. Yo digo, compradas porque ellas ya iban de cómplices y era para atrapar al comandante con su gente porque, ya al ser la novia, ya pues le contaba a dónde iban a ser las reuniones, en qué parte y, de pronto, en las primeras, como quien dice, “le da paso, le da paso” y, hasta que los atrapaban. Entonces, así fue como hubo mucha mortandad también de guerrilla, por eso, al final, les prohibían rotundamente enamorarse del civil, ya fuera hombre, ya fuera mujer, tenía que ser entre ellos mismos.*

*Así fue que se fueron exterminando las guerrillas, pero eso no impidió que se vieran en necesidad de los civiles porque, prácticamente, ellos viven del campesino. Los guerrilleros venían y les pedían cosas, les decían: “bueno, necesito almuerzo pa’ tantas personas”, y ahí, los campesinos se negaban o aceptaban, entonces, si los obligaban, ellos le dicen: “aquí tengo este animal, lléveselo y prepárenlo”, y punto; como hay otros que dicen “sí, yo les hago el almuerzo”. Con altas y bajas, las guerrillas vivían del campesino.*

*Al final, a una le toca acoplarse porque, si se niega: todo no, no, no; ¿qué va a ser?, que se los va echando uno es de enemigo y, ellos, ya van a pensar: “ellos no nos hacen el favor porque están del lado del Gobierno”. Entonces, ¿qué puede hacer el campesino? El campesino, prácticamente, no puede hacer nada ahí porque, si yo me le niego para este almuerzo, muy duro; mejor, digo que porque estoy enferma no lo puedo hacer, pero que ahí hay unas tres, cuatro gallinas, que se las lleven, así ellos saben que les colaboré, así sea poquito porque, cuando uno se quiere negar, ellos cargan una agendita y lo van anotando: “fulano de tal se negó para un almuerzo”. Entonces, ya le van cogiendo cierta desconfianza y, con el tiempo, si se sigue negando, ya lo van cogiendo en lista de que sí, que pertenece o es como del lado del Gobierno, y así sucedían las cosas.*

*Resulta que, cuando pasaba cualquier cosa o un error, si uno ya les había colaborado, decían: “no, pero él ha sido ruana de nosotros, nos ha dado de comer, nos ha protegido, nos ha servido, no lo podemos maltratar, hay que cultivarlo, hay que perdonarle esta; pero sí hay que jalarle las orejas”. Pero, si no, dicen: “no, este man ya no va”. Cuando la persona era buena gente, los guerrilleros avisaban, digamos, si eran muy buena gente, había veces que decían: “váyase que a usted lo van a matar”, era como la mejor opción, y los caprichosos se quedaban siempre y los mataban.*

*Así siguieron las guerrillas y, ya entonces, como para el 2000, no se pelearon ya por el mando porque ellos querían como coger el poder, que no fuera el Gobierno el que mandaba, sino ya ellos. Peleaban antes como por un poder, después, ya peleaban con el narcotráfico, como por dineros, por bandas, ahí fue donde más quebraron. Ahí ya se empezaron a pelear, no por mandos de coger el poder del Gobierno, sino por narcotráfico y por poderes. Sobre todo, con el narcotráfico. Por ejemplo, si yo trabajaba con coca y yo se la vendía a otro sin permiso, pues ya tenía la lápida encima; me la perdonaban dos, tres veces, y ya, la cuarta tenía que estar yo muy de buenas para que en la cuarta me llamaran y me dijeran: “bueno, se va y se salva o se queda y se muere”. Cuando uno no sabía, cometía errores, y lo mandaban llamar a uno, pero yo les decía: “yo no sabía, por favor, explíquenme o díganme o algo”, y bueno, había veces, de verdad, [que] uno no sabía. Por ejemplo, yo cultivaba la coca, muy poco, pero cultivé y, cuando yo vendía la mercancía en El Retorno, donde resultaban los compradores, pues uno*



*iba y la llevaba, pero yo no sabía que tocaba pagarles a ellos (la guerrilla) un porcentaje o venderles la mercancía era a ellos. Por no saber eso, me metí en problemas.*

*Por eso me halaron las orejas, y me dijeron: “usted tiene mucho que hablar, usted siempre vende la mercancía, usted está de parte del Gobierno”, y yo le decía, “¿pero, a quién se la vendo? O es que ¿ustedes la compran?, porque yo no sé nada”. O sea, ellos vieron la inocencia mía porque, lo primero, no me habían dicho, lo segundo, acá no habían hecho reuniones, porque ellos hacían reuniones. Y dijo: “claro, nosotros compramos la mercancía y, por lo tanto, es que le estoy hablando”, y yo le dije: “señor, yo no sabía, y yo lo que cultivo es muy poco y yo no creo que como que le sirva mucho a ustedes eso, pues yo solamente suplo los obreros para llevar el mercado a la casa, no es que me quede en cantidad, pero si cometí el error, obvio que eso hay que arreglarlo, créame que yo no sabía que eso tocaba venderles a ustedes esa mercancía”, entonces, me dijo: “pues si no sabía, sépalo y que no vuelva a ocurrir”.*

*Así fue y, después, ya llegó el pago de la vacuna del ganado, que eso sí tocaba a donde lo citen a uno, muchas veces, lo citaban cerca de Cachicamo o en otras partes, tan lejos que le tocaba a uno mañanearse para poder llegar a las ocho o nueve de la noche, o quedarse hasta el otro día. Ahí sí tocaba ir personalmente, había veces que también ellos miraban en qué condiciones vivía uno y le decían: “no, a usted le cobro tanto porque usted realmente no puede darnos más” porque ellos también son muy conscientes. Ellos, por ejemplo, cuando hay mujeres que son viudas y tienen por ahí un poco de niños, muchas veces, ni les cobraban multa porque ellos decían: “no es que por darnos plata a nosotros se queden un mes sin comida para los niños y usted, que queden aguantando hambre, entonces, nosotros no estaríamos haciendo nada”.*

*Así fue, pero el conflicto fue muy pesado, eso, nos tocaba trabajar y trabajar, y ya, cuando se vieron muchas muertes, porque aquí hubo muertes, unas tras de otras, entonces, ya a todos se nos fue la moral. Ya no queríamos trabajar, no queríamos saber de nada, nos encontrábamos a veces con los vecinos, pero la mayor parte habitábamos como alejados hasta de la vivienda. Nosotros, en la vivienda, más que todo las mujeres, habitábamos, hacíamos de comer y luego nos retirábamos, ¿por qué?, porque ya no daba moral ni de vivir.*

*Apenas escuchábamos las motos KMX, salíamos a correr, yo no tanto, por ser ya mayor, pero sí los hombres, se volaban por los caños para abajo, buscando huir. Ellos se iban, pero a esconderse porque era que ya estaban matando mucha gente. En esta vereda, Colinas, mataban a todos, solo se salvaban como que tres familias, no más. Esta vereda siempre ha tenido ese mal, hay gente que realmente renegaba o hablaba mal de ellos, pero algunos no tenemos la culpa.*

## La muerte cercana

*Y en esas masacres cayó un hijo mío. Entonces, yo quedé como si no fuera persona, como si fuera un objeto; a mí no me importaba si llegaban y me mataban, si me hacían o no me hacían, solamente me preocupaban los otros hijos, como ellos sí se encontraban bien de sus sentimientos y tenían sembrado ese pánico que le habían matado al hermano y de todo, pues ellos se escondían. Yo no, yo les decía: “corran ustedes, vayan, se esconden por ahí abajo, que si algo, yo les aviso”; bueno, en esas se quedaban una hora o dos horas por allá, y primero venía uno a ver qué pasó, mandaban a una niña que hoy en día ya es señorita a que mirara o que avisara si todavía estaba la guerrilla o si ya se habían ido, y con ella les pasábamos la razón para que ellos volvieran a la casa.*

*Toda la gente quedó con ese pánico porque, aquí, dos veces nos mataron un presidente de la vereda. Ahí también mataron a mi hijo, a él no lo mataron acá, a él lo mataron en la vereda San Miguel, a una hora en moto de Colinas, pero al igual yo habitaba aquí y él habitó mucho tiempo acá. A mi hijo lo mataron el 5 de marzo del 2007, eso sí, en ese entonces, la carretera no es como la que está hoy, ahora ya hay una salida por Termales y se llega con más facilidad porque han metido maquinaria, entonces, ya las carreteras están buenas, y ya es más cerca. A mi hijo, cuando lo mataron, quedó todo perdido, quedaron dos niños huérfanos que hoy ya tienen como 20 y 22 años. Nosotros poco los distinguimos, las mamás se los llevaron lejos, al más chiquito lo miré de tres mesecitos de nacido y nunca jamás lo he vuelto a ver porque a ella, la pareja de mi hijo, la iban a matar.*

*La guerrilla mató a mi hijo. Resulta que el ejército hizo un enfrentamiento allá y cogió unos guerrilleros y, no sé cómo, a los guerrilleros se les metió en la cabeza que mi hijo era culpable de haberlos sapeado, de que, por él, el ejército se metió por allá a matar a esos muchachos. Pero, lo que pasó en realidad fue que, cuando el ejército mató a varios guerrilleros esa vez, no tenían cómo movilizarlos, y pasó mi hijo, que manejaba una camioneta 4x4, y lo obligaron a trasladar esos muertos. En esa matanza, el ejército dejó ir a una guerrillera porque tenía una hija de dos años, y parece que fue ella quien inculpó a mi hijo.*

*Resulta y pasa que la guerrilla eso no lo perdona. Ella huyó, pero no sabía que, a mi hijo, realmente, el ejército lo habían obligado a transportar los muertos. Así como cogieron los guerrilleros a otros con motos para volarse porque, como no tenían señal, tenían que huir para que no los mataran, o sea, ellos sí pensaron en matar, pero ellos sí no querían que los mataran, y ¿qué pasó?, mi hijo fue el que pagó todo el chicharrón por haber sacado a esos muertos en la camioneta,*





*obligado por el ejército, porque mi hijo les pasó las llaves y les dijo: “vea, yo sé que ustedes, siendo todos unos profesionales, ¿cómo no van a saber conducir?, vea, tome y lleve, le doy la llave, llévense la camioneta, bótenla, estréllenla, quémenla, hagan lo que ustedes puedan, pero no me lleven a mí que esta zona es muy caliente y yo tengo mis dos niños y ustedes me hacen matar”. Tristemente, los soldados pensaron solamente en la vida de ellos, no en la de mi muchacho, y lo obligaron a ir hasta el río Unilla, donde los esperaba el ejército con un helicóptero.*

*En esa tarea, mi mismo hijo se dio cuenta dónde habían torturado a esos guerrilleros que cogieron, él, incluso, les dijo que cuál era la necesidad de haberlos desnudado y se dio cuenta que, en las espaldas, les dieron con una vara cruzada, él les preguntó a los del ejército para qué los iban a torturar si, igual los iban a matar, y le respondían: “cállese la jeta, no sea sapo y aprenda a tener la boca callada”. Fue terrible, eso me decía que tenían la X en la espalda y, haga cuentas como si tuvieran de esas mangueras negras atravesadas en la espalda, hasta yo misma dije: “¿y esas mangueras pa qué?”. Él duro 15 días más, después de ese incidente, y el mismo lunes, 15 días después, a la misma hora que había pasado todo, lo mataron.*

*Mi hijo habló conmigo, a mí me dio un dengue y estaba hospitalizada en el pueblo, allá fue a buscarme, me contó todo y yo hasta le dije: “mijito, no vuelva más por allá, no vuelva”, y él me decía: “no mamá, que allá tengo mis bienes, lo poco o mucho que tengo, tengo la camioneta y todo”, y le dije: “mire, papá, la vida no se compra, las cosas que se tengan que perder allá, que se pierdan, que si le quemar, que le quemar todo, pero, mijito, aquí tiene su vida, tiene sus hijos, no tiene nada metido allá, si quiere, yo, un día de estos, subo, consigo a alguien que sepa conducir y bajamos la camioneta y lo poco que le quepa en la camioneta”, y me dijo: “no, mamá, yo no la quiero meter en un problema”.*

*De ahí dependió todo eso. Y de ahí sí que menos ganas como de vivir le quedan a uno, o sea, a mí, porque eso ya es como el que anda y le falta un pie, anda cojo; pues uno, de todas formas, le hace frente a la vida y hace que trabaja, trabaja, pero la memoria ya se va agotando, pero queda el sentimiento. Eso como que la lucha de la persona ya no es igual porque ya empieza a desfallecer la familia. De uno en uno se van diluyendo, entonces, ahí va el sentido pésame de la familia y ya la familia como que no arranca, sino más bien, como que anda coja.*

*No vuelve a ser la vida igual, un niño, cuando nace y se cría, pone a toda familia feliz, pero ya, cuando empieza a caer uno por uno, digámoslo, así mismo como que le van agotando la vida a uno, y ya uno va perdiendo la moral, ya como que*

*no quiere hacer nada, ni trabajar, sino, pues trabaja sí, pero inconforme, ya no es igual. Aparte de que lo mataron, eso es un desfallecimiento para uno. Porque saber que el ejército los traicionó a ellos, porque ellos solamente pensaron en la vida de ellos, pero nunca le previnieron al chino el problema y el peligro que tenía encima y, sabiendo que era una zona totalmente peligrosa, ellos no pensaron eso. O sea, a ellos lo que les importó fue salir, pero no pensaron en el problema de la otra persona, entonces, sí, como siempre, todo sucede, ¿qué pasó?, la guerrilla llegó y lo mató a los 15 días a él. Pero yo, y hasta mis otros hijos, piensan que el culpable ahí fue el ejército.*

*O sea, nosotros siempre culpábamos al Gobierno porque, si ellos no hubieran obligado a mi hijo a cargarlos o a utilizarlo, porque le violaron fue los derechos a él, si no lo hubieran utilizado, seguro que él estaría vivo, seguro que sí, pero ellos lo utilizaron, les importó un rábano la vida de él, solo pensaron en la vida de ellos. Pues, ¿qué hicieron los otros?, dolidos porque le llevaron unos guerrilleros que los torturaron, que los mataron, los echaron en bolsa y se lo llevaron, pues qué, todas esas muertes se las echaron a mi hijo, que [según creyeron] era cómplice del Gobierno y, sin compasión, lo mataron.*

*Los hijos de él sufrieron. El niño grande estaba con su mamá, lejos, pero el otro pequeñito, que tenía otra mamá, estuvo presente en el ataque, es decir, el papá de él recibió los tiros en presencia de su hijito, en esas, el niño era pequeñito, y eso le daban tiros bajitos porque en la cintura le dieron tiros, en los codos de los brazos y, él solamente era trancando los tiros para que no le llegaran al niño, él solo protegiéndolo porque pensaba en volarse, pero, entonces, por proteger al niño no se pudo volar.*

*Y ya cuando llegó al patio de la casa, que miró unas niñas, allá llegó y cogió el niño y lo abalanzó, y dijo: “¡el niño! ¡me lo cuidan!” y ya él iba mal tiroteado, y dicen las niñas que el niño casi se muere del golpe porque, a lo que él lo tiró, el niño cayó boca abajo, de barriga y, pues claro, se le salió el aire. Estas niñas lo alzaron y, preciso, que ellas con el susto, llegaron y lo cogieron aquí del cuello de la camisa y lo botaron debajo de la cama, sin darle auxilio, y le dijeron a la mamá: “mire al niño, al niño”, el niño ya estaba azul y, entonces fue cuando la señora cerró las puertas y empezó a hacerle ejercicios en los brazos al niño y a darle a él y a soplarlo, lo auxilió, el niño se salvó, pero por esos tiros bajitos que le daban yo creo que también querían matar al niño. Mi hijo luchó, caminó y caminó, se quería como volar a la camioneta, el hizo el intento de abrir la ventana y no pudo ya, porque él iba mal tiroteado, desde el principio, eso le dieron al corazón, de una, el primer tiro fue ahí.*



*Pero, mas sin embargo, él alcanzó a andar y fue y bordeó la camioneta así, y ahí estaba donde colocó las manitos, sí, porque ahí quedó un montón de sangre y los dedos retratados, y él llegó y deslizó así los dedos y dio el bote de campana por encima del capote de la camioneta. Como él andaba con las manitos así, tapándose la herida de al lado del corazón, pues, entonces, fue por eso que las manos las llevaba llenas de sangre. Fue, entonces, cuando él empezó a llamarme a mí, a llamarme, eso me lo contó una guerrillera, después, que él me llamaba mucho a mí y decía que los niños se los cuidara.*

*A los mismos guerrilleros les dio pesar todo lo que alcanzó a luchar, les dio pesar lo que exclamaba, lo que hablaba de los niños, cómo él decía que era inocente, que no debía nada, entonces, los mismos guerrilleros se dieron cuenta de que era inocente, pero ya no había nada que hacer porque estaba muy mal tiroteado, que si no hubiera estado tan mal tiroteado hasta lo mandan para que lo llevaran al médico, pero ya no había nada que hacer porque los tiros que tenía eran mortales, al menos el del pecho. Entonces, por piedad, para que no sufriera más y muriera rápido, cogieron la K 47 y le dieron un tiro detrás de la cabeza.*

*Su cabecita quedo destapada, fue un sobrino mío quien lo formó porque fue y alcanzó, como quien dice, la media cabeza y se la colocó acá (se señala parte de la cabeza) y rompió una sábana y lo amarró, le dio formita como a la cara, como para que yo no lo mirara de la forma en que había quedado. Eso le dio mucha culpa a una guerrillera que estaba ahí, ella fue a hablar con unas amigas mías y ellas me contaron a mí.*

*La mamá de mi nieto volvió a la vereda, pero solo duro 15 días porque la iba a matar la guerrilla, entonces, ella huyó, y otra guerrillera la ayudó y le dijo: "como sea, así la arrastren, la tumben al piso, nunca suelte al niño de los brazos", ella le preguntó: "¿por qué?, ¿por qué?", la guerrillera le respondió: "hágame caso, solo obedezca porque ya vienen ahí y ahí ya no hay nada que hacer, no suelte al niño de los brazos". Al fin y al cabo, a la mamá de mi nieto la alcanzaron los guerrilleros y le dijeron que le quitarían al niño, y ella solo decía que no y que no, solo un guerrillero se opuso y dijo: "no, yo no la mato, yo no sé ustedes, pero mi papá, hasta donde nos enseñó, es que una mujer lactando no se puede matar porque es mucho pecado y nos puede caer una ruina encima", entonces, la dejaron en paz, pero la despacharon, le dijeron que fuera a buscar un comandante para hablar, ella mintió y dijo que iba a ir inmediatamente a hablar con el señor, pero se escapó.*

*La muchacha aprovechó y salió con ese niñito, ella dice que nunca miró ni adónde se metía, ni nada y dejó botadas las chanclas en el trayecto porque era de esas de meter el dedo y, por dentro de la selva, ella perdió esas chanclas. Corría*

*y corría y sentía que algo le ardía por debajo, pues eran las espinas, y ella no soltaba el niño. Cuando escuchó a la guerrilla, entonces, se metió más al fondo de la selva y se extravió. Pasó caños, quebradas, subidas, bajadas, había mucha espina, mucha bejuquera, y con su niño, no lo soltaba, y no lo soltaba, hasta que salió a la carretera de San Lucas. En la carretera bajaba un señor que ella distinguía y, entonces, le dijo una mentira, ella no pensó sino en el niño que llevaba en los brazos y le dijo al señor: “¡Ay, Dios mío, hágame un favor, ayúdeme, por favor!”, él le dijo: “¿qué le pasa? y ella: “no, mi niño me esta convulsionando, mi niño se me va a morir, por favor, colabóreme, colabóreme”. Resulta que el hombre sí le creyó que era el niño, ella lo forró bien para que nadie se lo mirara. “Ay, por favor, mi niño se me va a morir, Dios mío, yo no quiero que mi niño se me muera”, y el señor dijo: “¡Uy, claro!, pues, si es el niño hay que hacer algo”, la montó en ancas y se la llevó.*

*Cuando iba llegando a San Lucas, el señor le dijo: “ve, tan raro, se me hace como raro que usted viene descalza, viene con la ropa así, ¿por qué?”, entonces, ella como con más curiosidad le contó el cuento, y él dijo: “ay, no, por qué no me contó pa´ yo no haberla cargado, o sea que a mí me van a matar también. Sabe qué, yo no la cargo más y la dejo por aquí”. Resulta que la dejó cerca de San Lucas, pues ella caminó siempre como lejitos para llegar y ahí consiguió una moto y salió pitada para el Unilla, y ya del Unilla llegó a San José con sus ropas roídas y los pies lastimados, allá le dijeron que se presentara a la Fiscalía y abrió un proceso, desafortunadamente, el niño se lo quitó el Bienestar Familiar, y ella terminó colaborando con el ejército, por eso ya no sabemos más de ese niño.*

*La finca de mi hijo la cogió la guerrilla, él tenía también una bodega, tenía almacén, él vendía ahí ropa, vendía trago, vendía estas cuestiones de veterinaria, todo eso la guerrilla se lo quitó y lo repartió. Ni a mí, que fui la mamá, me dejaron traer ni siquiera una cuchara, me decían que no tocara nada, que ellos no respondían, ¿con qué moral subía por allá? mas sin embargo, yo me hallaba como con tripas y corazón y yo decía: “pero, ¿cómo así?, si yo no les he hecho nada, ¿por qué no voy a poder volver?” Pagaba expresos de 80 mil pesos para ir y visitar la bodega, pero cuando iba a la finca me miraban llegar y me decían: “señora, es mejor que se devuelva”, me decían eran los vecinos. Yo decía: “¿por qué me tengo que devolver si yo llevo es a la casa de mi hijo?, esto es de mi hijo” y ellos me respondían: “no señora, es que a ustedes los quieren matar a todos, por favor, no queremos que la maten acá, que de todas formas usted ha sido una buena mujer, su hijo también y no queremos que haya una tragedia, entonces mejor devuélvase”.*

*Y así, con alientos o sin alientos, yo me vi en la necesidad de llamar al comandante, y me dijo: “mamita, si yo puedo, al alcance de usted, ayudarle como a recoger algo de lo que era de él, con mucho gusto le colaboro, pero si no puedo,*



*no puedo". Resulta y pasa que fue muy poquito lo que el comandante duró porque el ejército también lo abatió y ahí quedó todo. La finca ya tiene otros dueños porque la guerrilla repartió esos terrenos, la bodega también la vendieron, o sea, no hay nada para mis nietos ni para mis hijos, quedamos en la miseria y como que, hasta el sol de hoy. Ellos necesitan estudiar la universidad, pero el Gobierno no les ha correspondido con nada.*

*Ahora que tengo a las FARC en el ETCR, acá al lado, a mí que me pasó todo esto, cuando yo voy allá, porque me toca ir a las brigadas médicas, yo no me siento tranquila, yo, de una vez que entro, me siento intranquila porque la sangre me empieza como a vibrar, me empieza a vibrar, yo llego y hablo poquito, digo directamente: "buenos días o buenas tardes, necesito tal cosa" y me voy, pero entiendo que es un Proceso de Paz.*

*Cuando estuvo ahí el comandante que daba los órdenes cuando mataron a mi hijo, sí me sentía totalmente intranquila, estuvimos en una reunión con todos los grandes comandantes que habían ahí, y llegaron al caso, pero nunca me dieron respuesta, lo que hicieron fue dejar que ese comandante se fuera, quedó libre, él está libre. Y, pues, nosotros los civiles, vamos allá por si necesitamos algo y, si no, ellos vienen de allá, pero nosotros seguimos haciendo como vida apartecita, cada uno por su lado, ellos tienen sus ideologías y no las olvidan, por eso dicen: "nosotros somos lo que fuimos y nunca lo dejamos de ser". Entonces, uno no confía en esa persona, uno no sabe si de aquí a mañana, o sea, uno no se puede confiar.*

*A veces veo el futuro muy incierto porque las guerrillas se siguen creciendo, digamos que aquí estamos como en un Proceso de Paz, pero vaya uno a mirar, ellos están creciendo en las cúpulas de la selva, entonces, va a seguir; eso es como un negocio, es un negocio. Porque si se acabara la guerrilla, entonces, ¿en qué implementa el Gobierno el ejército?, o sea, eso es un negocio y yo no creo que se pueda acabar la coca. Los jóvenes traen como otro nuevo mundo, y algunos saldrán estudiados, que sirven para medicina de personas, otros, para medicina agrícola, en fin, pero habrán otros que siguen con su mismo jueguito de sus bandas y, ahora, esa drogadicción es difícil, yo no creo en que exista una paz verdadera, como que en mi cabeza se me ha metido eso.*





Foto: © Warner Valencia



# Un breve colofón

Estos relatos hablan por sí solos. En ellos, el lector lego ha podido encontrar historias sencillas sobre cómo transcurrieron las vidas de hombres y mujeres durante la segunda mitad del siglo XX, en ese Guaviare que, aún, a muchos colombianos les parece tierra inhóspita y distante, incluso, cuando hoy es fácilmente accesible por tierra. Aventuras, heroísmos, infamia y dolor, pero también esperanza y alegría le han hecho sentirse cerca de ese territorio y de sus pobladores. De otro lado, para el lector más especializado, aquel que se lanzó a leer este libro con pretensiones investigativas o académicas, han evidenciado los grandes procesos y las tensiones que explican, tanto la historia del departamento, como la de gran parte de la ruralidad colombiana. El material empírico presentado refuerza la discusión sobre lo que sabemos y sirve para impugnar los lugares comunes, construidos por décadas desde el campo de las ciencias sociales.

Los conflictos por la tierra, la compleja matriz entre el uso de las armas y el narcotráfico, la naturaleza paradójica de las relaciones entre la guerra y la paz, los debates en torno a la debilidad o ausencia del Estado en lo que algunos llaman “la Colombia profunda”; todo ello emerge fácilmente en cada una de las historias y en el material empírico que ofrecen los textos. Estos relatos, fácilmente, pueden nutrir los análisis que aún son insuficientes sobre la historia regional porque, entre otras cosas, contienen cuatro grandes temas sobre los que es necesario hacer hincapié en este breve colofón.





## Mujeres, colonización y conflicto

La mayoría de las historias que están contenidas en este libro corresponden al relato ofrecido por mujeres de los tres municipios incluidos en los procesos de investigación. La razón no responde a un sesgo de género; en realidad, la calidad de la información que se obtuvo de los ejercicios dedicados a ellas, por contraste con la de los hombres, fue mayor y ofreció gran riqueza. Se podría decir que la manera de recordar de estas mujeres se aleja de las generalizaciones que ya conocemos y atiende con mayor cuidado a los detalles, a los nombres, a las fechas, a resquicios de la memoria que resultan medulares en la investigación histórica sobre el Guaviare. Así, en medio de la crudeza de algunas de sus duras historias, emergieron reflexiones impresionantes sobre la vida, el esfuerzo, la alegría, la esperanza, la interdependencia social y la solidaridad.

Hay otra razón fundamental: los procesos de violencia de la colonización, el narcotráfico y el conflicto armado cobraron más vidas de hombres que de mujeres. Ellas han sido las sobrevivientes de estos años y se han encargado de mantener vivas a sus comunidades y, en general, de proveer un soporte silencioso pero imprescindible para la construcción de la región. Se trata de un trabajo a la sombra que ha sobrevivido a los vaivenes de las bonanzas del tigrilleo o a la coca y, también, a las violencias multimodales que han amenazado el territorio. Mientras los hombres van y vienen, mueren o se marchan detrás de otra bonanza, las mujeres han permanecido; se arraigan y cimientan con su trabajo el futuro de las nuevas generaciones.

Ese trabajo femenino de construcción de región, si se piensa bien, consistió no solo en criar hijos en el espacio doméstico, también implicó resistir las violencias patriarcales, extender lazos de solidaridad e insertarse en las dinámicas económicas y sociales, donde participaron de igual a igual con los hombres. En efecto, la huella de las mujeres en la apertura de la frontera agrícola, en la penetración en la selva, en el trabajo agrario, en la siembra de coca, en la partería, en el desarrollo de la atención en salud, en el comercio, en la provisión de servicios y en la educación ha sido vital. Su esfuerzo, guiado por el impulso de defender la vida, así como por el tesón y la esperanza, ha provisto al Guaviare de estructuras importantísimas para la vida comunitaria y para el desarrollo territorial. El trabajo de memoria histórica debe tener, entonces, una especial sensibilidad con las mujeres y debe incluir herramientas teóricas y metodológicas para incorporar el enfoque de género en las investigaciones.

## Los jóvenes, la historia y la Paz

Pese a las dificultades que produjo la pandemia por Covid-19 para el proceso de formación e investigación en memoria histórica con los jóvenes del Guaviare, fue muy satisfactorio descubrir que a ellos les interesa profundamente su pasado. Más allá del morbo por las narrativas de narcos o guerrilleros, su búsqueda se centró en las proezas de los colonos y de los fundadores de Calamar, El Retorno o Colinas, de modo que se sintieron seducidos por una historia con propósito -y no por la anécdota- que les sirva para encarar el presente y construir el futuro.

En algunos grupos focales que se llevaron a cabo con los jóvenes fue evidente su esperanza por que la Paz se sostenga, pero no de manera ingenua, sino desde un realismo crítico. Durante los días en que se desarrollaron los talleres en Calamar, supimos de la ocurrencia de algunas masacres muy cerca al casco urbano; el paramilitarismo, el narcotráfico y las disidencias siguen amenazando con desbarajustar los lentos avances que el Proceso de Paz ha dejado en la región. Los jóvenes entienden perfectamente esa amenaza y defienden la Paz, no desde una romantización acrítica, sino desde la necesidad de hacer prevalecer la vida ante el acecho cotidiano de la muerte.

Muchos de ellos están convencidos de que los proyectos y los emprendimientos desarrollados con los recursos de la Paz son un soporte importante para la transformación de la vocación productiva de sus municipios y de la región, al punto que varios se definen a sí mismos como jóvenes emprendedores. Sin embargo, tienen muy claro que si no se producen cambios radicales en la infraestructura vial, en las dinámicas de comercio e intercambio, en las condiciones de distribución y, en general, en las políticas productivas y el modelo de desarrollo a escala nacional; sus posibilidades de competir en la economía colombiana son mínimas. Están esperanzados, pero no son crédulos.

Adicionalmente, su visión sobre el cultivo de la coca y el narcotráfico en la historia del departamento es muy clara. Todos, sin excepción, comprenden el lugar central que ocupó esta actividad ilícita en el desarrollo del Guaviare; entienden que, sin los recursos de allí derivados, sus familias no habrían podido garantizarles la salud o la educación. Esto no significa que defiendan el negocio de la coca, mucho menos la violencia que lo acompaña; sencillamente, comprenden muy bien



su carácter histórico y su función estructurante en la conformación de lo que es el Guaviare, desde el punto de vista territorial. No se trata de blanco o negro, sino de grises.

En suma, para los jóvenes, en la medida en que no se discutan el modelo de desarrollo nacional y la vocación productiva de la región, ni se creen las condiciones para que la economía departamental se integre a las economías nacional y global, no habrá forma de que sus emprendimientos sean exitosos. En este contexto, la coca seguirá estructurando y manteniendo desde el fondo a la región, y el conflicto y la violencia seguirán presentes. Sus reflexiones, sensatas y realistas, deben ser seriamente escuchadas.

## **Territorios de nadie, Estado y desarrollo**

El debate sobre la ausencia o debilidad del Estado colombiano como explicación del desarrollo desigual en las distintas regiones del país no está de ningún modo acabado. Aunque, a primera vista, las historias acá incluidas permiten repujar la típica fórmula de “a menos Estado, menos desarrollo y más conflicto”; en realidad, detrás de ella emerge la necesidad de un nuevo tipo de análisis relacional.

En primer lugar, el Guaviare no era un espacio vacío y desordenado que se colonizó y se pobló debido a la ausencia del Estado. Se trataba de un territorio que ya tenía una historia; en él habitaban pueblos indígenas con sus propias formas de ordenamiento, en cuya base se puede acceder a un primer registro de organización, apropiación y administración del territorio. Por eso, quienes llegaron al Guaviare, como ocurrió en Calamar o en Charras específicamente, tuvieron que construir una nueva estructura territorial sin desconocer las claves bajo las cuales sus pobladores nativos ya lo gestionaban. Rasgos de ese reconocimiento descansan aún en los usos del lenguaje, en el mestizaje, en la apropiación del espacio y en la cultura alimentaria.

Por otro lado, los colonizadores del Guaviare no eran sujetos desprovistos de historia. En sus trayectorias previas venían pegados los rastros de estatalidad e institucionalidad de sus lugares de origen. En ese sentido, no hay un vacío absoluto del Estado, pues con ellos llegaron nociones y premisas de legalidad; prácticas y formas de concebirlo —e incluso, de evadirlo— propias del lugar de origen, lo que le dio una presencia simbólica y a veces institucional en el territorio receptor.

Quizás el dato más sólido para interpelar la idea de una ausencia total del Estado tiene que ver con los esfuerzos para promover la colonización porque, así estos fueran moderados o insuficientes, implicaron siempre alguna acción o injerencia estatal; bien sea que se tratara del papel de las cuñas radiales, de las iniciativas de los comisarios, de las volquetas y los camiones intendenciales que movilizaron a los colonos o de los programas más estructurados de la Caja Agraria o el INCORA, dejan ver que no hubo ausencia del Estado sino, más bien, una presencia parcial, diferenciada y, en ocasiones, entreverada con otras formas de orden, como las que produjeron el narcotráfico o la guerrilla; inspectores de policía, corregidores y personal de salud se alternaban con narcotraficantes, raspachines, campesinos, e incluso, con policías, guerrilleros y militares.

Si bien, debido a la ausencia casi total de instituciones en el Guaviare, resulta evidente que algunos servicios públicos, la salud o la educación fueron, en principio, auto gestionados por las comunidades o por las mismas guerrillas; sobre ese esfuerzo autónomo inicial, muy pronto, se fue edificando la institucionalidad estatal en una amalgama histórica difícil de asimilar, que combinó presencia parcial y precaria del Estado, ilegalidad y autogestión.

Estas historias y la evidencia que arrojan otros trabajos citados por varios autores, algunos referidos en la introducción de este documento, nos invitan a repensar el papel del Estado en la consolidación de la región, así como su rol en la conflictividad del Guaviare; de modo que los análisis que surgen de la reconstrucción de la historia regional deben desplazarse del clásico axioma de la ausencia del Estado como causa de todos los males a una pregunta: ¿En qué grado o de qué forma participó el Estado, en sus múltiples dimensiones, en su dialéctica acción-inacción y en sus relaciones complejas con la sociedad, de los procesos de construcción regional y de sus conflictividades?

## **La ambigüedad de la guerra**

Finalmente, los relatos que nos han entregado los excombatientes de las extintas FARC-EP, sobre su tránsito entre el conflicto y la Paz en el Guaviare, deben ser leídos con cuidado. Al incluirlos en este libro no se pretende hacer un juicio de sus trayectorias o su moralidad, ni tampoco una apología de la guerra; sino enfrentar al lector al carácter ambiguo y a la escala de grises que está detrás del conflicto colombiano, que requiere ser comprendido para poder construir las bases reales de una paz estable y duradera.



Una lectura en clave de buenos y malos es absolutamente infértil y poco comprensiva de la compleja realidad que han enfrentado las poblaciones y los actores del conflicto. Las distinciones “víctimas” y “victimarios” son importantes y necesarias para la justicia, de lo que se está encargando la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), pero pueden resultar insuficientes para una comprensión de la realidad que nos permita elaborar soluciones estructurales a las causas del conflicto.

Después de leer estos relatos, queda claro que, así como el comportamiento de los campesinos no está exento de prejuicios, violencias cotidianas o de género y de otros problemas, tampoco las prácticas de los actores del conflicto pueden reducirse a la perversión o a la ilegalidad y despojarse de valores, ideas y maneras esperanzadas de concebir el mundo. Si bien el narcotráfico, la economía y el poder atraviesan de forma profunda las motivaciones de la guerra, tales elementos no constituyen el todo de la historia del Guaviare y, por ende, es necesario contemplar otros rasgos humanos que se tejen en medio del conflicto y que deben ser percibidos por los colombianos, porque desde allí, precisamente, puede construirse la reconciliación.

Así, hacer la historia del Guaviare, de su colonización, del conflicto que ha vivido, del narcotráfico y del tesón de sus pobladores no significa, simplemente, idealizar al guaviarense como el más “emprendedor”, sino entenderlo en la complejidad que es la vida, en las tensiones y contradicciones que nos conforman como seres humanos y como sociedad. No somos buenos o malos, somos humanos, y desde ese lugar realista es que necesitamos construir la reconciliación y la Paz.

# Bibliografía

- Aragón Farkas, Luis Enrique. *Diccionario folclórico colombiano*. Ibagué: Universidad de Ibagué, 2018
- Avella Bermúdez, Estefanía. "El olvido de Charras". *Revista Cerosetenta*, Universidad de los Andes (14 de septiembre de 2017) (<https://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-olvido-de-charras/>)
- Davis, Wade. *El río: exploraciones y descubrimientos en la selva amazónica*. Bogotá D.C.; Banco de la República, Ancora Editores, 2001
- Domínguez, Camilo. "Amazonía Colombiana: economía y poblamiento." *Books 1* (2005)
- Domínguez, Camilo y Gómez, Augusto. *La Economía Extractiva En La Amazonía colombiana 1850-1930*. Bogotá D.C.: Corporación Colombiana para la Amazonia Aracuara, 1990
- Fajardo, Darío. "La tierra y el poder político; la Reforma Agraria y la Reforma Rural en Colombia". *Revista Reforma Agraria Colonización y Cooperativas*, n. 1 (2002): 4-20
- Gutiérrez, Francisco. *¿Un nuevo ciclo de la guerra en Colombia?* Bogotá D.C.: DEBATE, 2020
- Hobsbawm, Eric. *La Historia Del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1998
- Jimeno, Myriam. "El poblamiento contemporáneo de la Amazonia". *Colombia Amazónica* (1987): 213-33.
- Karremans, Jan. "Hacia un método de investigación en zonas de colonización; La colonización en San José del Guaviare". *Colombia Amazónica*, n. 3 (1988): 57-72
- LeGrand, Catherine. *Colonización Y Protesta Campesina En Colombia (1850-1950)*. Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes, 2016.
- Marín, Jorge Iván. "Colonización y recomposición campesina en el Guaviare, 1960-1998." *Memoria y sociedad* 7, no. 13 (2014): 117-58
- Meertens, Donny. "Mujer y colonización en el Guaviare (Colombia) [Women and Settlement in Guaviare, Colombia]". *Colombia Amazónica (Colombia)* no. 2 (Dic. 3, 1988): 21-71
- Molano, Alfredo. *Selva adentro: una historia de la colonización del Guaviare*. Bogotá D.C.: El áncora editores, 2006



- Ocampo, José Antonio. *Historia económica de Colombia*. Bogotá D.C.: Fondo de Cultura Económica, 2017
- Sáenz, Eduardo. *Conexión Colombia. Una historia del Narcotráfico entre los años 30 y los años 90*. Bogotá D.C.: Editorial Planeta Colombiana, 2021
- Salgado, Henry. *Don Armando Montaña Ríos: Una historia oral de la acción colectiva del Guaviare, 1970-2010*. Bogotá D.C.: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2018
- Torres Pedraza, Johana Paola y otros. *El vuelo de las gaviotas. Memorias de colonización y resistencias negras y campesinas en el Guaviare*. Bogotá D.C.: Pontificia Universidad Javeriana, Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno y Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017
- Tovar Zambrano, Bernardo. *Historia de la colonización del noroccidente de la Amazonía colombiana: Los pobladores de la selva*. Bogotá D.C.: Instituto Colombiano de Antropología–Colcultura–Universidad de la Amazonia, 1995







Los procesos de colonización, la economía de la coca y el conflicto armado le han dado una forma especial a la historia del Guaviare. Una historia llena de angustias pero también de esperanza, una historia que los jóvenes del departamento han decidido reconstruir accediendo a la memoria de sus habitantes. Allí, en los recuerdos cotidianos, aún quedan datos que podrían ayudarnos a comprender el pasado, enfrentar el presente y transformar el futuro de este departamento. Como parte del proyecto Amazonía Joven en 2021 varios jóvenes del Guaviare participaron en un proceso de formación e investigación en memoria histórica que dio como fruto este libro, así como diversas piezas audiovisuales con las historias de los guaviarenses. En estas páginas se recogen relatos de la colonización, del conflicto, de la coca, pero también la historia reciente de la Paz con sus promesas, que los Adultos mayores de Calamar, El Retorno, San José, así como de los ETCR de Colinas y Charras le contaron estos jóvenes.

SOCIOS  
IMPLEMENTADORES

